

DAD AU
CIÓN GE



1080044499

E # H C # 90



SERMONES

DE LA

VIRGEN MARÍA.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

252

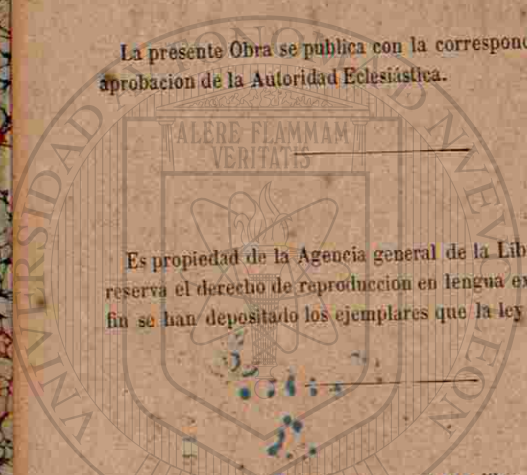
25

252

La presente Obra se publica con la correspondiente censura y aprobación de la Autoridad Eclesiástica.

Es propiedad de la Agencia general de la Librería, la cual se reserva el derecho de reproducción en lengua extranjera, á cuyo fin se han depositado los ejemplares que la ley previene.

La primera edición de este excelente libro, agotada enteramente, se publicó en Jaén, Imprenta de Lopez y compañía, en Abril de 1856.



SERMONES

DE LA

BIENAVENTURADA

VÍRGEN MARÍA

INMACULADA CONCEPCION.

Por el doctor D. MANUEL MUÑOZ Y GARNICA

Predicador de S. M.

Canónigo lectoral de Jaén, y director del Instituto, etc., etc.

SEGUNDA EDICION

ESMERADAMENTE CORREGIDA



FONDO BIBLIOTECARIO PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON
MADRID



AGENCIA GENERAL DE LA LIBRERÍA

PREGIADOS, 38.

PARIS. — QUAI DE L'ÉCOLE, 20

1856

109971

38096

LAGNY. — Imprimerie de VIALAT et Cie.



INTRODUCCION

La devoción á la Santísima Virgen parece conformarse de tal manera con los sentimientos del hombre, que apenas es iluminado por la luz del Evangelio, adora la cruz del Redentor del mundo, y ama á la Purísima y Santísima Virgen María, Madre de Dios y de los hombres. Es Madre de Dios por un misterio del amor del Santo Espíritu, es Madre de los hombres por otro misterio del amor de su divino hijo, que nos lega su propia Madre en el último testamento, y muere en afrentoso suplicio para hacernos herederos de su reino.

Cuando se lee la historia de las antiguas Iglesias, se observa que los primeros templos solian dedicarse á la Santísima Virgen. Que la Religión se arraigaba mucho más en los corazones, una vez interesados en tan devotos y tiernos afectos, cosa es que nó admite duda. El Catolicismo se ha propagado con rapidéz, ayudando á vencer todas las dificultades esta singular y privilegiada criatura, en quien se creía y á quien se amaba desde luego. Cuando se pedía razon de los dogmas, ó se buscaban objeciones á los misterios tan sublimes de la Religión, ó se levantaban las pasiones en tumulto contra los austeros preceptos de la moral cristiana, ya los hombres y los pueblos que amaban á la Virgen, eran conducidos por su medianera y abogada, al pié de la cruz. Encierran una eterna verdad estas palabras de S. Bernardo: *ad Jesum per Mariam*. Muchas antiguas y famosas Iglesias han desaparecido; pero las nuevas heredaron con el viejo culto toda la gloria que otros pueblos perdieron quizás para siempre. Sufrir y sufrirá recios combates la Religión de Jesucristo; pero si se repara en la disposicion de muchos espíritus, amigos de novedades, mancomunados en el odio contra la Iglesia, se verá que están retenidos con dulces lazos á esta Religión santa por un resto de piedad y devocion á la Santísima Virgen, que detiene su lengua ó su brazo, tuere sus malos

propósitos, y les permite que vean en las prosperidades y tribulaciones algo de la Providencia que ya no veian, algo de la infinita sabiduría, de la infinita justicia, de la infinita misericordia de Dios de quien ya se iban olvidando en el desarreglo de sus ideas y en el desenfreno de sus pasiones. Esto explica la situacion de muchas naciones en el dia de hoy; esto explica la reaccion católica.

En los peligros que todos corremos por la abundancia del mal, por la inexperiencia de la juventud, por las teorías, ensueños, ambiciones y delirios que merced á nuestra credulidad y á favor de la flaca naturaleza que propende al pecado nos causan un mal tan grande, todos ó la mayor parte pereceriamos sin remedio y para siempre, si nó nos fuera dado rebuscar en nuestra memoria aquellos indelebles vestigios de una educacion cristiana, preceptos, sentencias, prácticas, oraciones que nos enseñó tal vez una Madre tan cariñosa como buena. Es melancólica esa ojeada retrospectiva, pero es imposible no amar la inocencia de la vida y la sencillez de los primeros años. Quedamos en la duda de si el candor de los venerables ancianos supondrá que no pasaron por la temporada de las durísimas pruebas: mas como volvamos á estar con Jesucristo y su Santísima Madre, cual estabamos en la infancia y cual esperamos hallarnos en la vejez,

¿ que nos importará el tiempo de la prueba ? Sigamos nuestro camino; preparémonos á la muerte; sigamos nuestro viaje llorando nuestras caidas, que así podremos exortar con fruto á la penitencia. Y para que otros se salven y puedan tener amor á esta Religion divina tan digna de ser amada, prediquemos á Jesucristo crucificado y fomentemos el culto de la Madre de Dios, amada de todo el mundo, para que sea su devocion el consuelo de todos los pecadores.

Si las virtudes fueran palabras y nociones abstractas, podriamos honrarlas con nuestro asentimiento si estuvieran á los alcances de la razon humana, ó con nuestra fé si tocaban en las regiones del misterio. Pero las virtudes son cosa de otro género: consisten en la práctica de acciones conformes á los preceptos de la moral. Las virtudes no son para creidas, sino para imitadas. Si su práctica es difícil, el Señor nos ayudará con su gracia; que si entramos en desconfianza echando de ver nuestra flaqueza, pongamos los ojos en tantos pecadores arrepentidos, en los hombres de bien, en los sencillos cristianos, en las vírgenes castas, en los prudentes y sobrios, en los sacerdotes celosos, en los magistrados integros, en los laboriosos artesanos y honrados padres de familia, en las madres cariñosas, en los buenos hijos, en las esposas fieles, y sobre todo en los grandes actos de abnegacion

y heroismo que á pesar de todas las depravaciones se repiten todos los dias, y en las muertes ejemplares que á menudo coronan una vida cristiana, ó sirven de ocasion á la Providencia para hacer que lluevan de las alturas consuelos, gracias y bendiciones, sobre el hombre que cierra tranquilamente sus ojos en la hora del último sueño.

Conociendo los desvarios á que dieron lugar aun en materias religiosas las discusiones abstractas, es probable que la materia de las virtudes, hecha objeto de una controversia de pura razon, habría desfigurado el contexto literal de la ley mas sabia, mas santa y mas pura, la ley revelada. Los filósofos primero, y luego los sofistas habrian hecho de la moral de Jesucristo lo que hicieron de la de Sócrates. Otra tendria que ser la suerte del cristianismo, obra divina, obra perfecta, que dá la regla y el ejemplo, y señalando los caminos de la perfeccion cristiana nos presenta modelos perfectisimos de la perfeccion que enseña. Tal enseñanza obliga; no hay vagar á la razon; no hay dudas. Seria irracional no aceptar los modelos, que son como divinos ejemplares; y el mundo no cayó jamás tan hondo en el abismo de su degradacion, de modo que los desechára. Jesucristo nos enseña el camino, la verdad y la vida, y luego dice: « Yo soy el camino, la verdad y la vida; » si nos ponemos delante de

Jesús ¿quien se atreverá á disputar de su doctrina?
 ¿ Quien abrigará en su pecho un corazón tan corrompido por los malos deseos, tan duro, tan insensible ó tan frío que no experimente aquellos dulces afectos que comunica la virtud, si se detiene un momento delante de la Madre de dios y de los hombres?

Por esta razon se propagaba el cristianismo con tal fuerza y rapidez desde los primeros siglos. Tocaba los sentimientos, heria los ojos, alumbraba los entendimientos, llenaba de asombro á los sabios, y amansaba con su dulzura y suavidad las pasiones rudas y salvajes. Porque hallar en la historia evangélica una Virgen, y una Virgen Madre, y una Virgen santa, y una Virgen pura, dechado de las mas altas virtudes que inundaban de celestial fragancia el campo de la Iglesia, y ser esta Virgen Madre de Dios, era encontrarse con una maravilla al lado de otras maravillas muy grandes y asombrosas, como la maravilla del hombre-Dios ó la maravilla de Jesucristo en la cruz. Terrible debió ser el impulso que arrastrara á la confesion de la verdad las tribus nómadas del Rhin y del Danubio; y S. Justino declara á la faz del mundo que no había griego ni bárbaro de los que habitaban en tiendas ó dormian al raso, que no elevára sus súplicas al Todo poderoso en el nombre de Jesús. A la escasa luz que despidió la historia del segundo siglo

se distingue ya la devocion á la Virgen haciendo milagros: y los Parthos, Medos y Elamitas, los que habitaban el Egipto y el Africa, Romanos y extranjeros, los que vivian sobre las vastas fronteras de Mauritania, en España, en las ciudades de las Galias, en el fondo de la Bretaña, los Scitas, los Germanos, vivian uniformizados en la fé, segun el testimonio de Tertuliano que escribía en el III siglo de la Iglesia. Aquella fé tan encendida y vigorosa de los primeros mártires, aquella grandeza del Episcopado que asentaba sus sillas en ciudades tumultuosas, predicaba entre las sediciones y las guerras, y redactaba el simbolo de la fé impugnando las confesiones dolorosas de la heregia; aquellas ilustres asambleas donde como en Nicea ostentaban los Obispos las heridas no bien cerradas de sus sangrientas persecuciones; aquella alegría de los fieles saludando en Efeso á la Virgen María con el título de *Madre de Dios* como lo quisieron los Padres del Concilio; todo esto nos llena de asombro y nos hace volver los ojos á la Santísima Virgen, que allega pueblos dóciles y reduce el número de los enemigos de Jesús. La vemos en la antigüedad conculcando la heregia, como holló con sus plantas la cabeza de la serpiente.

Hay conquistas en que nó se descubre el progreso lento de la razon; en que nó gana terreno el Catoli-

cismo solo porque sea un sistema aceptable. ¿ Como se explicará naturalmente la fé tan viva con que S. Atanasio, estando desterrado, logró encender el Clero de las Galias cuyo Apostolado fué tan ilustre? El Santo declara que el pueblo no tuvo paciencia para dejar que se acabaran de edificar las primeras basílicas: á medio hacer se apiñaba la muchedumbre debajo de sus bóvedas. Fuerza sobrenatural, visiones de mágico contorno, figuras de peregrina é inimitable belleza, modelos y ejemplares de divina y perfectísima hermosura, eran los que penetrando en la Côte Imperial, hacian de los cortesanos, cenobitas; las matronas tomaban el velo de las vírgenes; escuelas tan florecientes como algunas de que nos hablan las historias vieron multiplicarse los santuarios en sus cercanías, y no brotaban con el calor de las disputas, nó: la fé los levantaba; la piedad los sostenia; la Virgen estaba en medio de esta grey, y confortaba aquellos santos, aquellos héroes, aquel pueblo sencillo, que mas ó menos ilustrado, mas ó menos rústico, con ser un baluarte de la fé, adelantaba asombrosamente todos los beneficios de la civilizacion en las naciones mas incultas. ¿ No sería una imágen de la Virgen aquella paloma con el ramo de oliva, que junta con el labaro y el monograma de Cristo entre el *Alpha* y el *Omega*,

hacia entre los Francos y Germanos el único adorno de sus sepulcros?

Mas tarde, cuando estos bocetos trazados en los sepulcros se convirtieron en ricas estatuas, cuando la Irlanda acompañaba con su lira la poesia de los himnos sagrados, la Catedral de Metz presentaba á la veneracion de los fieles una Virgen primorosamente cincelada; y multitud de inspirados artifices enriquecieron las mas suntuosas basílicas con las vírgenes de marmol que se disputaban todas las Iglesias de la Francia oriental. Pocas son las que dejaríamos sin justificar con alguna cita histórica, si fuera necesario: á ninguna tal vez dejaríamos de aplicarle alguna maravillosa leyenda en que fué tan fecundo el sentimiento religioso de los primeros siglos. Las letras y las ciencias impulsaban tambien la civilizacion resistida por los bárbaros; y cuando la España, tan vigorosa por su fé, tan belicosa como acostumbrada que estaba á las guerras de Religion, entregada á la espada de los musulmanes, pero nó vencida, porque nó puede morir una nacion donde es invencible el sentimiento de su independencia, ni una Iglesia basada sobre aquellos sólidos fundamentos que dieron á la Iglesia española los Concilios de Toledo; cuando la España, donde ni sus generaciones sabias dejaron de contar siempre discípulos de S. Isidoro de Sevilla, ni sus Mo-

marcas ni sus ejércitos dejaron de contar muchos sucesos de D. Pelayo; cuando la España, decimos en fin, arremetió para dar cima á la derrota de los Moros y la expulsion de las heregías, libróse del Arrianismo humillando á infieles y malos cristianos, porque también los católicos miraron con horror las doctrinas nuevas que dejó la heregia arriana entre los descendientes de los visigodos. Desterrado el error de los Adopcionistas, ya no se volvieron á oír en España los nombres de Arrio y Nestorio; cundió el fuego de la España á la Francia; Carlo Magno quiere oír al Clero; el Clero escribe condenando el error de los Adopcionistas; á fines del siglo VIII lo condena el Concilio de Francfort en nombre de todo el occidente, encadenándose con las definiciones de Nicea y Efeso, la de estos ilustres Prelados de las Iglesias de Francia, Alemania, Italia é Inglaterra. La doctrina ortodoxa acerca de la Divinidad del Hijo, la Maternidad de Maria y el culto de las Imágenes, alcanzó un triunfo definitivo, y cupo á España la gloria de comenzar el debate entre las controversias de sus escuelas y el estruendo de las armas. Quizas por esto tiene el Catolicismo en España un carácter peculiar; la Virgen de Coyadonga es la España misma; Iglesia, Pueblo y Monarquía que salen de las montañas de Asturias; la Virgen Maria es la Patrona, la Reina, la Madre de los Españoles;

la llevaron en triunfo por el mundo; se mostraron celosos de su honra; defendieron su pureza inmaculada; la pusieron en sus estandartes, en sus escudos y blasones; los conquistadores y misioneros llevaban sobre el pecho sus imágenes, y estas imágenes tuvieron altares en la América desde los primeros días de su descubrimiento. El misionero que llega á un pais idólatra ó salvaje, lo primero que hace es poner una cruz en el suelo, y luego besa y dará besar una estampa de la Virgen Maria, Madre del que murió por nosotros en aquella cruz, Madre de Dios y de los hombres. Hermosa debe ser una Religion que nos ofrezca á todo un Dios por Padre y Padre misericordioso; y á una Virgen purísima por Madre tan amorosa y tan tierna. Así es como penetra la luz de la verdad y de la fé en los espíritus menos capaces de recibirla.

Como yo no pretendo escribir una historia, sino revelar al que leyere, mas bien que el plan, la intención que prefiero mostrar en mis discursos cuando no se hace violencia al asunto de que se trata, bastará con lo que digo para que todos se penetren de que el culto de la Virgen practicado con tanta devoción, de índole popular, culto que dá llamaradas, que atrae á grandes y pequeños, devoción que se insinúa sin saber cómo, que nadie resiste, que cambia de formas

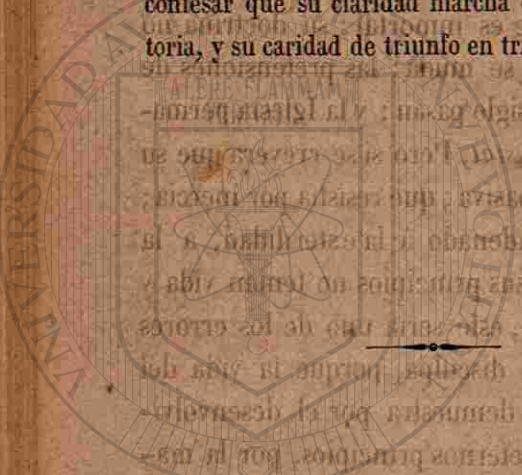
sin perder ni una sola de sus gracias, es hoy uno de los puntales que sostienen el Catolicismo, y uno de los resortes con que se propaga. Ahora como siempre es bendita la tierra que la Santisima Virgen holló con su divina planta: letras, artes, costumbres, civilizacion, todo fué enderezado y perfeccionado por su bienhechora mano. Los pueblos la bendecian al pasar, como la bendicen hoy, y nadie la denosta ni la ofende: camina en triunfo, y no derriba sino lo que escandaliza ver levantado; no seca ni mata sino lo que merece ser arrasado y destruido. Dá lágrimas, consuelos dulcísimos, santas alegrías, rayos de luz, vivas esperanzas, purifica cuanto toca, y esparce suaves olores de una fragancia celeste. Llama á los pecadores sus hijos, y los pecadores la llaman su Madre. Un tal imperio es irresistible, y los reinos y las generaciones se le someten.

Sigan esta corriente salvadora los que se detienen perplejos ante la solucion de todos los problemas sociales, morales y religiosos de que tantos hombres se ocupan, y muchos tan inultilmente. Bajen de la altura de sus atrevidas especulaciones, y confundanse con el pueblo católico para sentir como él, y vivir de su amor y su esperanza. Mejor es esto que extraviarlo, seducirlo y corromperlo, con el fin de que se olvide de una Religion que ama, de una Religion que nece-

sita, de una Religion que es para los afligidos y desamparados su único consuelo. El pueblo lo conoce, y no contará entre sus bienhechores á los que se obstinan en apartarlo de sus caminos. ¿De qué aprovechará contar, examinar y analizar todas las enfermedades que padece el cuerpo social, si se reprueban y contradicen las manifestaciones del sentimiento religioso? Aunque no se exageráran, sería mucha crueldad decir á un enfermo que se muere y negarle el remedio que pide su dolencia. Semejante tratamiento sería el mas apropósito para desesperarlo, si el movimiento religioso de nuestros dias no tomara una direccion mas pacífica y mas conforme con las condiciones de una lucha tan insensata. Forma asociaciones devotas, se congrega para orar, llena los templos, y canta las glorias de Maria.

Los que presumen de espíritus distinguidos y elevados solo porque no tienen fé, ni verdadero talento, nó pensarán que este sea uno de los medios que preparen nuestra regeneracion en todo sentido, ó disminuyan los males que la sociedad sufre. Nosotros por el contrario lo creemos así, y ayudamos á persuadirlo del modo que nos es posible. Nuestros trabajos valen poco, pero no los economizamos. Tranquilos y confiados en cuanto al porvenir, nos honramos con secundar la devocion del pueblo. Es muy hermosa. El

culto de la Virgen trae los espíritus á la Religion, y la Religion luce y lucirá como un sol eterno. Las Naciones sentadas en las tinieblas y sombras de la muerte son iluminadas; y los hombres que fueron mas ingratos á sus beneficios, se ven hoy obligados á confesar que su claridad marcha de victoria en victoria, y su caridad de triunfo en triunfo.



NATIVIDAD

DE LA VIRGEN MARÍA.



De qua natus est Jesus, qui vocatur Christus. (MATTH. CAP. I, v. 16.)

De la cual nació Jesus, que es llamado el Cristo.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR :

Quando un pueblo en la vergüenza de su abatimiento recuerda sus pasadas glorias, prefiere la muerte á todo. Los libres que perdieron su libertad, los poderosos que quedaron con las manos vacias, los que fueron señores y soberanos y cayeron bajo la espada del primer advenedizo que llamó á sus puertas, retirárouse con un canto de muerte; tristes acentos

culto de la Virgen trae los espíritus á la Religion, y la Religion luce y lucirá como un sol eterno. Las Naciones sentadas en las tinieblas y sombras de la muerte son iluminadas; y los hombres que fueron mas ingratos á sus beneficios, se ven hoy obligados á confesar que su claridad marcha de victoria en victoria, y su caridad de triunfo en triunfo.

NATIVIDAD

DE LA VIRGEN MARÍA.

De qua natus est Jesus, qui vocatur Christus. (MATTH. CAP. I, v. 16.)

De la cual nació Jesus, que es llamado el Cristo.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR :

Quando un pueblo en la vergüenza de su abatimiento recuerda sus pasadas glorias, prefiere la muerte á todo. Los libres que perdieron su libertad, los poderosos que quedaron con las manos vacias, los que fueron señores y soberanos y cayeron bajo la espada del primer advenedizo que llamó á sus puertas, retirárouse con un canto de muerte; tristes acentos

de su dolor ó de su ira que ván á recoger las nuevas generaciones para su propia enseñanza..... Rebalsar las aguas de los rios, terraplenar el hondo cauce de los mares, poner «ponzoña de exterminio y traer á la tierra el reino de los infiernos (1), » tomar una venganza imposible, ved aquí cual ha sido siempre el último desesperado esfuerzo de aquellos pueblos heróicos que desaparecieron de sobre la haz de la tierra, dando su palabra de maldicion, como dice la Escritura, sobre *el bárbaro y el impío*. Libertarse de la servidumbre por la muerte era una dicha; compadeciase á los vivos y se envidiaba á los muertos; se bendecía á las mujeres estériles; y los israelitas, cautivos en los imperios de Oriente, amaron en su furor aquella libertad que los verdugos daban á sus hijos, *estrellándolos contra las piedras*. Las profanaciones del templo, los robos y las matanzas ejecutadas por los soldados de Antioco encendieron la ira en el pecho de los Macabeos, porque rara vez dejan los oprimidos de responder á los grandes ultrajes con el *dardo y la saeta*; pero solo la

(1) Sap. 1, 14.

Providencia sabe si será ó nó frustrada la esperanza de regeneracion que alimentan todos los pueblos hasta morir, y que revive, aun despues de muertos, como una chispa que salta de entre las cenizas. Sueños y locas esperanzas se conservan todavía entre las viejas ruinas de los antiguos imperios: consultad á los Profetas, á la vez oráculos de Dios y de los pueblos amenazados de exterminio: ¿qué sublime tristeza! A grito herido llaman á la muerte, que vuela con los conquistadores y extranjeros, con el hambre ó con las plagas, con las tempestades y los temblores de la tierra. Sentábase á llorar el pueblo judío junto á los rios de Babilonia; colgaba de los sauces sus harpas y sus citharas; por afligirlos decian á los israelitas sus señores: «cantadnos un himno de Sion» «Ah! decian los pobres esclavos; ¿cómo cantaremos en tierra extranjera? (1)» Por remate de todo, Dios envía á los pueblos que sucumben ministros de paz ó de venganza, segun sus altos designios: pero siempre ha llorado con los que lloran! Cuando se alegraban, él les inspiraba himnos de alegría; y por interpretes

(1) Ps. cxxxvi, 4 y sig.

de su llanto, ¿quien sinó Dios les inspiraba cantares de tristeza? De su boca salieron palabras de dolor hacia las desventuradas madres de tantos desventurados hijos, y anuncióles que un dia pedirian á las montañas que cayesen sobre su cabeza, y á la tierra que se abriera debajo de sus piés.

Un pueblo amado de Dios, el pueblo de Israel, hallábase por sus desgracias, y por sus culpas tambien, que le atrajeron tremendos castigos y soberanas iras, muy cerca de la muerte. Envilecido por la idolatría, despedazado por los cismas y las sectas, empobrecido por las guerras y por la rebelion de algunas tribus, desorientado por la faláz sabiduría de sus Doctores, lloró en la cautividad sus eternas desdichas acordándose de Sion. Hasta el cetro real pasó á manos de extranjeros; la regia estirpe de David vino á la mayor oscuridad y pobreza; la religion de los hebreos declinaba, y ya no quedaron sino algunos vestigios de aquella nacion, en otros tiempos tan poderosa y tan grande. Entonces fué, cuando del seno de aquella nobilísima estirpe, aunque ajada por tantas desventuras, nació una mujer, nó envuelta en las ricas telas del Egipto,

bordadas de oro y perfumadas con el nardo, segun costumbre de los Principes hebreos, sino entre los suspiros y lágrimas de su anciana madre y el humilde aparato que pudiera ofrecerles la ciudad de Nazareth.

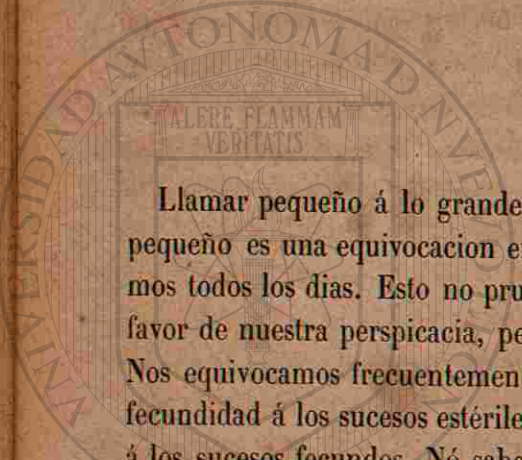
¿Será esta mujer la que anunciaban los libros sagrados de los pueblos mas antiguos? ¿Será la que se esperaba en el Thibet, en el Japon, en la China, en el Egipto y en el Paraguay? Será la que saludaban los Brahmas y Druidas, la que se encontraba en los libros de las Sibilas, en el fondo de todas las teogonías paganas, y la que anunciaban al pueblo de Israel los enviados de Dios? ¡La noche es terrible! El cielo está encapotado de nubes, y las tinieblas cubren la tierra. ¿Quien nos traeria *ese viento del cielo*, como dice S. Juan Damasceno, precursor de mas bellos dias? ¿Quien hará que se alegren los cielos, que salte la tierra de alegría y se conmuevan los mares del mundo? Lámpara inestinguible, centelleante diadema, perla preciosa, cetro en segura mano, templo inmortal habia de ser la mujer destinada para Madre de Dios. El trono de Salomon, cuyas columnas eran de plata, y el dosel de oro, y el asiento de

purpura, adornado con riquísimos tapices, no era digno de servir al Rey de los Reyes. ¿Sería esta humilde Israelita la que eligió el Señor para su templo y su trono?

A poder llamar la atención un suceso en la apariencia tan pequeño, las mujeres de Galilea, compadeciendo á esta niña, solo hubieran exclamado: « ¡pobre esclava! » Y era esta, Señores, la mujer que quebrantaría la cabeza de la serpiente; la mujer grande, la Virgen María destinada á ser la Madre de Dios. La suerte de la nación judía y de las naciones gentílicas dependió de este suceso; el nacimiento de esta esclava era la señal de la libertad del mundo; serenar tantas borrascas se levantaba la *estrella del mar*; era como la aurora de un nuevo día, día sin ocaso, aunque no sin huracanes ni tormentas que Dios permite para probar nuestra fé, después de habernos salvado tantas veces del diluvio en la nave de la Iglesia, y de habernos confiado una doctrina celestial que es vida de las almas, y el fundamento de esta civilización católica, que pura ó alterada, la encontrareis para remedio de tantos males hasta en el último rincón de la tierra. ¡Cuán cierto es que solo

Dios tiene el secreto de la regeneración ó de la muerte de las naciones! Parece que se mueven por sí, cuando Dios es quien las lleva; prepara sus caminos; las llama para que se salven; si resisten á su voz, las llama una y otra vez amorosamente; vuelve su rostro con amor del lado de los dóciles y humildes, castiga á los soberbios, gobierna con sabiduría, manda con omnipotencia, perdona con misericordia, y todo vá encaminado según las miras de una Providencia inescrutable y sabia.

El fausto natalicio de esta Princesa de Judá nos sugiere interesantes reflexiones que espero hacer os confiado en los auxilios de la divina gracia. *Ave María.*



Llamar pequeño á lo grande y grande á lo pequeño es una equivocacion en que incurrimos todos los días. Esto no prueba mucho en favor de nuestra perspicacia, pero así sucede. Nos equivocamos frecuentemente atribuyendo fecundidad á los sucesos estériles, y esterilidad á los sucesos fecundos. Nó sabemos cuál es el incendio que se apagará con una gota de agua, ni la chispa que ha de poner en combustion al mundo : cuál es la doctrina humana que será mas seguida, y siéndolo de muchos, no se puede afirmar que nó morirá por falta de proselitos. Un cazador funda el primer Imperio, y un Imperio floreciente y poderoso se desmorona y disuelve en poco tiempo. Una nacion que llegue á ser la mas grande por su poder, por su sabiduría, por su política, de muchos querida,

de los más respetada, de todos temida, y superior á todos los poderes conocidos, sabemos que puede disolverse y algunas muy grandes se han disuelto por un concurso de circunstancias que las destruyen en menos de un siglo : y en el mismo tiempo hemos visto á una tribu nó conocida ni por sus virtudes ni por su sabiduría, elegir terreno como quien trata de construir una casa, echar allí los cimientos de una ciudad, y ser esta ciudad la señora de las Naciones. Botar un mal buque al agua y ser este el principio de un imperio marítimo tan floreciente cual nadie lo creería, y caer otros de su grandeza y opulencia estrellándose contra el primer escollo, es cosa que ha sucedido á los fenicios, en otro tiempo dueños de los mares y florecientes por su comercio. Nada queda hoy del Gentilismo con toda su sabiduría : ya no tiene Doctores, ni academias, aunque se atreviera en un principio á despreciar el Cristianismo. Pero los pobres pescadores hicieron enmudecer á los sabios ; los poderosos fueron arrojados de su silla, y los pequeños fueron exaltados. Que los cobardes y miserables mendigos fueran los mártires y héroes de una religion santa ; que una pequeña asamblea fuera

la Iglesia católica; que el hijo de un pobre artesano fuera el hijo de Dios y el Salvador de los hombres, todo esto lo vieron las gentes con sorpresa; porque suelen tener por inmortal lo que es perecedero, por despreciable y ruin lo que es admirable y grande. Que una mujer tan bella y tan graciosa que por esto recibió el nombre de Ana habia de ser estéril por espacio de veinte años; que la esterilidad, infame entre los judios, no hubiera de ser el motivo de un divorcio que en cierto modo facilitaban las leyes; que despues habia de parir esta mujer ya vieja y estéril; que la Virgen de Nazareth tras el milagro de su nacimiento habia de ofrecer al mundo el misterio de su maternidad; y que tan grandes cosas sucedieran con asombro de todos en las laderas del monte Carmelo, en el pueblo mas rudo, entre la gente mas humilde; todo esto, señores, es tan inverosímil, que á no haber sido así el principio de todas las cosas grandes, parecería á primera vista fabuloso.

Todas las tradiciones anunciaban una mujer, esperanza del mundo; pero ¿cómo sería? Entonces como ahora habia diversidad de opiniones acerca de las cualidades que ha de tener

la verdadera grandeza. Si el suceso no es ruidoso, si su importancia no aparece á los sentidos, si nó se conforma con las ideas mas vulgares, si nó sigue el impulso de las pasiones dominantes, ya no es grande. Antes de pensar en lo que vale un hombre, prescindiendo de su origen divino, una de las cosas que por instinto he repugnado siempre ha sido el creer en su grandeza. Echando una ojeada sobre la sociedad y volviéndola sobre uno mismo, es tan natural el desprecio de los hombres, como el propio desprecio. Si Dios nó nos hubiera dicho que el hombre es grande, ¿cómo lo sabríamos? Y si el hombre no lo fuera por Dios, ¿podríamos hablar seriamente de la dignidad humana?

En todo sentido, cuanto hemos ganado esencialmente, en el tiempo y en la eternidad, se debe á la regeneracion del Cristianismo. El hombre habia muerto por el pecado; vivia algo, pero que ya no era la obra de Dios; llamábase el prevaricador; era hijo de la ira, esclavo de la culpa. Pero despues, cosa extraordinaria y por demás sorprendente!..... Este hombre ha resucitado. Comparad el de ahora con el de la antigüedad, y los vereis qué dese-

mejantes. El hombre aparece como una obra vieja, sí, pero restaurada; y así vereis la sociedad toda. Buscad la mujer como era antes de la Virgen María, y hallareis la esclava, la hembra; nó influía en bien de aquella sociedad; nó era como lo es hoy el principal instrumento de civilización. Sus dulces afectos, su tierna sensibilidad, su imperio, han fundado el gobierno de las familias, base de la sociedad humana.

La Santísima Virgen, cuya grandeza no se hizo conocer en su Natividad gloriosa, fué la primera mujer que se le daba al mundo como un modelo de perfección. El modelo está aceptado. Muchos sistemas y delirios se forjan todos los días para cambiar la constitución social, y nó deja de ser notable que nadie se atreva á poner sus manos en este venerado é inmejorable tipo de la mujer cristiana. Nó se duda entre Eva y la Virgen María; entre las Diosas del Paganismo y la Madre del Verbo humanado. La mente no alcanza á señalar un tipo de mas perfección ni de mas gracia; no hallarán poetas y artistas una figura de mas belleza; hasta su nombre es dulcísimo, y lloraba S. Bernardo de alegría solo de pronun-

ciarlo. ¡Qué adorno tan bello es la Virgen en nuestros altares, y qué consuelos tan dulces sienten los pecadores en su presencia! Es una obra maestra del Todopoderoso, y descuella por todas partes como una de las figuras mas apacibles de nuestra historia.

Tantas promesas y tan solemnes juramentos del Eterno ¿serian cumplidos con el nacimiento de una mujer cualquiera? Figurada en aquella durísima roca de la que Moisés sacaba aguas puras y abundantes, su nacimiento debió ser el principio de la regeneración universal prometida por Dios y esperada por los hombres. *De qua natus est Jesus*: este es el lenguaje de los Evangelistas. Todos han querido significar el principio de una transformación grande al descubrir entre los términos de la antigua y nueva ley á esta singular criatura, y hablan con una misma sencillez. Discrepa visiblemente el estilo figurado de los Profetas de la mayor naturalidad y fuerza de los historiadores. Mientras que la Virgen María no era sino una esperanza, se llamaba *el arca de la alianza ó las tablas de la ley*; ya se simbolizaba en la zarza que ardia sin quemarse, ya era la *raíz de Jessé* de donde brotaría una flor de peregrina be-

lleza : ó bien se la comparaba á un dulce y suavísimo perfume, ó á una brillante luz. Los Profetas se arrebatában mas allá de las nubes, y la presentaron al mundo como la corona de todas las gerarquias que hay en los cielos : y nó se dejó de acudir á todas las comparaciones mas hermosas y extraordinarias, conociendo aquellos varones, iluminados por Dios, qué sucesos tan grandes se preparaban, y qué gloriosa había de ser la criatura en quien tuvieran principio. El Universo escuchaba la voz de sus Profetas. Aquella perspectiva de oriental contorno tenía toda la magia y atractivo de que la esperanza se alimenta; y como sinó fueran bastante ideales las comparaciones de Isaías, se añadieron visiones tan maravillosas como las que Gedeon tuvo en sueños. Pero al venir los tiempos en que las profecias se cumplen, desaparecen los símiles y las figuras; ya no es el lenguaje remontado ni poético : esta pobre Israelita tiene señalado en el mundo un destino mas superior que el que tuvo mujer alguna; el suceso de su nacimiento, en la apariéncia pequeño, es tan grande como muchos sucesos grandes que nó lo parecen. Ni los Principes destinados á la

gloria; ni los guerreros, instrumentos de la Providencia cuando conviene salvar ó destruir los Imperios y las ciudades; ni los santos cuando es necesario hacer ostentacion de una virtud heróica; ni los sabios cuando es menester confundir errores y alumbrar entendimientos, ninguno apareció en el mundo con una mision tan elevada. "*Flor, incienso, corona, estrella del mar*" Dejad, Señores, que nó toque en estas figuras del Antiguo Testamento; figuras que son del agrado de los oídos católicos, pero que me retiran de la sencillez de los Evangelistas. Nó os había preparado un discurso poético recargado con el orientalismo de las profecias : solo he venido á traeros una idea sencilla, sí, pero magnífica; nó tiene mas imperfeccion que la de mi discurso. Por lo demás, ¿qué vientos mecieron esta tierna planta del Líbano? ¿Qué perfumes la embalsamaron? ¿Qué aurora sorprendió el misterio de su generacion santa? Este es sin duda un asunto bellissimo, pero que por hoy dejó intacto, y que sin mí pueden saborear á su placer las almas cristianas. Delante de esta hermosa Israelita, sigo á San Mateo que remontándose á la creacion del mundo, cuenta

los Patriarcas antediluvianos; encuéntrase en su carrera con el Padre de los creyentes, sigue su historia con el pueblo judío, pasa con él á Babilonia, y salvando las dificultades que le oponen los monumentos, la historia y la cronología, llega de generacion en generacion hasta el nacimiento de la Virgen María, cuyas grandezas ensalza con estas solas palabras: *de qua natus est Jesus*: de la que nació Jesús. No entraba en el cálculo de los hombres que la redencion del mundo tuviera tan humilde principio. Todo estaba dicho; todo anunciado; sin embargo unos miraban al oriente, otros al occidente; los cielos y los astros eran el vestido, los rayos del sol la cabellera de esta Virgen suspirada; el cuello torneado, sus mejillas como de tórtola, hermosa toda como las tiendas de Cedar y las pieles de Salomon. Pero nace la Virgen María, esta flor de los campos, este lirio de los valles, y los hombres no ven; no entienden las Escrituras; confunden los vaticinios. Para los ciegos la revelacion se convierte en una leyenda; la esperanza en quimera; la realidad en fábula. Ya los tiempos han descifrado el lenguaje alegórico de las Escrituras, y todos sabemos que del naci-

miento de esta esclava trae su principio la regeneracion de la humanidad. De pocos era conocido el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y vino esta mujer para acabar por siempre con la idolatría. El pueblo judío espiraba, y se salvó por entonces, y se hubiera salvado para siempre, á nó llevar su obstinacion hasta el deicidio. La esclavitud estaba extendida por toda la tierra, y nó fué un Ciro ni un Darío el destinado para dar la libertad al mundo; empezó la emancipacion por una esclava, que es maravilla jamás vista ni oida. La casa de David vino á la mayor decadencia, y esta mujer oscura le devolvió su lustre. Parecia que estaba agotada la genealogía de los Reyes de Judá, como sucede con esas razas de ilustre cuna que desaparecen sin que sea bien conocido el último vástago; y de la estirpe oscurecida de los Reyes de Judá, empolvada y rota como un viejo escudo de armas, sale una purísima doncella con el destino de Madre de Dios.

Por esta razon se dan á la Virgen diferentes nombres, que rigurosamente hablando, solo convienen á nuestro Redentor Jesús. "*Causa y principio de nuestra salud*: *Reparadora del*

siglo” así la llaman los Padres de la Iglesia. Los escritores eclesiásticos, y los célebres apologistas de la Religión en los primeros siglos, se detienen con admiracion y asombro ante un suceso de tal magnitud, que halló desprevenidos ó indiferentes á los judios. Estos no vieron en la aurora de su primer mes civil otra cosa que el humo de los holocaustos ofrecidos por los pecados del pueblo. Compadezcamos la ceguedad de los obstinados Israelitas, tantas veces castigados por su incredulidad; pero ¿creeis que sería hoy disculpable en nosotros semejante obstinacion? No señores; y por fortuna, ni es posible tampoco. Lo que por desgracia sucede és, que admirando á esta singular y privilegiada criatura, nuestra Madre y Madre de Dios, nó la amamos como hijos buenos, aunque acudimos á su proteccion en todos los peligros y quebrantos, si nos vieremos desamparados. Hagamos firme propósito de practicar una devocion mas conforme con el culto que se le debe; bendigamos y alabemos á esta Virgen que ha nacido para alabar al Señor de una manera mas perfecta que todas las criaturas, y entreguémonos de buena voluntad á todos los sentimientos que un dia tan dichoso debe

inspirar á un alma cristiana. Vá en ello nuestra dicha temporal y eterna, que os deseo á todos. *Amen.*



PRESENTACION DE LA VIRGEN MARÍA

Introibo ad altare Dei, ad
Deum qui laetificat iuventutem
meam. (Ps. xlii, v. 4.)

Entraré al altar de Dios, al Dios
que alegra mi juventud.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR :

La tierna hija de Joaquin y Ana fué presentada en el templo, según los ritos de la ley, pero con tal pompa y magnificencia, que se conocieron las señales de su futura gloria. Sus Padres la ofrecen á Dios como un don preciosísimo, y los Sacerdotes la presentan al Altísimo, dentro del tercer velo del Templo; allí donde el Sumo Sacerdote penetraba con temor

y respeto una vez al año, rodeado por una espesa nube de incienso, mientras el pueblo consternado hundía su frente en el polvo (1). ¿Porqué la mandan ruegos los ricos de la plebe? ¿Porqué la acompañan las vírgenes, y la siguen y la preceden con antorchas? ¿Porqué los Sacerdotes y Profetas la reciben con las manos levantadas?

María era la mujer prometida; en ella se cumplirían las profecías; la pureza de su alma y la hermosura de la divina gracia, invisibles como un misterio al ojo criardo y al entendimiento del hombre, dejáronse adivinar en estas señales de su glorioso destino. Las alegrías del cielo, los himnos de los Angeles, el

(1) El Abate Orsini es de sentir que la ceremonia de la Presentacion no tuvo lugar en el interior del Santuario, apartándose en esto de lo que dicen algunos autores. *Vie de la Vierge*, tom. I, pag. 90. Gran respeto nos merece su opinion, pero no nos parece tan fundada como cuando infiere del cotejo con varios escritores, de las costumbres del pueblo hebreo, y de otros testimonios, que la Virgen no habitó en el interior del Santuario toda aquella parte de su vida que pasó en el templo. Recurre Orsini á San German, Arzobispo de Constantinopla, como á buena luz para noticias de sucesos envueltos en impenetrable oscuridad; y para rechazar esta asercion, no cita su oracion titulada: *Laudatio Sanctæ Deiparæ, quando triennis ad Sancta Sanctorum in templo a parentibus fuit oblata*; en la que nosotros nos fundamos. Prueba del respeto en que tiene á San German, y de que no juzga su oracion por apócrifa, como sin ningun fundamento dice Gretzer.

secreto movimiento de algun espiritu que presintiera lo futuro en sueño de profecía, todo esto no fué visto ni oido. Ni las auras suaves, ni los rayos de la luz, ni los aromas del desierto, indicaron al parecer el extraordinario suceso en que Dios ponía los ojos, y en el qué á saberlo los hombres, hubieran puesto su esperanza. Así obra Dios. Nó es seguro confiar en indicios para suponer cosas extraordinarias. Aqui solo tenemos el acompañamiento verdaderamente régio de las vírgenes que habia en el Templo, el concurso de Israelitas y extranjeros, estos separados, aquellos agrupándose entre los Príncipes del pueblo de Israel vestidos de púrpura, damas distinguidas y guerreros ilustres, que representaban todas las glorias del pueblo que Dios amaba. El espiritu de un solo hombre, Zacarias, Sumo Sacerdote, era el que veía lo sobrenatural al través de este tupido velo. Él oía las trompetas sacerdotales, y regalaba sus oídos el armonioso concierto de los cielos: viendo á los Príncipes de Israel, veía agruparse los Angeles ante el trono del Altísimo: como veía arremolinarse los extranjeros que de muchas partes venian al Templo, así veía moverse las Naciones y apresurarse en

aquel día en que los misterios se hicieran patentes, y se anunciase la verdad en el mundo, para conocerla y seguirla. Simeon y Zacarías tuvieron el mismo espíritu: cuando Simeon fué anciano, vió en un niño al Redentor del mundo; así el santo Zacarías alcanzó el destino de su Santísima Madre.

Todavía devoraba el fuego sagrado las entrañas del cordero, ofrecido al Dios de Jacob, honrado con el incienso y sazonado con la sal de la alianza, cuando el Sumo Sacerdote preguntó á la Madre de María: « ¿quién eres? ¿Cuál es tu linaje? ¿Qué esperas? Habla (1). » « Yó, dijo Ana al Profeta, he nacido de la raza de los Sacerdotes, vengo de la tribu de Aaron, desciendo de la estirpe de los Profetas y de los Reyes. Con lágrimas y gemidos del corazón pedí á Dios el remedio de mi esterilidad. Oyeme Señor, le dije; mirame Señor; tén misericordia de mí. Hazme semejante á las aves del cielo, á las bestias de la tierra y á los peces del mar. Nó aparezca de peor condicion que los animales la que tú criaste á tu imagen

(1) *Unde tibi genus, o mulier?... Quid spectas?... Eloquere. Sancti Germani Archiepiscopi, Orat. I.*

y semejanza. Y desde ahora te ofrezco la prole que me concedes, don preciosísimo que pondré en tu Santuario como una ofrenda sagrada. » Oyendo esto Zacarías, pudo recordar los votos del Santo Rey David, cuando dijo al Señor: « Entraré en tu casa con holocaustos, y te cumpliré las promesas que explicaron mis labios claramente, y que pronunció mi boca en el día de la tribulación » (1). Bendita tu raíz, exclamó el sumo Sacerdote; glorioso tu vientre, amada del esposo; gloriosa tu ofrenda, amada de Dios (2).

El Señor que puso palabras de bendición y alabanza en los labios de Zacarías, trajo á sí aquel tan precioso fruto de la gracia. La criatura que había de ser templo del Santo de los Santos gustará á la sombra del santuario cuán dulce sea vivir en el retiro, separándose de la tierra para volar al cielo. Su tierno corazón sentirá los primeros rayos de un sol divino, y este primer calor fecundará en su alma bendita y pura el germen de todas las virtudes. Crecerá como arbusto plantado á la corriente de las

(1) Ps. LXV, 43, 44.

(2) *Benedicta radix tua, summe veneranda. gloriosus uterus tuus, viro amata: prægloriosa oblatio tua, Deo dilecta.*

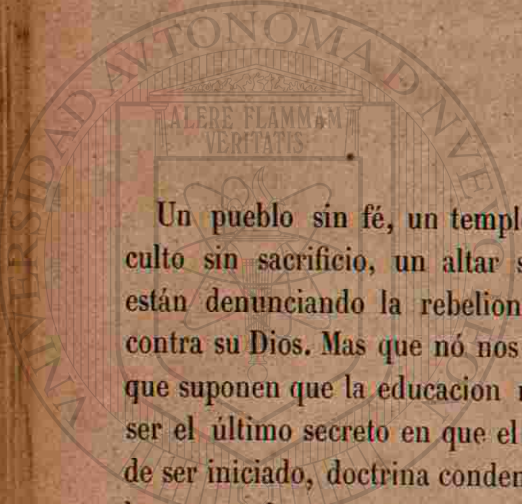
aguas, y la Virgen aparecerá toda bella y hermosa con las primeras flores de la gracia. Deramando está todas sus gracias, todos sus dones y los tesoros de su corazón mas bello que el cielo; y es su fé, su amor, su humildad, sus lágrimas lo que esta Virgen prodiga; y valen las prendas de su alma mas que el oro y la plata, mas que la púrpura y el incienso, mil veces mas que las piedras preciosas. En este retiro leerá los libros santos, y esperando en la misericordia del Señor, llamará sin intermision al Salvador de Israel.

Vivas se mantienen en la Iglesia, mis queridos hermanos, y resplandecen aquellas lámparas y antorchas que alumbraron el Templo de Sion. Los Padres de la Iglesia interpretaron aquellas alegrías, cuyo alegórico sentido, sufriendo las transformaciones mas extraordinarias, conmueve aún el espíritu cristiano transportándolo á los tiempos del simbolo y de la promesa, y lo acerca mas á Dios. Ya que mi boca no pueda remedar el dulce sonido de la cítara con que atraeros en derredor de esta preciosa *urna de oro puro fabricada*, voces os daré, y voces ásperas, pero vendreis á Cristo. Que lo mismo se llega volando como la paloma

que tuviera *las alas plateadas y las plumas de su espalda con amarillo de oro* (1), que caminando por una *tierra inculta, y campo no arado*. Nunca faltarán *viñas de pámpanos hermosos y fuentes de cristalinas aguas*, adonde el alma llegue y guste el dulce sabor de Cristo (2).
Ave María.

(1) *Pennæ columbæ deargentatæ, et posteriora dorsi ejus in pallore auri.* Ps. LXVII, v. 14.

(2) *Terra non culta, inaratus Ager, vitis abundans pulchris pampans, Fons aquas effundens.* Nombres con que se invoca á la Virgen. Algunos han caído en desuso, pero se encuentran en antiguos escritores eclesiásticos.



Un pueblo sin fé, un templo desierto, un culto sin sacrificio, un altar sin sacerdote, están denunciando la rebelion del hombre contra su Dios. Mas que nó nos entiendan los que suponen que la educacion religiosa debe ser el último secreto en que el hombre haya de ser iniciado, doctrina condenada por todas las gentes de sano juicio, nuestra lengua se desata en alabanzas à la Virgen María, que promete su virginidad *al Dios que alegra su juventud*, delante del altar donde es presentada y ofrecida al dispensador liberal de todos los dones, y en los brazos del Sacerdote que la recibe en el nombre de Dios Todopoderoso. ¡ Oh Virgen de las Virgenes! Entra en el templo, anda con gozo en el atrio del Señor, espera al Espiritu Santo y la virtud del Altí-

simo que vendrá sobre tí. Tu oblacion te hace altísima sobre toda la tierra. Con la fé te bendecimos; con el deseo te honramos; y te adoramos, colocados como tú en las alturas del Templo, pero mas bajos que tú, como pecadores ruines, en las engosturas de este valle de lágrimas. Bendito tu Padre entre los hombres, y tu Madre entre las mujeres. Bendita tu casa, y benditos los que te vieron, y los lugares en que pusiste el pié, y el Templo en que fuiste ofrecida; y dichoso el anciano Sacerdote que en sus rodillas te tuvo; dichoso tu lecho, y mil veces mas dichoso y lleno de gloria, tu sepulcro.

Enseñaremos á los hombres con este ejemplo que la Religion es el primer deber, así como es la primera verdad, y la primera necesidad, y el mas elevado sentimiento que á todos los eleva y engrandece, por sublimes y grandes que sean. Es mal camino y malísimo sistema el que se sigue para inspirar al hombre el sentimiento de su propia dignidad, enseñarle primero á romper las relaciones que le ligan con Dios, haciéndole amar su entendimiento, su genio, su luz, su palabra, su sabiduría, antes que la luz divina de la revelacion.

Porque cuando el hombre se engríe con esa superioridad á la que nó asigna sino límites vagos, nó hará poco si se detiene alguna vez á examinar la doctrina católica, si se para á considerar la admirable constitucion de la Iglesia, meditando en los misterios y altísimas verdades de nuestra fé. Nó nos hagamos ilusiones, que en este punto serían funestas por demas. Todos nos felicitamos de que los entendimientos extraviados rectifiquen sus errores, y de que los ataques á la Religion se conviertan en apologías por un procedimiento científico mas ilustrado : abundan hoy los hombres de talento que por este medio se han convertido en apologistas de la revelacion y en defensores de la Iglesia católica. Pero ¿puede adoptarse este partido como regla de conducta? ¿Será preciso perderse primero para salvarse despues? ¿Nó hay peligro en seguir este sistema? ¿Tienen todos el talento necesario y los medios de ilustrarse para que se pueda dejar al azar la suerte de cada uno? Además, á Dios pertenecen todos los tiempos y todas las edades; y nó es razon que se le reserve cuando más el último tercio y como el remate de la vida. Á Dios se debe referir el pensamiento,

porque el pensamiento del hombre vale mas que el mundo : la lengua es para alabarle : á él debemos referir nuestras acciones : debemos levantar á Dios nuestras manos inocentes en demanda de su gracia, y nuestras manos pecadoras implorando su misericordia. Hemos de alabarle en los primeros años de la vida, porque el Señor ha dicho que *la alabanza mas perfecta sale de los niños*, y á Dios se debe la mas perfecta alabanza : en la edad madura exige tambien el tributo de nuestros talentos. La vejez de todos modos se le acerca; y el Señor se alegra en la *larga vida del justo*, y en los que acabaron el certámen de su carrera en honor y gloria, nó en afrenta ni en ignominia.

El cristiano se convierte en apóstata de su fé quebrantando los juramentos y protestas que hizo en el santo bautismo, cuando se lanza en esa via de los experimentos, tristes experimentos á que se aficiona en la edad de la razon y de las pasiones. Por poco que se haya descuidado en los primeros años la educacion religiosa, nó tarda en llegar para la juventud un periodo crítico. Las pasiones se desarrollan con fuerza; en la juventud se cree con facili-

dad que la razon ha llegado al estado viril y á la sazón de la madurez : cualquiera se engaña creyendo que piensa bien, cuando solo siente con vehemencia. Brota la ambicion, amargo fruto de una edad inexperta; desvío de las prácticas religiosas, falsas ideas acerca de la Religion, ilusiones de la sensualidad, más deslumbradoras mientras menos se conocen las desencantadas realidades de las cosas de la tierra, un amigo pérfido, un mal libro, una ocasion funesta, un triunfo, siquiera sea pequeño, del amor propio, ved aquí el origen comun de todas las desgracias. El hombre se olvida de Dios; y en vez de seguir, como ántes solía, el camino del templo donde oraba, se *presenta* en el gran mundo.

¡Qué hermoso es el mundo para los ciegos! Sus mentiras pasan por verdades; dice palabras que se acojen como sentencias; aplaude, y sus aplausos parece que dán la gloria; dá fabulas que parecen historias comprobadas; honra como si difamára, y como si honrára, difama; corrompe, pero halaga; quita la vida, pero prometiendo secretos que la han de hacer duradera; miente, pero seduce; y del ser mas abyecto, mas desgraciado, mas miserable, hace

un Rey ó un semi-Dios, alimentando insensatas esperanzas, y llenando de aire ó de humo su cabeza.

Las quiebras del mundo consisten en la desercion de los desengañados; pero cuenta con singulares preservativos y hábiles recursos para prevenirla y retenerlos. Tapa con mil enredos y artificios la triste realidad, de modo que nó queden sino las apariencias que lo abonan : nó deja por mover ningun resorte de la flaqueza humana. Cambia de salsas y de manjares; dá placeres, al que placeres busque; incienso, á la vanidad; dinero, á los que por ella se desviven; y hasta la fortuna, con ser cosa tan mudable, se dá á los aventureros, que se echan en sus brazos y se duermen confiados, para correr mas ciegamente sus azares.

Para muchos desgraciados este letargo es la muerte. Huyeron de Dios, tal vez sin saber que huían; fueron en busca de un porvenir que se retiraba delante de sus pasos; buscando una luz dieron con la sombra; la muerte, el sepulcro, pone funesto término á la vida que desperdiciaron. ¡Triste vida la que así se vive! ¿Dónde está la gloria codiciada, dónde los inefables placeres y la fama? Nuevos seres, genios

que nó quisisteis seguir el camino trillado, héroes ó sábios que os apartasteis de la Religion para nó encerraros dentro de una órbita que á vuestro orgullo pareció mezquina, ¿qué se ha hecho de vuestro Olimpo? Ah! vuestro trágico fin es lo que nos queda!..... Y nó es poco á la verdad, pues la perdicion de los unos es desengaño que á otros aprovecha.

Cuando se dá la vuelta en este viaje que hacemos al rededor del mundo, se oyen cosas extrañas. El viajero vuelve cansado y con necesidad de reposo. Uno vuelve tarde, otro temprano; porque nó todos van á un andar, ni todos recorren el mismo espacio, habiendo muchos, que con la aspereza y trabajos de las primeras jornadas, dán por vista la tierra, que otros, mas ilusos exploradores, ván delante celebrando. Ninguno de estos hombres experimentados, si se aprovecha de su experiencia, deja de confesar sus errores y extrayos; él mismo se acusa y se condena; y se rehabilita, aun á sus propios ojos, condenándose. Dios, la Religion, la Iglesia, la fé, el dogma, la virtud, el culto, la piedad, el sentimiento religioso, la doctrina católica en sí misma y en sus diversas aplicaciones por la estrecha relacion

que tiene con las ciencias, civilizacion, costumbres y otras muchas cosas, fueron se puede decir, el escollo de su razon, que pretendia crear, reformar ó destruir lo existente, y de sus pasiones, que se rebelaban contra todo yugo, detestando con preferencia el yugo de Cristo, del que se nos dice en la Escritura: *Mi yugo es suave y mi carga lijera.* Y por esta razon, el hombre, que mira con tedio el tiempo pasado, tiempo perdido á no ser por la pingüe cosecha de tan útiles desengaños, se vuelve á la Iglesia; y renunciando aún á los fueros de la razon, se abraza con la doctrina católica, y torna á sus prácticas tanto tiempo interrumpidas, y quisiera que la meditacion, y los signos exteriores del culto, y hasta las paredes del templo, dando calor á su antigua fé, fueran parte á restablecer aquellas dulces corrientes de la vida religiosa, que en tiempos mas dichosos penetraban en su corazon y llenaban su espíritu de santas alegrías.

Como en otro tiempo Jesucristo, llamando á los gentiles decia: "*Extendí mis manos á un pueblo incrédulo*" así tambien en el nombre de Jesús os llamo á este santo templo, os convoco, como llama la Iglesia á los que andan

fuera de sus caminos. Apresurad la vuelta, ya que de todos modos volveréis, si el Señor os mira con misericordia. Ahora se os permite que entreis en el templo: *ahora te concedo*, dice el Rey Profeta, *que habites en la casa del Señor* (1); y abriéndose todas las puertas de este templo se abren también las del cielo; Dios viene á nosotros para que subamos al Templo inaccesible; viene á nosotros el que escogió para habitación suya una entre todas las bellas hijas de Sion. No nos hableis de grandezas que dejais á un lado, de la fama ó gloria á que renunciáis; ni hagais de la conversión misterio, porque dudáramos; ni contéis el sacrificio que hicisteis, porque esto sería buscar el modo de hacerse interesantes en el mundo. Ah! ¿qué puede valer todo lo que se renuncia?... Poned vuestros ojos en la Virgen María; pues con ser la estrella de la mañana, esto es, mas ilustre que la misma luz, sin la cual, ni la luz, ni el cielo ni toda criatura puede ilustrar el ánimo y dedicarlo á Dios (2), ella misma se dedica, ella viene, se

(1) Ps. xxii, 6.

(2) *Charissima, illustris, et ipso illustrior lumine, sine qua neque lumen, neque cælum, neque omnis creatura po-*

presenta. Fué como inspiración divina que el pueblo tomara parte en tales regocijos; siguió á la Virgen María derramando flores, y cantando himnos en honor de la divina Esposa. Dichoso el pueblo que se apresura á festejarla con gozo (1). *Accede Regina*, acércate, oh Reina; acércate al Templo, y tú alcanzarás para nosotros del Rey del Universo rica abundancia de gracias (2). Esta maravilla se repite, como que es de vida eterna. Aquella *gloria del pueblo de Israel fué luz para la revelación de las Gentes*. Ojalá no sea perdida para vosotros. Ojalá que no se os conozca por los castigos de Faraon, Saul, Absalon, Sennaquerib, ya que no lo sois ni por el poder ni la grandeza que tuvieron. Ezequías perdió sus riquezas, y no quedó sino memoria de aquella sabiduría que admiraba Ezequiel en el Príncipe de Tyro.

« El hombre no es nada y no persigue sino fantasmas (3). » Dios es la verdad y toda la verdad; la luz y toda la luz; el amor y todo el

tens est animum, vere illustrem reddere Deo que dedicare.
Sancti Isidori Archiepiscopi Thessalonicensis, Orat. in Ingressum
B. M. V. ad Sancta Sanctorum.

(1) Ps. lxxxviii, 46.

(2) *Accede Regina.... que Regi universorum persuadebis, ut regiam gratiarum copiam largiatur terrestribus.* Ibid.

(3) Ps. xxxviii, 7.

amor. Venid espíritus atribulados, que el Señor os confortará. Reanudad aquella oracion interrumpida, y aquella palabra cortada, y aquella vida tan hermosa que comenzasteis en la inocencia, y que interrumpisteis en aquellos dias de desolacion que por fortuna pasaron. Y que vuestra experiencia sea útil á los demás. Decid á vuestros deudos y amigos, y enseñad á los domésticos, cuán hermoso sea habitar en el átrio del Señor. Oh! Esto es digno de un hombre de bien; y es tener miras muy altas enseñar á otros con el ejemplo y la doctrina, cuáles son sus deberes religiosos. Sobre todo enseñad y edificad á vuestros hijos; que sinó, mil peligros los cercarán antes que á vosotros, y tal vez en mejor coyuntura, y con menos defensa, y acaso para mayor desgracia. Oid la voz amorosa de Cristo que os dice: *Sinite parvulos venire ad me*; « dejad que la inocencia llegue á mí (1). » Acudid todos á este dulce reclamo. Unámonos á Dios; vamos á él rompiendo los estrechos lazos que nos sujetan á este mundo engañoso. Si es necesario hacer sacrificios, tened en cuenta que los mercaderes, cuando

(1) Matth. xix, 14.

corren peligro de naufragio, nó se detienen en arrojar al mar sus mercancías, y todo lo pierden por tal de salvarse. ¿Nada haremos por la salud del alma expuesta á perecer, á causa de nuestro tenáz apego á las cosas terrenales? Mirad que fuimos ofrecidos á Dios en el principio de nuestra vida; que estamos ligados á Dios con santos juramentos en las fuentes bautismales; que el Señor nos ha hecho promesas, nos ha dispensado dones, y que una y otra vez, cada cual segun su condicion y estado, nos hemos consagrado á su servicio con repetidas protestas de amor y de obediencia, en presencia de los Angeles y santos.

Señores, es sobremanera hermoso ver que á ejemplo de la Santísima Virgen, cada niño es llevado al templo por su madre, y es ofrecido al Dios que alegra su juventud. Acordémonos mis queridos hermanos de esta ofrenda, para volvernos á Dios. El Señor tendrá misericordia de nosotros por intercesion de la Virgen Maria, en quien el pueblo cristiano pone su esperanza (1). Así sea para siempre jamás. Amen.

(1) *Vides universam Christiani populi spem ex te pendentem. Fac ergo potentia tua, ut bene illi ac prospere cedat.* Georgii Metropolitæ Nicomediensis, Orat. iii in Præsentat. B. M. V.



ANUNCIACION

DE LA VÍRGEN MARÍA

« Ave gratia plena, Dominus tecum. » (Luc. c. V.)

Dios te salve, la llena de gracia: el Señor es contigo.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR :

El Mesias se acerca, y es prueba de su venida la voz de un Angel. Cuando Dios quiso anunciar á Daniel la aparición del Santo de los Santos que sería ungido y sacrificado (1), el mismo Angel Gabriel habló al Profeta; cinco siglos despues habló á Zacarías. Nó pariría una Virgen sin que ántes se anunciara la fecundidad de una mujer estéril : se puede juzgar del Me-

(1) Dan. ix, 21 y sig.

sias por el anuncio del Precursor; y así como el Angel se presentó al Sumo Sacerdote al lado derecho del altar en que sacrificaba, así se apareció á la Virgen delante de su tálamo, que por su pureza enamoraba los Angeles y era réclinatorio del mismo Dios.

Hay en el fondo de todos los sucesos que prefiguraron y prepararon la venida del Redentor cierta grandeza que impone y recoge los sentidos; pero es más alta esta embajada del Angel á María; su palabra es más excelente; el suceso es maravilloso y enteramente sublime: todo es maravilloso y santo.

Alegraos en el Señor, mis queridos hermanos, porque hablamos, aunque con temor y balbuceando, de aquella Virgen cuyo nombre ni podemos pronunciar sin reverencia, ni retener en la memoria sin consuelo. Ella endulza nuestras amarguras, porque *su espíritu es más dulce que la miel* (1); y vino á ella el mismo Dios para habitar y descansar en ella, abatiéndose pero realzando la humana naturaleza, recreándose en el amor y humildad de aquella su esclava, que la compensaría de la rebelion de los Angeles y de los hombres. « La

(1) Eccl. xxiv, 27.

naturaleza se admira, se sobrecoje el Angel, pásmase el hombre, se asombra el cielo, tiembla la tierra, y el infierno se horroriza (1). » El Universo se hubiera quebrantado, y toda criatura habría sufrido detrimento, si cuando la grandeza de Dios se manifestaba con tan irresistibles prodigios nó hubiera igualado el efecto de nuestro engrandecimiento en la Virgen, con el contraste de su abatimiento que hasta nosotros lo humillaba. Se abatió el Excelso; y el que tiene la inmensidad por atributo, quiso ajustarse á nuestra medida. Condujole el amor que nos tenía, desde el cielo al seno de una Virgen; y desde el altar en que fué ungido con el oleo de la alegría, al ara de la cruz donde sufrió las angustias de la muerte. Así reanudó y compuso esta quebrantada maquina del mundo, deshecha por el pecado, por el castigo, por la rebelion y los crímenes tan horrendos que destruyeron arriba y abajo, en los espíritus superiores é inferiores, toda especie de gerarquía. La presencia de Dios debió ser intolerable. Hallábase en tal abati-

(1) *Hoc est quod natura miratur, reveretur Angelus, viretur homo, stupescit cælum, extrémít terra, infernus ecorret.* B. Petri Damiani, Sermo in Annuntiatione B. M.

miento el linaje humano, que nó podría resistir el peso de otros misterios que los misterios del amor divino, dulces y suaves como sonidos armoniosos de una cítara, nó tremendos como su voz de maldicion en el Paraiso, ó el fragor del relámpago cuando tronaba en las alturas del Sinai.

Cada cual á su modo, los poétas y artistas cristianos, los Padres de la Iglesia y escritores eclesiásticos describen con suma gracia y una sencillez que embelesa la mision del Angel. A la voz de Dios atraviesa el desierto de los cielos; se cierne con sus blancas alas y su ropaje aereo sobre los reinos y montañas de la Palestina; y poco ántes que se levantáran las sombras de la noche, vá cayendo como una bendicion sobre Nazareth, y abate sus alas graciosamente. Su espiritu celestial es como luz que se desprende de una nube, vapor iluminado ó sutil aliento, que se reviste de humanas formas con una belleza purísima, ideal, que no se puede describir (1).

Pero aquí donde acaba la inspiracion agotando todas las gracias, entra la sencillez de

(1) La edad media ha sido fecunda en estas representaciones corpóreas de la naturaleza angélica. La sentencia del Concilio

los Santos, ni menos interesante, ni menos admirable. Nó se sabe si cantan ó si lloran; pero los embarga el gozo; y palpitándoles el corazon, suponen dudas en el Angel Gabriel, y los temores y alegrías de su embajada dán lugar á este secreto y sencillísimo coloquio. « ¿ Qué haré? ¿ Correré á su tálamo? Pero asustaré á la Virgen. ¿ Me deslizaré con pasos lentos? Creerá que entro furtivamente. ¿ Llamaré á sus puertas? Nó lo acostumbran los Angeles. ¿ La llamaré por su nombre? Temblará la jovencilla. ¿ Le anunciaré su gozo en el Espiritu Santo, y diré que le hará sombra la virtud del Altísimo? ¿ La saludaré diciendo *Ave gratiosa*, el Señor es contigo? Principiare con palabras de alegría, porque el ánimo está gozoso, el tiempo es alegre, el mandato deleitable; y el consejo es de salud, y principio de un gozo inmenso (1).

de Latran, — *Utramque de nihilo condidit naturam, spirituales et corporales, angelicam videlicet et mundanam*, — nó se opone al siguiente pasaje de la Escritura: « El hace sus ángeles con los vientos, sus ministros con el fuego abrasador. » San Basilio el Grande, San Metodio, San Agustín, y sobre todos, Santo Tomás es admirable al tratar de los Angeles, cuya asistencia, tan sensible por sus efectos, la hace palpable en cierta manera si seguimos la elevacion de su espíritu.

(1) *¿ Velocine cursu ad Thalamum contendam? S. Andræ*

Rociaron los cielos desde sus alturas, llovieron las nubes, y la tierra fructificaba el Salvador prometido y esperado. Desplegábanse las hojas de la flor de Nazareth, hasta entonces cerradas y recogidas tras el velo del misterio; y descendió á su purísimo caliz la preciosa simiente de la gracia, que establecía entre Dios y los hombres un parentesco divino. Ya pasaron las promesas que se hicieron á Abraham, Isaac y Jacob; y las maravillas que obró el Señor librando al pueblo de Israel de la esclavitud del Egipto, y los enigmas y figuras que se vieron en el desierto, y las visiones de los Profetas, y la ordenacion del Reino y del Sacerdocio, despues de concurrir á la demostracion de todos los prodigios de la ley de gracia que principia con la Encarnacion del Verbo, ya pasaron tambien. Pasemos con alegría de las sombras y figuras á la realidad; echada está la suerte sobre el templo y el pue-

Hierosol. in Annunt. B. M. S. Cirilo. S. Bernardo y S. Pedro Crisólogo se distinguen entre otros Padres de la Iglesia por su elegancia y las elocuentísimas frases que emplean al tratar de este misterio. S. Agustín hace paralelos entre Eva y Maria, que son más conocidos porque suelen usarlos los predicadores. S. Ambrosio sustituye á Eva con Sara. Los discursos de Beda en este asunto como en todos, toman su fuerza del cumplimiento de las Profecias.

blo de Israel; *secóse su carne como el heno, y su gloria pasó como la flor del heno* (1); demos la frente al espíritu de Dios que sopla sobre la tierra árida; y ya que son venidos los suspirados dias de la alianza y de nuestra regeneracion, nó seamos ingratos á tantos beneficios. ¡O Virgen Maria! ¡Por tí viene la salud al mundo! Tú que eres entre los Angeles sublime, pero humilde entre nosotros, acoje misericordiosa nuestras súplicas. Como el Angel te saludó cuando el mismo Dios bajaba hasta tí desde los cielos, así te saludamos los pecadores, queriendo subir hasta tí desde este valle de lágrimas. *Ave, Maria.*

(1) Is. xl, 6.

Una Virgen Madre es el milagro de los milagros; y sería un imposible á nó ser la Madre de Dios. Maria tiene la integridad de la virginitad sin sufrir la esterilidad que entonces se consideraba como una desgracia, y su maternidad divina tiene todo el honor de la maternidad sin mancha alguna, en lo cual consiste su incomparable gloria. Semejante honor, dice Santo Tomás, es el término de las perfecciones divinas.

« Vos concebireis un hijo, y le dareis el nombre de Jesús, *Salvador*. *Será grande* (1). Se llamará *El hijo del Altísimo*: será llamado *El hijo de Dios*. Dios le dará el trono de David su padre, y reinará eternamente en la casa de Jacob. Este trono que el Rey Profeta vió en

(1) S. Luc. 1, 31.

espíritu le está preparado por el Dios que *le enjendró antes de la aurora* (1). Su trono será eterno, y su reinado no tendrá fin. »

Esto no lo vé la pobre ciencia humana. Ciega y descaminada, menos anda que tropieza chocando con lo sobrenatural y los misterios, se habla del espíritu como si se hablara de una noción abstracta, y la Iglesia, donde vinieron á refundirse la casa de Jacob y el trono de David, nó se mira por muchos cristianos ignorantes como la depositaria de esta vida del espíritu, de esta doctrina celestial que hace imperecedero el reino de Dios en este miserable mundo, donde todos los reinos perecen.

El Espíritu Santo viene sobre la Virgen; la Virgen concibe, y lo que de ella nace, será santo. Mas *¿quién nós contará su generacion* (2)? « Castos misterios del Cristianismo, exclama Bossuet, *¿cuán puros es menester ser para entenderos* (3)! El Padre Eterno extenderá su generacion eterna; enviará su Unigenito, y encarnará para salvar al mundo. Tan pura será esta carne, que solo pudiera enjen-

(1) Ps. ix, 3.

(2) Is. l. iii, 8.

(3) *Élévations à Dieu sur les mystères*, pag. 193.

drarla la virtud del Espíritu Santo; y tan santa será el alma, que pueda unirse á la persona del Verbo; y tan limpia de toda mancha debió ser la Santísima Virgen, que pudiera ser Madre del que es tres veces Santo. Y esta nuestra carne pecadora, y esta sangre envenenada, y esta alma tan rebelde, y todo el hombre esclavo del error y del pecado, desciende por naturaleza y gracia de esas rancias stirpes que esperaron la salud y nó vieron sino la sombra, y de esas razas flamantes tan señaladas por el vigor con que confesaron la fé de Cristo; título glorioso, el principal, el único título de nobleza que tenemos. Nosotros renunciamos á esta dignidad, nosotros nos rebelamos contra la obra de Dios en que resplandecen en un grado infinito su poder y su misericordia, vacilando en la fé y desesperando de las divinas promesas. En vano el Verbo Eterno vino á nosotros tomando nuestra naturaleza para redimirla y elevarla, si nos creamos otro cielo y otra tierra. Los delirios de hoy son insensatos y viles y degradantes. ¡Oh y como se ha disipado aquella generacion fuerte y briosa que vivía de la fé! Se cree en cualquiera regeneracion olvidando la regeneracion cristiana. Todo

se reforma, y no se teme llevar á lo mas sagrado una mano atrevida. El espíritu es acosado; la conciencia es turbada; las pasiones son excitadas de mil modos; la seduccion tiende lazos; la voluntad mas firme se quebranta; la fé se entibia; el hombre decae; y siguiéndose las decepciones mas deplorables á las mas falaces promesas, generaciones raquílicas, disipadas, indiferentes á la salud que nos viene de Cristo, se conmueven cuando llega á sus oidos el anuncio de una nueva regeneracion, que los filósofos preparan. La humanidad está muerta si nó se une á Jesús, sino se incorpora al Verbo; la Religion del Crucificado puede salvarnos, y la Iglesia es el arco de salvacion. Morir, y morir sin remedio, esta es la suerte de los que se apartan de la familia cristiana. Sin pan, sin abrigo, sin luz, sin guia, sin apoyo ¿que sería de nosotros, Dios mio, si siguiéramos nuestro espíritu, espíritu de orgullo, amigo de temerarias ficciones, criterio el más engañador y más falso, que es para tantos miserables el único maestro á quien escuchan? Tiempo es ya, Señores, de que se vea claro en tales materias. Gracias á Dios, hemos llegado á unos dias en que nó es

lícito porque nó es posible siquiera, confundir una doctrina humana con la doctrina divina. Aunque á costa de mil males y desgracias, somos deudores de este beneficio tan señalado al Protestantismo, que ha hecho resaltar con sus absurdos los caracteres eternos de la verdad religiosa; y desde el Protestantismo acá, es mucho lo que hemos adelantado en esta vía. Ya nó tememos los errores ni los sistemas mas absurdos y atrevidos; señálense nuevos caminos á la humanidad; proféticese la ruina de la Iglesia; que se nos dé por muertos á los que predicamos en nombre de Jesús, y contrapongase á la predicacion de la *buena nueva*, et desprecio publico de toda religion para que mejor se crea en ese porvenir tan venturoso que proclaman falsos oráculos de la razon libre. Pero mientras más absurdos se proclamen, más se rectificará el juicio; ya la razon mejor ilustrada dá testimonio de Dios, y renuncia á tantos delirios para incorporarse al Verbo. Oigan todos la palabra de Dios, que es la sabiduría, la fuerza, la salud, y la vida; ella levantará de su postracion á las Naciones; las reanimará; la savia correrá por sus venas; están abatidas y recobrarán de este modo sus

títulos de grandeza; engañadas por falsos oráculos prestarán atento oído á la voz de los Angeles; y separadas del tronco de las familias cristianas que arranca de aquella generacion eterna, uniránse al Verbo; y el Verbo, por una especie de encarnacion, se les incorporará íntimamente. Su corazon y su alma vendrán de aquella alma que padeció deliquios por los pecadores y de aquel corazon que dió por ellos toda su sangre tan preciosa: y el Salvador estrechándolas amorosamente en sus brazos les dirá con un amor infinito; « El que escucha la palabra de Dios y hace su voluntad, es mi hermano, mi hermana y mi madre (1). »

Os hablaba, Señores, del parentesco divino á que nos abría la puerta este profundo misterio, y es preciso informaros de los accidentes y circunstancias eslabonadas por la Providencia para preparar, anunciar y realizar nuestra regeneracion de un modo seguro. Así vereis que no ha habido mas que una regeneracion, la que obró el Altísimo, y que nó se deben tentar otros medios para sacar á los pueblos de su decadencia que los que sean mas apropósito para volverlos á la Religion.

(1) Luc. 1, 38.

La Anunciacion, este misterio rodeado de milagros, era ya la última voz que bajaba de los cielos para acabar en el seno de la Virgen Maria, aquella generacion tantas veces anunciada en los primeros tiempos. A seguida de este anuncio, ya ois decir: — *Ecce Rex; Ecce homo; Ecce filius; Ecce mater.* — « Ved aquí el Rey; ved aquí el hombre; he aquí á tu hijo; he aquí á tu Madre. » Todo quedó comprobado.

Pero mucho antes de esto, aunque ya en los dias en que la Providencia anudaba el hilo roto de tantas generaciones rebeladas, preparándonos una ascendencia mas ilustre, llamó el Señor á Abraham, que se ejercitaba en la pastoria en las llanuras de la Caldéa, y le dijo: « Sal de tu pais, y de tu familia y de la casa de tu padre, y ven á la tierra que yo te mostraré: y yo haré de tí una gran nacion, y haré tu nombre magnífico,.... y en tí serán benditas todas las naciones de la tierra (1) ». Veinte siglos tardó el cumplimiento de esta promesa. Para el Eterno nada son los siglos; pero comparad este llamamiento con la mision del Angel á María, y

(1) Gen. xii, 1 y sig.

vereis el conjunto de esta preordinacion divina que es todo el plan de nuestra Redencion, trazado, por decirlo así, en una carta de dimensiones verdaderamente colosales. Un conquistador, un Rey, no pudieran hablar así; sus promesas se habrian disipado como sus dádivas; nada quedaría de esas tierras, de esas naciones, de esas ciudades, como nada queda sino la memoria de aquellos imperios y grandezas babilónicas levantadas por la mano del hombre y destruidas por la del tiempo, implacable enemigo de sus obras. Pero Isaac y Jacob nacieron de Abraham, y Dios juntó perpetuamente á su nombre el de estos dos hijos y el de su padre. Este es el principio, y la obra continúa.

La familia de aquel pastor Caldéo vióse sentada en las gradas del trono, con José, que la representaba: inspirando recelos su grandeza, fué oprimida en la tierra de Egipto; libertada por Moisés de la servidumbre, sigue á su caudillo, el caudillo recibe del mismo Dios los mandamientos de una ley siempre vigente, ley divina y eterna, que no puede derogarse como se derogaron las leyes de Solon, Minos, Licurgo y Confucio, con ser tan

sabios legisladores. El pueblo de Israel dividido en tribus, gobernado por jueces, llegó por fin á la tierra prometida, y despues de cinco siglos, mil años antes de la venida del hijo de Dios, fué elevado al colmo de la gloria como para que mereciera tener entre su descendencia al *deseado de las naciones*. Brillante pero de corta duracion fué en Israel el periodo de la Monarquía. David y Salomon, pero sobre todo el primero, fué figura de Cristo. Salomon, Rey pacífico, levanta al verdadero Dios el primer templo del mundo. David, pastor como Abraham, apacienta sus ganados; Rey de la guerra, hace armas contra las gentes enemigas; cantor y poëta modera con su harpa las iras de Saul, maldice las colinas de Gelboe; y levantando su trono sobre las montañas de Sion, vé al Cristo en la prolongacion de su stirpe, y canta su vida y muerte en el Salterio, cuyo ritmo inmortal es la lengua de la Iglesia así en sus tristezas tan fúnebres como en sus alegrías tan santas. El pueblo de Israel es reducido á la cautividad; el templo de Jerusalem es destruido; gimió bajo el peso de horrible esclavitud á orillas de los rios de Babilonia; pero el Señor que todo lo gobierna, le-

vanta á Daniel, quien predice la ruina de Babilonia; Babilonia cae. Ciro salva los restos de Israel; Zorobabel, uno de los ascendientes de Cristo en linea recta, así como Ciro, fué una de sus mas claras figuras (1), conducelos restos de este pueblo á las ruinas de Jerusalem, y echa los cimientos del segundo templo. En este tiempo aquella gloria se amortigua, y la oscuridad va creciendo gradualmente, así como el silencio de los Profetas. *Propè est Deus* ¡Dios está cerca! Todo está hecho. La gloria se detiene al parecer ó se oculta á la vista de los hombres; pero llegada la hora, cuando la Magestad divina baja de los cielos á tomar nuestra carne en las entrañas de una Virgen, oscura descendiente de aquella raza que se había preparado, si nó encontró la púrpura de Salomon porque el esplendor de los Reyes de Judá había pasado, encontró la sangre de Abraham y de David; y en aquella sangre estabamos nosotros; estaba el universo mundo á quien había de redimir. ¡Cuánta es la gloria de la Redencion, pues que en solo preparar

(1) Terminantemente llama el Señor por boca de Isaías á Ciro su Cristo, es decir, su ungido. *Hæc dicit Dominus Christo meo Cyro*. Cap. XLX, v. 3.

una estirpe que diera la Virgen de que nacería el Salvador, pasáronse veinte siglos! Esta Virgen es nó solamente la obra maestra de la gracia, como dice S. Bernardo, sino el lazo de union entre el cielo y la tierra. El Dios-hombre está entre nosotros; es el hijo de David en quien acaba la sucesion de los hombres enjendrados segun la carne, para dar principio á una nueva generacion segun la gracia; donde acaban los *hijos de ira*, y por quien somos *hijos de misericordia*. La naturaleza se conmueve, y se sobrecoje la Virgen á estas palabras del Angel; « El señor es contigo. » Nó bien se dijeron, y ya quedaron quebrantadas, como dice S. Ireneo, las cadenas que nos sujetaban á la muerte por una funesta necesidad (1). Tal es la historia de la generacion temporal del Verbo; y al entresacarla de los documentos que forman tan maravilloso tejido, hallamos la serie de nuestros ascendientes y nuestra propia genealogia.

Aunque nosotros estamos en el Verbo y el Verbo en nosotros por la asuncion de la humana naturaleza, hay una otra generacion, un otro parentesco, parentesco de filiacion

1) Adv. hæres. lib. v.

espiritual en cuyo concepto nos decimos con rigorosa propiedad *hijos de Dios*. Por esta razon se dice en el Evangelio: « Ellos nó han nacido de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios (1). La concepcion que milagrosamente se obra en las entrañas de una virgen es semejante á la que se verifica en nuestros corazones y en nuestras almas por la fé. Nuestro nacimiento es virginal como lo fué la concepcion y nacimiento de Jesús; cae de los cielos la semilla de la divina palabra, y fructifica en los corazones dispuestos á recibirla. Aquellos que saborean sus preciosos frutos, tan delicados y suaves, son verdaderamente hijos de Dios. Los que reciben la luz del Evangelio que alumbra á todo hombre que viene á este mundo, son hijos de Dios; ven la gracia en sus milagros, y la verdad en sus palabras. ¡Ah, mis queridos hermanos! Nosotros somos hijos de Dios, pues que nosotros somos hijos de la luz, hijos del Evangelio. Aquellas palabras de Isaias: « El Señor continúa hablando á Achaz..... Ve aquí que una virgen concebirá en su seno, y parirá un hijo que se llamará

(1) Joan. 1, 43.

Emmanuel (1), » se cumplieron á la letra en la concepcion y nacimiento de Jesús, altísimo misterio del cual se deriva el misterio de nuestra regeneracion. ¿Es posible equivocarse? Nó. « El Señor mismo os dará un signo, » dice el Profeta (2). ¿Qué signo es este? Un ángel baja de los cielos; saluda á la Virgen Maria, y le dice: — *Ave gratiosa; el Señor es contigo.* — La Virgen se turba; ella no puede alcanzar el misterio que se le anuncia; pero el Angel dice: *Nó temas; has hallado gracia en el Señor; concebirás y parirás un hijo que se llamará Jesús; el Espíritu Santo vendrá sobre tí, y la virtud del Altísimo te hará sombra.* Basta. Ved aquí el signo de que hablaba el Profeta Isaías. La Virgen exclama: *He aquí la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra.* Y el Verbo habitó en sus virginales entrañas, y nosotros nos unimos al Unigénito del Padre, que bajaba de los cielos para redimirnos del pecado y de la muerte.

¿Dónde encontraremos elogios que nó sean vanos, y alabanzas que nó sean ni fútiles ni

(1) Is. vii, 10 y sig.

(2) Is. vii, 14.

escasas para bendecir á la Virgen, que mereció ser templo santo donde quiso habitar el mismo Dios? Amontonemos las imágenes y pensamientos de los libros sagrados, porque la hija de David nunca será dignamente alabada sino en la lengua de sus padres. Dichosa la raiz de Jessé, y tres veces dichosa la casa de David. Dios habitó en las entrañas de la Purísima Virgen sin ser quebrantada; porque — *El Señor santífico su tabernáculo* (1). — Tuvo la Virgen en su seno á Aquel que no cabe en el espacio. Llevó en su seno á Aquel que lleva todas las cosas, y que á ella misma la llevaba. Sobre ella cayó *el celeste rocío*, y de sus gotas como perlas nació una fuente, y esta fuente fué la fuente de Belen, por quien David, abrasado de sed, tanto suspiraba. Fué la Virgen el verdadero propiciatorio donde nuestro Dios se reveló al género humano bajo la figura del hombre, y el vestido sin mancha de Aquel que segun el lenguaje de la Escritura, *tiene la luz por vestido* (2). ¡Oh y cuán grande es la casa del Señor, y cuán inmenso es el lugar en que habita (3)!

(1) Ps. xlv, 5.

(2) Ps. cmi, 2.

(3) Baruch, iii, 24.

¿Podríamos dudar, Señores, que la que fué digna de llevar en su seno el fruto de nuestra redencion pudiera alcanzarnos el beneficio de nuestra libertad? Nó ciertamente. Atestiguamos con el mundo que la ha honrado en todo tiempo. Sería menester, no solo despreciar las alabanzas que hoy recibe la Santísima Virgen de los lábios de todos los hombres, sino olvidar tambien el fervor con que los Concilios y Santos Padres defendieron la hermosa prerogativa de su maternidad divina contra las impías blasfemias de Nestorio. A la voz de *Salve Deipara*, los maestros de piedad y columnas de la fé, los Prelados de ilustres y Santas Iglesias, sucesores de los Apóstoles; los hombres sábios y elocuentes, cuyos lábios destilaban dulces alabanzas ó fuertes anatemas, tomando la Cruz y despreciando las tempestades, se reunieron en Efeso. La salutacion del Angel Gabriel es fundamento de sábias discusiones y el grito de todos los fieles. De repente, la fé y el amor obran una transformacion sobrenatural. Ya nó son ni sábios, ni mártires, ni maestros, ni obispos los que componen aquella asamblea, por siempre memorable; son Angeles del cielo que vienen en auxilio de Gabriel;

todo el mundo los vió llegar á la ciudad; el Asia se alegró, y todo el orbe de la tierra (1). Allí quedaron enterradas todas las heregias, y anatematizadas todas las blasfemias, y proscribas para siempre todas las doctrinas temerarias. Las definiciones de Efeso sofocaron todos los errores; y prestaron tal vigor y pureza al espíritu católico, que la doctrina de aquel Concilio suministra armas en todo tiempo, y siempre han sido muy poderosas en manos de la Iglesia. Focio, Porfirio, Sabelio, los Maniqueos, los Arrianos, los Apolinaristas, desaparecieron. Recordamos sus errores condenados y deshechos, como triunfos de la Madre de Dios: son la serpiente tentadora debajo de las plantas de la mujer su enemiga. La Iglesia vive, y su doctrina es inmortal; nó se agota. La Madre de Dios alcanzó de los hombres un triunfo completo: todas las generaciones la llaman Bienaventurada. Mereció la Virgen el honor de la fecundidad, y se con-

(1) S. Cirilo obispo dirije una salutacion á la ciudad de Efeso con el entusiasmo y alegría correspondiente al suceso, como se deja conocer por estas palabras: *Salve Ephesiorum urbs, novo maris prospectu ornatio, propterea quod loco terrenorum portuum, portus Angelici ac caelestes ad te venerunt. Salve Asiaticae Diocesis decus, etc.*

serva fecunda la que concibió al Redentor del mundo. Nuevos hijos la llaman siempre y esperan en ella. Nada de regeneracion anticristiana, nada de engañosas promesas ni de utopias. Academias que disputan, sectas que perecen, errores que unos á otros se suceden devorándose, esto es lo que hemos visto claramente en esos periodos en que se coligaron contra la Iglesia y el sagrado depósito de su fé, sus más poderosos enemigos. ¡Cuán hermosa es la doctrina que nos presenta á todo un Dios viniendo á la misera humanidad para ennoblecirla y salvarla! Toda otra doctrina es estéril y funesta. Seguid el camino, mis queridos hermanos, que siguieron aun muchos corazones duros que se ablandaron delante de la Santísima Virgen y se rindieron á sus piés. Sus pensamientos deshonestos se volvieron castos, sus palabras irreverentes se volvieron comedidas, su glacial indiferencia se tornó en afectos vehementísimos, y la más desesperada de las desesperaciones se mudó en la más hermosa y consoladora de las esperanzas. ¡Ah, mis queridos hermanos! ¡Qué dicha la nuestra! La que es Madre de Dios es madre de todos los hombres. Admirad con la Iglesia el prodigio

de su fecundidad. El Rey Profeta la vió de lejos *como una oliva que dá fruto en la casa del Señor* (1), y hariais mal en nó buscar la sombra y proteccion de esta preciosa oliva, que á tantos pecadores sostiene y defiende, dándoles á gustar frutos de vida eterna. *Amen.*

(1) Ps. li, 3.



VISITACION DE LA VÍRGEN MARÍA

Exurgens autem Maria, abiit
in montana cum festinatione
in civitatem Judæ. (Luc. c. I,
v. 39.)

Levantándose, María fue con di-
ligencia a la montaña a una ciu-
dad de Judá.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR :

Nó se han acabado los prodigios. Dios, en-
carnado ya en el seno de la Virgen, le inspiró
el deseo de ir á visitar á Santa Isabel para
anunciarle esta nueva, y llevar la gracia y el
Autor de la gracia á Juan Bautista, encerrado
en el seno de su madre. Recibe la Virgen con
profundísimo respeto la inspiracion divina,

cree en la voz de Dios, y obedece al punto poniéndose en camino hácia las montañas de Judea.

Aunque la casa de Zacarias estuviera situada en un valle delicioso, rodeada de los árboles mas bellos de la Palestina, y todo aquel ambiente perfumado por el suave olor de los naranjos; aunque la morada del Pontífice hebreo estuviera embellecida con jardines del gusto y estilo persa y fuentes tan alegres como la fuente Nephtoa, el viaje desde Nazareth à la villa de Ain era largo y penoso, y el pais, en una distancia de noventa millas, presentaba muchas asperezas y dificultades.

Pocos asuntos ofrecen tanta importancia como este que nos refiere el Evangelio, pues de él se deriva una doctrina de gran instruccion y provecho para los fieles. ¿De qué manera obedeció la Virgen al llamamiento divino? *Cum festinatione*: nos dice el Evangelista: *con diligencia*. Desde que María conoce la voluntad de Dios, nada la detiene. Hizo lo que debe hacer un alma obediente á los divinos mandatos. A título del soberano dominio que tiene el Ser supremo sobre todas las cosas, debemos acatarle, obedecerle y seguirle. En reconocer

su supremo derecho, su suprema autoridad, su supremo dominio, nó habrá dificultad; así los suponemos: pero en conformar nuestra conducta y arreglar nuestra vida á esa voluntad que manda, que nos habla por sí, ó que nos impone leyes por medio de nuestros superiores, leyes que traen del mismo Dios su legitimidad y su fuerza, aquí están las dificultades y embrazos que nos suscita nuestra voluntad, rebelde á todo yugo. Se buscarán mil surbtrefugios y evasivas para dispensarse de esta obligacion; mas para obedecer es necesario ahuyentar todas las reflexiones que inspiran prevenciones infundadas. Las ilusiones del amor propio, la vanidad, las delicadezas y miramientos, la susceptibilidad y otras mil pequeñeces, solo sirven para avivar el fuego de la rebelion. Nó dejarán ver en la obediencia el mérito; y cuando solo se descubre la fuerza que avasalla ó pretende avasallar, todo hombre se subleva. El medio de vencer con seguridad todas las dificultades es adelantarse á la reflexion, nó dejarlas crecer, nó oirse; porque el hombre siempre se habla de una misma manera. Los momentos de dilacion en la obediencia dán temibles ventajas al amor propio; por esta

razon dice S. Bernardo, que el oido ha de estar pronto para oir, los ojos para ver, la boca dispuesta para hablar ó enmudecer, las manos prontas para trabajar, y los piés dispuestos para caminar desde que habla el Señor.

El quitar las repugnancias é inconvenientes que por nuestra parte se suscitan, es ademas necesario, pues que habremos de acometer una obra difícil, y nó se acometerá sin ardimiento, ni se continuará sin trabajo, ni se consumará sin constancia. Nó miró la Virgen ni la delicadeza de su sexo, ni lo largo del viaje, ni lo escabroso del camino, ni la altura de la montaña. Las palabras del Evangelista — *cum festinatione, in montana* — indican la *prontitud* con que obedeció, y la *dificultad* que nos enseñó á vencer con su ejemplo. Ya se vé, nosotros quisieramos una perfeccion fácil de alcanzar, evitando el encuentro y pugna de las pasiones, ó convirtiéndolas en auxiliares de la virtud. Que nó hubiera enemigos que combatir, que siguiéramos una inspiracion saludable y fácil, de modo que en llegar á la perfeccion tuviera más parte la fuerza del instinto, que el valor del propio sacrificio. Ni querriamos subir á lo alto de un monte, por-

que el aliento nos falta y desmayan nuestras pobres fuerzas; mejor sería que se pudiera llegar á la cúspide alargando la mano, ó que si ha de parecer inaccesible, se buscáran rodeos y senderos tortuosos que hicieran menos agria la pendiente. Ni queremos un largo viaje, pues el siglo nos llama y necesita; y gustamos de atender á todo, con lo cual se facilita sobre manera el plan que nos hemos trazado de vivir segun el Evangelio, pero sin reprimir el amor propio, sin subir á lo alto de una montaña ó buscando los más comodios senderos.

Perdonad, Señores, si no me detengo á examinar este misterio. Los hechos milagrosos á que se refiere, aquella bendicion de Santa Isabel y el cántico de alabanzas á Dios con que la Santísima Virgen reveló por primera vez toda su gloria, serian traídos apropósito si yo tratára de poner la razon de acuerdo con la fé para explicar tan grandes maravillas. Pero considerando que la Religion está fundada sobre estos hechos, sacaré de las circunstancias de este misterio la doctrina necesaria para la edificacion de nuestras costumbres. Como quiera que sea, nos importa muchísimo hacernos superiores á las sujestiones del amor pro-

pio, y conocer el camino que tenemos que andar, para nó vivir pépetuamente engañados acerca de nuestro último fin, así como sobre las dificultades y medios que tenemos de conseguirlo. El Señor nos ilumine por intercesion de la Santísima Virgen. *Ave María.*



Resistir la autòridad de Dios en nombre de la razon, nó tiene sentido; porque antes bien es muy conforme á la razon el reconocimiento de su suprema autoridad. A nó confundirse las nociones mas claras acerca de Dios y sus divinos atributos, nó es posible poner en duda ni su autoridad soberana, ni su sabiduria sin limites, ni los inescrutables arcanos de su Providencia. Por decirlo con mas propiedad, Él solo sabe, Él solo puede, Él solo gobierna, así como Él solo és; no siendo los hombres sino por Él, ni pudiendo ser su sabiduria, ni su poder, ni su autoridad, mas que el reflejo de aquellos atributos que en Dios son ecenciales y en el hombre son comunicados, que en Dios son inmensos y limitados en el hombre. Nó es pues conforme á la razon este género de

resistencia. Apesar de esto el hombre resiste á Dios, y constantemente. Su vida es una resistencia en que los actos de rebelion se dán la mano los unos á los otros. ¿Qué nombre daremos á esta fuerza?

Esta fuerza siempre sublevada, este nervio tan tirante es el orgullo. De aquí nace el amor á la independencía y á la libertad. Podríamos señalar algunos arranques generosos, muchas nobles acciones nacidas de este amor de la libertad; pero el egoismo, adonde por lo comun termina este amor de la independencía, ahoga los gérmenes de lo bueno y nos extravía. Nada trajo al hombre más funestas consecuencias ni le acarrea mayores males que el abuso de la libertad. Por lo mismo que es la facultad mas noble y excelente de la criatura, sin la cual ni se explicaría la dignidad de su ser ni el mérito de sus buenas obras, por esto el abuso de tan precioso don ocasiona males de mayor entidad y trascendencia, que el abuso de otros dones por más preciosos que ellos sean. El orgullo es nuestro vicio capital. Toda autoridad superior nos es onerosa; pesa sobre nosotros, y su peso nos es intolerable. No estamos dispuestos á reconocer derechos en el que manda, para

decir si nos parece que la ley no es mas que un yugo: y supuesto que el poder es un tirano y que la ley no es mas que la voz de una autoridad despótica ó arbitraria, si nó nos gobernamos por la razon, nuestra inclinacion será siempre á sacudir el yugo de la ley. Este vicio es tan natural, que hasta en el estado de la inocencia pudo incitar y estimular al hombre, de modo que desobedeció á Dios y se rebeló contra sus preceptos. Ahora bien, el hombre no cayó en este desorden de amar la libertad y la independencía, dice S. Ambrosio, sino porque desobedeció á Dios; y desobedeció, porque estaba sujeto á este desorden.

Es verdad que hay leyes tan sagradas y venerandas, que apesar de nuestros desarreglos, nó podemos menos de respetarlas y someternos á su imperio. Nos hallamos desarmados para resistirlas, porque la fuerza con que obligan descansa sobre tales fundamentos, que no hay hombre alguno que la rechace. Estas leyes se llaman la Religion y la conciencia. La primera nos ata á Dios, y la segunda á nosotros mismos. Dios habla desde el fondo de nuestro corazon; nos exorta, nos manda, nos prohíbe, nos castiga, nos consuela. A este modo

la conciencia estimula, arguye, reconviene, veda, y nos mortifica ó nos complace. Por enemigos que seamos de toda dependencia, Señores, amamos estas leyes que nos defienden y amparan, y que son las fuentes de nuestra felicidad temporal y eterna. Sacudamos todos los yugos menos este, dirá el hombre. Yo no soy una bestia : yo tengo una Religion que amo : yo tengo un Dios en quien espero : yo no soy ni tan estúpido ni tan degradado que nó reconozca en mi conciencia una autoridad que me dirige; yo no quiero sofocar su voz, por el contrario, quiero oirla; es un buen amigo que me dice la verdad, un juez recto, una luz que encuentro siempre delante de mi camino. Obedezco á estas leyes que emanan de un mismo principio, que se asemejan casi hasta confundirse, y las reconozco en esos caracteres que revelan toda la excelencia del hombre; el sentimiento religioso, y el sentimiento moral.

Peró el orgullo busca salidas para hacer inútil esta adhesion y quebrantar esta obediencia. ¿Cómo? Conculcar esos principios no es posible; despreciar esa autoridad, tampoco. Será menester oponer á estas leyes otra ley;

desfigurarlas, anularlas, pero con tal arte y perfeccion, que en cuanto se pueda conseguir, nosotros seamos los primeros, ó siquiera los únicos engañados.

Y así sucede, Señores. Pero ¿de qué manera? Nó teniendo por ley sino lo que nos agrada; estando á lo favorable y nó á lo adverso; escudándonos con el deber tal cual lo imaginamos, con la voz imperiosa de la conciencia cuando dice lo que queremos, y con la voz de la Religion cuando concuerda con nuestras miras. Parecemos sometidos á la una y la otra sin estarlo, y esto nos basta. Pero en realidad, nos hacemos arbitros de la Religion y de la conciencia, nó para vivir segun sus preceptos tan sagrados, sino segun nuestro capricho y los deseos de nuestro corazon.

Mas cuando el hombre quiere aparecer tranquilo, cual si diera cumplida satisfaccion á las exigencias de sus sentimientos morales y religiosos, suscitase de improviso un espantoso combate entre su razon y su orgullo. La razon quiere someterse y obedecer, sobre todo en cosas de Dios; si son dificiles, por su misma dificultad; si son ásperas, por su misma aspereza : pero el orgullo nó. La razon quiere

dejarse gobernar; ella misma se reconoce una autoridad, pero subalterna; una fuerza, pero prestada; una luz, pero comunicada; un criterio, pero no infalible; un auxilio, pero ni el único, ni siquiera el mas poderoso: mas el orgullo intenta persuadir al hombre que no crea sino en si mismo. Su razon autoriza la Religion y la conciencia, y les concede el derecho de mandarle y gobernarle como soberanas; pero el orgullo se rebela contra su soberanía. ¿Qué sucede en esta lucha? Nada bueno, Señores. La mayor parte de los desgraciados no vienen á este extremo de infelicidad por pecados sueltos, por yerros incidentales, por transgresiones que no cuentan ni antecedentes ni largas historias: se pierden así, forzando la tendencia natural y verdadera de sus facultades y hasta de sus instintos, y consumiendo toda su vida en pervertirse sin estrépito, en esta lucha sorda donde acaban por desconocer y aborrecer la verdad quemando incienso á sus ídolos de cada dia. Pero por lo pronto, ¿qué fuerzas se destruyen? Ninguna. Así se puede vivir mucho tiempo; muchos viven así. Nadie dice lo que en sus adentros pasa, pero se adivina. Se calculan

estas fuerzas, se comparan; parecen iguales. La lucha es empeñada. El respeto á la Religion y á la conciencia no se quita. Ya no se inquiere si su fuerza se ha aminorado, sino si existe: y existe verdaderamente. Oh! la Religion y la conciencia son bastante fuertes para sostenerse y resistir; pero el orgullo tiene tambien una fuerza considerable y no se deja dominar por la razon. ¿Qué sucederá Dios mio? Vedlo aquí mis queridos hermanos. Os hablo con la Escritura, con los escritores sagrados y profanos, con vuestros misticos y con vuestros filósofos. Si apelára á los filósofos gentiles, dirian lo mismo. « Cuando el hombre empieza á dejar á Dios, dice Bourdaloue, Dios empieza á retirarse del hombre. » Esto es exacto. El hombre intenta el último recurso; quiere transigir en esta lucha para satisfacer su razon, su conciencia, y vivir tranquilo como quien llena sus deberes. Observará las cosas grandes y descuidará las pequeñas. Respetará lo esencial, pero desdeñará lo accesorio. Sería una verdadera licencia y un criminal olvido abandonar lo que tiene una gran importancia, así como el respetar las pequeñas sería estar sometido á una vergonzosa y

degradante esclavitud. Pero en estas apreciaciones el hombre se equivoca: juzga que lo pequeño es grande, y tiene lo grande por pequeño. Finalmente, el hombre va menospreciando una cosa tras otra, va perdiendo gradualmente aquel respeto con que miraba en un principio leyes tan venerandas, se va retirando de Dios, va contentando sus piones, la razon va perdiendo su antiguo brio y exigiendo cada vez menos, aquellos sentimientos tan inflexibles se van doblando, se va apagando la voz de la conciencia, la balanza se inclina, van escaseando los miramientos y respetos, va creciendo la osadia, y ya en este estado ¿qué falta? Nada. « La libertad, como dice el Profeta Jeremias, le dá al hombre frente de prostituta; » y de ligeras transgresiones se abre una brecha fatal, por la que penetra el demonio y se apodera de su corazon.

¡Qué ejemplo el de María para confundirnos ó edificarnos! Inspirada de lo alto, no resiste; obedece sin tardanza. Nó se mueve por motivos de curiosidad ó de dudas que le suscitára el anuncio del Angel; nó es que trate de cerciorarse del prodigio de la fecun-

didad de Isabel, vieja y estéril, porque semejante prodigio es repetición de otros iguales que hizo el Señor en las Anas, Saras, Raqueles y Rebecas; ni pretende asegurarse, por medio de un ejemplo, de la Concepcion del Salvador que obró en ella el Espíritu Santo (1). Nó se detiene á calcular sus fuerzas, ni piensa en la distancia, ni toma en cuenta los miramientos que se deberían á su condicion y estado. Habla el Señor, y su esclava obedece. La edad, el sexo, las costumbres nó son propósito para subir sin detenerse á la montaña; ¿qué camino seguir? Nó el mas cómodo, sino el mas derecho. Pero la montaña parece inaccesible; nó importa, dice S. Ambrosio; « la gracia nos acerca siempre al corazon de estas montañas eternas, donde se halla nuestro tesoro. »

(1) Comentando S. Ambrosio este passage de la historia evangélica, dice: *Angelus, cum abscondita nuntiaret, ut fidem adstrueret exemplo, etc. etc.* El ejemplo de que aquí se habla es la fecundidad de Isabel, vieja y estéril, que fué la madre del Bautista, *ut possibile Deo omne quod ei placuerit assereret.* Y hablando S. Ambrosio de la prontitud con que María emprendió este viage, dice así: *Ubi audivit hoc Maria, non quasi incerta de nuntio, nec quasi dubitans de exemplo, sed quasi lata pro voto, religiosa pro officio, festina præ gaudio, in montana perrexit.* El resultado seria obtener una prueba sensible; pero la Virgen nó la necesitaba. Le bastaba su fé.

Semejante instruccion es utilísima para aquellos que sin tener en cuenta los auxilios de la divina gracia, desesperan de llegar á la celestial Sion, á la *Ciudad de Dios*, levantada sobre ese monte. Mudemos el punto de vista, así como el hombre muda de horizontes á cada paso. No nos engañemos. El amor propio nos ciega, y nos pierde, y nos derriba. Del antagonismo entre el orgullo y la razon salimos derrotados. ¡Fuerza desgraciada la que convertimos contra nosotros! ¡Tristes ilusiones que solo sirven para presentar de relieve nuestra miseria! El hacerse superiores por la desobediencia al sentimiento moral y al sentimiento religioso, no ha sido elevarse, sino caer: no ha mejorado la condicion del hombre; se ha rebajado hasta el nivel del bruto. Tales arranques no indican el vigor de su espíritu; son el efecto de una presuncion loca. El hombre rendido: no hay mejor argumento para atestiguar su propia flaqueza.

Pero cualquiera que sea su debilidad y posturacion, puede levantarse; quisiera levantarse; tiene horror á los crímenes. Jesucristo amenaza con penas eternas á los pecadores que nó se arrepienten. La vida cristiana es una pro-

fesion pública de penitencia. Es menester tomar la cruz de Jesucristo. Todo hombre tiene obligaciones, y es preciso cumplirlas. A nuestro fin último se llega por la práctica de la virtud, y nó hay remedio; es necesario adoptar el partido de la virtud. Para esto somos hombres; para esto tenemos un alma espiritual é inmortal; para esto se nos ha dado la razon, y la libertad, y los sentidos, y todas las facultades que hacen del hombre una criatura tan noble y tan excelente. Para esto nos ha redimido Jesucristo del pecado á costa de su preciosa sangre. No vale desentenderse ni dormirse; volvamos del letargo. Cueste lo que cueste, es preciso pelear por nosotros y contra nosotros; contra nuestros sentidos, dados al deleite; contra nuestra carne, que se rebela contra el espíritu; contra nuestra libertad, que ama sus desarreglos; contra las pasiones, que hacen viles esclavos de nosotros, ¡oh hombres! que tenemos la libertad por excelencia y gaje; finalmente es necesario pelear contra el orgullo, que alza pendones de guerra contra la razon y contra el mismo Dios.

Y ¿podemos ignorar, Señores, que la gracia es el remedio de nuestra debilidad y flaqueza,

y la que nos levanta por mas abatidos que este-
mos! Mas que fuera á costa de todos los sacri-
ficios del mundo, arrastrémonos hasta poder
tocar siquiera la orla de la túnica del Salvador,
que al vernos entre el polvo y cieno de nues-
tros pecados, nos dice estas consoladoras pala-
bras: « Venid á mí todos los que os sentís
débiles y fatigados que yo os consolaré. » Sin
nuestro Dios y Salvador nó podemos nada;
pero con él lo podemos todo. Aquí es donde
encontráremos la fuerza que nos falta. ¿Qué
nos detiene? ¿La dificultad? ¡Ah, generosos
fieles de los primeros tiempos, qué flaqueza y
cobardía la nuestra! Ya no estamos expuestos
al furor de los tiranos, ni á perder el honor y
la vida por la fé de Cristo; y todavía nos pa-
rece tan difícil guardar con honor el nombre
de discípulos suyos! Nó se trata comunmente
de estar prontos á morir como el Apostol
S. Pablo cuando decia: *Yo estoy dispuesto nó
solamente á sufrir la prision y las cadenas,
sino la muerte por Jesucristo* (1); ni de necesi-
tar esa fuerza que todo lo puede, fuerza
como la que tuvo el Apostol de las Gentes
cuando dijo: *Yo lo puedo todo en aquel que*

(1) Act. xxi, 13.

me conforta (1). Dios no exige tanto de noso-
tros, pues que nó nos ha colocado entre el
heroismo y la infamia. No estamos en el caso
de optar entre la apostasia por temor de la
muerte, ó el martirio por la gloria de Dios.
Tranquilos en nuestra casa, honrados y pro-
tejidos en la ciudad, solo se nos pide que ha-
gamos el sacrificio de nuestras pasiones, que
amemos la virtud, que la practiquemos, que
la enseñemos con el ejemplo y la doctrina;
que oremos al Señor, que hagamos mejor uso
del tiempo, que lo gastemos en buenas obras;
que pensemos en fin con seriedad en la en-
mienda de nuestros vicios, y así dejáremos de
ser para nosotros mismos un objeto de horror
ó de menosprecio, sin sacrificar á nuestra mo-
licie y torpe desidia las dulces esperanzas de
una rehabilitacion temporal, y una dicha
eterna.

▲ Aun sin hablar de eternas recompensas,
bien podemos hacer á todos amable la práctica
de la virtud. No es todo amarguras, asperezas
y desabrimientos en este camino: por el con-
trario, no hay placeres en el mundo que se
parezcan en nada á esa paz interior de que

(1) Matth. xi, 28.

goza el hombre de buena conciencia. Los furores, recelos, enemistades, envidias, placeres, toda esa barahunda del siglo no es la felicidad ni pone en camino de alcanzarla. En ese aturdimiento hay momentos de reflexion; pero ¡ah Señores! no hay puñal mas agudo que ese momento tan terrible. Toda la dicha se cifra, y con razon, en el nó pensar; es preciso vivir como durmiendo, obrar casi maquinalmente; porque el momento en que se vuelve de ese letargo es el mas triste y amargo de la vida. Pero el corazon del hombre, formado con otro destino, para una felicidad sólida y duradera, nó descansa en las criaturas: hambre y sed de verdadera dicha es lo que siente en medio de tantas decepciones; y el digusto y repugnancia que le causan los goces terrenales, convierten aquella hambre sin hartura y aquella sed inextinguible en suplicio de condenados.

Me detengo en esto, Señores, porque aun siendo la voluntad el resorte que principalmente debe tocarse para acometer esta empresa, es del mayor interés para todos conocer al hombre por dentro. Las pasiones, por otra parte, si bien son fuerzas ciegas, impetuosas,

que nos llevan al mal segun nuestra natural tendencia, tan difícil de resistir, nó serían tan poderosas para el mal si nó se disculparan sus ímpetus, si nó se las cultivára, si nó se les diera tanta parte en las deliberaciones. Pero desde el momento que se las tiene en el concepto de enemigas, es otra cosa. Ya tememos que se apoderen de nuestro corazon, que ofusquen ó perturben nuestra inteligencia, que supediten la voluntad, y que nos hagan sus esclavos. Este temor es saludable; nos pone en guardia; podemos prevenir sus ataques; y siendo nuestras fuerzas insuficientes, pedir un auxilio de lo alto. Persuádase el hombre de que él solo se basta para perderse, y este conocimiento le importa mucho para hacer guerra sin tregua á sus malignos instintos. Si la voluntad es esclava ¿qué ha de hacer? Dios solo puede salvar á los que se dejaron ir hasta un abismo de perdicion. Nó tienen ni palabra, ni obra, ni pensamiento, ni deseo de salvacion: aquel abismo los inspira todos, porque un abismo llama á otro abismo mas profundo. Ni dariamos voces á los que se sepultan en sus lobregas cavernas, si nó supieramos que somos instrumentos del mismo Dios, que es el único

que puede hacerse oír de los pecadores que llegaron á tan infeliz extremo. Y llegan estas voces, mis queridos hermanos. Un amigo cerca de otro, un padre con sus hijos, un sacerdote cerca del moribundo, un predicador de la divina palabra, un maestro, ved aquí los agentes de maravillosas conversiones que vemos todos los días. Dios sabe cómo esa palabra se hace fecunda; salta de los labios, y va á caer en un corazón insensible; ¿cómo este corazón se ablanda? Nadie lo sabe; pero si nó hemos de cerrar los ojos á la luz de la evidencia, si nó hemos de privarnos de los consue- los que nos ofrece la Religión, mientras viva en nosotros la esperanza que tenemos de ser mejores algun día, hemos de creer firmemente que nó es incurable la enfermedad del pecado; que los mas endurecidos pecadores pueden volver á la gracia, así como los muertos, ya corrompidos en sus sepulcros, pueden volver á la vida.

Por esto decíamos que sea cualquiera la debilidad y postracion á que llega el hombre, puede levantarse de su abatimiento. Nó calculemos nuestras fuerzas, nó pensemos en las dificultades, nó reparemos en las asperezas

del camino, ni pongamos los ojos en la cima de esa montaña, pues no lograríamos otra cosa que llevar el desaliento á nuestro corazón, y sentir apocadas y estenuadas nuestras fuerzas antes de hacer de ellas el primer ensayo. Nó es así como se acometen empresas, para las cuales se necesita decision y arrojo; nó es así como los hombres industriosos y los navegantes hacen fortuna; nó es así como los hombres sábios llegan á la sabiduría, ni los soldados á la victoria, ni los hombres famosos al claro nombre que por sus hechos alcanzaron. Es preciso nó dudar, ni detenerse, ni hacer reflexiones, ni oírse: el orgullo se rebelará contra toda autoridad para inclinarnos á la desobediencia; el amor propio se hará en extremo susceptible para que nos apartemos del camino que la conciencia y la razón, ilustrada por el mismo Dios, nos señalan; las pasiones en fin producirán incendios y levantarán llamas que neutralicen y extingan aquellas centellitas del amor divino, que esparcian suave olor en el corazón del hombre antes de renunciar á su señorío para convertirse en esclavo. ¿Porqué nos han de parecer tan poca cosa las dificultades que hallamos en los ca-

minos del mundo, y tan embarazosos y difíciles los caminos del cielo? ¿Es posible que aquí sea todo montañas, y que los montes inaccesibles y escarpados del mundo se nos presenten como apacidas llanuras? Todavía no han retrocedido los ambiciosos ante ninguna dificultad; sus fuerzas se duplican más bien con los inconvenientes; su voluntad no desmaya, y el camino erizado de escollos apenas estorba. Se dirá que el amor propio, que el orgullo, no contradice, antes favorece las pasiones; pero no es así. La verdad es que la ambición encuentra casi siempre obstáculos que no se vencen con la fuerza, sino con lo que se llama habilidad, y ante semejantes dificultades, se ve que los ambiciosos no retroceden, sino que insisten, por más que el amor propio sufra, y muchas veces, aunque se menoscabe la dignidad del hombre. El orgullo, sus pasiones, no quieren ceder; se ven heridas en lo más vivo de su susceptibilidad; ya no es digno, ni decoroso, ni decente el persistir; pero el hombre, llevado de su ambición, lucha consigo mismo, pelea contra sus mismos sentimientos de honor y de rectitud, y hasta contra sus pasiones más vehementes;

fuerza su natural, y blandó como la cera se acomoda y se amolda á cualquiera forma, con tal que sea la más apropiada para lograr el fin apetecido. Timidos, sumisos y aun abyectos se vuelven por esta pasión muchísimos hombres que son naturalmente soberbios, fieros y orgullosos; y los vemos arrastrarse con todo género de humillaciones y bajezas, inclinando sus frentes altaneras, y dando una expresión afable y respetuosa á aquellos ojos que siempre miraron arrogantes.

Convirtamos nuestras fuerzas en la obra de nuestra salud, que ellas serán poderosas, ayudadas con divinos auxilios. Nos importa que sean ineficaces para el mal y activas para el bien: Dios alumbrará el entendimiento, moverá la voluntad é inflamará el corazón en santos amores y purísimos deseos, y todo lo podremos, como dice S. Pablo, en aquel que nos conforta. Para nosotros que conocemos cuál es la voluntad del Señor, sería la desobediencia una aberración imperdonable. *El servidor que ha conocido la voluntad de su Maestro, dice el Evangelio, y que no ha obrado según esta voluntad, será fuertemente cas-*

tigado (1). El Señor ha castigado la desobediencia de una manera terrible como se ve en los *Números*, *Josue*, y otros sagrados libros; y S. Pablo hirió con el anatema á toda la Iglesia de Corinto, porque nó castigó con severidad á un cristiano desobediente. Nó se hacen excepciones; no se excusan las dificultades, que demasiado fáciles somos para suponerlas. Por el contrario, la virtud de la obediencia ha sido recompensada con singulares mercedes. Abraham mereció por ella tener una posteridad numerosa, y ser uno de los ascendientes de Jesucristo; y la Virgen María mereció ser su Madre. El Verbo eterno empieza la obra de su misericordia infinita, eligiendo por su santuario el seno purísimo de esta doncella: santifica á Juan Bautista, y dá saltos el Precursor encerrado todavía en el claustro materno: Isabel profetiza, y la Virgen María canta la misericordia del Señor con un cántico de sublimes alabanzas que sirve de introduccion al Nuevo Testamento.

Inspirémonos en este ejemplo, Señores. Aquella fiel observancia de la voluntad del Señor es un llamamiento de la Virgen María,

(1) Luc. xii, 47.

y no deberíamos hacernos ni sordos ni rebeldes. Corramos tras el olor de sus preciosos ungüentos, y nó pongamos dilaciones ni treguas. El conformarnos al Evangelio exige de nosotros la entrega de nuestro corazón, el sacrificio de nuestros deseos, la sumision de nuestra voluntad, una adhesion completa y sincera de nosotros mismos. ¿Porqué desesperar de nuestra salvacion si conocemos todos los peligros y deseamos salvarnos? Seamos fieles al Señor, y esperémoslo todo de su misericordia. Él hará que se vuelvan poderosas nuestras fuerzas, hasta ahora tan flacas y ruines. Nó es nuestra suerte tan infeliz como la de aquellas ciudades cuyo exterminio anunciaban los Profetas, y nó obstante su perversidad y obstinacion, el Dios de misericordia enviaba á la soberbia Babilonia por medio de Jeremias, remedios eficaces para que pudiera sanar (1). Sin su terquedad y obstinacion, hubiera sanado; porque dice el Profeta: *Nosotros hemos dado remedios y medicinas á Babilonia; ella no se ha curado; abandonémosla* (2). Ahora no es imposible nuestra

(1) Jerem. li, 8.

(2) Jerem. li, 9.

salud, sean cualesquiera las dificultades que nos imaginemos. « ¿Dónde están los que nos dicen, exclama Origenes, que en ciertas circunstancias la salud viene á ser imposible, nó quedándonos otro recurso que la desesperacion? (1) » Pero podremos llegar á tan doloroso extremo desoyendo los consejos del Evangelio, cerrando los ojos á los ejemplos que nos presentan toda una doctrina en lecciones prácticas, y contentándonos con decir á propósito de nuestra salvacion: « Yo quiero salvarme, pero nó puedo; nó tengo fuerzas; nó hallo mas que inconvenientes; Dios verá lo que ha de hacer de mí. ¿Para qué me ha dado pasiones tan poderosas? El mundo está bajo la ley del pecado. No hay auxilios ni remedios. La desesperacion es el único recurso, el recurso inevitable á nó ser que convenga tomar el partido de abandonarse á todo evento, como quien vive olvidado de sí. »

¿Puede el hombre venir á tal extremo, que desespere de sus fuerzas, que pierda de tal manera su fé y su esperanza en la Providencia hasta el punto de creerse abandonado de Dios como parece estarlo de sí mismo? ¿Nó tendrá

(1) Homilia in Jerem.

ya ni una mano amiga que lo levante, ni una fuerza que lo proteja, ni un gemido de compasion que responda al suyo? ¡Cuánta desolacion!

Señores, en este caso ya no hay nada que hacer. Los angeles que velan por nuestra salud, los que nos dirijen y enseñan, se retiran de nosotros y perecemos. Nos despojan de las saetas, arcos y aljabas que teniamos para pelear las batallas del Señor, y quedamos tendidos en el suelo como niños que no pueden moverse. Se llevan á otras tierras las resinas y aromas que trajeron para sanarnos y confortarnos, y quedamos muriendo como enfermos desahuciados por el médico. Huyamos el destino funesto del pecador, mis queridos hermanos. Es muy justo, Dios mio, que á medida que los crímenes acrecen, crezca la condenacion; que las penas se aumenten en proporcion de los vicios, y que la gracia se disminuya en proporcion de nuestra resistencia á los divinos mandatos. Tened compasion de nosotros, Señor: mirad á nuestra flaqueza, y nó á nuestras iniquidades; nó os canseis de usar de misericordia con los pecadores, para que nó digan retirándose de nosotros los angeles que pusisteis al cuidado de

nuestras almas : vámonos, ya no hay remedio que poner por obra ; no hay bálsamo que aplicar á sus heridas ; está echada su suerte, y su juicio ha llegado hasta los cielos (1). Así sea (2).

(1) Jerem. li. 9.

(2) Orígenes, S. Ambrosio, S. Juan Crisostomo y el venerable Beda, sacan ventaja en sus homilias sobre el texto citado de S. Lucas, á otros expositores. El tema de Orígenes en la primera homilia es la humildad : *Meliores ad deteriores veniunt... Salvator venit ad Joannem... Maria... ad Elisabeth*, etc. En la segunda elije por tema las profecias : *Ante Joannem prophetat Elisabeth, ante ortum Domini... prophetat Maria*, etc. Los que gusten ver tratado este asunto con gran sutileza de ingenio, con argumentos especiosos que caen con sencilla y graciosa naturalidad en el cuerpo de una demostracion vigorosa, pueden ver la homilia cuarenta y nueve de S. Juan Crisostomo : *Ex expositione in Genesim de steriliu partu fidem adstruente partu Virginali*.

PURIFICACION

DE LA VIRGEN MARÍA.

Postquam impleti sunt dies Purgationis Mariæ secundum legem Moysi, tulerunt Jesum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino. (LUC., CAP. II, v. 22.)

Pasado el tiempo de la Purificación de María, según la ley de Moisés, ellos llevaron á Jesús á Jerusalem para presentarlo al Señor.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR :

Sin analizar los términos de la ley dada por Dios á Moisés en que se prescribía, que pasados los dias de la purificacion, toda mujer israelita ofreciera al Señor su hijo primogénito en memoria de los primogénitos egipcios que mató el Señor con la espada de un Angel, se conoce que nó correspondía de manera al-

nuestras almas : vámonos, ya no hay remedio que poner por obra ; no hay bálsamo que aplicar á sus heridas ; está echada su suerte, y su juicio ha llegado hasta los cielos (1). Así sea (2).

(1) Jerem. li. 9.

(2) Origenes, S. Ambrosio, S. Juan Crisostomo y el venerable Beda, sacan ventaja en sus homilias sobre el texto citado de S. Lucas, á otros expositores. El tema de Origenes en la primera homilia es la humildad : *Meliores ad deteriores veniunt... Salvator venit ad Joannem... Maria... ad Elisabeth*, etc. En la segunda elije por tema las profecias : *Ante Joannem prophetat Elisabeth, ante ortum Domini... prophetat Maria*, etc. Los que gusten ver tratado este asunto con gran sutileza de ingenio, con argumentos especiosos que caen con sencilla y graciosa naturalidad en el cuerpo de una demostracion vigorosa, pueden ver la homilia cuarenta y nueve de S. Juan Crisostomo : *Ex expositione in Genesim de steriliu partu fidem adstruente partu Virginali*.

PURIFICACION

DE LA VIRGEN MARÍA.

Postquam impleti sunt dies Purgationis Mariæ secundum legem Moysi, tulerunt Jesum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino. (LUC., CAP. II, v. 22.)

Pasado el tiempo de la Purificación de Maria, segun la ley de Moises, ellos llevaron á Jesus á Jerusalem para presentarlo al Señor.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR :

Sin analizar los términos de la ley dada por Dios á Moisés en que se prescribía, que pasados los dias de la purificacion, toda mujer israelita ofreciera al Señor su hijo primogénito en memoria de los primogénitos egipcios que mató el Señor con la espada de un Angel, se conoce que nó correspondía de manera al-

guna á la Santísima Virgen la observancia de esta ley (1). Si su voluntad nó hubiera estado tan conforme á la voluntad de Dios, si hubiera hecho distincion entre lo pequeño y lo grande, entre lo necesario y lo superfluo, entre lo esencial y lo accesorio, ¿cuántas razones nó hubiera tenido para dispensarse de una obligacion que justamente pesaba sobre las demás mujeres de Israel? Ella fué concebida sin pecado, y la maternidad realzó su pureza: por consiguiente, nó tenía necesidad de purificacion la que nó habia sido manchada: así como Jesús, el cordero de Dios que venia á quitar los pecados del mundo y á libertar á los hombres de la esclavitud del pecado, nó tenía necesidad de ofrecer por su rescate ni tortolas ni cordero, segun prescribía para los otros pri-

(1) El contexto de la ley se encuentra en el sagrado libro del Exodo, c. xxxiv, v. 19. Que fué dada en memoria del señalado castigo que el Señor envió sobre el Egipto, matando á todos los primogénitos, se verá en el mismo sagrado libro, c. xiii y v. desde el 40 al 47. El pasaje mas terminante en que se ostenta toda la magestad de Dios hablando con absoluto imperio sobre los primogénitos de Israel que él mismo se consagra, es del sagrado libro de los Números, c. viii, v. 17. Sobre las ceremonias de la presentacion y ofrenda, vease el sagrado libro del Levítico, c. xii, v. 24.

Buscando S. Bruno sentidos espirituales á las palabras de la ley, hizo una buena homilia comparándolas con pasajes del Evangelio.

mogénitos el sagrado texto de la ley (1). Por otra parte, la Virgen Santísima no tenía dudas acerca de los misterios que el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob habia obrado en la humilde descendiente de David. El anuncio del Angel, la bendicion de Santa Isabel, los prodigios que se vieron en la gruta de Belen, comprobaban que el Hijo de sus entrañas era el Hijo del Altísimo, el cual nació de María Virgen, como el rayo del sol al desprenderse de una nube luminosa y pura. Las alabanzas de los Angeles en la media noche, la alegría de los pastores que se dijeron, «*vamos á Belen* (2);» la de los Magos que llevando el mismo rumbo decian: *nosotros hemos visto su estrella* (3), no dejaban dudas ni acerca de la dignidad de María, ni sobre el destino de su primogénito. Retrocediendo á los tiempos de las promesas, la hija de David pudo ver que el nacimiento de esta estrella, en pos de cuyos resplandores venian los Magos desde las extremidades del Oriente, era la misma estrella de Jacob, que siglos antes habia profetizado Ba-

(1) Levit. xii, 6.

(2) Luc. ii, 45.

(3) Matth. ii, 4.

lam entre los gentiles en Moab y la Arabia (1). Hasto el lugar de Belen habia sido expresamente señalado por Miqueas para el nacimiento del Mesias (2); y aquellas adoraciones y ofrendas fueron el cumplimiento de lo que siglos antes se habia dicho por David: *Los Reyes de Arabia y de Tharsis, los Sabéos, Egipcios y Caldéos, y los habitantes de las islas mas apartadas vendrán para adorar á Dios y hacerle sus presentes* (3). Es indudable que *Maria*, como dice el Evangelio, *conservaba todas estas cosas repasándolas en su corazon* (4). Siendo así, la presentacion de Jesús en el templo pareceria desmentir su origen divino, su generacion eterna, y semejante ceremonia, despues de ser inutil, solo serviria de obstáculo á los intereses de la Religion, á la propagacion del Evangelio; porque al anunciarse como el Hijo de Dios, los incrédulos y enemigos dirtan: *Que otros crean en ese Redentor á quien nosotros vimos en el templo, confundido con los hijos de Judá y manchado*

(1) Num. xxiv, 17.

(2) Mich. v, 2^a: *Et tu Bethlehem Ephrata..., ex te mihi egredietur qui sit dominator in Israel, etc.*

(3) Ps. lxxi, 9, 10, 11.

(4) Luc. ii, 19.

como nosotros con mancha de pecado. El celo por la gloria de su Hijo y de su Dios á quien ella misma adoraba, ¡ah, qué razon tan plausible, qué causa tan legítima para sustraerse á la ley! No obstante, la Virgen nó se sustrajo, y la observó como una mujer cualquiera. Admiraba en silencio los prodigios que obró el Señor en ella; estimábolos en su corazon aunque no podian ser debidamente estimados, y siempre humilde como obediente esclava, nó se cuidaba de que se la considerase como una mujer vulgar, ni hacia cuenta de que su Hijo, milagrosa y sobrenaturalmente concebido, podia parecer á los ojos de todo el mundo verdadero hijo de José y de Maria, el fruto, digamoslo así, de un matrimonio ordinario.

Jesús por su parte, sujetándose á la circuncision, habia mostrado el camino que en lo demás seguiria. Bien podia ser ofrecido en el Templo á su Eterno Padre, el que habia sufrido que se le contára entre los pecadores, y llevar impresa en su carne la marca del pecado, y ser tenido por hijo de Adán. Quiso someterse á esta ley para cumplir toda justicia, y dar á los hombres el ejemplo de una perfecta obediencia. La misma ley de Moysés, en que

se prescribía la oblation de los primogénitos, debía ser santificada y eternamente consagrada por la oblation de Jesús, *Primogénito antes que toda criatura* (1), como nos dice S. Pablo.

Nos obstaba, pues, la ley, cuyo cumplimiento sería mas bien la clave de algunos arcanos. No importaba que el Redentor del mundo apareciera rescatado por una vil ofrenda, pues Él era figura de pecadores y de esclavos, y convino que tuviera la forma de siervo para que de una vez quedáran rotas las cadenas de la servidumbre. En cuanto á la Virgen María, como que no vefa nada de humano en los anteriores sucesos, déjase conducir por su Dios y Señor en los presentes, sin que haya sacrificio ni humillacion que le repugne, ni en los pasados ni en los que habian de venir. El anciano Simeon y Ana la profetisa los anunciaron; y la Santísima Virgen, como que estaba unida á Dios íntimamente, nó se turba por tales contradicciones. Lo mismo cuando se trata de creer, que cuando se trata de obrar, la humildad resuelve todas las dificultades.

Me propongo, Señores, haceros ver cuánto nos interesa someter nuestra voluntad á la vo-

(1) Ep. ad Coloss. 1, 15.

luntad divina, estar unidos á Dios, único modo de explicar las contradicciones á que nó darán una solucion legítima los espíritus indóciles y rebeldes. El ejemplo de la Santísima Virgen nos hace ver que la humildad es la mejor razon, y que el unirnos á Dios es el bien mas excelente. *Ave María.*

Bendigo el tiempo, Señores, en que todos claman por dar á las ciencias una aplicacion positiva. Nó condeno las especulaciones; si aquí no fuera inoportuno decirlo, les daría la preferencia. Me contento de este rumbo, y yo deseo que nó sean perdidas para nosotros las lecciones de la historia, la experiencia del mundo, y el conocimiento de todo lo que pasa ante nuestros ojos. Tambien la Moral es una ciencia de aplicacion como las Matemáticas por ejemplo, y es una contradiccion, en que muchos incurren, la de pedir aplicaciones á la ciencia del calculo, relegando la ciencia de las costumbres á la clase de las ciencias meramente especulativas.

Pero esto es absurdo, y la Moral, por sí sola y auxiliada con otros muchos conocimientos

que forman lo que se llama la humana sabiduría, pide una aplicacion inmediata, la que pueda sernos mas útil.

Ahora bien, lo pasado, pero bien estudiado y conocido, debería ser para nosotros el motivo de una instruccion precisa y detallada, acerca de los adorables designios del Señor en el destino de los hombres. Nó conocerán á Dios los que se imaginen que basta un momento para levantar los ojos al cielo, y dar con el pensamiento un vuelo á los espacios sin límites de la eternidad; y desengañémonos, que todo hombre en proporcion de la idea que tenga de la Divinidad, ajustará sus acciones y su conducta. ¿Porqué razon quedan unos sorprendidos y aterrados de las muertes y catástrofes repentinas, mientras otros nó se alteran tan conocidamente? Los unos no prevenen, ni esperan, ni temen; el bien ó el mal les coge desprevenidos, y todo son contradicciones, que llegan á Dios y allí se estrellan, si es que el mismo Dios ó alguno de sus atributos nó se suprime, cuando resulta inconciliable con los sucesos que nó se esperaban. En este gran teatro del mundo donde todo pasa tan pronto, donde á una pronta elevacion sucede una re-

pentina caída, á una prosperidad una desgracia, deberíamos aprender que hay una Sabiduría altísima que todo lo ve y dispone, para que supieramos que todo lo debemos á Dios, á quien habremos de estar enteramente sometidos. La imposibilidad de explicar ciertas contradicciones, la imprevisión en que vivimos en orden á ciertos sucesos que son sin embargo el proceder ordinario de la Providencia, y la sorpresa y espanto que semejantes acontecimientos nos causan, son una prueba de que tenemos mucho que reformar en nuestra conducta como cristianos. Menos libertad de espíritu, menos obstinación, menos orgullo, más sumisión, más amor, más humildad, más obediencia; porque nó hay consejo que valga contra los consejos de Dios.

¡ Ah, que nó es así como se vive! No importa que todo pase, ni que se vea en la inestabilidad de las cosas humanas la mano de Dios, que á su voluntad ensalza y deprime, que pone y quita, que dá facilidad á los planes del hombre para que se lleven á cabo, ó pone delante de ellos impedimentos invencibles. El hombre prefiere quedarse solo, atribuirse sus propias ideas, sus planes, su ejecución, y rehusa hasta

conceder á Dios participación alguna, olvidándole en el principio y término de sus obras. Pero cuando los obstáculos en que tropieza le revelan que hay otro poder, Dios se le pone delante: en estas ocasiones suele el hombre volver los ojos al cielo, y unirse momentáneamente á Dios Todopoderoso por un suspiro que sale de lo íntimo de su corazón; pero otras veces mueve la cabeza y se irrita. El orgullo estrecha el horizonte de las ciencias, apoca las fuerzas, enjendra las contradicciones, y mata la fé. De aquí se viene á negar lo que no se entiende, á rebelarse contra lo inexplicable, y á sobreponer la voluntad, que es dominado, encima de la voluntad omnipotente y divina, que es ordenadora y rige con su poder el Universo.

No hay yerro mas funesto ni de peores consecuencias que este que comete el hombre olvidándose de la Providencia, y poniéndose en su lugar. No quiere creer por no bajar la cabeza; ni obedecer por nó anonadarse; ni unir su voluntad á la voluntad de Dios para querer con la voluntad suya; ni entrar en el orden de la Providencia, por gobernarse en conformidad á las reglas y preceptos que él se habia

señalado y establecido. Quisiera ser su criterio, su guía, su consejo, su ley, su centro, su principio, su fin, su todo, para ser una voluntad irresponsable y una potencia independiente.

Pero basta con abrir los ojos para conocer que en este mundo las cosas suceden de otra manera. Todos dependemos de la voluntad del Señor; estamos en sus manos. *Si vivimos, si nos movemos, si somos*, es por el Señor. Nuestros desarreglos servirán para cumplimiento de sus eternos designios; lo bueno y lo malo á Dios se ha de referir: lo bueno servirá para darle gloria; y lo malo, aunque escandaliza y corrompe, puede servir de ocasion á la santificacion de los justos. *Omnia propter electos*. Dios se glorifica en el justo, en el sábio, en el héroe, en toda accion honesta, en todo pensamiento recto, en toda palabra discreta y bien acondicionada. En vano se preparan los héroes un Olimpo en la historia; Dios está en la historia, y Él solo se vé; los personajes ocupan una, dos ó mas páginas; pero Dios es el que llena todo el libro; es todo el argumento; es el gran héroe que descuella; á su lado todas las figuras son chicas, y las celebridades que

hicieron en el mundo mas ruido no fueron sino instrumentos y resortes en su poderosa mano.

Pues ¿qué diremos de los pecadores y sus obras de pecado? ¿Qué de tantas insolentes tentativas para emanciparse del yugo de Dios, y nó por acciones heróicas, nó remedando virtudes, sino por el desgarró y violacion de sus leyes, oponiendo á su voluntad todo poderosa su voluntad flaca, á sus expresos mandatos la desobediencia pública, y á su santidad infinita todo género de pecados? En esta lucha tan desigual, por libertarse de Dios, se hace el hombre juguete de sus pasiones; sus punzadas les atormentan, y le aguijan sin piedad; ya se tuerce á un lado, ya á otro; el viento se lo lleva; el mar hinchado lo levanta hasta las nubes, y una ola despues lo sumerge en el abismo; el corazon se adhiere á las cosas presentes cuando pasan, y como unas se van y otras vienen, está en continuo movimiento y todas sus fuerzas se consumen. Finalmente, despues de rebelarse contra Dios para hacerse el pecador su razon, su inteligencia, su voluntad, su principio y su fin, nó sucede lo que él quiere, sino lo que Dios quiere ó per-

mite; nó se crea una nueva situacion, una nueva gerarquia, un nuevo órden, sino que queda como estaba dentro del órden de la Providencia, pendiente de su voluntad, sujeto á sus designios; nó logra cambiar el curso de los sucesos, y todo lo mas que alcanza es aumentar hasta lo infinito el número de sus iniquidades.

Porque á la verdad, negar á Dios es afirmarlo; negar la autoridad es establecerla; rebelarse contra sus eternas leyes equivale á sancionarlas; resistir á la Providencia de Dios, á su voluntad soberana, á su sabiduria infinita, es decir que hay un Dios que todo lo ve, que todo lo sabe, que todo lo puede, que todo lo gobierna. Yo no se cómo no repara el hombre en el absurdo y vicioso procedimiento adonde sus pasiones lo conducen. Vivir como si no hubiera Dios, ni ley, ni Providencia, para resolver de esta manera el caos de sus contradicciones, el problema de su destino, es el colmo de la necesidad. No comprendemos mas guerra contra Dios, que el ataque directo, el asalto de Luzbel en aquella rebelion primitiva que dejó atónitos y pasmados á los celestes espiritus. Por esta causa, las contradicciones

se aumentan, se hacen insolubles, y el hombre que se aparta de Dios ensayando tales medios de resistencia, anda vagando por el mundo, vivo testimonio de la soberanía que en Dios combate, soberbia negacion de la soberanía que en él defiende.

Es doloroso que los fieles cristianos no se paren á considerar el misterio que hoy nos ofrece la Iglesia. ¿Porqué la Virgen María se somete á la ley de Moisés? ¿Cómo se resigna á la ceremonia de la purificacion la que, segun S. Agustin, vino á ser por su maternidad «*más pura y más Virgen?*» La pureza no se purifica; es como la nieve cayendo del cielo: ¿quién podría blanquearla? Es como el lirio: ¿quién podría hacerlo mas bello? ¿Quién podría darle un olor mas dulce, que el que tuvo entreabriéndose al sol en su primer dia (1)?» Pero lo que la Virgen considera, es que la ley reputa por impuras á todas las madres; que durante el tiempo de su impureza legal ninguna debia aparecer en público ni tocar las cosas consagradas al Señor; que pasado el plazo de cuarenta ú ochenta dias del nacimiento, segun que los hijos nacidos fueran varones ú

(1) V. Walsh, Fêtes chrétiennes.

hembras, la madre debía llevar al templo un cordero de un año y una paloma, ó dos tortolas si era pobre; y la una era ofrecida por el sacerdote en holocausto para reconocer el soberano dominio de Dios, y la otra era ofrecida por el pecado. Cumpliendo esta ceremonia, la mujer quedada purificada á los ojos de la ley, restablecida en sus antiguos derechos. Esto es lo que vé la Virgen María; nó sus privilegios, ni su dignidad, ni su excelencia; y desentendiéndose de las contradicciones en que los hombres reparan, observa la ley. ¡Cuántas contradicciones explica esta obediencia! Vienen á nuestro propósito estas palabras de Bossuet: « Ella sufre la ley, y dá un ejemplo admirable á todo el universo, de poner su gloria en la de Dios, y en el honor de obedecerle y de edificar su Iglesia (1). »

Semejante humildad resuelve las demás contradicciones. La Virgen no ofrece un cordero como los ricos, sino dos tortolas, la ofrenda de los pobres. Pero ¿no viene de la estirpe de los Reyes? Si; pero lo que hace rica la ofrenda es el amor con que á Dios se consagra; por esto valió tanto á los ojos de Dios la generosi-

(1) *Élévations sur les mystères*, pag. 282.

dad de Tobías en medio de su pobreza, y el óbolo de la viuda cuya caridad ensalza el Evangelio. Además, ¿nó tendremos por preciosa esta ofrenda tan humilde, en que halló Orígenes cosas celestiales, *augustas*, y aun *divinas* (1)?

¿Porqué la Virgen María presenta en el templo á su divino Hijo? Siendo Dios, ¿para qué esta ceremonia que santifica el destino de los hombres? Porque venía á cumplir la voluntad de su Padre, y á ofrecerse como víctima por nuestros pecados. Esta oblacion es ya un sacrificio para nuestra salud, sacrificio bien ordenado y con el cual se nos impone el alto deber de la obediencia. Unamos nuestra voluntad á la voluntad de Dios, y seamos inmolados en lo grande y en lo pequeño; seamos víctimas voluntarias del amor, de la obediencia, de la caridad, de la penitencia, del martirio: Jesús nos enseña.

(1) Orígenes en su homilia catorce, no ve tortolas ni palomas, sino Angeles. *Non erant illæ volucres... sed divinum quiddam et humana contemplatione augustius*. Este rasgo, aunque bello, es un abuso de la fantasia. Estoy conforme con lo que dice un comentador: *Nimis hæc allegorica*, etc. Santo Tomás desglosa varios pasages de algunas homilias sobre este misterio. V. *Catena aurea*. A cuál mas delicados son los significados que dan á las tortolas ó palomas ofrecidas por la Virgen, San Ambrosio y Beda en sus homilias sobre el Ev. San Lucas.

¿Necesitaba de rescate el Redentor? Nó; pero toma la forma de siervo; se asemeja á nosotros; es nuestro igual, nuestro hermano, nuestro padre, nuestro maestro, y como verdadero hombre se somete á la ley como su Madre Santísima. La explicacion de estas contradicciones, ¿nó es la clave de toda la sabiduría humana? Los hombres están desorientados por el espíritu de rebelion; y delirando con ensueños de quimérica grandeza, se hacen del verdadero Dios una idea extravagante y falsa. Solo un misterio tan elevado como este pudiera darnos tan luminosa doctrina acerca de las mas importantes verdades. Ved que una Virgen Madre, pura desde el primer instante de su ser, obedece á la ley comun de la purificacion; y que todo un Dios, tan real y verdadero que parece que no puede ser hombre, se presenta en el templo y es rescatado á vil precio, pareciendo en este homenaje tan real y verdaderamente hombre, como si no pudiera ser Dios.

¿Y es posible que el hombre, con ser tan pequeño, nó aprenda á someterse, y nó conozca que la humildad es el camino mas corto de su exaltacion? Resiste, y resiste en vano;

pero nó se somete : ¿porqué? Porque quiere aislarse, hacerse independiente de Dios, en una palabra, nó tiene la ciencia de las cosas altas, la ciencia de los misterios; así su entendimiento como su voluntad y todas sus fuerzas se sublevan; y preocupado por explicarse y resolverse el problema de su destino, y juzgar soberanamente de todo, todas las cosas, y él mismo, se hacen inexplicables. *Vosotros sois de abajo y yo soy de arriba* (1), decia Jesucristo. Aprendamos de Jesús esta ciencia que de altas regiones viene, y nó seamos por mas tiempo para nuestra desgracia, *tinieblas que no comprenden la luz* (2). La gran contradicción de donde todas nacen, está explicada : *nosotros somos de abajo*; pero la revelacion viene á nosotros de arriba; viene de Dios. ¿Qué harémos para trasformarnos y llegar á ser sabedores de nuestro destino? Recibirla, amarla, guardarla en nuestro corazon, incorporarnos á la obra de Dios, elevar nuestro entendimiento al entendimiento divino para alcanzar las grandes y eternas verdades; someter nuestra voluntad á la voluntad divina

(1) Joan. viii, 23.

(2) Ibid.

para elevarla y enaltecerla; y puesto que las miras de la Providencia se han de cumplir con nosotros, sin nosotros, ó contra nosotros, ¿qué significará nuestra vana resistencia, si no una ceguedad criminal y una obstinacion indisciplinable? Seamos instrumentos y colaboradores de la Providencia en la obra de nuestra salud, y nó andemos tan afanosos y solícitos en seguimiento de nuestra perdicion y ruina. Que si queremos asociarnos á un plan magnífico acerca de nosotros y de todo el universo, queramos *lo que Dios quiere*; si deseamos acertar en los medios para desempeñar del mejor modo un papel tan importante, queramos *como Dios lo quiere*; y pues que nos interesa nó errar sobre los fundamentos y razones en que la voluntad de Dios firmísimamente descansa, sea nuestra principal razon y fundamento querer lo que Dios quiere, *y porque Dios lo quiere*. Así nó se pierde el hombre, ni se anonada, ni se suicida; al contrario; se levanta, se engrandece, se eleva y se remonta sobre toda humana grandeza. Incorporando su voluntad débil á la voluntad de Dios que es todopoderosa, el hombre quiere con una voluntad omnipo-

tente; con la voluntad de Dios que hace todas las cosas. De este modo es como nosotros mandamos y todo nos obedece. Nada puede suceder que nó se quiera; y nó pueden venirnos males, porque á nada nos resistimos ni repugnamos; los mismos males se convierten en bienes, y todo es bueno porque viene de Dios: *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum* (1).

No vale murmurar contra esta filosofía, que es alta por mas que se diga, y lleva á la verdad: ¿Es posible que al tropezar la inteligencia humana con el misterio, que al descubrir á Dios en el universo, que al encontrarse con Jesucristo aunque sea para contradecirle, nó vea que en el Verbo humanado con todos los misterios y sacrificios de su amor está su salud, su vida, su sabiduría, su dignidad, su esperanza, su fuerza, su principio y su fin?

Un venerable anciano, Simeon, cuya augusta figura nos demanda respeto, *vino al Templo en el momento en que el Padre y la Madre de Jesús lo presentaban, según la costumbre prescrita por la ley* (2). Este encuen-

(1) Ad. Róm. 8.

(2) Luc. II, 27.

tro no fué casual, sino ordenado por Dios. El santo anciano buscaba al Redentor de Israel, con aquel amor con que deberían buscarlo los hombres. Tenia este anciano la ciencia divina, la ciencia de los misterios, la ciencia de las eternas verdades, y habia consagrado su vida entera al fomento de aquellas esperanzas de ver al Salvador, esperanzas que avivaba ardientemente, conforme se iba aproximando al sepulcro. El anciano Simeon habia visto á Dios en el mundo, creándole, manteniéndole, gobernándole, y conociólo en la tradicion, en la escritura, en la ley, en la promesa, en el sacrificio, y casi veía en esperanza al *Deseado de las Naciones*. Guardaba en su memoria las profecías, llevaba la cuenta de los años y de las generaciones, y era gran sabedor de todos los males del mundo, imposibles de remediar si el mismo Dios, que como dice S. Pablo *puede hacer lo que promete*, no hubiera prometido el remedio. Desde que *Dios dejó á todas las Naciones que fueran por sus caminos* (1), caminos de idolatría en que desconocieron al verdadero Dios, hasta que señalándole un Profeta nos dice claramente :

(1) Ap. Act. ii, 6.

Ved aquí el Señor á quien aguardais : Ved aquí el Angel que se apareció á Abraham y á los Patriarcas : Vedlo aquí que viene en persona, que aparece en el Templo (1), todo lo conocia el Santo anciano. Un rayo de Dios ilumina su espíritu, y Simeon *toma al niño en sus brazos* (2); y en un trasporte de alegría por haber encontrado la verdad, la luz, la salud y la fuerza que el mundo necesita, le bendice y exclama: "Ahora ya puedo yo morir". *Dejad Señor ir en paz á vuestro siervo, porque mis ojos han visto la salud que preparaste ante la faz de los pueblos, luz para la revelacion de las Naciones, y gloria para tu pueblo de Israel* (3).

Me siento sin fuerzas para hacer mas aplicaciones, y por otra parte me compadece sobremanera la suerte infeliz de tantos hombres que viviendo bajo la ley de la Providencia y en medio del mundo, ni conocen al mundo, ni conocen á Dios. Es su vida un problema insoluble, cuyos terminos son desconocidos, un sueño á juzgar por las ilusiones que se for-

(1) Malac. iii, 1.

(2) Luc. ii, 28.

(3) Ibid. ii, 28, 29.

man, una locura á juzgar por tantos desvarios, y un puro error si tomamos en cuenta los innumerables absurdos que se forjan. Digamos todos á estos infelices que traiga Dios á verdadero conocimiento, lo que Simeon á la Virgen María : *Ved aquí al que está establecido para la ruina y resurreccion de muchos en Israel, y como un signo de contradiccion.*

Oremos por ellos con nuestra madre la Iglesia que dice en este dia : « Dios Todopoderoso y Eterno, dignaos bendecir y santificar estos cirios por las necesidades de los hombres, y por la salud de sus almas y de sus cuerpos.... Dignaos bendecir estos cirios.... y encenderlos á la luz de vuestra bendiccion.... y que seamos abrasados con el fuego de vuestra dulcísima caridad.... y que así como disipan las tinieblas de la noche, alumbren nuestros corazones y sean exentos de las tinieblas de los vicios.... Seamos iluminados por la verdad, para conoceros y serviros fielmente por la caridad.... Sion, adorna tu templo, prepara tu lirio místico, y tu cámara real; recibe á tu Rey, que es el Cristo. Venera también á María, que es la puerta del cielo; porque ella tiene al Rey de la gloria, al Rey de la nueva luz. La

Virgen estrecha contra su corazón á su Hijo enjendrado antes que la aurora. El justo Simeon, tomándole en sus brazos, declara á las Naciones que Él es el Señor de la vida y de la muerte, y el Salvador del mundo. »

¡ Ah, qué lecciones tan llenas de sabiduría! ¡ Cuántas y cuán ricas revelaciones en un solo misterio! ¡ Qué ciencia tan elevada, y qué secretos tan preciosos, y qué verdades tan magníficas, y qué luz tan brillante, y qué revelacion tan hermosa!.... Dios mio, nos convertimos á ti de todo corazón, y nos abrazamos á esa tu verdad, tu luz y tu fuerza, de que andamos tan necesitados. Viviamos en las tinieblas de una region mezquina, que nuestro orgullo, nuestra ignorancia y nuestras pasiones habian formado para nuestra desesperacion : pero ya hemos reconocido al Cristo de quien dijeron los Profetas : *Él será un dia la luz de las naciones.* Dichosos nosotros, mis queridos hermanos, que levantamos nuestra voz al Señor para decirle : *iluminad á los que habitan en las tinieblas y sombras de muerte, para dirigir nuestros piés por el camino de la paz* (1) y de la salud eterna. Amen.

(1) Luc. 1, 7.

man, una locura á juzgar por tantos desvarios, y un puro error si tomamos en cuenta los innumerables absurdos que se forjan. Digamos todos á estos infelices que traiga Dios á verdadero conocimiento, lo que Simeon á la Virgen María : *Ved aquí al que está establecido para la ruina y resurreccion de muchos en Israel, y como un signo de contradiccion.*

Oremos por ellos con nuestra madre la Iglesia que dice en este dia : « Dios Todopoderoso y Eterno, dignaos bendecir y santificar estos cirios por las necesidades de los hombres, y por la salud de sus almas y de sus cuerpos.... Dignaos bendecir estos cirios.... y encenderlos á la luz de vuestra bendiccion.... y que seamos abrasados con el fuego de vuestra dulcísima caridad.... y que así como disipan las tinieblas de la noche, alumbren nuestros corazones y sean exentos de las tinieblas de los vicios.... Seamos iluminados por la verdad, para conoceros y serviros fielmente por la caridad.... Sion, adorna tu templo, prepara tu lirio místico, y tu cámara real; recibe á tu Rey, que es el Cristo. Venera tambien á María, que es la puerta del cielo; porque ella tiene al Rey de la gloria, al Rey de la nueva luz. La

Virgen estrecha contra su corazon á su Hijo enjendrado antes que la aurora. El justo Simeon, tomándole en sus brazos, declara á las Naciones que Él es el Señor de la vida y de la muerte, y el Salvador del mundo. »

¡ Ah, qué lecciones tan llenas de sabiduria! ¡ Cuántas y cuán ricas revelaciones en un solo misterio! ¡ Qué ciencia tan elevada, y qué secretos tan preciosos, y qué verdades tan magnificas, y qué luz tan brillante, y qué revelacion tan hermosa!.... Dios mio, nos convertimos á ti de todo corazon, y nos abrazamos á esa tu verdad, tu luz y tu fuerza, de que andamos tan necesitados. Viviamos en las tinieblas de una region mezquina, que nuestro orgullo, nuestra ignorancia y nuestras pasiones habian formado para nuestra desesperacion : pero ya hemos reconocido al Cristo de quien dijeron los Profetas : *Él será un dia la luz de las naciones.* Dichosos nosotros, mis queridos hermanos, que levantamos nuestra voz al Señor para decirle : *iluminad á los que habitan en las tinieblas y sombras de muerte, para dirigir nuestros piés por el camino de la paz* (1) y de la salud eterna. Amen.

(1) Luc. 1, 7.



LOS DOLORES

DE LA VÍRGEN MARÍA.

In signum cui contradicetur,
et tuam ipsius animam pertrau-
sibit gladius. (LUC. CAP. II,
v. 34 y 35.)

En señal á la que se hará contra-
diccion; y una espada atravesará
tu alma.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR :

La Virgen María escucha en silencio esta prediccion tan terrible. « He aquí, dice el anciano Simeon, al que está puesto para la ruina y resurreccion de muchos en Israel, y en señal ó blanco de contradiccion, para que se manifiesten los pensamientos de muchos corazones; y una espada atravesará tu alma. » Que fué decir : este que es la salud de Dios, la luz

de las gentes, la gloria y magnificencia del pueblo de Israel, cuya voluntad es la de salvar á todos, porque el Señor la ha preparado para esto á la faz de las Naciones, sufrirá fuerte contradiccion como la del blanco al cual se tira; y aunque será vida y resurreccion para muchos, será tambien perdicion y ruina para otros, á fin de que se manifiesten los pensamientos mas ocultos; y una espada de dolor atrevesará tu alma.

Esta Madre amorosísima oyó con inefable gozo las alabanzas y bendiciones, que dirijían á Jesús el inspirado anciano, Ana la profetisa, y todos los que aguardaban la salud de Israel. En la calma de aquella felicidad tranquila, es cuando siente en su corazon la acerada punta de la espada, que no podía herir al Hijo sin herir tambien á la Madre. Desde el punto que hayamos de considerar el sacrificio de Jesús como el medio de redencion, es necesario volver los ojos á su Madre Santísima traspasada de dolor y llena de amargura. ¿Cómo podría ser que el Salvador del mundo tuviera contradicciones, y que nó sufriera con ellas la Co-Redentora del linaje humano?

El venerable anciano alcanzó revelacion del

Espíritu Santo, y supo que nó moriría hasta ver al Cristo del Señor, á quien esperaba con vivas ansias. Tambien le fueron revelados los mas profundos secretos en la economia de la Redencion, tales como la vocacion de los Gentiles, misterio que ni los Apostoles, ni el Príncipe de ellos San Pedro llegó á conocer bien hasta despues de la venida del Espíritu Santo, como nos lo dá á entender San Lucas en los *Hechos Apastólicos* (1). Y del mismo modo conoció el justo Simeon, que esta salud que venia de los cielos, sería, por la resistencia de muchos, motivo de perdicion y ruina: y alargando la vista á la horrenda catastrofe del Calvario, como si estuviera oyendo las rabiosas imprecaciones de la plebe, y distinguiendo en la sangrienta escena á los mas señalados personajes descubre en la multitud á la desconsolada Madre de aquel Hijo inocente, y convirtiéndose á María le dice: "Jesús sera el blanco de las contradicciones: una espada atrevesará tu alma."

El anciano nó dijo más; nó explicó pormenores; solo anunció *contradicciones* para el

(1) Así lo prueban muchos pasages de la mística vision del Centurion Cornelio, que hallamos en el cap. x. Debe leerse todo.

Hijo, y *espada* para la Madre; que es decir, salió la revelacion de su boca para afligir el corazon de María de la manera mas terrible. Porque todos saben que los males y tormentos indeterminados se hacen mayores con el continuo susto y recelo, y la Virgen á cuya vista se ofrecen todos los suplicios imaginables y todos los dolores juntos, empieza por descubrir hasta en la adoracion de los Magos el significado de la mirra, que se refiere á la sepultura, nó vislumbrando en toda su vida mas que siniestros anuncios y espantosas indicaciones de la catastrophe que conmovierá los cielos, la tierra y los abismos.

¿Creeis, Señores, que me olvido de la ciencia que tuvo la Virgen en las divinas escrituras? ¿O que prescindo del conocimiento que tuviera, solo por nó privarme del recurso que me ofrecen la angustia, el espanto y la sorpresa que debieran causar las revelaciones de este inspirado anciano, en otra madre cualquiera que no conociera cuáles eran los designios de Dios? Nó, Señores; en otra ocasion usaré de las licencias que se permiten en un asunto como este, que por lo mismo que toca vivamente y en tan alto grado los afectos mas

tiernos, parece que se está saliendo del sencillo relato de la historia évangélica que lleva una corriente sosegada y mansa, para desbordarse como un torrente en las hiperboles y sublimes cuadros que estremezcan el corazon dentro del pecho. Al suponer sorpresas y temores en la Virgen María, no consiento que se deduzca su ignorancia acerca de la revelacion: pues si todo lo sabía, direis vosotros, ¿nó hay exageracion en suponer tanto recelo y sobresalto desde que el anciano Simeon predijo aquellas contradicciones, cuya calidad y extension conocería sin duda la Madre de Jesús?

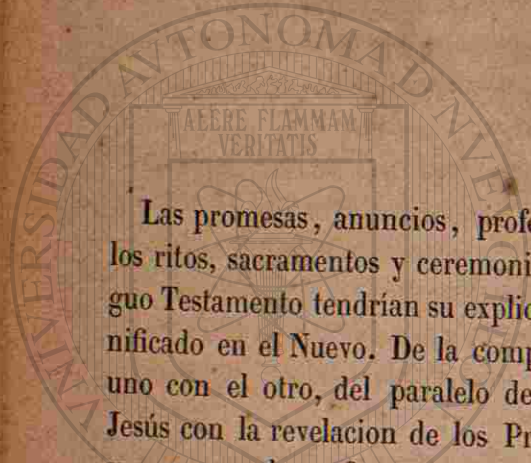
Este punto es delicado, Señores, y despues de haberlo esquivado algunas veces, hoy me impulsa á desenvolverlo su misma dificultad y delicadeza. Conozco que sería preferible, conformándome con el general sentimiento de los fieles, partir desde ese trance tan penoso en que se revelan á la Virgen confusamente tantas amarguras. Nosotros diriamos con San Agustín que « es sin duda menos doloroso sufrir una sola muerte, que las aprensiones de todas (1); » y sin aclarar esta contradiccion

(1) *Longe satius est unam perpeti moriendo miseriam, quam omnes timere vivendo.* De Civitate Dei, lib. 1, cap. 11.

entre la revelacion de sus dolores y su ciencia de las Escrituras, pienso que acertaria á comoveros clamando con Bossuet : « ¡ Oh Dios ! ¿ Porqué afligis á la Virgen de tantos modos ? Que ella sepa al menos á qué resolverse : ó nó le digais nada de su mal para nó atormentarla con la prevision de los que teme, ó decidse lo todo para quitarle al menos la sorpresa (1). » Por esto nó os hablaré desde luego de las tribulaciones de la Virgen María, cuya alma queda confusa y asombrada, creyendose amenazada por todas partes, viendo espadas que amagan su cabeza, ignorando de qué mano le vendrá el golpe mas recio, sin saber qué hará para su defensa, y muriendo en un solo instante con tanto género de tormentos. Abandono el recurso que pudiera ofrecerme esa situacion de alarma en que el temor multiplica los peligros ; porque el temor es increíblemente ingenioso para redoblar las angustias y congojas, aumentar el desasosiego, y recorrer desde el primero hasta el último todos los males imaginables, mortificándose en cada uno de ellos separadamente, y haciendo de todos juntos el mas barbaro de todos los supli-

(1) Serm. Pour le jour de la Compassion.

cios. Así que os enseñe de qué manera se concilian con la ciencia de las Escrituras que tenia la Santísima Virgen, los dolores que la atormentaron por la profecía de Simeon, expondré cuáles fueron y de dónde tenían que venir las contradicciones de Jesús, causa y principio de los terribles dolores de la Virgen. Lo espero confiado en los auxilios de la divina gracia.
Ave María.



Las promesas, anuncios, profecías, y aun los ritos, sacramentos y ceremonias del Antiguo Testamento tendrían su explicación y significado en el Nuevo. De la comparación del uno con el otro, del paralelo de la vida de Jesús con la revelación de los Profetas y los sucesos que le prefiguraron y prepararon su venida, ha resultada demostrada la autenticidad de la historia evangélica, y la autenticidad de las profecías. Cuando San Mateo se vale de las figuras del Antiguo Testamento, lejos de falsear la historia como pretendieron algunos, fué para probarla y edificar á los judíos, que se perdieron por nó buscar la fiel y verdadera correspondencia que guardaba lo nuevo con lo antiguo. El Señor dice por San Mateo : *Nó penseis que he venido á abrogar*

la ley ó los Profetas; nó he venido á abrogarlos, sino á darles complemento (1). Y en otro lugar : Porque todos los Profetas, y la ley, hasta Juan, profetizaron (2). De la misma manera se nos dice por San Marcos : Así como está escrito en Isaias el Profeta : He aquí yo envío á mi engel delante de tu faz, que preparará tu camino delante de tí (3). Finalmente, en varios lugares por el Evangelista San Lucas reconviene el Señor á los judíos diciéndoles : ¡ A cuál de los Profetas nó persiguieron vuestros padres? Ellos mataron á los que anunciaban la venida del Justo, del cual vosotros ahora sois traidores y homicidas (4).

No cabe la menor duda, Señores. La religión nueva se presenta inmediatamente como el complemento de todos los anuncios y figuras, quedando justificada por su correspondencia con todo lo pasado, y sirviendo á lo pasado de comprobante. Cundo decía San Mateo : *Haced penitencia porque se ha acer-*

(1) Cap. v, 47.

(2) Ibid. xi, 43.

(3) Ibid. i, 1.

(4) Act. Ap. vii, 52.

cado el reino de los cielos (1); y San Juan : *El Verbo se ha hecho carne; y habitó entre nosotros; y vimos su gloria* (2); y San Lucas : *Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad* (3), el Evangelio daba á toda la obra de la revelacion divina, una explicacion terminante, y una gran fuerza, un valor histórico capaz de resistir, como ha resistido, á las objeciones de la crítica.

Ahora bien, yo no me atrevo á decir cuál podría ser el conocimiento que la Virgen María tendría de las Escrituras : cualquiera suposicion sería aventurada. Es indudable que estaba perfectamente instruida en la ley y en los Profetas; pero la instruccion podía ser perfectísima, y sin embargo, como la historia de la vida de Jesús tenía que ser la explicacion del Antiguo Testamento, por esta razon es de suponer, que el conocimiento mas perfecto que pudiera darse, nó llegaría á ser una revelacion tan clara de las últimas cosas, de modo que nó hubiera lugar á los sobresaltos, angustias y temores que oprimieron su espíritu, desde

(1) Act. Ap. iii, 2.

(2) Cap. i, 14.

(3) Cap. ii, 11.

que le predijo tan confusas penas aquel venerable anciano. Mi pensamiento, Señores, lo explico con estas palabras que nó son ciertamente un logogrifo : las profecias del Antiguo Testamento relativas al Mesias que había de venir, nó debian referirse al Evangelio que nó se había escrito, ni á la vida de Jesús que nó había comenzado. La vida de Jesús era la que había de conformarse con las profecias, la que había de determinar su sentido, y el Evangelio era el que había de referirse al Antiguo Testamento, comprobándolo con todo vigor. Dicho esto, paso á explicar las contradicciones que debería sufrir el Justo, las cuales serían la espada de dolor que traspasaría el alma de la Virgen.

Si se puede conciliar tan naturalmente en la Madre de Dios el mas perfecto conocimiento de las Escrituras que era posible, con la sorpresa y horribles temores de tantos tormentos como auguraba la siniestra profecia, es mucho mas facil explicar las contradicciones que vendrian sobre Jesús, de la parte misma de aquellos que le esperaban con vivos deseos, llamando en sus continuas oraciones al Salvador de Israel. La razon es la misma, pero

aquí tiene doble fuerza. Ahora lo vereis.

Como las profecías tenían en el porvenir su explicacion y sentido, los judios las sometieron á muchos comentarios. Estos comentarios se fueron separando de la exposicion verdadera que les dió el Evangelio; así es, que á la aparicion del Mesias, el pueblo judio no le conoció; porque su espíritu, dando á la letra un sentido equivocado, habia difundido las ideas mas falsas sobre la condicion y carácter de *Aquel que habia de venir*. No creais, Señores, que hablo solamente de aquellos judios mas obstinados, pertenecientes á las sectas mas infames y corrompidas, ni de los judios mas carnales y groseros; hablo de los espíritus mas cultivados entre los sabios de Israel, de los hombres mas cultos, de los mas illustres y famosos personajes, de aquellos que pertenecian á la más rijida y austera de las sectas, á la de los Fariseos, en una palabra, hablo nada menos que de algunos israelitas que fueron valerosos discípulos de Jesús, y ardientes y celosísimos propagadores de su doctrina santa. En los dias de Cristo, la idea que generalmente se habia esparcido acerca del Mesias, distaba mucho de todo aquello que estaba

pasando y se veía. Los más carnales y groseros de entre los judios, le perseguian y denostaban; y como los más cultos y versados en el conocimiento de las Escrituras nó comprendian un *Mesias perseguido*, le contradecian tambien. De esta manera le contradecian todos.

En prueba de que era una idea falsa la que se formaron hasta los mas illustres y sabios del Judaismo acerca del Mesias, os citaré algunos pasajes de aquella arrogante defensa que de sí mismo hizo S. Pablo, acusado por los judios, en presencia del Rey Agripa. *Segun la secta mas segura de nuestra religion*, dijo San Pablo, *viví fariseo. Y ahora soy acusado por esperar la promesa que hizo Dios á nuestros padres..... Yo, á la verdad, habia pensado que debia hacer la mayor resistencia contra el nombre de Jesús Nazareno. Y así lo hice en Jerusalem, y yo encerré en cárceles á muchos Santos, con poder que recibí de los Príncipes de los Sacerdotes; y cuando los hacían morir, consentí tambien en ello. Y muchas veces castigándolos por todas las Sinagogas, los forzaba á blasfemar; y ensufreciéndome mas y mas contra ellos, los per-*

seguía hasta en las ciudades extrañas (1). Y ved aquí explicadas las contradicciones de que Jesús fué el blanco. Los que se figuraban que el Mesias debía ser un Rey proderoso, que deslumbrára á las gentes con esplendoroso aparato, le escarnecieron y le colmaron de oprobios, pensando que nó insultaban sino al impostor de Nazareth; y aquellos que en su alta sabiduria y conocimiento de la ley, hubieran podido reconocer al Mesias en el humilde hijo del artesano, viéndolo perseguido, juzgaron, como juzgó el mismo Apostol San Pablo, que debian hacer la mayor resistencia contra el nombre de Jesús Nazareno. Los que nó vieron en la Biblia un Mesias perseguido, necesitaron de una enseñanza, de la enseñanza del Evangelio, donde fueron explicadas las palabras del Antiguo Testamento; y tanto Jesús como sus discipulos hicieron ver con pasajes de la Escritura Santa, que el Cristo debía sufrir estas contradicciones.

Yo creo que esta razon explica cumplidamente la ceguera de los mas sabios Doctores de la ley, y quita la aparente repugnancia que pudiera sospecharse entre las angustias que

(1) Act. Ap. xvi, 5, 6, 9, 40, 41.

sufriera la Virgen por dolores y tormentos nó determinados, y su ciencia de las Escrituras; tan completa como se la debe suponer, habiéndosele infundido por el mismo Dios sobrenaturales dones y singularisimas gracias.

Pero las contradicciones de que Jesús fué el blanco de parte de Israel, debian tener por resultado la glorificacion y completo triunfo del Mesias y la ruina del pueblo judio. Sobreviven restos, pero esparcidos por toda la tierra, y para cumplimiento de la palabra de Dios. Señores, ¡qué maravilla! Acabáronse los grandes Imperios de los egipcios, de los asirios, de los Persas, de los medos, de los griegos, de los-romanos, cuyas constituciones parecian desafiar en duracion á la eternidad misma, y acabáronse de tal modo, que solo quedan pequeñas ruinas y miserables vestigios, sin que sea posible reconocer entre los hombres que hoy viven, á ningun descendiente de aquellos; pero la raza de Abraham, los hijos de Jacob, el pueblo de Israel, mas antiguo que todos ellos, permanece entre nosotros, fraccionado, disperso en todos los angulos del mundo, sin ley, sin templo, sin sacerdocio, abatido y hecho la fábula y ludibrio de las gentes, leyendo y expli-

cando con su proverbial contumacia, la letra de las profecías, donde está su prevaricacion y su castigo. Así lo anunció al Mesías, nuestro Redentor Jesús, y primero dejará de lucir el astro hermoso de la mañana, y se trastornará el orden y concierto del Universo, que faltar una jota, un tilde de sus divinas palabras.

¡Qué motivo sería este de tanta afliccion para la Santísima Virgen María! Porque si Jesús, al pronunciar este anatema contra aquel pueblo obstinado y rebelde, nó pudo contener el llanto, *flevit super civitatem*, ¿cuál sería la angustia y afliccion de su Madre tan compasiva, viendo ya tan de cerca la desolacion de la ciudad, la ruina del Santuario, y el exterminio de aquel hermoso pais en que habia nacido, que custodiaba las cenizas de sus padres, y de cuya generacion y prosapia descendia segun la carne, el mismo Cristo?

Muy pronto se manifestaron *los secretos pensamientos de su corazon*, como habia dicho á la Virgen el Profeta, y se concitaron los odios de aquel pueblo infeliz, aunandose las varias sectas del Judaismo, entre sí diferentes en muchos puntos, pero acordes en la resistencia y contradiccion que levantaron contra

Jesús. Componian estas sectas los Fariseós, Herodianos, Sadducéos, Principes de los Sacerdotes y Maestros ó Doctores de la ley, á las cuales se agregaban las Sinagogas de los Cirenenses y Alejandrinos, y la de los Libertinos.

Distinguióse la secta de los Fariseós por la rigorosa observancia de las ceremonias legales; pero afectaban un espiritualismo que nó tenían, y nó contando con la gracia ni con la verdad, que era Jesucristo, le opusieron todas las perfidias y traiciones que se podian esperar de unos hombres preocupados, supersticiosos, que gloriándose de ser hijos de Abraham, nó esperaban de su semilla otra felicidad, ni otro reino, ni otra bendiccion, mas que la felicidad de los goces terrenales. ¿Cuál nó sería mis queridos hermanos, el dolor de la Virgen santísima, viendo la resistencia y contradiccion que se hizo á Jesús por estos Doctores ciegos, hombres hypócritas y orgullosos, que afectando un escrupuloso respeto á la ley se fundaban en ella para contradecir á Jesús? ¿Puede darse otra cosa mas opuesta á la verdad, á la caridad, á la justicia, que fiar, como los Fariseós fiaban á su espíritu, la obra de

su salvacion, resistiendo á Jesús, en cuya gracia y favor solamente se alcanza? Esta contradiccion fué espada penetrante para el sensible corazon de la Virgen María.

Aun mayores penas causaron á la Madre de Dios los Herodianos. Ya fueran estos los *publicanos* ó recaudadores de impuestos que acusaron á Jesús diciendo: "Hemos encontrado á este hombre que pervierte al pueblo y prohíbe que se pague el tributo al Cesar;" ya fueran los soldados de Herodes que custodiaban la persona del Principe, ello es, que ofuscados con el splendor y magnificencia de que este soberano se rodeaba, creyeron ver en él al Dominador y al Angel del Testamento. ¿Cuál sería la pena de la Santísima Virgen, viendo la ofuscacion de estos hombres que de tal modo revolvian lo sagrado con lo profano, reino espiritual con el temporal, hombres tan abyectos que preferían ver á un extranjero ó Iduméo sobre el trono del hijo de David?

No hablaré ya de los Príncipes de los Sacerdotes y Maestros de la ley, que miraban á Jesús como escandalo y oprobio de su pueblo, y trataban de malos israelitas y apostatas de la Sinagoga á los que le seguian y alababan;

ni de las otras sectas donde abundaban los hombres perversos y engañadores, los jueces prostituidos y venales, los corrompidos Magistrados, los calumniadores y falsarios, que se daban la mano con el populacho vil y degradado, los esclavos, los traidores, los desapiadados verdugos, y sus infames satelites.

Con elementos tan apropiados, la persecucion del Mesias tuvo que ser universal y continua. *Lévantáos*, dice un Angel á José cuando dormía: *tomad al niño y á la madre, huid á Egipto, porque Herodes buscará al niño para perderle* (1). ¡Qué angustias para la Virgen María en este viaje! Por seguir el curso ordinario de las cosas, el que sería la salud de los hombres, *cae en enfermedad* (2). ¡Oh dolor! Pero estaba escrito. *Yo he llamado á mi Hijo del Egipto* (3), dice el Señor. El cielo se movió antes que la tierra, dice San Pedro Crisólogo, cuando el Angel descendió sobre José que dormía; pues ¿qué harían las entrañas virginales de la Santísima Virgen?

Las madres desconsoladas por la muerte de

(1) Matth. ii, 13.

(2) Heb. v, 2.

(3) Oseas. xi, 4.

sus tiernos hijos lloran amargos duelos: oyéronse sus lamentos en Rama, y Raquel nó quiere consolarse de la muerte de los suyos, porque *¡ya no son! Quia non sunt* (1). El gemir de estos inocentes mártires y el dolor de sus madres desconsoladas quebranta el corazón de María.

Al temor y susto de perderle, sucedió después el dolor de haberle realmente perdido. ¡Qué naturalidad hay en aquella amorosa reconvencción de su divina madre, cuando hallándole en el templo le dijo sollozando: *¡Hijo mío, porqué nos habeis tratado de esta manera? Vuestro padre y yo afligidos os buscábamos* (2). *Dolentes quærebamus te.*

Mayores tormentos estaban reservados à la Virgen, para aquel tiempo en que comenzara Jesús su vida pública. ¡Cómo observan la conducta del Mesias sus implacables enemigos! ¡Cómo miden por su Corazon mezquino aquel corazón tan generoso y tan grande! Ya interpretan falsamente sus palabras, ya sus acciones comunes, ya sus predicciones, ya sus milagros. Una vez los Principes de los Sacerdotes

(1) Matth. ii, 17.

(2) Luc. ii, 49.

y los Escribas le hicieron esta pregunta ofensiva y extraña: «Explicadnos lo que haceis, y decidnos con qué autoridad, y quién os ha dado el poder.» Otra vez los Fariseos le hicieron preguntas insidiosas, para excitar mas, si era posible, el odio que le tenían los herodianos. Los Sadduceos siguieron el mismo camino, y un Doctor de la ley siguió á los Sadduceos, y todos turnaban en el ejercicio de sus malignas artes, con asechanzas y perfidas maquinaciones que *descubrian los mas ocultos secretos de su corazón.* La verdad de su mision autorizada con la pasmosa grandeza de sus milagros, con la pureza de su vida, con la evidencia irresistible de su doctrina, con el atractivo y mágico poder de su palabra lejos de persuadirlos y convencerlos, los irrita y enfurece hasta la demencia. Primero se juntaron en conciliabulos secretos, y luego publicamente, porque ya solo se trata de perderle, sin pararse en los medios, y sean los que fueren. Su doctrina fué tenida por impía, sus milagros por encantamientos y ficciones, y todas sus obras por artes inicuas de un hombre pérfido, traidor, malhechor, seductor, que todo esto se dijo contra nuestro amantísimo Jesús,

autor de la gracia y de la verdad, y principio de nuestra salud. ¡Oh, y cómo serían para la Santísima Virgen estas contradicciones una espada de dolor! Todos estaban conjurados contra Jesús, y como anunció Simeon, le tiraban como al blanco.

«¿Qué hacemos? Decían alentándose los unos á los otros, para dar remate á la obra de iniquidad tramada en sus conventiculos y asambleas. El pueblo se va tras él, y sinó le salimos al encuentro, creerán en su palabra. Luego vendrán los Romanos, y destruirán nuestra ciudad y nacion.» El despecho los tiene ciegos, pues nó solo nó evitaron la ruina de la ciudad y nacion, sino que ellos la aceleraron con esta persecucion tan rabiosa. Los Romanos vinieron, cayeron sobre la ciudad, los despojaron de sus bienes, talaron el pais, y los redujeron á la mas dura y miserable servidumbre. Trajoles tan memorable castigo su horrendo sacrilegio, para que se cumpliera lo que Simeon habia dicho: *Positus in ruinam.*

Finalmente, engañados por sus malas pasiones, irritados contra Jesús á pesar de su mansedumbre, hicieron sus enemigos un esfuerzo supremo; y todo lo que puede inve n

tar la envidia, enmascarada con el velo de la piedad, y todo lo que puede querer la malevolencia, y proyectar la sabiduría diabólica, que condena el Apostol San Pablo, todo se puso por obra, consiguiendo un completo triunfo sobre la verdad, sobre la inocencia y la justicia, que quisieran desterrar para siempre del mundo, crucificándolas con Jesús en un cadalso. El Justo fué entregado á la muerte.

¡Ver la Santísima Virgen á su dulcísimo Jesús reputado entre los inicuos, y condenado á muerte, y muerte afrentosísima y dolorosísima! ¡Oh, qué cruel es la espada que atraviesa su corazon!

Pero las contradicciones arrecian; y el sublime destino de la Madre de Dios, la pone al alcance de todas las angustias que sufre su amantísimo Hijo, y refractan sobre aquella madre dolorosa. Jesucristo ve todas las maldades y abominaciones pasadas, y todas las que se cometerán hasta el fin de los siglos. El pecado anubla su frente con un paño de tristeza. Puesto el pecado sobre la cruz, derriba sus hombros y lo agobia con su peso; su sabor es de hiel y vinagre; los frutos que dá en la tierra son abrojos y espinas. La Magestad de

un Dios no puede poner en él los ojos, sin sudar sangre por todos los poros de su sacratísimo cuerpo; pero derramando sobre los pecadores una mirada de misericordia, encomiéndalos á su Eterno Padre con palabras de infinito amor.

La dolorosa Madre de Jesús, juntamente con su Santísimo Hijo, se ofrecía al Eterno Padre en sacrificio y hostia de suavidad y propiciación. Mas ¿cuánto sufriría viendo á su querido Hijo, que por una parte traía á su consideración los pecados de los hombres, para satisfacer por ellos, y por otra los retiraba, nó pudiendo sufrir tanta deformidad? *Cepit contristari*, dicen los Evangelistas. Este fué el primer fruto de la consideración de nuestros pecados; llenarse de pavor; despues sobrevino el tedio; *tedere*, y por último, el combate y agonía en que padeció atrocísimos tormentos, y dió público testimonio del grande amor con que amaba aun á sus mas implacables perseguidores.

Al considerar que las lágrimas, sollozos, dolores y atrocísimos tormentos del Hijo mas amado fueron á un tiempo los de la Madre mas amorosa, los fieles cristianos se vuelven

á la Virgen María, haciéndola compañía en sus penas, y pidiendo auxilio y fortaleza para padecer resignados. Tal es el destino del hombre en esta vida. El dolor se lleva la mayor parte, y nó se libró de padecer la Virgen María aunque era santísima y pura, ni mucho menos Jesucristo, que ha sido verdaderamente el *hombre de los dolores*. La Virgen María conoció los sufrimientos del cuerpo y las angustias del alma; sufrió el hambre y la sed, la pobreza y el destierro, la tribulación, el desamparo y la soledad; mil espadas cruzaron su pecho y aflijieron su corazón sensible y compasivo, aunque tuviera la firmeza del diamante. Jerusalem la vió llorar; y en sus labios se ponen estas exclamaciones de Jeremías: "Oh vosotros todos, los que pasais por los caminos, mirad y ved si hay dolor semejante á mi dolor. Ved Señor mi tribulación; mis entrañas están desgarradas; mi corazón está despedazado dentro de mí; porque yo estoy llena de amargura..... Ellos han oído mis gemidos, y nadie me consuela..... (1)"

Todos los dolores juntos no pueden compararse con los de María; porque si como dice

(1) Thren. 1, 20.

San Bernardo, su dolor ha sido proporcionado á la extension de su amor, ¿quién puede haberla sobrepujado? «Nó me llameis Noemi, decia la Virgen, nó me llameis Noemi, es decir bella; llamadme mar de amarguras, porque el Todopoderoso me ha llenado de dolores.....»

«! Oh Padre Eterno! (exclamemos con Fr. Luis de Granada) ya que por tu infinita bondad y misericordia quisiste que así padeciese tu bendito Hijo por nuestros pecados, ¿porqué quieres que padezca tambien esta sagrada Virgen, que ni por los pecados agenos merece muerte, (pues basta la del Hijo), ni tampoco por los suyos, pues no los tiene? ¿Cuán fácilmente se pudiera templar este trabajo, si en aquella sazón se hallára fuera de Jerusalem, donde no viera con sus ojos al Hijo morir, ni creciera tanto su dolor con la vista del objeto presente? ¡Oh maravillosa dispensacion y consejo de Dios! Quieres, Señor, que padezca, nó por la redencion del mundo, si no porque no hay en el mundo cosa que mas te agrade que el padecer por tu amor. No hay en todo lo criado, cosa mas preciosa, que en el cielo, el amor de los bienaventurados; y en la tierra,

el amor atribulado de los justos. En la casa de Dios no hay mayor honra que padecer por su amor. Entre todas las buenas obras que el Salvador te hizo en este mundo, esta fué la que principalmente señalaste y aceptaste, para que fuese el medio de nuestra reparacion. Esta fué la joya y la piedra preciosa, que entre todas las riquezas de virtudes que aquel tan rico mercader te puso delante, mas te agradó, para darle por ella todo lo que pedía, que era el remedio del mundo. Pues si tan rica es esta joya, no era razon que faltase tal pieza como esta á la mas perfecta de las perfectas, y aquella que tanto agradó á los ojos de Dios (1).

El mismo Redentor Jesús, nó mostró ni con sus milagros, ni con su doctrina, cuánto amaba á los hombres, hasta que padeció por ellos entregándose á la muerte. Las tribulaciones, como dice San Pablo, ocasion de paciencia, así como la paciencia es la prueba verdadera de la virtud, y esta, esperanza de la gloria. Todos los justos quedaron purificados como el oro en el crisol, pasando por la prueba de los dolores. A los que Dios quiere descubrir su corazon amante, los lleva adentro

(1) Libro de la oracion y meditacion, Cap. xxiii.

de los secretos mas escondidos de la ciencia del espíritu, por medio de la tribulacion; y Él puede hacer que la tribulacion nó sea hiel si no regalo. Señal es de su predileccion el padecer y sufrir, y dá mayor trabajos á los que para si elije y le són particularmente mas queridos y allegados. Por esta razon decia el Rey Profeta : *Señor, nos darás á beber lágrimas con medida* (1); mas ¿qué medida es esta? Que los escogidos del Señor serán los mas atribulados; porque como en los sacrificios de la antigua ley, la sangre de la alianza era rociada sobre el pueblo, así la sangre de la nueva ley cae sobre nosotros, y hemos de participar de la sangre de Jesús, de sus angustias, dolores y trabajos; y será un privilegio esta eleccion de los buenos cristianos, á quienes mayores trabajos se reparten, con quienes celebra el Señor una alianza mas íntima, á quienes hace participantes de los dolores é ignominias de su pasión dolorosísima.

Consolaos, pues, mis queridos hermanos, en vuestros trabajos; y reciban mas consuelos aquellos que se vean afligidos por mayor dolor; porque mientras mas sufriereis, tendreis

(1) Ps. LXXIX, 6.

mas semejanza con Jesucristo y su Santísima Madre. Rechazar este consuelo, apartar de nuestros labios el caliz del dolor, sería olvidarnos de lo que somos, despreciando la obra de nuestra salud, y hollando la misericordia del Señor: y sería el colmo de la ingratitud no padecer con la Madre de Dios, encontrarla llorando por los caminos y nó llorar con ella, negarle en su desconsuelo toda simpatía, viéndose claro por estas señales, cuán indignos somos de que pusiera el Señor en nosotros sus ojos de misericordia cuando fué levantado sobre el madero de la Cruz, y cuán lejos estábamos de merecer una Madre como la Virgen María, en cuyas entrañas se atesora tanto amor para los pecadores.

¡Ah, mis queridos hermanos! Nó nos olvidemos de los gemidos de nuestra Madre. Ved que nó somos los hijos del siglo; es decir, esta vida nuestra, esta vida espiritual del genero humano, nó es el resultado de barbaros sacrificios, ni de ceremonias vanas, ni viene del poder del hombre, ni de su palabra, ni de su doctrina, sino que viene del mismo Dios que padeció por nosotros en la humanidad que se habia unido, juntamente con su Madre la Vir-

gen María, que es madre nuestra. Somos, pues, los hijos de su sangre y de sus dolores: ¿escucharemos sin lágrimas el relato de sus penas? ¿O llevaremos nuestra ferocidad hasta el punto de redoblar las ofensas, pagando amor con odio, sirviendo de contradicción al Hijo y de espada á la Madre, poniendo pecado sobre pecado, y resucitando aquellos dolores crueles que desgarraron en el Calvario el corazón de María Santísima? ¡Ah, nó! No hay hombre tan miserable que nó se conmueva oyendo gemir á su tierna madre, cuando llora sus extravíos. Guardará en su corazón las penetrantes palabras de una madre amorosa y solícita, oirá siempre aquellos sollozos, y sus ojos encontrarán en todas partes aquella mirada de bondad que enamora, amenaza, y protege. Estos recuerdos de la piedad filial fortifican contra las tentaciones, defienden contra los pecados, y nó dejan que se entorpezca y embote nuestra sensibilidad, expuesta al rudo contacto de los falsos placeres y penosas aflicciones de este mundo.

¿Veis, Señores, cómo no echo mano de recursos violentos para moveros al dolor como por fuerza? Nó Señores; yo me dejo llevar

naturalmente de mi pensamiento, sigo sencillamente la corriente de las afecciones humanas, y quisiera, como sacerdote del Señor, derramar en las llagas sangrientas de vuestras almas el óleo y el balsamo de las celestes consolaciones. En el dolor de la Purísima Virgen, consuelense las vírgenes atribuladas; consuelense también las esposas cuya vida es un largo martirio. Cobre expansión el corazón amante de todas las madres, y revistámonos todos ante la imagen viva del dolor, de aquel espíritu de fuerza que nos hará capaces de suspirar por las pruebas, y desear la cruz. « Dejémosnos conmover, Señores, como decía Bossuet, por los lamentos de una Madre: » abracémosnos á la cruz, abracémosnos al dolor. Yo os diré del dolor, mis queridos hermanos, lo que Fr. Luis de Granada decía de la humildad: « El que te desechare será de Dios desechado, aunque esté en lo mas alto del cielo; y el que te abraza, será de Dios abrazado aunque sea el mayor pecador del mundo (1). »

Ahora que por todas partes, al grito de dolor que sale de todos los pechos humanos, se juntan los lamentos de María, la sangre de Je-

(1) Libro de la oracion y meditacion, Cap. xx.

sús, la ira de sus enemigos, la consternación de sus discípulos, y el clamor ardiente de los pecadores que piden á Dios misericordia en días de gracia, recojed vuestros sentidos y potencias para dar al espíritu la doctrina que necesita, y entrar en aquellos sentimientos de amor que piden de nosotros los tremendos misterios del Calvario. Todavía quiero presentaros el cuadro mas sublime que puede ofrecernos el dolor llevado á su mas alto punto, el último dolor de María, la última espada que atravesó su alma en un momento supremo, en aquel en que las contradicciones suscitadas contra Jesús por el pueblo de Israel alcanzaron la más completa victoria con la muerte del Justo, á que se siguieron abercisimas penas, imposibles de conllevar sin poderosos auxilios de lo alto. Entre tanto, sea con vosotros el amor y misericordia de Dios poderoso y elementísimo, ahora y siempre por los siglos de los siglos. *Amen.*

LOS DOLORES DE LA VIRGEN MARÍA

—♦—

*Magna est enim velut mare
contritio tua; quis medebitur
tui? (JEREM. THREN. CAP. II,
v. 13.)*

*Porque, es grande como el mar
tu quebranto: ¿quien te consolara?*

ILUSTRÍSIMO SEÑOR (1):

Es tal el desencanto que tarde ó temprano se apodera de nosotros, viendo convertirse en humo las mas bellas ilusiones y risueñas espe-

(1) Cuando hice este sermón, me propuse imitar, aunque con la imperfección que yo temía, algunos pasajes de la *Mesiada* de Klopstock. Luego vi que la empresa era temeraria, y que el estudio de un poema, del cual ha sido tan difícil hacer nó mas que medianas traducciones, acabaría mis escasas fuerzas sin uti-

sús, la ira de sus enemigos, la consternación de sus discípulos, y el clamor ardiente de los pecadores que piden á Dios misericordia en días de gracia, recojed vuestros sentidos y potencias para dar al espíritu la doctrina que necesita, y entrar en aquellos sentimientos de amor que piden de nosotros los tremendos misterios del Calvario. Todavía quiero presentaros el cuadro mas sublime que puede ofrecernos el dolor llevado á su mas alto punto, el último dolor de María, la última espada que atravesó su alma en un momento supremo, en aquel en que las contradicciones suscitadas contra Jesús por el pueblo de Israel alcanzaron la más completa victoria con la muerte del Justo, á que se siguieron abercisimas penas, imposibles de conllevar sin poderosos auxilios de lo alto. Entre tanto, sea con vosotros el amor y misericordia de Dios poderoso y elementísimo, ahora y siempre por los siglos de los siglos. *Amen.*

LOS DOLORES DE LA VIRGEN MARÍA

—♦—

*Magna est enim velut mare
contritio tua; quis medebitur
tui? (JEREM. THREN. CAP. II,
v. 13.)*

*Porque, es grande como el mar
tu quebranto: ¿quien te consolara?*

ILUSTRÍSIMO SEÑOR (1):

Es tal el desencanto que tarde ó temprano se apodera de nosotros, viendo convertirse en humo las mas bellas ilusiones y risueñas espe-

(1) Cuando hice este sermón, me propuse imitar, aunque con la imperfección que yo temia, algunos pasajes de la *Mesiada* de Klopstock. Luego vi que la empresa era temeraria, y que el estudio de un poema, del cual ha sido tan difícil hacer nó mas que medianas traducciones, acabaria mis escasas fuerzas sin uti-

ranzas, cuya realidad buscamos en la tierra, y es tan flaco y deleznable el fundamento en que los hombres edifican, que verdaderamente nosotros nó conocemós ni sabemos qué cosa son las grandezas humanas. Pero desde luego, si hay algo que merezca este nombre, si hay algo que no desencante, que nos mueva, que nos interese profundamente, que ajite y fatigue por la admiracion, por el asombro, desde los músculos hasta los resortes mas invisibles y secretos de la vida moral, si hay algo, en fin, que por su insolita grandeza sea capaz de precipitarnos en la oleada de una de esas estu- pendas revoluciones, que en un instante conmueven el espíritu, dejando en él impresa una huella que jamas se borrará, no es ciertamente

lidad ni ventaja á mi propósito. Entonces rebajé mi pensamiento, y tracé el plan de este discurso alejándome mas bien de mi primer idea, y proponiéndome solamente dar cierto tono y exaltacion al asunto y estilo, para caer sobre algunos pasages mas fuertes de la Escritura, y nó sobre tantas sublimes fantasias del Cantor de Quedlimbourg, segun me habia propuesto, aunque resultan en admirable conformidad con la Biblia. En medio de esto, incorporé al discurso algunas imágenes fuertes de Klops- tock, varias palabras y frases enteras que no me pertenecen, y así debo manifestarlo. En esto vino á parar mi plan de imitacion; en un impotente esfuerzo. Aunque el giro y la construccion de los periodos tenga que ser mia, pondré en letra bastardilla todos aquellos en cuya composicion entran palabras ó frases de Klops- tock, los cuales podrá cualquiera cotejar con los cantos de la *Mesiada*.

la felicidad, serena y tranquila como las aguas de un lago. Ni los placeres, ni la calma, ni los seductores atavios de la belleza, ni en las melodiosas armonías, ni en la inspiracion, ni en el génio, ni en el poder, hallamos otra cosa que imágenes pesadas reñidas con toda humana grandeza. Nos parece que falta algo á la grandeza cuando le falta el infortunio; porque fuera del dolor, ¿qué cosa hay grande? Belleza, juventud.... ¡Ah, cuántas pasiones, cuántos accidentes, cuántos suspiros, qué nueva creacion sería preciso añadir para hacer de la juventud y la belleza una cosa verdaderamente grande!

Se desencadenarán los vientos; y el rayo que describe una cinta de fuego ha de traer al corazon y á los ojos una gota mas de sangre y una lágrima, para hacernos sentir, con la majestad del espectáculo, la grandeza de un día. Bramidos del mar, el abismo vomitando llamas, instantes lúgubres y tremendos misterios, nó placidas llanuras, ni auras apacibles, ni amorosos encantos, hacen de la naturaleza un espectáculo grande y sublime en su grandeza. A los ojos de la ciencia, la materia es bruta; obedece á leyes rigorosas; la piedra

cae, como las aguas corren, y el fuego quema: mas para el hombre que siente, todo se amma; el marmol, el sol, y el océano. Cuando la tierra tiembla, la tierra gime: el mundo sufre un dolor inmenso: llora en el diluvio, clama en la tempestad, muere en la noche.... ¿Instintivamente decimos: "eso es grande" porque es grande el dolor. ¿Qué son á su lado los placeres? Si son groseros, degradan; si son continuos, fatigan; y cuando son honestos, oh!.... entonces tienen para el mundo, como dice Bossuet, un inconveniente poderoso; el de parecerse demasiado á la virtud. La dicha nó nos estremece; la riza y los sollozos no caen en nuestro corazon de la misma manera; por el contrario, viva, involuntaria simpatía nos lleva á la desgracia; y ¡ay del que no tuviera en su vida un momento de dolor siquiera!.... Pero si llegan los dolores á su colmo, las piedras se quebrantan, y el alma se rinde; cuando se traspasa la medida del sufrimiento, para la naturaleza vienen al cataclismo y la muerte; para el hombre, tal vez el martirio y la gloria. Necesitamos concebir el heroismo, pero nó es bastante para resistir todas las tribulaciones. Para soportar todos

los dolores, se necesita la santidad, la plenitud de la gracia. Aun es poco; es preciso juntar todos los crímenes, y entre los crímenes, el mas negro y horrible de todos: el deicidio. Es preciso juntar la ingratitud de un pueblo amado de Dios que se torna en su verdugo; y los cielos lloran, y la tierra se estremece, y el sol se eclipsa, y los sepulcros se entreabren, y los muertos aparecen lanzados de las entrañas de la tierra, con ojos en sus orbitas para ser otros tantos testigos de la muerte de un Dios, de un Dios cuya sangre se junta á los piés del Calvario, con las imprecaciones de un pueblo maldecido, la rabia del infierno, las esperanzas del mundo atesoradas en una duracion de cuatro mil años, el triunfo de la Cruz, las lágrimas de María.

María! ¿Cómo el huracan nó derribará la caña, fragil juguete de los vientos? Se cuenta que estaba sosegado el corazon de Bruto al ver morir á sus hijos; pero era al cabo el corazon de un hombre! Y una Madre amorosa, una Virgen pura y sin mancha, ¿soportaría el golpe de la espada, el escarnio, la befa y el suplicio de su Hijo querido, cuando el sol se

eclipsaba, y la naturaleza toda daba claro testimonio del dolor profundo que sentía al contemplar la muerte de su Hacedor Supremo?

Dejad que muera el Hombre-Dios: es nuestra esperanza! Dejad que se obren los augustos misterios de la redencion del mundo: somos los redimidos con su preciosa sangre! Dejad que fugitivo y errante por la tierra, sin templo, sin patria, sin altar, huya desfavorido ese pueblo que asesina al Dios-hombre: estaba escrito! Mas, ¿porqué, Jesús mio, nó arrebatasteis al cielo á vuestra amorosa Madre, sino que la dejasteis abandonada al pié de la Cruz, viva imagen de la desolacion que no puede pintar la lengua, presa del dolor, cuando vuestro último suspiro arrancó un ¡ay! del Calvario, de los sepulcros y del firmamento? Qué! ¿Resistiría la sensibilidad de una mujer, el corazon de una Virgen Madre, lo que nó pudieron resistir los elementos, los sepulcros sellados y los montes de la Palestina?

De tal modo se juntaron en la Madre de Dios los dolores de la pasion de su Hijo Santísimo con la gloria de la redencion del linaje humano, que tuvo lágrimas y congojas, dolo-

res acerbos y la santidad del heroismo, para legar á los hombres esa terrible y soberbia imágen del infortunio, que se refleja en toda grandeza humana. La Madre de Dios pudo sufrir algo mas que el terror de las profecias; pudo seguir á su Hijo hasta el Calvario: pudo mas que contemplarlo de lejos, y llegó junto á la Cruz, desolada y llena de amargura: pudo mas que contemplarlo de cerca, y lo estrechó contra su corazon. Era el hacecillo de mirra de los Cantares, pero mustio, descolorido y sin vida, como una rosa arrancada de su tallo. No pudo prestar el aliento á su amado Hijo, ni á fuerza de amor; temblaban sus manos, y su alma estaba llena de amargura. Destilaban sus ojos el agua cristalina y pura de sus amores, y nó murió de dolor, porque Dios la sostenía mirándola desde los cielos.

Vuelve á mi tambien, Dios mio, tus ojos misericordiosos para sostenerme y ayudarme. Si San Bernardo decia que nada le apuraba tanto como tener que hablar de las grandezas de María (1), ¿qué nó pasará al tener que hablar de sus dolores, en que resaltan mas las grandezas de vuestra Madre? Yo, Señor, os

(1) Serm. iv de Assumptione B. M.

abandono mi espíritu, mi corazón y mi lengua, confiado en los auxilios de la divina gracia. *Ave Maria.*



El hombre se estremece de ver la sangre derramada, y aparta sus ojos con horror. ¡Oh y que dolor, si aquella sangre es la sangre de un amigo! El dolor crecerá mas todavía, si es la sangre de un hermano: más aun, infinitamente más, si es la de un hijo, el mas querido de todos, querido con ternura. ¿Y si fuera el único? Ya parece que no se pueden seguir distintamente las gradaciones del dolor; ya parece que lo inmenso es poco; y sin embargo, el dolor puede ser mas intenso todavía. Suponed, Señores, que se trata de una Madre, de la mas tierna de las Madres, destinada á pasar por tan duras pruebas: ¡Oh, Dios mio! ¡Qué escena tan terrible! Apenas se puede concebir tanto sufrimiento: expresarlo, ¿cómo?

Señores, si se nos contara esta historia por la primera vez, nosotros diríamos en seguida, presumiendo adivinar el único desenlace que parece posible: "La Madre de Dios siguió hasta el Calvario, con su querido Hijo; levantaba sus brazos en ademán suplicante; lloraba y pedía á los jueces y al populacho la vida de su Hijo; pudo soportar la suya viendole injuriado, escarnecido, clavado en un madero afrentoso, y cayendole la sangre de su sacratísima cabeza, coronada de espinas. Pudo mas todavía: pudo verle morir! Pudo resistir, aunque traspasada de dolor, este sangriento espectáculo de tres horas.... pero al bajar del cadalso el cuerpo ensangrentado de Jesús, la naturaleza quiso intentar un esfuerzo imposible! Aquella Madre afligida quiso estrechar contra su corazón el cadáver de su querido Hijo, pero cayó al pié de la Cruz, sin aliento y sin vida, muerta del rayo, y *buscando con sus labios, en las postreras convulsiones de la carne, las llagas ensangrentadas de su dulcísimo Jesús*".

Esto diríamos. Cuando la madre de los Macabéos vió morir al último de sus hijos, murió también: cuando la Madre de Dios quiso es-

trechar contra su corazón al Hijo de sus entrañas, murió traspasada de dolor. Esto diríamos, Señores, y nos detendríamos aquí, pareciéndonos imposible dar un solo paso mas en la línea del heroísmo. Pero ¿qué poder sobrehumano sostiene á la Virgen, cuando estrecha contra su seno el cadáver de su querido Hijo? Que nos devuelva el infierno sus negros arcanos y nos diga, si la rabia de Satanás pudo alargar aquellas horas tan amargas. ¿Porqué no habia de regocijarse el príncipe de las tinieblas en prolongar la existencia dolorosa de aquella Virgen, que habia nacido para quebrantar la cabeza de la serpiente? O se volvieron sus entrañas de bronce?

¡Oh, Dios mio! Tú, que haciendo plegar sus negras alas al ángel de los dolores, deparaste una mujer piadosa que salió en el Pretorio al encuentro de Maria, dime, Señor, ¿comunicaste los sueños encantados y las visiones de Porcia (1), para consolar á la más desconsolada de las mujeres?.... Escucha, Maria, le dice una *mujer pálida*, cuyos cabellos *flotaban*

(1) Se encuentra el nombre de la mujer de Pilato escrito de varias maneras: *Claudia*, *Procla*, *Procula*, *Porcia*, y no sabemos de otras variantes con que es probable que se escribiera.

graciosamente, vestida como una romana de la nobleza (1), y ajitada por un ligero temblor". Un sueño me ha revelado que Jesús es el mas grande, el mas virtuoso de los mortales, y que los dioses quieren salvarlo". ¿Será que la imágen de Porcia y sus sueños misteriosos entretienen todavía la imaginacion exaltada de la Virgen? Cuando estrecha contra su corazon el cuerpo inanimado de Jesús, ¿vive aún aquella ilusion consoladora que le dió la vida de un instante?

*¡ Oh, ya no está en el dorado palacio donde encontró á esta mujer inspirada! Bajó sus escaleras de marmol, como bajó Luzbel del Olimpo á los infiernos; el Angel, por su soberbia; por su dolor, Maria! Ya no está en dulces coloquios, que hacia mas dulces aquella viva palpitacion de sus esperanzas, de su amor y de su credulidad; ya no respira en *aquel silencio embalsamado de flores*, cuando la aurora deja caer en la tierra, para embellecerla, sus dulces lágrimas; huyó para siempre la vision profetica de Porcia!.... ¡ Recuerdos dolorosos! *El horizonte sangriento del Golgota ha reempla-**

(1) Asi la describe tambien Ana Catalina Emmerich. V. *La douloureuse passion de N. S. Jésus-Christ.*

zado á los perfumes y al aura fácil de los jardines del Pretorio; funebres sombras del Calvario se proyectan sobre las estatuas y los porticos de Jerusalem; inundaron á la Madre de Dios aquellos torrentes de iniquidad que cayeron sobre Babilonia y todas las ciudades malditas; y los mares, y el Cedron, y el agua cenagosa de los lagos, y todos los manantiales infectos de sal y azufre, y la sangre del Hacedama, acudieron á los ojos de la Virgen; porque ya no tenía lágrimas, y lloró con el llanto de la tierra, con el rocío de la mañana, con la densa bruma que se alzaba de los mares, con los pecados de los hombres y las iniquidades de su pueblo.

" ¡ Infeliz madre! " Clamaban en tono plañidero y tristísimo las mujeres de Galilea. ¡ Infeliz madre! Y sus manos se juntaban con muestras de un dolor lleno de sencillez y de ternura.

La Virgen ya no puede articular un acento siquiera: se la vió con espanto echarse á los piés de José de Arimatea para pedirle el cadaver de su Hijo: estaba palida como la muerte. ¡ Oh, qué situacion tan horrible!.... Una palabra, un sollozo siquiera que pudiera

llegar hasta el corazón del Senador romano....
¡ y no pudo tampoco! Le tendía los brazos en
 actitud suplicante, con todo lo que hay de mas
 doloroso y sublime en un esfuerzo imposibles
*¡ ah! ¡ Quién no hubiera conocido que aquella
 mujer era la Madre del Hijo de Dios?* Ha-
 blaba con los ojos, ajitándo los labios; la deso-
 lacion estaba pintada en sus facciones descom-
 puestas; y á falta de voces, *hasta los músculos
 suplicaban.* Queda transportada de dolor, de
 amor y de alegría al estrechar contra su co-
 razón el cadaver de su querido Hijo; imprime
 sus labios en las heridas de su cuerpo que ya
 no manaban sangre, y en el exceso mismo de
 su dolor encuentra fuerzas todavía para sufrir,
 esta sublime criatura!

Tengo por imposible que en el exceso del
 dolor que llega á su colmo, como sucederá en
 los últimos momentos de la agonía, pueda for-
 mularse en palabras el pensamiento que se
 desprende entre tantas contradicciones, tantos
 conceptos mutilados, tantas imágenes de cosas
 informes y extrañas, y con tal viveza sentidas,
 y tan confusamente amontonadas. El espíritu
 habla entonces la lengua de los inmortales; y
 huyendo de lo terrenal, transporta á lo infi-

nito el corazón y el pensamiento, y allí dá
 voces. Así la madre mas desconsolada abra-
 zando amorosamente el cadaver de su Hijo
 querido, imprimiendo en sus amaratadas me-
 jillas un osculo eterno, levanta su alma hasta
 los cielos, y dice estas palabras que los angeles
 solos entendian: "*¡ Oh tú que me envías el mas
 hermoso de los espíritus celestiales que están
 radiantes de alegría delante de tu trono, para
 que me anuncie al hijo que habia de nacer
 de tu esclava; tú, Dios y Señor mio, que me
 hiciste sentir en Belen las alegrías de la mater-
 nidad, y consientes que participe de las glorias
 del Salvador á quien adoran los Reyes en un
 establo, los Doctores en la Sinagoga, el tullido
 en la piscina, el ciego en Jericó, los pobres y
 desgraciados en todas partes; tú que das un
 hijo á la madre de Samuel porque te lo pide
 derramando al pié de tu altar sus lágrimas
 amorosas, ten piedad de mí. ¡ No me libraste
 de los dolores del parto sino para conde-
 narme á mas crueles tormentos? ¡ No pusiste
 en mi corazón el amor mas ardiente de una
 madre para el mejor de los hijos, sino para
 hacerme llorar su muerte y llorarla sin con-
 suelo? He visto, Señor, entre la muchedumbre*

que pedía á grandes voces la muerte del Justo, al Proconsul de la Judea, cuyo corazón estaba inclinado á la misericordia : le he visto, á favor de la agitación del pueblo, decir unas palabras al oído de un esclavo, y luego el esclavo le trajo al punto *una fuente de plata y un vaso de Corinto*, y se lavó las manos, porque rehusaba tener participación en la sangre del Justo. ¿Porqué no hiciste, Señor, que se calmara la ira del pueblo y oyera á su Pontífice, y no que el Pontífice fué arrastrado por el pueblo y por las iras de los sacerdotes y fariseos? Pudiste hacerlo, Señor. Tú que das á los cielos *himnos eternos para celebrar tu gloria*, y lágrimas al pecador que implora tu misericordia infinita, ¿porqué no lo hiciste?

Y en el instante mismo, se cruzaba la palabra de los espíritus en los abismos y en el cielo; habia llegado la hora sublime de los misterios; rasgado el velo del templo, entreabiertos los sepulcros, hablaba el silencio por la boca de los Patriarcas enterrados hacia mil años; bajo las primeras capas de la tierra primitiva sonaban las voces de los primeros padres del género humano; y de entre las *aguas del mar muerto* se escapan sordos ge-

midos de las potestades del infierno. Satanás quisiera regocijarse en los dolores de la Madre de Dios; pero Satanás sufre los tormentos de la desesperacion mas horrible. *Se vuelve al maldito y reprobado Adramelech*; quisiera maldecirlo, ó adorarlo; Adramelech quisiera poder adorar á Satanás, ó maldecirlo; la rabia y el dolor sofocan los lamentos del infierno. El primer hombre levanta sus brazos al cielo, y exclama : " *en este día de sangre viene á mi memoria el crimen que me ha perdonado el Señor*. El Señor nos ha dado la salud, y á nuestra raza. Los cedros y las palmas oyeron el nombre de Jesús. ¡Jesús! repitieron las rocas del Tabor y del Gólgota.... La Madre de Dios, retrocediendo con el pensamiento á las primeras edades, habla con Eva *á quien sintió remover la tierra debajo de sus piés para levantarse á una nueva vida* : "¿le has visto morir? pregunta : ¿oiste el acento de sus últimas palabras? Los cielos han recogido sus últimas palabras, *terribles como la última estrofa de un himno del arcángel*." La Reina de los cielos está llorando al pié de la Cruz, y todos los que vieron á aquella mujer desolada, alzándose sobre las colinas de Jerusalem, per-

filadas por una luz siniestra, ajitándose con sus rotas vestiduras y sus cabellos ondeantes, decían : " El angel del Señor derramó una de las siete copas ; la gran ciudad fué dividida en tres partes ; y las ciudades de las naciones cayeron ; y Dios se acordó de la gran Babilonia para darle á beber el caliz de la amargura, ¿Porqué no perdonó el Señor á su desconsolada Madre?... Un Profeta llevó la muerte á Jerusalem ; que riegue el Profeta con su llanto el polvo de los caminos, y lloren los sacerdotes, y gimán los que no tienen pan que comer, y las viudas que están sin apoyo, y las virgenes escuálidas, y la ciudad oprimida de amargura. Valga por sus pecados ese llanto eterno que escalda la mejilla, y que no haya quien la consuele : mas ¿porqué pesarán sobre la Virgen de Nazareth los castigos que cayeron sobre Jerusalem y Babilonia ?....

¡ Muerte, ven y protejenos con tu sueño dulcísimo ! Impon silencio á las potestades del infierno, y caiga la piedra de los sepulcros, y que mueran todos los ruidos de la vida, el canto del pájaro, la voz del hombre, el silbo del viento, y hasta los vagos rumores de las selvas. Responda el mundo con un silencio

funebre al dolor de la mas tierna y aflijida madre, que estrecha contra su corazón, enamorada y sin consuelo, el cuerpo ensangrentado de Jesús.

Ya el Angel de la guarda extiende un velo diáfano, y oculta con sus alas la frente abrasada de la madre de Dios ; va replegándose hasta perderse en los cielos un ruido lejano y dulcísimo, semejante al sonido que despide el salterio de los Profetas, y al extinguirse, se siente cargado de suaves perfumes, y los acordes de una harpa melodiosa y triste arrancan los sonidos de una voz celeste, que dice estas palabras en medio del silencio universal : " Tornará la luz al sol, y la paz á los sepulcros, y el silencio á la tierra ; y enjugará las lágrimas de una Virgen desolada, el divino hijo de la mas tierna de las madres."

Y esta esperanza que brillaba como una estrella en el negro fondo de sus dolores, venia á juntarse con todas las amarguras : la Virgen ayudaba á la expiación universal ; era la víctima inocente ; la Madre del cordero sacrificado por los pecados de los hombres. No fué bastante que el angel derramára sobre la tierra las siete copas de la colera de Dios ; aquellas

gotas de la suprema ira cayeron sobre el mar, que vino á ser como la sangre de un muerto; cayeron sobre el sol, que atormentó á los hombres á vivo fuego; cayeron sobre el trono de la bestia, y se volvió su reino tenebroso, y los hombres se mordieron la lengua en el exceso de su dolor; cayeron sobre el Eufrates, y se cortaron sus aguas para abrir el camino á los Reyes que habian de venir del Oriente. ¿Nó tuvieron ira los cielos para derramarla toda sobre Babilonia? Sobre tí, Santísima Virgen, ¿pesarán todas las abominaciones que merecieron las naciones idólatras? Yo os mostraré, habia dicho un angel, la condenacion de la gran prostituta con la que se corrompieron todos los Reyes, y que ha embriagado con el vino de su prostitucion á los habitantes de la tierra. ¿Cómo quedó más amargura, más ira derramada fuera de las siete copas llenas de abominacion, cuando cayó la gran Babilonia, la mujer vestida de purpura y de escarlata, rica de oro, perlas y piedras preciosas, embriagada con la sangre de los mártires de Jesús? "¡Infeliz madre!" decian en coro las mujeres de Galilea; ¡infeliz madre!..... Siquiera, aquellas mujeres orgullosas de los

antiguos imperios asiáticos hallaron en sus tormentos horribles el consuelo de la desesperacion, el bárbaro placer de darse la muerte; eran reinas, vates inspirados, mujeres perdidas con el aparato de Diosas, envenenadoras con mantos de oro y purpura, y se daban la muerte en un festin, preludiando con su lira tristes acentos, impregnados de una sublimidad extraña! Ni conocieron tampoco los placeres y dolores de las madres, porque estaban en los mercados á precio de las gentes. El Profeta de Patmos vió á la gran Babilonia sentada sobre siete montes y otros tantos reinos, que tenia en la mano un vaso de oro, lleno de abominaciones y de impureza..... ¡Infeliz madre! Lágrimas y amor tenía para su querido Hijo! ¡Infeliz madre! clamaban en coro las mujeres de Galilea. Y la Santísima Virgen, estrechamente abrazada como una corona fúnebre á la cabeza ensangrentada de Jesús, exalaba su amor, cada vez mas apasionado, y su dolor, cada vez mas profundo, como la siempre viva su triste aroma sobre la tumba de los muertos..... *¡Ya no vives tú!* dice la Virgen traspasada de dolor; *¡tú, á quien amo con todas las fuerzas de mi alma!* Héme aquí desempañando

rada en medio de tantos horrores; el pueblo brama y huye de sí mismo, como una fiera herida; los que te creen huyen del sol que se oscurece como una lámpara sepulcral, de la tierra que tiembla, de los soldados que pasean por el campo armados como si temieran un asalto á la ciudad. ¡Ah! Si mi lengua pudiera articular algunas palabras, yo preguntaría á los pocos amigos que me quedarou fieles ”; *le habeis visto levantar por última vez la cabeza y los ojos al cielo?* ?Oisteis aquel acento terrible de su última palabra?... Miradme con tierna compasion, vosotros que llorais al pié de la cruz..... y las mujeres de Galilea seguian diciendo ”; *Infeliz madre!*..... Ah! si mis ojos tuvieran lágrimas todavia, *las derramaría tambien por vosotras, hijas de Jerusalem.* ¡Oh mi divino Jesús! si te arrancáren de mis brazos, ¿cuál sera la tumba donde tú dormirás.....? *¡si es que tus enemigos te conceden una tumba!*

Dejad de correr, lágrimas amargas; porque cayeron por tierra los altares de los ídolos; se tornan á la vida las cenizas heladas, y los angeles vuelan al encuentro de las viejas generaciones que se levantan de sus sepulcros.

Muertos, levantaos. Se rasgan las entrañas de la noche; tiemblan los fundamentos de la tierra, y gime el abismo de los mares. Ya los huesos aridos se incorporan en el campo de Ezequiel, *al sonido de la trompeta que llama y amenaza;* los angeles claman; la tormenta muge, y estremece la tierra de polo á polo..... *¡Silencio, harpas de oro!* Que la Madre de Dios llora todavia! Vive aun, porque estrecha contra su corazon el cadaver de su querido Hijo, con todas las fuerzas de una amarga alegría. ¡Silencio! ¿Qué será de esa madre desconsolada al arrancarle de entre sus brazos al Hijo de sus entrañas?

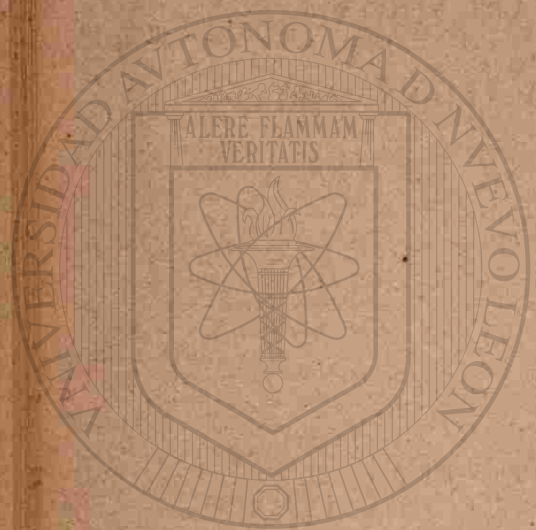
María Magdalena inunda los piés del Salvador con sus lágrimas amorosas y ardientes; unos sirvientes de José de Arimatéa preparan perfumes; otros preparan la piedra del sepulcro que habrá de recibir los mortales despojos del Hijo de Dios; y el coro de las mujeres de Galilea, presajando las amarguras de la soledad de la Virgen, exalaba este triste gemido ”; *¡infeliz madre!*” *¡Silencio harpas de oro!* Que los mares y la tierra cubren á los muertos; los vivos habitan aún sus palacios dorados; todavia el Sacerdote, el Centurion y el Pontífice

se pasean á lo largo de sus jardines y galerías, aunque pensativos y recelosos, redoblando las guardias y las precauciones, injiriéndose entre las sibilas y los agoreros, y volviendo á sus cavilaciones con el dedo en la frente, como poco satisfechos aun de las explicaciones menos contrarias á los misterios del paganismo. ¡Silencio harpas de oro! Que el angel de los dolores desplega sus negras alas, y la noche su negro manto, y el Calvario sus misterios sombríos, y el cielo sus iras como si no hubieran de aplacarse nunca. En tanto las mujeres de Galilea, presajando las amarguras de la soledad que aguardaban á la Virgen, repetian aquel tristísimo coro, "¡infeliz madre!" ¡Oh! no pudiera inventarse un tormento mas dulce por el corazon de una mujer, que aquel melancólico suspiro siempre repetido; ¡infeliz madre!..... ¡Silencio harpas de oro! Que pueda llegar á todos este tristísimo lamento, en que prorrumpen las mujeres de Galilea: "¡infeliz madre!"

Los dolores de la Madre de Dios han de ser tambien, Señores, los dolores nuestros. Felizmente, no hay corazon sin angustias, ojos sin lágrimas. En esta vida, soberbia escuela del in-

fortunio, el hombre ha de llorar y sufrir amargas tristezas para llegar al cielo. Si no atenderamos mas que á esos dolores profundos que Dios solo conoce, bueno sería librarnos de la existencia como de una carga insoporable: pero la vida no es el término, sino una peregrinacion sobre la tierra. Los buenos cristianos caminan animosos, apoyados sobre su baston de peregrinos, secos los labios, y haciendo vida de mártires; puesto el corazon en Dios, y la frente en el cielo. La grandeza del infortunio hace sus almas mas grandes todavía. Es preciso tolerar la vida; ¡es tan corta! Tengamos el valor de esperar la muerte, que para nadie tarda. Bossuet ha creído consolar á los hombres, y revelarnos la única grandeza humana, la grandeza del infortunio, cuando nos ha dicho: "es preciso vivir, porque el vivir es triste." (il faut vivre que cela est triste.)

Gran consuelo tenemos en este valle de lágrimas los desterrados hijos de Eva, diciendo á la Madre Dios: *Dios te salve, vida, dulzura y esperanza nuestra; Dios te salve, Reina de los mártires, Madre de los pecadores, Consoladora de los aflijidos, ruega por nosotros. Amen.*



ASUNCION

DE LA VÍRGEN MARÍA.

¿Quæ est ista quæ ascendit
de deserto, deliciis affluens,
innixa super dilectum suum?
(CANT, CAP. VIII, V. 3.)

¿Quién es esta que sube del
desierto, llena de delicias,
apoyada sobre su amado?

ILUSTRÍSIMO SEÑOR :

Desvanecidas las dudas que pudo suscitar una carta del Concilio reunido en Efeso, la tradición unánime del Oriente y Occidente designa á Jerusalem como el lugar en que murió la Virgen María, donde fué sepultada, á las orillas y casi en el nacimiento del torrente Cedrón, nó lejos del jardin de las olivas (1).

(1) La opinión que designaba á Efeso como el lugar en que murió la Virgen, se fundaba en que acompañó á San Juan en

Despues de su muerte, tránsito glorioso de un alma inmaculada, su cuerpo fué arrebatado á los cielos.

Decia Juvenal, Arzobispo de Jerusalem, al gran Emperador Marciano y á su esposa Santa Pulqueria : « Aunque las Santas Escrituras guardan silencio respecto de las circunstancias que acompañaron la muerte de la gloriosísima Virgen, una tradicion muy antigua y digna de fé nos enseña que el que quiso encarnar en María sin despojarla de la flor de su virginidad, ha querido tambien despues de la muerte de esta Madre tan amada, preservar de la corrupcion su cuerpo inmaculado, y trasportarlo al cielo antes de la resurreccion general » (1).

Ni griegos ni latinos contradicen estos testimonios; todos convienen en la antigüedad y fuerza de una tradicion tan extendida; y lejos de haber pretendido ningun pueblo el honor de poseer el precioso cuerpo de la Virgen, todo lo mas de que se jactaba la Iglesia de Jerusalem era de tener dentro de su termino y jurisdiccion

sus viages, y se detuvo con él en Efeso, así como en otros lugares de Asia. La Carta de los Padres del Concilio parecia de mucha fuerza, por ser de tanta antigüedad (431).

(1) S. Joan. Damasc. Hom. 11, de Dormitione B. M.

diccion et sepulcro, pero vacío, que contuvo siquiera por breve tiempo, los restos mortales de la Madre de Dios. Los Apóstoles le dieron sepultura: Entymio cuenta los funerales de la Virgen; y mientras los discípulos del Señor regaban con su llanto la tierra de Getsemani, el cuerpo de la Madre de Dios fué arrebatado en una nube á las alturas de la gloria, con alegres himnos que entonaba en los cielos la innumerable milicia de los celestes espiritus. Poco despues de tan gloriosa muerte llegó Santo Tomás en medio de sus afligidos hermanos, que le ayudaron á levantar la piedra del sepulcro: mas ya no encontraron sino el lienzo que sirvió al cadaver de envoltura, y algunas flores: el precioso cuerpo se lo llevaron los Angeles.

Celebremos con alegría esta festividad, mis queridos hermanos. San Gerónimo es, entre todos los Padres de la Iglesia, el que le consagra las aclamaciones mas entusiastas, y su corazon rebosa de alegría. Hemos visto el nacimiento de esta singular criatura envuelto en el misterio, precedido del milagro, y como ocultándose á la vista de los hombres, que no le creian tan glorioso en medio de la oscuri-

dad y humildad que lo rodeaba. Así se acaba esta brillante existencia; el crepúsculo de la tarde como el de la mañana se pierden en las sombras tendidas á lo lejos, y desaparecen con la vuelta del sol y la entrada de la noche. Su gloriosa existencia fué como la brillante aurora que alumbró la oscuridad de su nacimiento: su tránsito fué como la desaparicion del Arca del Antiguo Testamento; dejó en la horfandad á sus nuevos hijos y á la Iglesia de Jesús en la que ejercia una especie de Apostolado, y dejó el sepulcro vacío, aunque quedaba el mundo lleno de su memoria. Su Asuncion á los cielos es la coronacion de su vida, digna de la inmortalidad.

Aprovechémonos, mis queridos hermanos, de esta vida y de esta muerte tan preciosa. Vivir bien es luchar con todo género de enemigos, en todos los terrenos, donde quiera que se nos ataca para traernos al partido del mal. Ya conoceis todas las pérfidas sugestiones, todos los lazos que se nos preparan, toda nuestra fragilidad, y esta disposicion tan desdichada con que nos inclinamos al pecado. Todos los libros, todos los ejemplos, todas las reflexiones encaminadas á nuestra edificacion

nos vienen á ser inútiles por esta imbecilidad con que vivimos, pasando un día y otro día sin hacer por nuestra salud espiritual cosa de provecho. ¿Tambien será perdida para nosotros una leccion tan hermosa? Nó lo permita Dios. Se creará que de puro bueno, el modelo no sirve; pera no solo la Virgen María, sino tambien Jesús, vivieron para enseñarnos á vivir á su imitacion y ejemplo. Si puede ser ó no, bien se sabe lo que aprovecha elevar el espíritu, participar voluntariamente de los dolores de la Virgen, seguir con Jesús al Calvario, bendecirle en nuestros trabajos y enfermedades, confortarse con su amor en las tribulaciones, y unirse á la Iglesia y á los Angeles cuando cantan las glorias de María ó las glorias de la Redencion. Es grandísimo consuelo que mientras lloramos en este valle de lágrimas, podamos levantar nuestros manos al cielo y nuestros lamentos al Padre de las misericordias, pidiendo los auxilios de su gracia para libertarnos de las asechanzas del espíritu maligno, para que nos saque salvos de trabajos y enfermedades, para que nos proteja sin atender á que somos indignos de sus favores, y nos deje ver la luz del nuevo día, aunque me-

recemos mil muertes por tantas ofensas con que le agraviamos.

Es verdad que estos temores nó dejan vivir. Vive el hombre en continua zozobra, porque sabe la ley y mandamiento del Señor, y tiembla de pensar cuán poco hace para ajustarse á sus prescripciones, y teme el juicio de Dios que le ha de encontrar en el peor estado. Pero jamas pensamos en esto sin que nos asalte la idea de la muerte, y muerte espantosa que no dá lugar á nada, y que aun viniendo despacio es como si volára, al menos, para nosotros, que hasta hoy tenemos tan poca resolucion para convertinos, por decir *de aquí á mañana,.... luego,.... despues,.... ya se ha hecho algo.... El cambio se obrará completamente con ayuda de Dios,...., estoy gracias á su misericordia haciendo lentamente una evolucion cuyo término será feliz....* y otras cosas por este estilo. No, Señores. Este medio es apropósito para engañarnos; estos discursos son excelentes para contentar el amor propio, y gozar de la vida tranquilamente, de la vida que se escapa, de la vida que se aboca á la muerte, donde ya nó se harán tales reflexiones, donde el cambio ha de estar hecho, donde la

evolucion ha de estar acabada, momento sin prórroga en el cual es menester decir: *lo que ha de ser, que sea ahora mismo.* Bueno es vivir pensando en la muerte, pero es preciso ir apartando inconvenientes lo mas aprisa que se pueda, y ponerse en el término muchas veces, para hacer sin la presion de la muerte, lo que con la presion se hará, á menos que no estemos condenados por nuestras iniquidades, á morir ofendiendo á Dios hasta con el último pensamiento.

¡Qué miserables somos! Pero levantemos nuestros ojos á María, que sube á los cielos entre una nube resplandeciente y las alegrías de los Angeles. Dios la retira del sepulcro; pero la memoria de su dichosa muerte, su coronacion en los cielos, es un triunfo sobre la mortalidad y sobre las miserias de esta vida, capaz de iluminarnos acerca del destino del hombre, á quien le está reservada, si se dispone á morir como cristiano, una muerte dichosa, un sepulcro en honor que la Religion protege, y una coronacion en los cielos en la casa del Padre celestial, donde hay muchas mansiones para sus elegidos.

Aprendamos, Señores, á vivir y á morir con

el ejemplo de la Santísima Virgen. La vida no debe ser mas que una preparacion á la muerte, así como estamos interesados en que la muerte sea para nosotros el lazo que eternamente nos una con Jesucristo, vida nuestra. Espero, confiado en los auxilios de la divina gracia, nó dejaros dudas sobre un punto tan interesante para nuestra salvacion. *Ave Maria.*

Un largo martirio fué, como habeis visto, la vida de la Virgen: su término fué la muerte, que es la que pone fin á todos los dolores. Vióse en amarga soledad, privada de todo amparo, perdió á su querido Hijo en el mas bárbaro y afrentoso de todos los suplicios, y lloró la ingratitud de los hombres y sus pecados, y el desvio de Israel, que en su obcecacion habia resistido al Salvador del mundo.

Mas por cada lazo que se rompía, por cada golpe que la quebrantaba, la Virgen se unía á Dios con un fervor siempre creciente; y este fervor le daba fuerzas para soportar mayores sacrificios. Bien podian arrear los golpes y sobrevenir persecuciones y pruebas; siempre se hallaria al pié de la Cruz, es decir, siempre se hallaria preparada y confortada para sufrir los dolores mas intensos. Dios rompe los lazos

mas inocentes, hiriendo su corazon en las afecciones mas tiernas y mas santas: nó importa; aquellos sacrificios traen tesoros á la hora de su muerte. Hubiera querido seguir á su amado Jesús en el sepulcro; pero una fuerza superior la detiene en el borde: ¿es menester resignarse á vivir? Pues bien, la Virgen queda del lado acá del sepulcro, y suspirará como desterrada todo el tiempo que haya de durar su triste y solitaria vida.

Sin duda que nosotros pensamos de distinta manera. La muerte es cierta, y no contamos con ella; la vida es corta, y usamos de la vida como si fuera eterna, viviendo en la mayor imprevisión y descuido, como si fuera lo mismo merecer que desmerecer, sufrir que gozar, llorar que reir. Las inquietudes que sufrimos tienen otro objeto; las esperanzas que alimentamos terminan á otra cosa; nos hacemos ilusiones y nos echamos á soñar á rienda suelta, siendo frecuentemente la muerte la que se presentá súbito, sin que se sentieran sus pasos ni se la viera venir. El interés de la vida estaba en otra cosa; los negocios, la ambicion, los afanes y cuidados del siglo nó dejaban tiempo para nada; luego, el pensamiento de la muerte

es importuno; asalta intempestivamente; es menester dejarlo á un lado; nó permite hacer nada; es una interrupcion constante en nuestras tareas, acaso útiles, y proveemos á nuestra seguridad cerrando los ojos.

De mil maneras nos equivocamos al proceder así. Nó nos desentendemos de la muerte sino por el placer de la vida, y así vamos insensiblemente estrechando los lazos y amarrándonos á las cosas de la tierra, de la que nó nos apartaremos sin sufrir una violencia tanto mayor, cuanto haya sido el apego que tuviéramos al mundo. Este momento ha de llegar; esta separacion ha de hacerse; las cosas del mundo pasan, y nosotros pasaremos como si no hubieramos sido. Gran locura es apegarse á lo que ha de pasar, poner el corazon en lo que muere, y hacernos una ilusion tan funesta sobre las cosas de este mundo.

¡Cosa rara! El hombre quiere pasar por muy experimentado y conocedor del siglo, de los hombres y de los negocios: pretende tener buena vista; conoce los sucesos antes que vengan; su experiencia nó le engaña; nó se le puede sorprender con calculos y proyectos, porque su juicio es seguro, sabe lo que se

puede arriesgar, tiene una prudente desconfianza, su tacto es muy fino y delicado, y cuenta además con un corazón tal para presentimientos, que muy rara vez ha tenido que arrepentirse de seguir sus impulsos. Esto no obstante, la muerte, con ser cosa tan cierta que no faltará, le coge de sorpresa. Al menos, solo así se concibe que esté mal preparado para este trance, pues no ha llorado sus pecados, no ha perdonado las injurias, no ha pensado en Dios haciendo de esta meditacion el alimento cotidiano de su espíritu, y tiene á medio hacer muchas cosas precisas, contando con que las hará al fin, por poco tiempo que Dios le conceda para ello.

Algo es preciso hacer todos los días para que el último de nuestra vida no nos imponga todos los sacrificios juntos, sacrificios que dejamos de hacer, y que no haremos probablemente en un plazo que tanto insta y de tal modo nos apremia. Porque no nos olvidemos de que tendremos que aceptar la muerte, y aceptarla con resignacion, y aceptarla con gusto; y que el deseo de morir, luego que llegue nuestra hora, es muy conforme al carácter de cristianos; porque el Señor nos ha

hecho ricas promesas para la vida futura. Separarse de este mundo con violencia, de este mundo cuyos artificios y engaños hemos descubierto tantas veces, mundo aborrecido y detestado por el mal que nos ha hecho, y separarse con dolor de este destierro, donde no se pasó día sin que multiplicáramos sobre nuestra cabeza el número de nuestros pecados, es desmentir y deshonestar la fe en las divinas promesas. Pedimos todos los días que venga á nosotros el reino de Dios, y no lo queremos; pedimos eterna vida, y no queremos perder la temporal que se acaba en medio de tantas miserias; queremos el cielo, sin perder la tierra ni los placeres de una vida puramente animal: pues ¿en qué consistirá la gloria de reinar con Jesucristo en los cielos?

Es verdad que nosotros querriamos morir si estuviéramos menos apegados á las cosas de la vida, y que estaríamos menos apegados á no ser pecadores que reincidimos una y otra vez en la mismas culpas, y que cometeríamos menos pecados con mayor detestacion de los cometidos, y borrando todos los de nuestra vida pasada con la expiacion de la penitencia. Porque nos vemos sin horror cubiertos de

lepra, dejamos que siga la naturaleza su rumbo; así se aumentan los pecados, y se disipan en nosotros los dones de la gracia, y nos atamos al mundo con cadenas, y no somos capaces de familiarizarnos con la imagen de la muerte, ni de volar con el deseo á la bienaventuranza de una vida inmortal. Pero el peligro de muerte enseña al hombre mas que todos los discursos y toda su experiencia, y hace propósitos entonces de emprender una reforma radical, derramando abundantes lágrimas por tantas ofensas cometidas contra un Dios clementísimo y bueno, que le dió tantas pruebas de su amor y misericordia. El tiempo mal gastado, los bienes de fortuna que adquirió por medios que nunca ha reprobado tan de veras como en el lecho del dolor; estas riquezas tan mal empleadas, para fomento de su vanidad, para tantos placeres por lo menos inútiles, para tantas necesidades facticias, habiendo podido socorrer en los pobres tantas necesidades verdaderas; aquella salud de que habia gozado desperdiciando sus fuerzas para el bien; aquella instruccion de que los ignorantes no habian reportado la menor ventaja; aquella reputacion que hubiera bastado por sí

sola para proteger en el mundo alguna cosa buena; aquellos sentimientos dulces, aquel corazón naturalmente sensible, todos estos dones que de nada sirvieron por falta de un empleo el mas beneficioso que pudiera darseles, todo esto y mucho mas que el hombre en la enfermedad agita en su cabeza, parece imprimir á su voluntad una tendencia contraria, y todo se vuelve propósitos de un cambio completo, si por fortuna llegare á convalecer de su mortal dolencia.

Pero, ah! Que muy luego se gasta aquella tristeza tan saludable, y la alegría de haber recobrado la salud se anuncia por la visible disminucion de aquellos terrores que tantas lágrimas y suspiros le arrancaron, y los propósitos van perdiendo aquella fuerza que parecia perdurable, y nó pasa dia sin que se vaya dando á conocer que pasó el peligro inminente, y que todo irá tomando su asiento como antes del peligro, rehusando por intolerables las pequeñas mortificaciones, cuando nó parecían bastantes en la enfermedad los mayores sacrificios. Por donde se ve claro, como dice San Agustín, que si en estos trances suspiramos tanto por la vida, es para continuar nues-

tras infidelidades, nó para comenzar á repararlas.

Estoy contento de decir verdades desnudas y terribles, y las vuelvo contra mi y contra todos los cristianos que tendrán necesidad de meditarlas. No se toque en el punto de la fé, que aunque no sea viva, es buena y sincera. Creemos, y trabajamos para que los demás crean, para afianzar en los fieles sus creencias religiosas, y tenemos compasion hacia los que no creen, y viven en tinieblas por falta de una educacion verdaderamente ilustrada. Esto nos sucede respecto del dogma, de los misterios, de la moral, y hasta de las prácticas devotas. Oh! si en nuestra mano estuviera, nó habría un solo hombre que nó creyera en Jesucristo, que nó participara de su cuerpo y sangre, de su doctrina, de su palabra, que nó viviera, en suma, de la vida espiritual que el Cristianismo encierra, vida de regeneracion, vida eterna. Queremos con ardor, si es menester, este proselitismo, y luego nos hallamos tan flacos para corregir nuestros vicios, extendemos á tan poco los deseos y las esperanzas, nos anudamos de tal modo ante la muerte, suspiramos por la vida con tales ansias, que cualquiera

diria que esperabamos abajo el cumplimiento de las promesas; que la religion se ha hecho para la vida presente; que el celo del apostolado nó tenía mas objeto que el de disponer y ordenar del mejor modo posible la vida social, y que todo el plan de la Redencion podia tener su complemento y desarrollo debajo del cielo, siendo la Iglesia militante el Empireo, y la bienaventuranza esta dicha que, á bien venir, podrán alcanzar en la tierra algunos hombres de bien.

Pero ¿y la muerte? Una y otra vez tropezaremos en el mismo escollo: La muerte no es un accidente, es una ley, es el término de todo: fuerza es confesar que entrará la muerte por mucho en los planes de la Providencia, y que la hora de la transformacion del hombre llega con ella, y que detrás de ese velo impenetrable está el porvenir, la luz de la fé, la satisfaccion de toda esperanza, la salud de toda enfermedad, et remedio de todo trabajo. La explicacion de las verdades eternas empieza aqui, y allí se acaba. La clave de todos los enigmas está mas allá del sepulcro, donde está el premio de toda accion buena, y el castigo de todo pecado. Todos atesoramos para el

porvenir; el que siembra vientos, cogerá tempestades; los que siembran en lágrimas, cogerán en alegría; los que aborrezcan la luz, andarán por siempre en tinieblas; y los que dieren por amor de Dios una gota de agua, tendrán también su galardón.

Mas ya no acierto sino á sacar de mi pecho hondos gemidos con que llorar mis pecados y los vuestros, mis queridos hermanos, y la tristeza, por demás sombría, que estas reflexiones inspiran, es tal vez el único fruto que yo puedo ofrecer. Pero si el hombre mira la muerte con horror, si yo no acierto á traerlos al sepulcro sin cantos funerales, al sepulcro, lugar de reposo y principio de una vida eterna, que sentados en sus confines se vislumbra, busquemos en la Santísima Virgen la verdad completa, la Religion completa, la fé ardentísima, la esperanza firme, y esa vida que principia y acaba como debería acabar la nuestra, sin que obste de ninguna manera para demostracion de lo que estoy diciendo, el grado eminente de santificacion á que fué elevada esta singular criatura. También llegó la muerte para la Virgen; también habia un sepulcro de por medio, y tuvo en la vida

afecciones que fueron muy caras á su corazón amantísimo. Pero atenta á las divinas promesas, fijos sus ojos en el cielo, gimiendo como la paloma, suspirando como tierna madre, oye desde la tierra la voz misteriosa del Amado que le dice: *¡Ven, esposa mia, amiga mia, ven!* « Yo me precipito hacia el término ardentemente deseado, dice la Virgen, y hacia el trono que me aguarda » (1). *¡Mi alma tiene sed de Dios vivo! ¿Cuándo apareceré en su presencia (2)? ¡Vos sois todo para mí! ¡Dios mio! ¿Qué tengo yo que hacer de los días de la tierra (3)? El alma se fatiga de esperar un bien que huye siempre (4). ¡Llevadme, Dios mio!..... Pero ya oigo la voz de mi Amado: vedlo aquí, que ya se acerca (5).*

Las hijas de Jerusalem, las amigas de la Esposa, vienen preguntando por el Amado á la mas bella de mujeres. Pero habia resucitado de entre los muertos, habia recobrado en la resurreccion toda su gloria y magestad, y como se nos dice en el Apocalipsis, Dios su Padre le

(1) Ad Philipp. iii, 42.

(2) Ps. xli.

(3) Jerem. xvii.

(4) Prov. xiii.

(5) Cant. ii.

habia llevado cerca de su trono, para gobernar desde allí todas las naciones de la tierra. « ¡Oh! ¿quién me dará las alas de la paloma y volaré al lugar de mi reposo? Una sola cosa he pedido al Señor, y nó cesaré de pedirselas; que es habitar en su morada todos los dias de mi vida, para gustar sus delicias, y contemplar las maravillas y esplendores de su palacio (1). »

A las ansias de la Esposa, responde con sus finezas el Amado de su alma. « Ven amiga mia, paloma mia, ven. Ven del Libano. Ha pasado el invierno; los malos dias pasaron; muéstrame tu rostro, querida mia; que tu voz suene en mis oídos; pues tu voz es toda dulce, y tu rostro, todo bello (2). »

Un dulce sueño es la muerte para la Santísima Virgen; vuela en un éxtasis de amor desde la Jerusalem de la tierra á la Jerusalem de los cielos, y su cuerpo mortal, que fué exento de toda mancha y corrupcion, no estuvo sino por poco tiempo sometido al imperio de la muerte.

Los Angeles que la vieron elevarse en un

(1) Ps. xiv y xxvi.

(2) Cant. I, ii, iv.

trono de nubes resplandeciente, se decian: « Quién es esta que sube del desierto, llena de delicias, apoyada sobre su amado? ¿Quién es esta que sube hasta nosotros, escoltada por los batallones sagrados, brillante como la aurora, bella como la luna, escojida como el sol, terrible como un ejército puesto en órden de batalla (1)? » ¿Será Esther, pequeña fuente que vino á ser un gran rio, ó la hermana de Lázaro que estuvo á los piés del Salvador para recoger su palabra, ó la Reina de Saba que entró en Jerusalem llena de esplendor y riquezas, ó Bethsabé á quien dió Salomon la derecha de su trono, ó la hermosa Judith enriquecida por Dios con gracias y virtudes? Es todo esto y mucho mas; todas las imágenes mas graciosas de la Biblia tienen su sentido en la Madre de Dios; y la que sube hasta los cielos acompañada de todas las armonías y rodeada de todos los resplandores de la gloria, es verdaderamente la Esposa del Cordero adornada y preparada para sus bodas, vestida con el oro de Ofir, con los colores de la purpura y lino, exalando sus vestidos el olor del incienso, ó el grato perfume de un campo lleno de flores.

(1) Cant. vi, iii, iv.

Alzándose las puertas eternas para recibir los habitantes de la gloria á la Madre de Dios, pinta San Lorenzo Justiniano con todas las gracias de una inspiracion poética, aquel encuentro del Esposo con la Esposa cuando el Amado le dice: « Tú has herido mi corazon, ¡oh Esposa mia! Tú has herido mi corazon con una sola de tus miradas, con uno solo de tus cabellos (1). »

Nada es tan hermoso como este amorosísimo coloquio entre Jesús y su Santísima Madre. « Ven, y sube sobre el trono que te fué preparado desde el principio del mundo. Tú me has recibido; tú me has concebido; tú me has enjendrado de tí; tú me has alimentado con tu leche; tú has llenado para conmigo los oficios de la humanidad con el afecto de una devocion piadosa, y has guardado sin mancha el templo de tu corazon. Entra ahora en la alegría de tu Unigénito; reconoce al Hijo que pariste, contempla la divinidad de mi gloria, la excelencia de mi sublimidad, y la gracia inefable de la humanidad que he tomado en tí. Sube sobre el trono que te fué preparado, recibe la corona adornada de pie-

(1) Cant. iii.

dras preciosas, revístete con la estóla de inmortalidad, para que seas sublimada en mí, tú que me amaste con tanto afecto de caridad. Yo quiero que tú estés conmigo, y que goces de la misma gloria, aunque de otra manera. Bastante he diferido el cumplimiento de mis deseos; bastante tiempo he permitido que tú estuvieses ausente de mi reino. Nó es que yo te olvidára, ni que desdeñase tus deseos; sino para que acumuláras méritos, para que se encendiera tu amor, y para ofrecerte á la posteridad como un modelo de paciencia. Ahora que has acabado felizmente tu combate, he querido que vinieses á mí y á la amable presencia de mi Padre. Porque el Padre te ama con singular afecto, y va á descubrirte en clara vision todo el poder de su eterno imperio (1).

(1) *Thronum paratum conscende, coronam gemmis ornatum suscipe, stolaque immortalitatis te indue, ut meritò sublemeris in me, quæ me præcipuo dilexisti charitatis affectu.* Es mucha la ternura que hay en estas palabras: *Satis vota tua distuli, satis te à regno meo abesse permisi.* Sirva esto solo para dar una ligera idea de la elegante oracion de S. Lorenzo Justiniano. Por lo demás, nó dejaremos de decir que ni las invocaciones fervorosas de S. Efrén, ni la exposicion de S. Ambrosio, ni otra de S. Agustin, ni los nueve sermones que á este asunto consagra S. Ildelfonso, honor de la Iglesia de España, ni los tres de S. Juan Damasceno, ni los de S. German y S. Andrés, Arzobispo de Creta, aventajan ni creo que igualen al mérito excelente de este discurso. Lo encuentro superior á los

«¿Cómo es que mi Dios y Señor se digna recibirme con tales honores? exclama la Virgen..... Bastábanme las gracias que tú me concediste, y de las cuales yo no era digna... ¿Porqué se complace el Señor en honrar de esta manera á su sierva, y el Criador en acercarse á su criatura?... Pero nó resistiré... Ved aquí la esclava del Señor: hágase en mí segun tu palabra.»

Profundo silencio reinaba en los cielos; suspendieronse los himnos y alabanzas de los Angeles, atónitos y asombrados mientras hablaba la Esposa. La Virgen fué colocada sobre los Principados, sobre las Potestades, sobre las Virtudes, se elevaba sobre los coros de los Angeles, y parecía que iba creciendo, en dignidad, en magestad, en resplandores, á medida que se iba acercando al trono de Dios.

El triunfo era completo: desde la gloria á

escritos de S. Pedro Damiano, que pone en su estilo colores tan fuertes; y á los de S. Bernardo, que dedica á este asunto cinco sermones, y á los de S. Amedeo, que le consagra dos homilias, y á un largo discurso del Abad Arnólido, discípulo de S. Bernardo. Temo pecar de parcialidad; pero puede ser que excite con esto á los aficionados, y nó perderán nada con hacer este cotejo entre los venerables escritos de tantos Padres de la Iglesia.

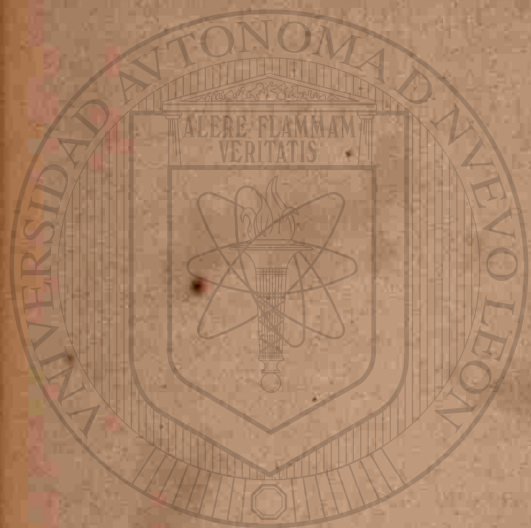
este valle de lágrimas, la distancia es infinita. Millares de mundos hay en el medio; y todos esos los pasa de vuelo, dejándolos atrás, como puntos imperceptibles en la obra de la creación, el alma que vive esta miserable vida esperanzada en las divinas promesas, unida á Dios por la caridad, y aceptando con humildad la prueba de los dolores y la gracia de su martirio. Tambien el dulcísimo Jesús se acerca á nosotros y nos llama; no desprecia nuestra indigencia, ni repara en nuestros pecados, y no cesa de decir á nuestras almas: "Venid, levantaos, renunciad á lo que os detiene y embaraza; suspirad por los bienes eternos. Si me amais, yo os llamaré *mi hija querida, mi esposa*".

¡ Ah, Señor! Vos me llamais, y para acortar la distancia venis á mí en el augusto Sacramento, y luego hablais á mi alma, y haceis de mi cuerpo vuestra morada, y nó quisierais apartaros de mi corazón. ¿Quién me diera alas como la paloma, y sobre todo entrañas de caridad para nó separarme de vos eternamente? Porque el término de nuestro viaje está en la patria celestial; el hombre vá á Dios; nuestro destino no se completa aquí

abajo ; los rios van al mar ; los navegantes al puerto ; los peregrinos al santuario ; los soldados á la victoria ; los mercenarios por la paga ; los cautivos á soltar sus cadenas ; los convidados al banquete ; los sedientos á la fuente de aguas vivas, y los menesterosos y necesitados en busca del amparo y proteccion que han menester. Ninguno encuentra en este mundo lo que necesita ; se sienten todas las necesidades, somos capaces de todas las aspiraciones, pero es imposible satisfacerlas. La Religion deja entrever algo, y nada mas que la Religion puede hacerlo. El hombre qui se figura que le basta este mundo, es por lo menos un imbecil, y despues de todo, ni aun dice la verdad. Caminamos sin cesar, sin parar en un punto, mudando de horizontes, buscando, pero sin encontrarle, un lugar de reposo : queriendo satisfacer, pero sin conseguirlo, aspiraciones y deseos que el mundo satisface, porque no caben en su medida. El hombre es demasiado poco para vivir de su vida y ser el término de ella ; dandose á sí mismo, nó se dá lo que necesita ; pero el mundo es mucho menos que el hombre. Por esto mismo es la muerte una gran revelacion, y deberíamos mirarla como

la mas hermosa de nuestras esperanzas, la sola esperanza que nos queda.

Nosotros, mis queridos hermanos, desterrados en este valle de lágrimas, invoquemos á la Santísima Virgen con una tierna devocion. Creed firmemente que su gloriosa Asuncion á los cielos ha elevado muchos espíritus, que inflamados de amor han seguido desde este destierro, sin desviarse un punto en las etéreas regiones, el itinerario de la Virgen. Bendicion á los artistas cristianos, que inspirados por el cielo nos dejaron esos lienzos admirables en que distinguimos á la Madre de Dios abandonando el sepulcro, sostenida y elevada por los Angeles, iluminada por raudales de una luz purísima, con los brazos tendidos, y levantando los ojos hacia las santas moradas donde la aguarda su divino Esposo. Alabemos á la Virgen que desaparece entre las nubes, y vayan con los ojos los suspiros, y tras los suspiros, nuestros corazones abrasados de amor. Cantando en la tierra sus grandezas y publicando sus alabanzas, esperemos que un dia la alabaremos en la gloria por toda una eternidad. *Amen.*



GLORIAS

DE LA VIRGEN MARÍA

Ecce enim ex hoc beatam
me dicent omnes generationes.
(LUC. CAP. I, v. 48.)

Desde ahora me dirán bien-
aventurada todas las generaciones.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR :

Cuando la Virgen María era recibida en los
cielos con alegres cánticos, voces de bendi-
ción y alabanza comenzaron á resonar en la
tierra. El sepulcro de María fué el primer al-
tar levantado á la Reina de los cielos ; la lám-
para de los muertos, encendida en su honor,
sirvió de principio y foco á las luminarias de
Efeso, y al esplendido culto que en todas par-

tes se le consagra; y sobre las notas de aquellos cantares con que los Angeles arrebataron á los cielos á la Madre de Dios, es preciso que los cristianos de Jerusalem preludiaran el tema de esos himnos, en que se reconocen facilmente los caracteres de una belleza primitiva.

La Profecía de la Virgen Santísima empezó á cumplirse desde el dia de su gloriosa muerte: nó necesito decir si hoy se cumple á la letra. El mundo responde ensordeciéndonos con sus clamores, y repitiendo con ferviente entusiasmo las alabanzas de todos los siglos. *Desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones.*

Hay palabras que nadie puede decir, que nadie ha dicho sino Jesús y su Santísima Madre. « ¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? » dijo Jesús en cierta ocasion. Jamás habló nadie de esta manera. Ni los falsos profetas, ni los impostores, se atrevieron á tanto. No parecen humildes, sino arrogantes, estas palabras de la Virgen: *me llamarán bienaventurada todas las generaciones*: como quiera que para decir las, se supone que con una ojeada se ha visto el porvenir, se han con-

tado las generaciones, se han atravesado los siglos, y se ha descubierto, desde el nacimiento hasta la puesta del sol, en la larga sucesion de todas las edades. No hablaron con tanto imperio las mujeres mas extraordinarias, ni tuvieron tales arranques aunque vistieran la purpura y diadema, y estuvieran á la cabeza de reinos dilatados, y mandáran las naciones mas poderosas. Para hablar así es necesario tener mucha seguridad en que todos los corazones serian atraídos á su culto, y en que todos los hombres acudirían delante de su trono con el tributo de sus talentos, con su inspiracion, con las obras de sus manos, los productos de su ingenio, los cantares de la poesía, los acentos de su elocuencia, las flores mas bellas y toda la gala de los campos. Pero estas palabras de la Virgen, á pesar de toda su fuerza, nó indican ni arrogancia ni humildad: son palabras que ninguna mujer ha dicho ni puede decir, por brillante que fuera su papel en la escena del mundo: son palabras dictadas por el Espíritu de Dios, porque solo Dios pudiera conocer tan claramente la fuerza, extension y duracion del culto que se tributa á la Reina de los cielos, y solo un Dios pu-

diera asegurar á tan singular criatura, ese eterno imperio que soberanamente ejerce sobre nuestros inconstantes corazones.

Pero ¿quién puede contar las glorias de María? La Iglesia en toda la extension del Universo repite sus alabanzas, celebra todos los misterios que á la Virgen se refieren. El año eclesiástico está como sembrado de festividades: muchas Iglesias le están especialmente consagradas; reinos y provincias están bajo su proteccion; muchos aniversarios son verdaderas fiestas nacionales. La invocamos tres veces al dia; los cristianos la saludan al despertarse como á la hora del sueño, y la invocan con viva fé en todos los peligros. Hasta fuera de la Iglesia se la tiene en mucho respeto, y todo el mundo está lleno de su memoria. Los espíritus mas soberbios se le han rendido; los hombres de genio la han alabado; no hay arte ni ciencia que no haya contribuido á su gloria; estatuas, templos, altares, cuadros, monumentos, devociones, corporaciones sabias, órdenes religiosas y militares, libros escritos por elegantes plumas, ricas piezas oratorias que brotaron de los labios mas elocuentes, los mas brillantes poemas en que la

inspiracion y la devocion abundan, como saliendo de riquísimos veneros, las voces mas puras, las armonías mas celestiales, todo junto forma un imponente acorde de magnificas y esplendidas alabanzas, eco majestuoso que se extiende y se prolonga por toda la serie de los siglos, y por todos los ámbitos de la tierra.

He trazado, sin saber cómo, el bosquejo de mi discurso. Creed que lo dejaré muy imperfecto. Ni un libro sería bastante para decirlo todo, pero procuraré decir en elogio de la Santísima Virgen algunas de las cosas mas interesantes, si Dios me ayuda con los auxilios de su divina gracia. *Ave María.*

Nosotros, que sin mérito de nuestra parte somos llamados á esta cátedra de verdad á desempeñar el ministerio de la divina palabra, percibimos el constante clamoreo con que los predicadores del Evangelio han proclamado las glorias de la Madre de Dios, y nos vemos arrastrados por el soberbio poderio de tantas voces elocuentes. Parece que nó han muerto los Padres de la Iglesia, ni los Soberanos Pontífices que honraron á la Virgen, ni sus mas ardientes y celosos panegiristas, ni los escritores y oradores eclesiásticos. A cada momento se les cita; copiamos sus palabras; repetimos sus testimonios; llenamos sus libros de acotaciones, y hablamos con su estilo y lenguaje. No podemos cantar las glorias de María, sin que ellos participen de sus alabanzas. De estos puede decirse lo que Bossuet dice de Cesar y

de Alejandro; que teniendo que figurar en las alabanzas de los Príncipes, parecen *arrastrados por una fatalidad gloriosa*. Viven, sí, Señores, los Pontífices y Padres de la Iglesia que alabaron de tal modo á la Santísima Virgen. Las bibliotecas hablan, y nosotros los resucitamos.

¿Hemos podido acaso pasar en silencio las autoridades de San Atanasio, San Efren, San Cirilo de Alejandria, Origenes, San Juan Crisóstomo, San Basilio, San Juan Damasceno, San Andrés de Creta, San Gerónimo, San Agustin, San Pedro Crisólogo, San Lorenzo Justiniano y San Bernardo? ¿Podríamos dejar de citar ahora al elocuente Severiano, á Tomás de Kempis y á S. Alfonso Ligorio? Se trata de dar alabanza á la Santísima Virgen, y á este propósito exclamaba San Gregorio de Neocesarea: «¿Con qué alabanzas tan maravillosas alabariamos dignamente su belleza sin tacha? ¿Con qué himnos espirituales glorificaríamos á la que es grande entre los Angeles. (1)?»

Fatigados y rendidos se encuentran los hombres de mas facundia, para cantar las glorias de

(1) Serm. J.

María; pero entonces es cuando parece que hablan inspirados. El entusiasmo se apodera de ellos, hablan diciendo que nó pueden hablar, y el resultado es que á semejanza de los bellos arranques de San Gregorio, son las paráfrasis de San Epifanio, de San Basilio y de otros Prelados no menos ilustres. Desde Santiago el Menor y San Dionisio Areopagita, empiezan en la liturgia, en las cartas y sermones, esas alabanzas que continuáron San Ignacio, San Justino y S. Ireneo, en el primero y segundo siglo, Tertuliano y otros en el tercero, siguiendo la cadena que vinimos á comenzar por algunos sabios expositores y panegiristas de posterior fecha. El siglo IV es con razon llamado el siglo de oro de la Iglesia; y tomando á su cargo San Ambrosio el agrupar en pocas palabras las alabanzas y glorias de la Virgen, dice así: « ¡Oh, hija de David y de Abraham!.... El Angel os saluda diciendo: *Salud, llena de gracia; el Señor es contigo.* Todas las generaciones os llamarán bienaventurada, y las celestes gerarquías de los Angeles levantan hacia vos sus manos, de acuerdo con las gerarquías que hay sobre la tierra... Los Tronos, querubines y serafines... os celebran

diciendo: *Sois bendita entre las mujeres, benditos son vuestros pechos que han alimentado á un divino niño.* La gerarquía de las Dominaciones, de las Virtudes y Potesdades os mira, y advertida por una gerarquía mas sublime, exclama: *Sois bendita entre las mujeres, y benditas vuestras entrañas que han encerrado á un Dios...* La gerarquía de los Principados, de los Angeles y Arcangeles... no cesa de decir: *Salud, llena de gracia; el Señor es contigo.*

« Instruidos por los ciudadanos de los cielos, añade San Ambrosio, nosotros, que somos de la gerarquía terrestre... decimos en alta voz: *Salud, llena de gracia; el Señor es contigo.*

Una elocuencia tan alta, de una ornamentacion tan rica, es señal del entusiasmo y tierna devocion á la Virgen, que habia cundido en los primeros siglos. Ahí están sino para demostrarlo diez discursos de San Gerónimo, y una de sus cartas tan famosas en que hace un excelente paralelo entre Eva y Maria. Ya que en otro lugar hemos hablado del entusiasmo con que los cristianos saludaron en Efeso á la Santísima Virgen con el titulo de Madre de Dios, y ensalzado como debiamos la

immortal fama de aquel Concilio, celebrado para condenar la heregia de Nestorio, no podemos pasar en silencio el nombre de San Cirilo, Obispo de Alejandria, cuya voz fué quizas mas poderosa que la de tantos ilustres Padres allí congregados. *Casta paloma, lámpara inextinguible, sol de justicia, templo santo, vasa sin mancha*, tales son las invocaciones con que saluda á la Virgen, en una de las harengas mas apasionadas que se han pronunciado. La excitation que produjo en la cristiandad la heregia de Nestorio, se trasluce en las homilias de aquel tiempo. Desde entonces se pudo conocer que todo lo que se hiciera para alterar las creencias del pueblo cristiano, nó serviría para desfigurarlas ó alterarlas, sino para encenderlas mas. Todos quisieran añadir algo á los elogios; y nó pudiendo, se contentan con repetirlos; pero repitiéndolos, parece que añaden. Perplejo se encontraba San Basilio de Seleucia, buscando voces bastante expresivas para cantar himnos dignos de María, y flores bastante bellas para tejer su corona de alabanzas; pero mientras buscaba tesoros, otros los recogian de sus lábios y de su pluma. Nó importa que la elocuencia sagrada decaiga en los

siglos medios hasta un extremo verdaderamente deplorable; para cantar las glorias de María, no faltarán voces elocuentes. San Fulgencio, Crysipo, San Gregorio el Grande y San Ildefonso la honrarán por todos. Escribieron libros morales y tratados, y sostuvieron el honor de la Cátedra, en cuyo triunfo cupo á la España, á la nacion católica y devotísima de la Virgen, la mejor parte. La elocuencia del ilustre y santo Arzobispo de Toledo encendió la fé, y removi6 hasta las piedras. Su fama se extendió de tal manera, que cuando nació San Juan Damasceno, es decir, en los dias en que murió San Ildefonso, se le creyó heredero de la piedad y elocuencia de este gran Santo. Nació el uno para continuar aquellas alabanzas á la Virgen que dejó interrumpidas el ilustre Arzobispo de Toledo. Su espíritu pasó á la Siria, á dar el aliento á otro panegirista de la Madre de Dios. Milagros se necesitaban para atravesar una época estéril, y milagros hubo. Por prodigios se pueden tener las apariciones de hombres tan ilustres como San German, de quien tenemos oraciones muy devotas á la Santísima Virgen: del venerable Beda, autor de tantas homilias, y del monje Alcuino, nó

menos célebre en la historia de la restauracion de las letras en que ayudó á Carlo Magno, que por algunos escritos encaminados á defender la Virginidad y Maternidad de María.

Las tinieblas se disipan, y amanece un nuevo dia. El vigor de San Pedro Damiano parece como el primer sacudimiento de la naturaleza que resucita. No se puede saludar á la aurora sin saludar á la Virgen, porque los cristianos han visto siempre entre la una y la otra una pasmosa semejanza. San Anselmo de Cantorbery, escribiendo un libro sobre la Concepcion, levanta un monumento á la Virgen; y para que San Bernardo hablára con tanta dulzura de la Madre de Dios, ha supuesto la piedad, que una noche, mientras que oraba, la Santísima Virgen puso en sus labios algunas gotas de nó se qué licor, que pareció ser su leche virginal. Distinguióse San Francisco de Asis por el fuego de su ardiente devocion á la Virgen, como San Bernardo por su dulzura. Lo que en el uno es miel purisima, en el otro es abrasadora llama: los dos parecen serafines; sus amores son transportes; y todavia nos inflaman sus alabanzas, llenas de un entusiasmo que nó se acaba ni se disminuye.

Dejo pasar las apariciones de la Virgen; nó cito fragmentos de himnos que aunque hoy poco conocidos, fueron populares un dia; y me veo precisado, Señores, á citaros solamente los nombres de Inocencio III, Alberto el Grande, Santo Tomás, Escoto y San Buenaventura, sin hacer mención de los libros, glosas, paráfrasis, Salterios y tratados que consagraron á la *Madre del Amor hermoso y de la santa esperanza*. ¡Cómo os asombraríais si os explicára las graves dificultades que opuso á la elocuencia el escolasticismo, que por entonces reinaba en las escuelas, del cual estaban contajados hasta los oradores mas elocuentes! Por esta razon es mas de admirar la suavidad y dulzura de San Bernardino de Sena, del Canciller Gerson en sus sermones sobre los misterios de la Virgen y en sus tratados sobre el cántico del *Magnificat*, y de San Lorenzo Justiniano á quien cito tan á menudo, porque la inspiracion, el entusiasmo y la gala en el decir abundan en sus sermones á la Virgen, y en sus escritos ascéticos. No por esto dejaron de pagar su tributo al siglo; nó se libertaron enteramente del escolasticismo; solo cuando hablaban de la Virgen, parecian escaparse á la fatal

influencia que pesaba sobre los espíritus mas distinguidos de aquel tiempo.

Entrar hablando de los innumerables panegiristas de la Virgen que posteriormente descollaron, ensayando un nuevo género de elocuencia, y enriqueciendo la oratoria sagrada, es imposible.

Distinguióse la Nación Española, y el ejemplo de sus predicadores preparó la saludable revolucion que se hizo en Francia y en otras partes. (1). Fray Luis de Grenada, el Venerable Avila, San Juan de la Cruz, Fray Luis de Leon y otros muchos quedaron como en éxtasis cantando las glorias de María. Esto es decir poco pero, yo no puedo decir todo lo que he visto; se olvidan los nombres mas conocidos, y en España, los cantores de María se encuentran á bandadas, confundiéndose sus melodias, como el canto de muchos ruiseñores en una frondosa selva. ¡Qué alabanzas! ¡Qué entusiasmo! Todos los templos están llenos de fieles; todas las cátedras están ocupadas; sudan todas las prensas; y para que se vea que la materia es inagotable, despues de

(1) En nuestro *Estudio sobre la Elocuencia Sagrada* lo hemos demostrado. Vease el Capitulo XII.

tantos tratados y sermonarios, aparece Fray Juan de Cartagena componiendo nada menos que ciento quince homilias sobre las excelencias de la Virgen, Madre de Dios.

¿Cómo hablaros de San Francisco de Sales, de Flechier, Bossuet, Fenelon, Bourdaloue, Massillon, Mascarón y tantos otros? ¿Cómo citar sus sermonarios, sus cartas espirituales, sus libros, sus letanías consagradas á la Madre de Dios? Nada diré, pues que todo el mundo los conoce, ni de la gran muchedumbre de predicadores italianos, rivales de los españoles en el fervor y calorosa devocion con que han cantado en todo tiempo las glorias de la Virgen. *Me llamarán bienaventurada todas las generaciones.* ¿Qué se dice á esto? Nada. La profecía de la Virgen se ha cumplido hasta hoy, y ya veis cuánto se estiende la devocion en nuestros dias. Es preciso rendirse á la evidencia.

Pero la inspiracion no podia contenerse en las exposiciones, panegiricos y tratados que debemos á los Padres de la Iglesia. Los Salterios preparan los himnos, y las oraciones mas fervorosas, los éxtasis de amor, los misticos arranques de una devocion mas acendrada, no

cabiendo en la prosa, se precipitaron en el ritmo, dando á la poesia una nueva forma, una elevacion superior, una belleza ideal, nuevo género que dió el ser á muchos espíritus, que sin duda bajaron de los cielos, habiendo recibido como una mision divina.

No fué arbitraria ni caprichosa esta nueva forma que tomaron los elogios de la Virgen, porque sus antecedentes están en los Salmos de David y en los *Libros sapienciales* de Salomon. ¿Nó será bastante poético el Salterio? ¿Qué idilio será mas bello que el *Cantar de Cantares*?

Poético es San Basilio, admirador de la poesia sagrada, y aun de la poesia clásica de la gentilidad. Tres poemas escribió San Gregorio Nacianceno, y compuso un brillante himno á la Virgen, que forma parte de su tragedia, cuyo asunto es la Pasion de Jesús. La Iglesia ha tomado algunos versos de Sedulio, y con ellos saluda á la Virgen, en el Introito de la Misa. Muchos monjes han pulsado la lira en honor de la Virgen: la soledad del claustro y el retiro del mundo son apropósito para levantar el alma y encender vivamente los afectos religiosos. De esas mansiones apartadas sa-

lieron voces dolorosas como quejidos, dulces lamentaciones y cánticos de esperanza, y estas melodias son los himnos que canta la Iglesia á la Santísima Virgen. San Anselmo, San Bernardo y el mismo Inocencio III, y Alejandro VII, son sublimes en este género de composiciones. La lengua castellana empezó dando alabanzas á la Virgen por boca de nuestros primeros poetas; y como el ritmo trae el canto, esta alianza de la poesia y de la música excitó sobremanera el genio de los pueblos cristianos, dando á la devocion de la Virgen una popularidad siempre creciente. Los cantos terribles de la guerra fueron sustituidos por los dulces cantares de Maria: el sonido estridente y desapacible de las voces mas tumultuosas, fué perdiendo la dureza de sus agresivas entonaciones, hasta convertirse en dulces baladas para cantar los milagros de Maria (1), como entre nosotros los cantó Berceo (2). Nada diré de nuestro poeta lirico Fray Luis de Leon, admirado por todos, ni de Walter,

(1) Los bardos fueron atraídos por la poesia religiosa de los monjes. Ossian fué discipulo de San Patricio. Ozanam, *la Civilisation chrétienne chez les Francs*, p. 479.

(2) *Estudio sobre la Elocuencia Sagrada*, Cap. xii.

cuyas sencillas composiciones á la Virgen fueron populares en Alemania, ni de los tiernos *madrigales* que alcanzaron en Italia una popularidad asombrosa, ni es posible decir poco del Dante cuando apenas se le comprende por mas que se le estudia hace seis siglos. De sus invocaciones á la Virgen se dice, que son la alabanza mas digna que ha salido de la boca de un hombre (1). Muchos siglos mas atrás nos dejamos al español Prudencio, cuyos himnos tal vez sobrepujan á los de Santeul, á quien admira justamente la Francia.

Si por un lado los Padres de la Iglesia, los escritores eclesiásticos, los Pontífices y predicadores, los hombres de genio encontraban las flores de la elocuencia y la poesía que buscaba San Basilio de Seleucia para tejer la corona de alabanzas á la Virgen, por otro se levantaban capillas y oratorios, estatuas y Catedrales, verdaderos poemas que han inmortalizado el culto de la Madre de Dios. Desde el momento en que se reveló al mundo la verdadera idea de la Divinidad, estremeciéndose con horror volviéndose contra los Dioses y Diosas del Paganismo, cuyo execrable culto

(1) Ozanam, *Dante et la Philosophie catholique*.

había materializado al hombre, y corrompido las costumbres de todos los pueblos de la tierra. Era preciso desterrar supersticiones, representar la idea cristiana con monumentos tan dignos y elevados como ella, purificar los lugares consagrados á los Dioses con un culto abominable, y levantar templos á la Virgen, modelo de aquella pureza que entrañaba la nueva Religión, y que debía ser como el alma de las nuevas generaciones, del mundo todo, redimido con la sangre de Jesús. Edesa, Efeso, Tesalónica, Atenas, Antioquia, Alejandria, tuvieron desde el principio suntuosas basílicas consagradas á la Madre de Dios. Empleáronse en su construcción mármoles y jaspes, y las maderas mas preciosas. La historia dice cuán illustres fueron estas Iglesias del Oriente. Los Concilios celebrados, los santos y sabios que de allí salieron, las conquistas que hicieron en las escuelas mas florecientes del Paganismo, las bellezas de la arquitectura griega trasladadas con ventaja del arte á los templos cristianos, la Catedral levantada en Efeso, en honor de la Virgen, mas hermosa que el templo de Diana, y ese fervor con que las muchedumbres se recogían debajo de sus bóvedas

para cantar sus alabanzas, y oír y aplaudir á sus Obispos al rededor de las tribunas en que predicaban los Atanasios, los Cirilos y los Crisóstomos, todo esto dice mas en honor de la Virgen María, que quanto se pudiera soponer juzgando por conjeturas, que tampoco irian descaminadas.

En el Occidente se multiplicaron despues que cesaron las persecuciones. El culto encerrado en las catacumbas salió á la luz del dia. Los primeros templos de Roma fueron consagrados á la Virgen. El celo de los Emperadores cristianos, que protegia en Occidente la construccion de suntuosas basílicas, levantaba otras en la famosa Bizancio, y en la Palestina, adornando las Iglesias de *Sta. María de Belem* y *Sta. María de Nazareth*, con escaleras de marmol y lámparas de plata y oro. En Jerusalem, sobre el Garicin, en las alturas del monte Carmelo, en Tiro, en Damasco, en la Persia, en el Egipto, se levantaron templos suntuosos á la Virgen, que eclipsaban, segun es fama, las basílicas bizantinas de los Césares. Cedros, marmoles, jaspes, oro y plata se empleaban en su construccion. Atendida la magnitud de estas obras, es preciso suponer

una devocion prodigiosa, que es la que unicamente puede dar fuerzas y hallar recursos para superar tantos obstáculos como se ofrecerian. Esta devocion, nacida de una fé ardentissima, levantó magnificas Iglesias en Alemania, Italia, Francia y España; pero pocas naciones pueden entrar en comparacion con la nuestra. El número y magnificencia de nuestros templos corresponde á la importancia que tuvimos en mejores dias, al caracter vigoroso que siempre tuvo entre nosotros el Catolicismo, y á los célebres escultores y arquitectos cuya memoria pasó á la posteridad con sus obras inmortales. Las Capillas dedicadas á la Virgen en Toledo y Sevilla, el monasterio en que se venera á Nuestra Señora de Monserrat, y la Iglesia monumental de Zaragoza en que se venera á la Virgen del Pilar, bastarian para hacer la gloria de una nacion, que fué siempre delante de todas en la riqueza y ostentacion del culto á la Santisima Virgen (1). Mirad sino esas columnas atrevidas, esas bovedas, y todas las magnificencias de este templo, que admi-

(1) *Le culte de Marie en Espagne est, s'il est possible, plus grandiose encore qu'en Italie.* A. Madrolle, *Magnificences de Marie*, pag. 199.

ran los naturales y extranjeros, y juzgad si es grande y elevado todo monumento religioso, que como este, está consagrado á la Madre de Dios.

Y nada hemos dicho de los estragos que causaron en el Oriente el Mahometismo, y en el Norte y Occidente de Europa las hordas salvages y las asoladoras irrupciones de sus huestes. Muchos templos cristianos fueron convertidos en Mezquitas, y sobre mil cuatrocientas Iglesias fueron arrasadas. Es menester hacerse cargo de la sangrienta lucha del paganismo y de la barbarie contra el Cristianismo y sus celosos Apóstoles, en las agrestes regiones de la Germania (1). Apesar de esto, el movimiento nó se sofoca. Entre los gritos de guerra y exterminio que llevan el hacha y el alfange á los monumentos católicos, resuena sobresaliendo aquella voz profética: *Me llamarán bienaventurada todas las generaciones*. La tempestad pasa; el heroismo de los martires raya en el mas alto punto; la sangre corre á torrentes; pero la obra de la civilizacion gana terreno; las costumbres se amansan; la Religion trans-

(1) Véase la obra del sabio Ozanam, *Les Germains avant le Christianisme*.

forma los pueblos, y cambia en pacífica su indole inquieta y belicosa. La poesia y elocuencia cristiana penetran en los corazones, los suavizan y dulcifican poco á poco, y nó bien se acaba de hacer esta conquista, nuevos fieles se echan una piedra á la espalda para edificar un templo á la Madre de Dios. Despues de algunos siglos de destruccion, viene el siglo XIII ofreciéndonos todas las maravillas de la arquitectura católica, algunas de las cuales no era justo pasar en silencio. « La Europa occidental se eriza de monumentos religiosos..... óbrase en la tierra una vegetacion nueva; todo se anima á un tiempo, y toma la arquitectura atrevimiento y color (1). »

Ya veis, Señores, lo que ha hecho la gerarquía terrestre, instruida, como dice San Ambrosio, por los ciudadanos de los cielos. Ya veis lo que se debe al genio cristiano, y de lo que es capaz el espíritu del hombre, puesto al servicio de una gran idea. Nó se pueden citar otros ejemplos para medir el alcance de la actividad humana, ni el poderio de la inspiracion, ni los más valientes arranques. Por donde se ha de mirar al hombre es por el lado

(1) *Hist. pittoresque des Cathédrales*, pag. 2.

religioso; porque no habiendo nada tan grande como la Religion, tampoco puede haber otro punto de vista mas á propósito para juzgar de su grandeza y poderío. Me parece que los monumentos erigidos á la Virgen María justifican esta observacion (1).

Pero, Señores, me estiendo demasiado, y tengo que pasar en silencio los nombres mas señalados en la historia de la pintura. Sin la Santísima Virgen, nos serian desconocidas las mayores y mas admirables creaciones del genio. ¿Cuál hubiera sido la mision de Murillo, Rafael, Velazquez, Ribera, Alonso Cano, Beruete, Juan de Juanes, Céspedes y Herrera? ¿Qué hubieran sido Leonardo Vinci, el Ticiano, Rubens y Van-Dyck? ¿Qué hubiera sido de tan brillantes escuelas, cuyas obras fomentaron la devocion, y atrajeron las almas al amor de los encantos celestiales? ¿Qué mejores tapices pudieran adornar las paredes de los templos, ni qué valdrian sin los cuadros de

(1) Son dignas de consideracion las opiniones que sobre esta materia emiten en sus escritos Egron y Bourassé. Son muy bellas las apreciaciones del Ab. Orsini. El que ha reunido mas pormenores y detalles ha sido M. P. Sauceret, en su libro *Figures bibliques de Marie*, y con especialidad en su preciosa obra titulada, *Culte catholique de Marie*. Los tomos 2º y 3º son de exquisito trabajo.

la Virgen las galerías de nuestros palacios y muséos, ni los de Venecia, Viena, Milan, Roma, París y las principales capitales del mundo?

¡La Madre de Dios! He aquí el gran asunto. Los artistas en alas de fuego dejan este mundo miserable; reciben una mision providencial, y nó parece sino que el don del genio, don precioso, rarísimo, se les confia para que den culto á la Santísima Virgen. Ello es que obedecen á un impulso extraordinario que los aparta de la tierra; se lanzan en los espacios de lo infinito, en busca de una imágen celestial, capaz de llenar el vacio de su corazon. Su misma inspiracion seria un tormento insoporable, si nó pudieran descubrir el gran tipo, tipo único de la suma belleza, que solo descubrirán los ojos de la fé en la mas esplendida y brillante de las regiones. Por esto los maestros mas célebres buscaron la Virgen en el cedro del Libano, en el cipres de Sion, en la rosa de Jericó, en la oliva y el plátano plantados en la corriente de las aguas, en el cinamomo y el balsamo que esparcen un olor aromático. Salomon nos dá idéa de su hermosura; habla de sus ojos, bellos como los de la pa-

loma, que brillan como perlas: pinta su cabellera, sus blancos dientes, y sus labios, de color de rosa: son bellos sus piés, y soberbio su calzado: su mirada es clara como las fuentes de Hesebon, y se retrata su cabeza, su estatura, su magnífico ropage, sin omitir aquellos toques mas delicados, para significar cuán dulces son las delicias de su amor y el aliento de su boca.

Búsqese aquí la inspiración, y la prestarán los misterios, las imágenes de la Biblia, las armonías de los himnos, y las bellezas de la Religion. Admiremos, nó como curiosos, sino como cristianos, las obras maestras del arte, y así comprenderemos la fuerza del sentimiento con que fueron hechas, y el sublime destino de los artistas que cantaron las glorias de la Virgen, en sus obras inmortales. *Me llamarán bienaventurada todas las generaciones.* La Religion debe mucho á estas obras del arte; la civilizacion lo debe casi todo. Y todas las maravillas juntas pudieramos admirarlas en Totilo, poeta, músico, escultor, á quien se representa en la edad media trabajando en su obrador una estatua de la Virgen, y allí está con él la misma Virgen dandole el cincel, y la tienen por su hermana los peregrinos que

llegan á implorar la caridad del artista. Ved aquí la idea mas elevada que la cristiandad se ha formado acerca de la inspiracion. En cuanto á los beneficios que hayan reportado las obras del genio para civilizar á las naciones, os citaré el siguiente pasage que abraza todo el plan de este discurso. « Los ritos del culto católico reunian en su conjunto todas las tradiciones bíblicas, la poesia de los Salmos y las Profecias, los recitados del nuevo Testamento, las actas de los martires, la elocuencia de los Padres, los trabajos liturgicos de San Ambrosio y San Gregorio, con el vuelo que la música comunica al sentimiento, con el apoyo que la pintura presta al pensamiento, con todo el poder de la arquitectura religiosa, para retener dentro de sus muros el alma encantada, hacerle olvidar el mundo, y elevarla á Dios. El culto cristiano, formado de tantos elementos, apegándose á las lenguas, artes y ciencias de la antigüedad, no podia comunicarse á los pueblos bárbaros, sin comunicarles una gran parte de su civilizacion (1). »

¡Gloria á la Santísima Virgen! Es verdad

(1) Ozanam. *La civilisation chrétienne chez les Francs*, pag. 397.

que hizo en ella cosas grandes el que es todo poderoso; (1) la colmó de gracias; sobre ella derramó tesoros y riquezas; á este fin desplegó toda la fuerza de su brazo; pero tambien el mundo la ha exaltado sobre los tronos, y permanece de rodillas en sus últimas gradas. Todo lo que aquí tiene algun precio es ofrenda; el genio cristiano nó se ha reservado ninguna maravilla; todo lo que ha producido de bello y de grande ha sido para honrar dignamente á la Madre de Dios. Asociémonos de corazon, mis queridos hermanos, á esta grande obra de todos los siglos. Con el pensamiento, con la palabra, en el papel, en el lienzo, con las obras de nuestras manos, con cánticos de gloria, con el ejemplo y la doctrina, con la boca y con el corazon, llamemos *bienaventurada* á la Virgen María, que alabándola en la tierra, merecerémos continuar en el cielo el himno sin fin de sus eternas alabanzas. *Amen.*

(1) *Fecit mihi magna qui potens est. Luc. II.*

PATROCINIO

DE LA VIRGEN MARÍA.

Spes mea tu in die afflictionis. (JEREM., CAP. XVII, v. 17.)

Tú eres mi esperanza en el día de la aflicción.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR :

Todos los fieles cristianos ponen su confianza en la Santísima Virgen. Conozco que la observacion es vulgar, porque se trata de un fenómeno constante, invariable y fijo en todos tiempos y circunstancias. Lo encontramos en la sociedad de hoy, en las generaciones pasadas, y nó es necesario ahondar mucho para descubrir en la tendencia religiosa de estos ó

que hizo en ella cosas grandes el que es todo poderoso; (1) la colmó de gracias; sobre ella derramó tesoros y riquezas; á este fin desplegó toda la fuerza de su brazo; pero tambien el mundo la ha exaltado sobre los tronos, y permanece de rodillas en sus últimas gradas. Todo lo que aquí tiene algun precio es ofrenda; el genio cristiano nó se ha reservado ninguna maravilla; todo lo que ha producido de bello y de grande ha sido para honrar dignamente á la Madre de Dios. Asociémonos de corazon, mis queridos hermanos, á esta grande obra de todos los siglos. Con el pensamiento, con la palabra, en el papel, en el lienzo, con las obras de nuestras manos, con cánticos de gloria, con el ejemplo y la doctrina, con la boca y con el corazon, llamemos *bienaventurada* á la Virgen María, que alabándola en la tierra, merecerémos continuar en el cielo el himno sin fin de sus eternas alabanzas. *Amen.*

(1) *Fecit mihi magna qui potens est. Luc. II.*

PATROCINIO

DE LA VIRGEN MARÍA.

Spes mea tu in die afflictionis. (JEREM., CAP. XVII, v. 17.)

Tú eres mi esperanza en el día de la aflicción.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR :

Todos los fieles cristianos ponen su confianza en la Santísima Virgen. Conozco que la observacion es vulgar, porque se trata de un fenómeno constante, invariable y fijo en todos tiempos y circunstancias. Lo encontramos en la sociedad de hoy, en las generaciones pasadas, y nó es necesario ahondar mucho para descubrir en la tendencia religiosa de estos ó

aquellos pueblos, en tales ó cuales siglos, el caracter y significado de esta devocion. Radica en sus mismas entrañas, y se ve en la superficie. El hecho es fácil de conocer y apreciar; pero considerando la uniformidad con que se nos presenta, la extension que tiene, y su íntimo enlace con todas las creencias y sentimientos cristianos, pues que lo vemos encarnado en la misma Religion, deberemos buscarle un origen, y tal origen, que sea bastante para producirlo y aun explicarlo. Vedlo aquí.

Cuando Jesucristo estaba en la Cruz, atraía á sí todas las cosas, y consumaba el alto misterio de la Redencion del mundo. Todas las palabras que habian salido de su boca en los tres años de su vida pública fueron como una revelacion del amor que tenia á todos los hombres; pero las que pronunció en los últimos dias, en la vispera de su sacrificio, en las últimas horas, en los últimos momentos de su vida eran la revelacion de un amor infinito. En sus movimientos, en sus miradas, en sus quejidos, en cada una de sus palabras, en cada una de las gotas de su sangre, se encerraban tesoros de infinito precio. Todo tenia en aquellos

supremos instantes, ó la virtud que santifica, ó el poder de una ley que sería infaliblemente cumplida y acatada.

Volviendo sus ojos á su desconsolada Madre, vió todas las amarguras de su soledad. Había perdido á José; los discípulos habian abandonado á su Maestro en el momento del peligro; Jesús volvería al Padre, y la Santísima Virgen quedaría en el mundo abandonada de todos. Esta es la ocasion en que Jesús, dando un testimonio de su piedad filial á tan digna Madre, viendo que Juan, el discípulo amado, estaba nó lejos de la Cruz, pues volvió prontamente al lado de su Maestro, arrepintiéndose de haberle abandonado como los otros, dijo á María: *Mujer, he ahí á tu Hijo*. Y luego el Señor, volviéndose á Juan, le dijo: *He ahí á tu Madre*.

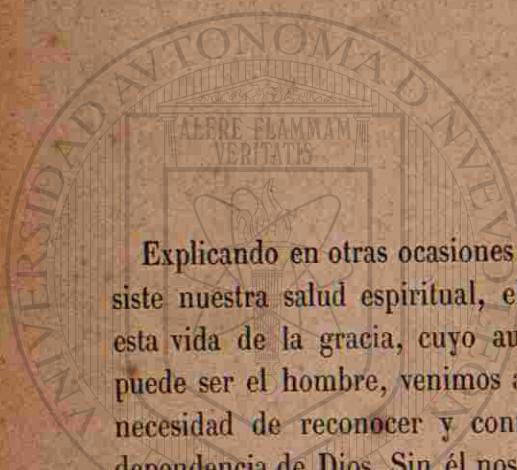
Estas palabras tienen toda la fuerza de una ley, Tomadas á la letra, expresan el amor á su Madre Santísima, y á su amado discípulo; pero dicen mas que esto. En la persona de aquel discípulo estaban todos los hombres; y quedó de tal manera ligada la suerte de todos los discípulos de Jesús á su Santísima Madre, y la de la Virgen á todos los cristianos, que nosotros

la honramos, la alabamos, la glorificámos, defendemos sus prerogativas, ensalzamos su gloria, la bendecimos; y la Virgen Santísima nos protege, nos defiende, intercede por nosotros, nos asiste y favorece en todos los peligros y adversidades, nos ama como á hijos suyos, como á hermanos de su Hijo único.

Si esto es así, si en las palabras de Jesús había algo mas que la expresion de su amor filial, y del tierno afecto con que había distinguido á su amado discipulo, estas palabras encierran todo el plan de una magnífica institucion, una de cuyas bases era la anexion de los hijos de Eva á la Virgen María. Dios pudo en un instante ejecutar lo que decía; dió á la Virgen afectos de Madre, y á todos los hombres, afectos de hijo: entre su Madre y nosotros estableció un estrecho parentesco, y nos ató fuertemente con amoroso lazo. El que rogó al Padre por sus enemigos, el que prometió el paraíso al buen ladron, el que murió como Hijo de Dios y resucitó por su propia virtud, instituyó esta sociedad espiritual, creó esta numerosa familia, sin faltar jamas, entre los hijos de tantas generaciones como se suceden, los sentimientos de amor y piedad filial, que

nos hacen ver en la Madre de Jesús, nuestra propia madre.

Por esta razon no ha faltado ni faltará nunca esa confianza que ponen todos los cristianos en el patrocinio de la Santísima Virgen, como vereis si el Señor me ilumina con los auxilios de su divina gracia. *Ave María.*



Explicando en otras ocasiones en qué consiste nuestra salud espiritual, el misterio de esta vida de la gracia, cuyo autor nó es ni puede ser el hombre, venimos á parar en la necesidad de reconocer y confesar nuestra dependencia de Dios. Sin él nos es imposible adelantar un solo paso en el camino de nuestra salvacion; y haciendo penitencia por nuestros pecados, detestándolos con todo nuestro corazon, habremos de pedir con humildes oraciones y fervoroso llanto aquellos auxilios poderosos de su divina gracia, para vencer las tentaciones de pecado, y hacernos superiores á nuestra propia flaqueza. Suponed que Dios nó atiende á nuestras oraciones porque nó encuentra en ellas mérito alguno; pero bien sa-

beis que nó pedimos por nosotros; y así en nuestras oraciones secretas como la Iglesia en las oraciones públicas, dirige sus preces á Dios por Jesucristo Señor nuestro. En Jesucristo están nuestros méritos; y tan miserables somos, que ni aun sabriamos cómo debíamos orar al Criador de cielos y tierra, si el mismo Jesucristo, nó nos hubiera enseñado á pedir. Parece que estamos mas cerca de Dios Hijo, que de Dios Padre, porque el misterio de la encarnacion nos asocia á la naturaleza divina; y para hacer mas íntima esta relacion que nos hace confiar en la misericordia de un Dios, que por amor al hombre se ha hecho semejante á nosotros, contamos con la asistencia de nuestra medianera y abogada, tan cerca de nosotros, tan semejante á nosotros, que en nada se distingue de la humanidad por naturaleza, aunque está sobre nosotros y sobre toda criatura, por los privilegios y mercedes tan singulares con que se dignó agraciarla el Todopoderoso. Ya que esto nó explicára la confianza que ponemos en su proteccion, no podríamos olvidar que Jesucristo nos legó esta Madre, alentandonos á confiar en su valimiento, y á esperarlo todo de su amor. No es

un delirio de los teólogos, nó es una extravagancia del pueblo cristiano, nó es un apéndice que vayamos cada cual zurciendo al cuerpo de la doctrina católica, nó es una pasión romanesca ó delirante esa ternura con que todos los fieles en sus oraciones piden á Dios por Jesucristo, y esperan auxilios y remedios por la intercesion de la Virgen Maria cerca de su Hijo amantísimo. No, Señores: como veis, esta confianza está fundada en las relaciones del hombre con Dios, salvándose la inmensa distancia que hay entre el Criador y la criatura, primero, por Jesucristo, que es Dios y hombre; y despues por la mediacion de la Santísima Virgen, descendiente de Adán y Eva como nosotros, pero Madre del Verbo encarnado, y Madre nuestra por el testamento de Cristo.

Sin duda que esta confianza que ponemos en el patrocinio de la Santísima Virgen está bien depositada; y nos complacemos sobremana en rendirnos á sus piés, en contemplarla, mirándola de hito en hito, y enviándole nuestros suspiros. No nos apartamos de sus altares sin recibir, como favores adelantados, dulces consuelos con que nos aquietamos en la tri-

bulacion, y sin que crezca en nosotros el amor á la Virgen y la confianza en su intercesion. Ella se queda con nuestras penas, recibe nuestras oraciones, nuestras lágrimas, y nosotros nos vamos consolados y agradecidos. Si quisieramos dudar del amor que nos tiene, nos sería imposible; porque su belleza nos encanta; sus gracias nos admiran; la grandeza de su destino nos llena de asombro; sus dolores fueron extremos; sus virtudes jamas serán dignamente alabadas; y aunque nó tiene, como dice un escritor católico, *la omnipotencia que manda*, pero si tiene *la omnipotencia que suplica* (1). Para ofenderla, no tenemos palabras; para aborrecerla, no tenemos malicia; solo podemos afligirla con nuestros pecados; pero de tal modo nos tiene ganado el corazon, que contradecirla, es imposible. Todo el mundo espera en ella; y nó habrá un solo cristiano, que en alguna de las vicisitudes de su vida, nó haya sentido los consuelos de su asistencia. ¡Con qué confianza y con cuánta seguridad se abandona el hombre en los brazos de esta cariñosa Madre! Debieran todos

(1) Genoude, *Nouvelle exposition du dogme catholique*, Chap. viii, pag. 447.

conocer la ingratitud y deslealtad de los falsos amigos en cuyo trato hemos vivido sin recelo, para sentir esa dulce satisfaccion de los buenos cristianos á quienes protege con su manto la Madre de Jesús. Y nó pueden señalarse límites á esta confianza. Como ella se conforme con las creencias y sentimientos religiosos, con la verdad, en una palabra, que es enemiga de las supersticiones y demasias del espíritu, no hay porque temer que se extralimite. Mientras mas crezca nuestro amor y nuestra confianza, menos distaremos de nuestra salud; porque se aumentará el amor de la Virgen hacia nosotros, y este amor llenará nuestro corazon, reinará en él soberanamente, desalojando los elementos de trastorno que el mundo iba haciendo para manténeros en continuo sobresalto y en un desasosiego perpetuo. No diré que sea prudente desconfiar de todos los hombres, ni que sea conveniente encerrarse por sistema en una incredulidad y desconfianza absoluta; pero sí diré que nó pueden ser excesivos ni el amor ni la confianza que depositamos en la Madre de Dios. Desconfiemos de nosotros, pero confiemos en ella, porque es *Madre de toda consolacion*. El peligro y el

daño vienen de abajo; la salud y todos los beneficios vienen de arriba. El mal está con nosotros, adentro de nosotros, y en lo que nos rodea; alcemos los ojos y pongamos nuestro corazon en alto, porque de arriba nos vendrá el auxilio. Una devocion de esta especie nos deja ver en muchos cristianos, el dominio que tiene la Virgen María sobre los corazones que se le han rendido sin restricciones ni reservas. En estos resplandecen las maravillas de la gracia, señales y efectos de su poderosa intercesion.

Comparando San Bernardo á la Virgen María con la estrella de Jacob, dice que sus rayos iluminan el Universo; brillan en las alturas y en las profundidades, en los cielos como en los abismos: su resplandor fomenta las virtudes, desarraiga los vicios, y más que á los cuerpos el sol, calienta los corazones y las almas. Habla San Bernardo con los naufragos, es decir, con los pecadores, verdaderos naufragos en el mar proceloso de este mundo, y les dice: « Si os viereis amenazados de tempestad, nó aparteis los ojos del resplandor de esta estrella. Si se levantasen los vientos de las tentaciones..... mirad á esta estrella, invocad

á María. Si la soberbia, la ambicion, la murmuracion ó la envidia os amenazaren para sepultaros en sus ondas, mirad á esta estrella, invocad á María. Si os vieseis combatidos por la iracundia, por la avaricia ó la concupiscencia, mirad á María. Si os turbasen los crímenes con su espantosa magnitud, la conciencia con sus remordimientos, el juicio con sus terrores, el infierno con las tristezas que inspira, y el abismo con su desesperacion, pensad en María (1). »

La fé de San Bernardo ha sido la de todos los pueblos y naciones. Las órdenes religiosas son en su mayor parte fundaciones dedicadas á la Virgen. Llenaban un objeto social, y por consiguiente, cristiano; pero si redimian á los cautivos, si asistian á los enfermos, si sócorrian á los pobres, si enseñaban, si predicaban, si escribían, era siempre en honor de Dios y de la Santísima Virgen. Esta Madre nuestra era la abogada de todos, la protectora de todos los monasterios, y la que inspiró á sus fundadores la idea de fundar ó reformar, y la que todo lo hacia. Por esto tomaba los títulos de las *Mercedes*, para rescatar cautivos; del *Cármén*,

(1) Homilia II sobre el Ev. de S. Lucas.

para proteger con su escapulario á sus amantes hijos; del *Rosario*, para santificar una devocion la mas hermosa de todas y la mas extendida y arraigada; y como la salud, el consuelo, la fortaleza y toda gracia viene del cielo por su poderosa intercesion, los fieles cristianos la invocaron con los títulos de *Nuestra Señora de la Paz*, *Nuestra Señora de las Lagrimas*, la *Virgen de los Remedios*, la *Virgen del Socorro*, y otras muchos invocaciones.

Al ver la estatua de la Virgen en la portada de las Universidades, Seminarios y Escuelas públicas, ¿qué pensarémos? Que la pusieron allí para prótejer las letras y las ciencias, para encaminarlas bien, para defender la pureza de las doctrinas y de las costumbres, enseñando á los niños que entran en las aulas el camino que deben seguir, y á los maestros que salen de los claustros, el uso que deben hacer del precioso caudal que han atesorado.

Los asilos de caridad están bajo la proteccion de la Virgen. Ella es la Madre de todos los huerfanos, y recoje con amor á los que fueron abandonados sin piedad. Es la *Salud de los enfermos*, la *Consoladora de los afligidos*, el amparo de los menesterosos, como en un día

de gloria para los españoles y para la Iglesia, fué el *Auxilio de los Cristianos*.

¿Quién consolaría á los encarcelados en sus prisiones, donde pasan noches tristísimas, huyendo el sueño de sus ojos, la alegría de sus semblantes, devorados por el arrepentimiento, el dolor ó la vergüenza, privados de todo consuelo y sin esperanzas de mejorar su suerte? Allí no penetra el rayo del sol que alegra y vivifica; no hay cielo, ni arroyos que corran alborozados, ni nada de cuanto es deleite del alma en las gratas perspectivas de la naturaleza. Falta tambien el sublime espectáculo de la Religion, con su esplendido culto que habla al hombre; ni siquiera el trato con sus semejantes, que es una parte tan principal de la vida, deja de servir de tormento á los encarcelados, pues los mas allegados á ellos son los que remachan y afianzan de tiempo en tiempo sus cadenas, y con menos caridad y compasion de la que pide su desgracia. Pues en este abandono tan absoluto que se asemeja á la muerte, el pobre preso se consuela contando sus cuitas á la Virgen, evocando los recuerdos de su infancia, llorando sus extravíos, ó sufriendo con resignacion la injusticia de los

hombres. Si de las cárceles sale al cadalso, la Virgen le fortifica y le consuela; si alcanza la libertad, la saluda enagenado. Preciosas joyas de la moderna literatura y aun de la contemporánea, son algunos himnos á la Virgen, que cantaron ilustres proscritos con la mayor efusion y enternecimiento (1).

No conocemos una institucion, una obra, un suceso, un pueblo, un hombre, que viviendo de la fé de Cristo, no haya creído en el patrocinio de la Virgen Maria. No sobreviene un peligro, un incendio, un naufragio, una enfermedad, una desgracia cualquiera ó un sintoma que la anuncia, sin que las manos se levanten al cielo implorando la intercesion de la Santísima Virgen con una fervorosa plegaria. Pero la desgracia es inevitable; el golpe es seguro; el quebranto, cierto: veñgan fuerzas, que no tenemos, para soportarlo; acu-

(1) Se citan varias composiciones á este propósito, como las de Ch. Nodier, y un himno de Silvio Pellico, que forma parte de sus *Poesias*. La devocion se exala como un perfume; es fácil reconocer en estos versos al mismo autor del precioso libro — *Mis prisiones*, — libro tan conocido.

Se nos olvidaba citar á San Alfonso Ligorio, que cantó con sin igual ternura en honor de la Virgen la entrada de los huérfanos en un asilo de caridad, pintando su sueño, sus sonrisas y sus gracias, con la mayor dulzura. Para hablar de poetas mas antiguos, citaríamos un himno del Tasso.

dimos á la Virgen, y nos hacemos superiores con su ayuda. Está el hombre en el último trance; la vida se le desprende, y los dolores, el terror de una muerte próxima, las angustias de la agonía, lo sepultan en ese abatimiento producido sin duda por las sombras del sepulcro, que se anticipan á la muerte algunos instantes. Una imagen de la Virgen puede reanimar aquel cadáver: sus ojos brillan con la última llamarada; y sienten los moribundos una dulce confianza en que Dios los ha de perdonar, poniendo en la Santísima Virgen aquel su corazón que ya apenas se mueve, y en su devota imagen aquellos sus labios cárdenos y frios. Muchos cristianos que clamaron á la Virgen en su última hora, al dejar este mundo, parecen niños que se durmieron en el regazo de su Madre.

Sientan todos tu protección, ¡oh Madre nuestra! Seamos para vos lo que fué el discípulo amado, y así no aparteréis vuestros ojos misericordiosos de tan amantes hijos. Si no nos abandonáis en el camino que velozmente corremos desde la cuna al sepulcro, pedid ó haced, pues que tan poderoso es vuestro valimiento, que la gracia no se pierda en noso-

tros, que no quisieramos ser hijos tan ingratos. Aunque no retuvieramos en la memoria las últimas palabras de Jesús que á vos y á nosotros nos ligaban con tan estrecho lazo, la voz de todos los hombres nos haría creer que es una fuerza superior, ó una ley, ó una especie de instinto, esta sumision á la voluntad de Cristo que nos mueve á poner en vos toda nuestra confianza. Pero que al seguir la corriente de esta devoción tan tierna, procuremos hacernos merecedores de vuestro patrocinio: no teneis voces de anatemas ni amenazas; jamas os hemos visto con el rostro airado ni lanzando rayos de muerte; pero haced que vuestros favores penetren nuestro corazón, y le obliguen al reconocimiento de vuestras grandes misericordias. Que como fuéramos verdaderos hijos de la que mereció ser Madre de Dios, vos estariais siempre á nuestro lado, en la vida y en la muerte; y el postrer sueño en que todas las cosas de este mundo desaparecen y se acaban, nó sería para vuestros amados hijos sino despertar en la gloria, donde una vita eterna comienza. *Amen.*



DECENSO

DE LA VIRGEN MARÍA

Adorabimus in loco ubi steterunt pedes ejus. (Ps. 131, v. 7.)

La adoraremos en el lugar en donde estuvieron sus pies.

SEÑORES (1):

No penseis, mis queridos hermanos, que venga en este día á formular severos cargos contra vosotros, habitantes de Jaén, porque

(1) Una tradición piadosa del siglo xv ha conservado la memoria del descenso de la Madre de Dios á la Iglesia de San Ildefonso en esta ciudad de Jaén. Desde entonces se celebra el aniversario con la mayor devocion y solemnidad. Predique este sermón en el año de 1853.

cual mas, cual menos, todos seais responsables de la decadencia á que ha venido la devocion y especial culto que tributaban vuestros Mayores á la Santisima Virgen bajo la advocacion de la *Capilla*; porque el culto que se mantiene en estos tiempos y que se fomenta de dia en dia en casi todas las Iglesias, es digno seguramente de la religiosidad de un pais católico, que no dejará de serlo, si Dios tiene misericordia de nosotros, por mucho que trabajen los enemigos de toda cosa buena y santa. Pero séame al menos permitido que deploro lo que el influjo de los tiempos ha socavado y mermado de la fé antigua, con lo que se quita mucha parte del respeto que merecieron antiguas y venerandas tradiciones. Guerras nacionales y guerras de religion, grandes convulsiones en el seno de este mismo pais, inquieto y desasosegado por enemigos de dentro y fuera, peligros de heregia, amenazas de reforma, guerras extrangeras, otra vez guerras nacionales y civiles y revoluciones incesantes, y calamidades de todo género, son causas poderosas, las primeras para aumentar el fervor religioso, las últimas para debilitarlo hasta lo sumo: y es de maravillar que quede memoria

del descenso á esta Iglesia de la Santisima Virgen, y que vengamos un dia siquiera á celebrar el aniversario de su aparicion, que de cuatrocientos años á esta parte no se ha interrumpido ni por escaseces, ni por tibieza, ni por trastornos, ni por el espíritu de novedad que quita prestigio á las cosas antiguas, ni por la falsa y descaminada ilustracion que se supone verdadera y de buena ley, en el hecho de contradecir lo maravilloso.

Pasando por esto, yo creo en cierto modo estar hasta fuera de mi lugar, inculcando en vuestros ánimos y repitiendo lo que se dice frecuentemente en esta cathedra de verdad, y lo que pienso decir y repetir segun los casos y circunstancias, para que fieis en la proteccion y amparo de la santisima Virgen, y que acudais á ella, pues es refugio de pecadores. Si, mis queridos hermanos; tenemos este consuelo que tantas penas mitiga, que conforta á los débiles y desalentados mortales, y sostiene dulces esperanzas en el pecho de duros pecadores, con lo que se hacen llevaderas sus muchas culpas, y tal cual tolerables los negros pesares de su mala vida. Decir que imploreis la proteccion de la Santisima Virgen, es muy cristiano y

muy conforme al espíritu de la religion, porque la Virgen es nuestra medianera abogada. Pero predicar al pueblo una confianza ciega, despues de ser ciega la confianza que pone, pues se abandona á sus instintos creyendo que se salva con una devocion á su manera, devocion que nó se opone á los desórdenes de la carne, ni á los escandalos, ni á los pecados de todo género, eso no lo haré yo, ni nadie lo hará á sabiendas; pues no podemos irnos con la corriente hasta al punto, que nuestras palabras mal interpretadas sirvan de razon ó de pretesto, para cohonestar y hermanar una devocion de rutina con una vida relajada.

Voy á decir dos palabras sobre esta devocion, contando con los auxilios de la divina gracia. *Ave María.*

Quien lo diría! El ser la Madre de Dios Madre de pecadores, enjendra por un lado esta mala devocion de que voy hablando, y por otro, viene á ser pretesto para que muchos desgraciados dejen de tributar el culto que se le debe, y el amor con que á todos nos ama. ¿De qué proviene esto? El camino del cielo es bien llano para el que quiere salvarse; pero muchos quieren salvarse sin que les cueste ni el trabajo de irse por su pié; quieren ser llevados. Encuentran obstáculos, y no quieren hacer nada para vencerlos; se creen escudados con su devocion á la Virgen. Es menester que se vista el hombre nuevo, desnudandose primero de sus hábitos antiguos; pero no ha de ser así, sino quedando el mismo hombre viejo, el hombre de pecado, cubierto con el manto de la Virgen, puesto á la sombra de su protec-

cion. Esto no puede ser. ¿Podriais decir que yo condenaba una cosa buena? Nó. Esto es bueno para muchas cosas; es bueno para el culto; para traer al fin á un espíritu de religion al que tocado por las solemnidades de la Iglesia, echára una ojeada sobre su vida pasada; esto puede ceder en ejemplo y edificacion de la multitud, que nó siempre se cuida de distinguir la verdadera devocion de la falsa; es edificante para el que vea los actos exteriores, y nó conozca las disposiciones del espíritu; para el que nó sepa que tanto fervor y tanta esperanza van mas lejos de lo que la Religion permite; pero tratándose de vuestra santificacion, que es á lo que encamino mis palabras, no puedo alantaros á una confianza á la que muchos se entregan del modo que he dicho, sino á que vivais según el espíritu de una verdadera Religion.

Por una causa semejante, dejan otros de esperar en la proteccion de la Santísima Virgen. Teniendo una idea equivocada de la Providencia, del mundo, de ellos mismos, de la sabiduría, misericordia y justicia de Dios, del valimiento de la Virgen Santísima; sin conocer el fin para que han sido criados, ni los miste-

rios de la naturaleza y de la gracia, ni las leyes que rigen al universo, estos hacen una religion á su modo, dan á Dios el papel que les place, hacen consistir la razon de su fé en los beneficios que reciben, ó en lo que á ellos les parecen beneficios, y sus sentimientos religiosos, de devocion y de piedad, suben ó bajan, á medida que sus deseos y peticiones quedan ó no satisfechos con la salud pedida en la enfermedad, con la fortuna implorada en la desgracia, con la abundancia por que clamaron en la escasez. Pero si las enfermedades se agravan apesar de tantas devotas promesas, si los contratiempos aflijen sin cesar, si el cielo sereno niega las lluvias, ó si tormentoso y cerrado en nubes niega la serenidad, entonces las dudas y temores, la desesperacion del ánimo, la tibieza en unos, el apocamiento en otros, apocamiento disculpable en las grandes desgracias, que suponen grandes castigos del cielo, tremendas iras de Dios, pero apocamiento reprehensible en los pequeños reveses de la fortuna. Y, Señores, estos pequeños reveses han hecho impíos y muchos hombres irreligiosos.

¿Cual os parece que sería la situacion de

nuestros hermanos por la religion, por la sangre y por la patria, que probados en dura tribulacion, hace cuatrocientos años, se amparaban á la sombra de este mismo templo, al que se agrupaban por casas mal seguras y calles tortuosas, salteadas por asechanzas de infieles, escalas abandonadas en la fuga, y cercas defendidas á costa de su sangre, y aporilladas en uno y otro combate? Porque conviene recordar, Señores, que en esta tierra donde están hoy tranquilamente asentadas las firmes bases de la Religion, del poder, de la hacienda, de la familia, no estuvieron en un tiempo garantidos ninguno de estos principios; viéronse los intereses á merced del vandalismo y del pillaje; la religion combatida por los infieles; los templos saqueados en sacrilegas correrias; las imágenes de los santos mutiladas; la vida de todos los ciudadanos en peligro; gimiendo la religion y la patria en la persona de sus Obispos y caballeros, que morían en los calabozos ó en el campo, peleando con los enemigos de Dios.

Era Jaen por estos tiempos segun las crónicas (1), « la ciudad mas considerable de la

(1) La de D. Juan II, año 7. V. á Lafuente Alcantara, Historia de Granada, t. III, pag. 38.

frontera;» y el despecho de algunos reveses inspiró al Rey de Granada la mas terrible de las tentativas contra esta ciudad tan famosa. El mismo Mohamad se puso á la cabeza de seis mil caballos y ochenta mil infantes. Un dia, al rayar el alba, vieron los de Jaen las huertas y contornos de la poblacion cubiertos de tiendas y de turbantes, pero triunfaron en uno y otro asalto las lanzas castellanas. El Obispo D. Rodrigo de Narvaez á la cabeza de sus huestes hizo proezas; pero iban las glorias al par que los desastres, pues la victoria costó mucha sangre generosa, y al levantarse el cerco, los moros quemaron caserios, talaron huertas, viñas y olivares. La campiña quedó convertida en una inmensa hoguera, y esta fué la venganza que tomó el enemigo del valor con que pelearon los cristianos, leales defensores de este suelo, que por su heroismo y sus desgracias nos aseguraron para siempre. Es menester recordar aquellos tiempos calamitosos, de ardimiento, pero acompañado de desastres, en que para infundir espanto á los enemigos, levantaba pendones el Obispo de Jaen D. Gonzalo de Stúñiga, « de cuerpo y talle gentil, como le pinta la historia..... de

destreza maravillosa á caballo, y á peon incansable guerrero, asombro de la morisma, que armado á caballo alegraba la ciudad y hacía temblar al enemigo (1) » y figurarse lo que sería aquella vida de escaramuzas y zalagardas, aquellas jornadas á sangre y fuego, el llanto de la Patria por sus hijos, el dolor de la Iglesia por sus Prelados. Narvaez y Stúñiga fueron ambos famosos por su heroísmo, pero el cautiverio hizo al segundo mas glorioso, y á uno y otro las fatigas de la guerra. Con la historia en la mano es como se ve el grande aprieto en que la ciudad se veía corriendo los años de 1430. Ya no vendrían en su socorro como en otro tiempo las tropas del Prior de San Juan y de Hurtado de Mendoza, ni las seiscientas lanzas al mando de Perez Sarmiento, ni las huestes aguerridas de Ubeda y Baeza, que salvaron la ciudad en asaltos y combates veinte años atras. Murió la flor de los caballeros de Jaen peleando en la defensa de Alcaudete; se agotaron los recursos de las villas y ciudades inmediatas; Adelantados, Condes, Comendadores, aventureros y solda-

(1) Gimenez Paton, Historia de la ciudad y reino de Jaen Cap. 43.

dos perecieron en los muros y en los fosos, de lanza ó de saeta, en duelos, asaltos y batallas, con piedras, lombardas y maquinas de guerra. Era D. Gonzalo de Stúñiga, Obispo de Jaen, hombre animoso, conoedor en las cosas de la guerra, que al menor peligro trocaba el báculo por la espada y el arnés, y los de la ciudad estaban avezados á todo linage de descalabros y aventuras; y sin embargo, reunidos todos en consejo se concertaron en desamparar la ciudad, habiendo llegado las cosas á tan apurado trance (1). Retúvolos algun tiempo el amor á esta tierra regada con su sangre; el apego á estas sepulturas que guardaban las cenizas de sus padres ó de sus hijos muertos por el infiel; el amor á estos altares tantas veces profanados; la severidad de este templo donde tantas veces pidieron á Dios misericordia: esa esperanza, en fin, que aun pareciendo insensata vale tanto en la adversidad, les daba aliento; y estos pobres cristianos, valientes aunque de contraria fortuna, probados en la desgracia pero temerosos de Dios, dormían tranquilos

(1) *Memorial de la descension de Ntra. Señora á la ciudad de Jaen é Iglesia de San Ildefonso*, por el Lic. Antonio Becerra, Capellan de la Virgen de la Capilla. Está firmado á 20 de Febrero de 1639, é impreso en el mismo año.

esperanzados en la Providencia, cundiendo por el dia estrañas y maravillosas anécdotas, que tomaban por la noche ese lejos encantador de los rumores populares contados entre ancianos y mozos al amor de la lumbre.

Las estrellas marcaban la media noche (1), cuando segun la tradicion piadosa, llenóse la ciudad de luz con que se veian los tejados como de dia; viéronse cruces en el aire, gente vestida de blancas túnicas, y hombres armados haciendo compañía á la Santísima Virgen, con cantares y ruido de armas. Algunos testigos dan testimonio de esta vision, que les infundió espanto y alegría; declaran haber quedado confusos, cerrando los ojos, entre el despertar y la luz, oyendo la algazara y el ladrido de los perros, las campanadas del relój que daba las doce, y el toque de maitines en la Iglesia de Santa María (2).

Yo quiero dejar á un lado todas las reglas de la crítica, aun no siendo pecado ni mereciendo anatema el analizar las cosas que no

(1) Sábado 10 de Junio de 1430.

(2) Testimonio y comprobacion del descenso de la Virgen instruido por el Provisor Juan Rodriguez de Villalpando, á 13 de Junio de 1430. Se dió licencia para que se imprimiera, en 27 de Marzo de 1637.

son de fé, ni aun negarlas, siempre que se examinen con respeto; pero despues de relatar el suceso de la venida de la Virgen, bajo estas bóvedas que se dice fueron iluminadas con su resplandor, el interés que despiertan en mi alma las leyendas sencillas y maravillosas que, como esta, corren hace mas de cuatrocientos años, me comunica el fervor de esos viejos cristianos, guerreros valerosos, que no teniendo esperanza de salvacion sino en el cielo, vieron venir el auxilio de lo alto, sobre sus casas, sobre su templo, en medio de sus santos protectores, entre sus sacerdotes vestidos de casulla, y sus soldados que llevaban lanzas en sus hombros. ¿Qué cosa mas santa que la esperanza que pusieron en Dios estos cristianos oprimidos? Ni ¿qué cosa mas bella que la vision consoladora de la Virgen sentada en trono de plata, iluminando con luz de gloria los muros de la ciudad, bajando de los cielos, de donde vienen los éxtasis de la criatura, la luz, la fortaleza, los dones y las virtudes, todo lo que vivifica, todo lo que alienta, todo lo que enriquece y todo lo que ensalza? Lejos de entrar en averiguaciones que á nada bueno conducen, quiero aumen-

taros el respeto que teneis á esta tradicion piadosa, é inspiraros el amor que yo siento hacia estos fervorosos arrebatos que inspira una vision celestial, que parece de mágica y como soñada perspectiva : porque « no es expediente, como dice el mas grave de nuestros historiadores, con semejantes disputas y pleitos alterar las devociones del pueblo, en especial tan asentadas y firmes como esta (1). » Y si á esto se añade, que ha vivido la sociedad cristiana confortada por esta devota adhesion á lo sobrenatural y maravilloso ; que ha sido grande porque vivió de esta fé, iluminada con la luz que baja de las alturas por invisibles canales ; entonces se comprenderá con cuánto respeto deben recibirse semejantes tradiciones, que van enlazadas con todas las glorias de la Iglesia y con todas las grandezas del mundo católico. Una señal misteriosa, una cruz que Constantino vió en sueños, fué dibujada en su estandarte y destruyó las tropas de Majencio. La aparicion del Apostol Santiago en la memorable batalla de Clavijo decidió de la victoria por los cristianos ; y Caro de Torres habla de los combates en que asistió á los es-

(1) Mariana, lib. vii, c. 40.

cuadrones de Cortés y de Pizarro, « con su espada que resplandecía á los ojos de los indios (1). » En un siglo de portentos, el islamismo amenazaba apoderarse de la Europa y acabar con la Cristiandad en un horrible y decisivo combate. Orgulluso dominador de los mares, junta flotas y tesoros en el golfo de Lepanto, adonde acudieron los cristianos, despues de visitar á Nuestra Señora de Loreto, con sus bajeles aunque menos numerosos, á las órdenes de D. Juan de Austria y bajo los auspicios de la Santisima Virgen. En Roma estaba el Papa San Pio V, rezando por el triunfo de nuestras armas, cuando iluminado por Dios exclama de repente : « la flota de los cristianos ha vencido !! » No tardó en llegar le noticia oficial de la derrota de los musulmanes, y desde entonces invocamos el socorro de María clamando como hijos desamparados, á nuestra Madre y protectora : "Auxilio de los cristianos, ruega por nosotros".

Así nuestros hermanos de Jaen, oprimidos, desangrados en infinitos encuentros, aislados

(1) Ordenes militares, fol. 5. Véase tambien á William Prescott en una nota á su historia del Reinado de los Reyes Católicos, t. I, pag. 305 y 306.

y sin esperanza de humano socorro, invocaron con fé el auxilio de lo alto, y de lo alto les vino. Y desde entonces, (suceso maravilloso que la historia demuestra) mudóse la estrella de sus desventuras; y vueltos de su desmayo salieron de la ciudad y acosaron á los moros, que jamas volvieron á probar fortuna sin sufrir irreparables golpes y reveses. El Obispo Stuñiga, con Rivera, Adelantado del pais, y otros caballeros, reforzados con los pendones de Jaen, Ubeda y Andujar, tomaron la ofensiva en arriesgadas correrías por la vega de Granada, y abrigados en unos montes, hicieron cruel matanza y estrago en la caballería de los Abencerrajes (1). Para ver escenas de san-

(1) Cron. de D. Juan, año 30, cap. 186. Conde, Dominacion de los Arabes, cap. 30. Lafuente Alcantara, historia de Granada, tom. III, p. 214.

En un romance histórico se dá cuanta de esta salida, donde quedó cautivo y murió sin alcanzar su rescate.

Ya repican en Andujar
Y en la Guardia dan rebato,
Ya se salen de Jaen
Cuatrocientos hijodalgos,
Y por Capitan se llevan
Al Obispo don Gonzalo,
Armado de todas piezas
En un caballo alazano.

¡Ay mi Dios! Que bien parece

gre y de exterminio, era menester alejarse de estos campos; Jaen se vió algunos años despues convertido en córte; oyó el ruido de las armas, pero fué que la reina con sus damas, ataviadas sobre hermosos palafrenes, salieron un dia en simulacro de batalla á dar susto á los moros de Cambil, arrinconados por los Freires de Calatrava: Jaen volvió á pasearse por sus calles los moros africanos; pero eran Embajadores del Rey de Fez que traian ricos presentes á D. Enrique, y dádivas de mucho precio para la Reina. Tambien esto pareceria un sueño, y lo verian con sus mismos ojos, y no acertarian á darle crédito los soldados de

El Obispo don Gonzalo
Armado de todas armas
Hasta los piés del caballo.

El Obispo de Jaen
Suele decir misa armado.

Fragments de romances.

Las hazañas y la singularidad de su carácter sirvieron de motivo para que se creyera que el celebre Obispo no fuera sino un personaje fabuloso. Su genealogía puesta en claro por Ortiz de Zúñiga en sus *Anales*; el testamento de su sobrino Acuña, sucesor en el Obispado, que instituyó una memoria por el alma de suto; el cuadro en que se representaba su cautiverio, que estuvo en Granada y que pasó á sus descendientes, con otros documentos, atestiguan su realidad. Véase á Gimena, *Anales de Jaen*, p. 104, y á Argote de Molina, *Nob. de And*

una guerra que duraba ochocientos años, ni los habitantes de una ciudad que fué por tanto tiempo plaza fronteriza. Y al ver lo que han mudado las cosas, parece cosa de cuento el delirio de los Prelados, Corporaciones, Cabildo y pueblo de Jaen, que tributaron á la Virgen espléndido culto, con aparato grandioso y una solemnidad de entonces acá no conocida. Ricas fundaciones, pingües rentas, labores en piedra, bronce, plata y oro; adornos de piedras preciosas, riquísimas telas de seda y terciopelo, de oro recamadas; y la fé sobre todo, con el devoto y rendido homenaje de las gentes, conservaban el respeto de esta tradicion maravillosa, afianzada con continuas maravillas que no dejaba de obrar la proteccion de la Virgen.

Ha llegado á nosotros, no mas que el reflejo de este pasado esplendor: yo he querido revivir lo pasado, animar el polvo para que contempleis la realidad á traves de los milagros, de la leyenda, de las tradiciones y de la historia. Pienso que esto os servirá de provecho para implorar la proteccion de la Santísima Virgen y confiar en ella por desesperados que os halleis, sin adormeceros tampoco en una

vana confianza, que hacen algunos compatible con los desórdenes de la vida, ó que no creen necesaria porque no se contemplan en peligro ni en camino de perdicion. Socorro contra la fuerza de las armas, proteccion á la Iglesia, amparo y ayuda para los que padecen enfermedades ó tribulaciones de pecado, ved si hay justos motivos para acudir clamando á Maria. Unámonos con la Iglesia en sus oraciones; pidamos fuerza contra el infierno que amenaza á la Iglesia de Jesucristo; estiéndanse sus preciosas conquistas por toda la tierra; clamemos auxilio porque el espíritu del mal nos hace cruda guerra; y crezca nuestro fervor pidiendo la fé y la virtud de que necesitamos, para perseverar en el buen camino apesar de nuestros tropiezos, y en la fé del Salvador apesar de los escándalos. Dignaos Señora, consolar á los que gimen, animar los pusilánimes, fortificar á los débiles, consolar á los que lloran. Rogad por todo el pueblo cristiano, interceded por el Sacerdocio, y por el sexo que os es especialmente devoto. Que todos los fieles sientan tu proteccion, y singularmente los que te veneran con mas fervor y te adoran en este santo templo donde estampaste la huella

de tus piés, « para consuelo de nuestros hermanos. » *Auxilio de los cristianos, ruega por nosotros. Amen.*



DEL MYSTERIO

DE LA

PURÍSIMA CONCEPCION .

DE LA VIRGEN MARÍA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de tus piés, « para consuelo de nuestros hermanos. » *Auxilio de los cristianos, ruega por nosotros. Amen.*



DEL MYSTERIO

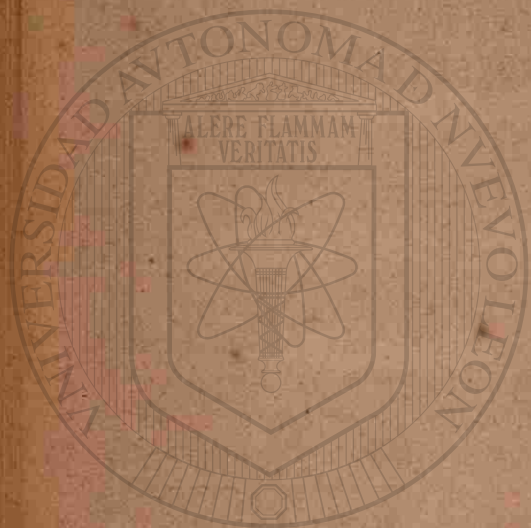
DE LA

PURÍSIMA CONCEPCION .

DE LA VIRGEN MARÍA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ADVERTENCIA

El primer sermón del tomo hubiera sido uno de la Concepción, si no me hubiera propuesto tratar del Misterio por separado. Dejo por tocar algunos puntos interesantes que se desprenden de la declaración dogmática, aunque me ocupé en el tercer discurso de uno de los más esenciales, cuya importancia salta a la vista.

El primer sermón lo prediqué al Ilustre Colegio de Abogados el día 8 de diciembre de 1854. Aunque la declaración dogmática altera el lenguaje hasta aquí usado para tratar de la Inmaculada Concepción de la Virgen, me ha parecido que no debía quitar del sermón las palabras *creencia piadosa* y otras por este estilo, que a partir desde la declaración de la Silla Apostólica, ya no tienen cabida en ninguno de estos discursos.

El segundo sermón lo prediqué el 22 de setiembre de 1855 en la Santa Iglesia Catedral, en las solemnes fiestas que para eterna memoria de tan fausto acontecimiento, celebraron ambos Cabildos y todas las corporaciones, clases, juntas y gremios, con alegría de todos los fieles.

El tercero lo prediqué en la Iglesia de San Andrés, el 4 de noviembre, con motivo de las solemnes funciones que hizo el Gobierno de la *Santa Capilla*, fundación ilustre que se debe à la buena memoria de D. Gutierre Gonzalez Doncel, de esta ciudad, Prototario Apostólico de Leon X, que erigió esta Capilla por su devoción à la Purísima Virgen.

CONCEPCION

DE LA VIRGEN MARÍA

Sanctificavit tabernaculum suum Altissimus. (Ps. XLV, v. 5.)

El Altísimo ha santificado su tabernáculo.

SEÑORES :

La corrupción y caída del linage humano por un pecado primitivo, es una verdad palpable; y por esta razón resístese el entendimiento à suponer una criatura exenta de este vicio originario. Pero imaginaos una criatura destinada à ser Madre del Criador, poneos en frente del gran misterio de nuestra salud, de la Encarnacion del hijo de

El segundo sermón lo prediqué el 22 de setiembre de 1855 en la Santa Iglesia Catedral, en las solemnes fiestas que para eterna memoria de tan fausto acontecimiento, celebraron ambos Cabildos y todas las corporaciones, clases, juntas y gremios, con alegría de todos los fieles.

El tercero lo prediqué en la Iglesia de San Andrés, el 4 de noviembre, con motivo de las solemnes funciones que hizo el Gobierno de la *Santa Capilla*, fundación ilustre que se debe à la buena memoria de D. Gutierre Gonzalez Doncel, de esta ciudad, Prototario Apostólico de Leon X, que erigió esta Capilla por su devoción à la Purísima Virgen.

CONCEPCION

DE LA VIRGEN MARÍA

Sanctificavit tabernaculum
suum Altissimus. (Ps. XLV, v. 5.)

El Altísimo ha santificado su
tabernáculo.

SEÑORES :

La corrupción y caída del linage humano por un pecado primitivo, es una verdad palpable; y por esta razón resístese el entendimiento à suponer una criatura exenta de este vicio originario. Pero imaginaos una criatura destinada à ser Madre del Criador, poneos en frente del gran misterio de nuestra salud, de la Encarnacion del hijo de

Dios, y sentireis por lo menos una repugnancia igual á sostener la inflexibilidad de una ley, negando la posibilidad de una exencion en virtud de un incomprensible privilegio. Direis que esto es querer explicar un misterio por otro; así es en efecto. ¿Cuándo habeis visto que las altas ciencias se espliquen con vulgares razones? Hablando á profesores y maestros que conocen la escabrosa senda de la sabiduria, escuso decir que lo elevado y lo profundo, ó no se trata como es debido, ó se trata elevando el discurso, remontando el vuelo, porque solo en las altas regiones está el porqué de las mayores dificultades, insuperables para la ignorancia, y en las que á menudo se enreda el mas claro entendimiento. Añadid á esto, que así como los seres de la naturaleza están divididos en clases, así lo están las verdades; unas son claras, y estas nacen de otras de la misma condicion, y de ellas salen otras, ó mas bien el entendimiento las saca facilmente, y las vé claras como son, así como descubrió las relaciones, que es lo mismo que hallar verdades. Estas verdades entran por los ojos y sentidos á toda inteligencia; pero hay otras de mas precio sin duda, pero de cierta

oscuridad, y estas no se alcanzan por todos ni facilmente; el verlas y entenderlas está reservado á algunos, porque se necesita una inteligencia de mas alcance; y aun así no bastaria, si la educacion no viniera en su auxilio: hay otras verdades mucho mas altas, y estas las alcanzan poquissimos; algun entendimiento de privilegio; algun... ¿lo diré en fin? si Señores, algun *genio*; don admirable y rarissimo, que Dios concede á algunos mortales dichosos, verdaderos faros que de trecho en trecho á lo largo de los siglos aparecen para guiar á la humanidad ciega y extraviada en sus caminos; que ejercen un alto magisterio, y que el mundo los mira con razon como á encargados de una mision providencial. Hay por último verdades sobre la humana razon, que se llaman *misterios* por lo que tienen de incomprensibles; y porque tener noticia de ellos y no conocerlos seria contradictorio, sabed que tenemos noticia porque Dios nos la ha dado; nos ha revelado los términos de la verdad sobrenatural, obligando á la inteligencia á que se someta sin entender. Y es muy puesto en razon que á quien nos dió el conocimiento sometamos nuestro discurso, así como seria insensato en

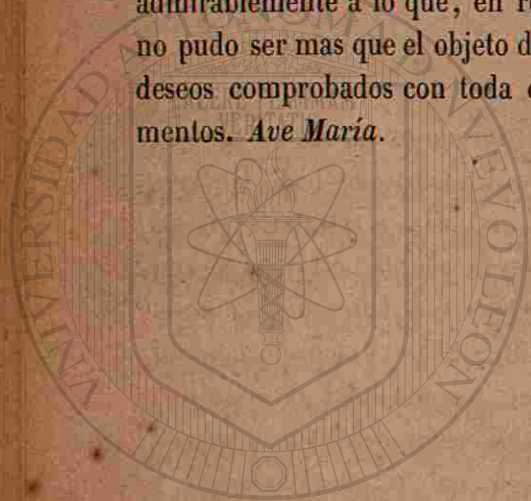
- un ciego desconfiar á cada paso y rebelarse contra el guia, por quien anduvo con seguridad en dificiles y peligrosos caminos.

Debe haber una trama de misterios, como hay trama de verdades científicas, como hay trama de verdades de sentido comun. No solo se ve y se entiende que ha de haber el misterio, sino que me parece imposible que haya uno solo; no hablo de los del orden natural, que son muchos; pero en el orden sobrenatural, es imposible suponer que un misterio sea una verdad inesplicable; pues si tiene explicacion, la explicacion ha de ser otro misterio. No se entenderá como una mujer israelita pudo ser preservada del pecado que venia trasmitiéndose de generacion en generacion, hacia cuatro mil años, á todos los hijos de los hombres; pero cuando se considera que en las entrañas de esta mujer había de tomar carne el Hijo de Dios Eterno, lo que no se comprende es cómo no sería preservada de toda mancha de impureza su alma bendita. Y ya que no doy rodeos vanos para decir que asiento un misterio sobre los fundamentos de otro, os diré tambien que estas verdades altísimas, incomprensibles en su esen-

cia, despiden una claridad suma, que obliga á todos los entendimientos. La caída del linaje humano es un misterio; preguntad á todo el mundo, y no encontrareis uno solo que dude sobre el hecho de una prevaricacion en los antiguos dias; nuestra reparacion es otro misterio, pero todo el mundo la cree, todos la sienten; hay mil testimonios adentro de nosotros que nos hacen sentir el calor de una nueva vida. Si me poneis delante una explicacion sencilla de tantos prodigios, yo la rechazo; por fuerza ha de ser una explicacion falsa: ¿no se trata de un suceso grande, y tan grande que asombra á todo el mundo? El mundo ha pecado contra Dios; el mundo ha muerto por el pecado; Dios le condena; Dios le maldice; el Verbo Eterno toma su carne para ofrecerse como victima muriendo como hombre y dando al sacrificio el valor de la divinidad que lo ofrece; el mundo es reparado; el mundo resucita; ó ¿quisierais que todo esto no fuera portentoso, y que sucediera sin mediar misterios altísimos, increíbles maravillas, capaces de sobrecojernos, ya por la admiracion, ya por el espanto?

Pensemos y discurremos como en aquellos

dias en que la buena nueva se anunciaba por misteriosas señales; la tradicion y la fé nos confirman en una piadosa creencia, de dia en dia mas fortalecida; y el universal asentimiento de los pueblos cristianos corresponde admirablemente á lo que, en remotos siglos, no pudo ser mas que el objeto de esperanzas y deseos comprobados con toda clase de documentos. *Ave María.*



Cuando el Paganismo estaba en su agonía, apresuráronse los filósofos, los historiadores, los moralistas y los poetas á retratarle en sus escritos; lo hicieron con despecho, pero con suma fidelidad. Quién nos representa el mundo pasando de la supersticion á la impiedad y al ateismo; quién se lamenta de la absoluta corrupcion de costumbres en que cayeron los romanos en tiempo de los primeros Césares. Los filósofos no creían; el vulgo tampoco creía, porque el vulgo y hasta los niños, llegaron á participar de las doctrinas de Lucrecio, que se propuso destruir toda idea religiosa y todo sentimiento moral. Si sobreviven algunas supersticiones, el culto público estaba manchado por costumbres abominables; hasta qué punto estabada desconocido el derecho, con mas razon que yo, Señores, pudierais decirlo voso-

tros; una confusion de todas las Religiones que desaparecían en la impiedad, una confusion de todos los vicios que inevitablemente mata despues de deshonradas las Naciones, un abismo para todas las doctrinas que se preparan con sus absurdos esa bárbara lucha entre el despotismo y la esclavitud; rompimiento de vínculos sagrados, muerte del corazon, muerte del alma, este es el cuadro desconsolador que ofrece el Paganismo, con especialidad en sus últimos dias. Siento que no sea mas opropósito para trazarlo la ocasion que se me ofrece; sinó, yo lo completaria. Es mi intento decir solamente que cuando se preparaban por nuestro Dios de misericordia y bondad sus mayores maravillas, el mundo estaba incapacitado para volver á la Religion primitiva; sus crímenes, su ignorancia, su incredulidad, las supersticiones, las disputas, todo le había apartado de los buenos caminos; no tengo por buenos sinó los de la revelacion; pero aquí llamo buenos á los que había alcanzado el Politeismo en otros tiempos; porque no todos fueron tan malos; hubo fé en los ídolos; hubo sabiduría; hubo virtudes; pero todo fué decayendo, como lo que arranca de mal principio; porque pen-

sar que la razon del hombre ha de inventar la Religion, el derecho, la moral, la ciencia, y que esto ha de dar vida á la sociedad que se levanta sobre esta base, es un delirio como entonces se vió, y como se ve hoy tambien con los fautores de nuevos delirios.

Que la regeneracion había de obrarse por un poder superior, que se estaba preparando en las regiones de lo sobrenatural, que mediaban agentes invisibles, todo esto resulta comprobado del Antiguo Testamento, y de varios textos que pudiera citaros de los mas ilustres filósofos y oradores paganos. La impotencia del Paganismo era sentida universalmente, así como la necesidad de un hecho sobrenatural, único medio de salvacion y única esperanza del mundo antiguo. Pues he aquí Señores, que de repente, el género humano sale de las tinieblas de la ignorancia y de la corrupcion, llegando á la cumbre de la mas pura verdad y de la mas alta perfeccion moral. Las supersticiones se disipan; el Cristianismo esclarece la nocion de Dios; enseña la espiritualidad é inmortalidad del alma; hace la revelacion de la fraternidad, de la caridad y de la dignidad humana; por primera vez despues

de tantos siglos se hace posible la adquisicion de todas las verdades necesarias y la práctica de todas las virtudes ; así se comienza la grande obra de la civilizacion cristiana.

Recorred los caminos de la humanidad de abajo arriba y de un lado á otro , y en ninguno de sus principios , en ninguna de sus leyes encontrareis la causa ni el agente de la regeneracion que se ha obrado. Necesitó el hombre de una revelacion primera sin la que no hubiera llegado á la posesion de la verdad ; perdióla por su culpa ; y siendo así que no supo conservar este precioso tesoro , ¿ creeis que sería capaz de descubrirla y de conquistarla fatigando su espiritu ? De generacion en generacion se iba corrompiendo ; se hizo déspota ó esclavo , supersticioso hasta la idolatría , ó impío hasta el ateismo ; llegó á ser tan despreocupado , que fué cínico ; y tan ilustrado , que se volvió escéptico ; fatigado de mirar lejos , negó á todas las cosas su principio ; y rodeóse de sombras para persuadirse de que la muerte era su término. El hombre que no pudo en tantos siglos preservarse de una disolucion siempre creciente , ¿ se habria resucitado ? ¿ las tinieblas habrían producido la luz ? ¿ pudiera

ser la vida un resultado de la muerte ? ¿ daremos á la corrupcion la virtud que se necesita para hacer que germine la santidad ?

Así , cuando vemos en el mundo al Verbo humanado , no hay términos para explicar el misterio y el prodigio de su divina aparicion. Es santo en su alma , santo en su carne , santo en su sacrificio , verdadero hombre para padecer por el hombre , y verdadero Dios para satisfacer á su Eterno Padre por los delitos del género humano. Viniendo de la naturaleza que estaba corrompida , debió tomar su carne en las entrañas de una Virgen ; y la Virgen que vino al mundo destinada por Dios para tan alta dignidad , debió ser preservada de la culpa original ; antes que corriera por las venas la sangre de su raza existia el decreto divino ; venía de Dios antes que de los hombres ; y por esto las operaciones de la gracia debieron anticiparse en la Virgen Maria á las operaciones de la naturaleza. Las catorce generaciones que la precedieron desde la cautividad babilónica fueron concebidas en pecado ; estas lo heredaron de las otras catorce generaciones que mediaron desde David hasta el cautiverio del pueblo israelita ; pasó al Rey Profeta , man-

chando su preclara é ilustre estirpe, el mismo vicio originario de las catorce generaciones que se cuentan en el Evangelio desde Abraham hasta David; pero antes que todo eran los eternos decretos, en conformidad de los cuales, apenas el género humano prevarica por la prevaricacion de su cabeza, deja Dios caer en el mundo una palabra de esperanza; y esta palabra es la promesa de una mujer que quebrantaría la cabeza de la serpiente. Si Dios quiere destruir y salvar la carne que había corrompido su camino, para destruirla manda el diluvio; para salvarla, escoge á un justo, á Noé: si quiere ostentar su poder tremendo y su infinita misericordia castigando y perdonando, deja á las Naciones extraviadas que sigan los caminos de su idolatría, y llama al justo y piadoso Abraham para hacerle padre de un gran pueblo de quien se declara favorecedor y amigo; pero cuando llegaron los dias de las grandes misericordias, los dias de la reconciliacion eterna, bajan á la tierra divinos resplandores; el Señor que ha detenido al sol en su carrera, cortado los mares, alumbrado las noches y entenebrecido la claridad de los

dias, *desplegó la fuerza de su brazo* (1), y ved aquí la humilde israelita, milagro de pureza y de inocencia, augusto tabernáculo que el Señor ha santificado. Están tan unidos los destinos de la Madre y del Hijo, que es necesario asemejar en cuanto sea posible la naturaleza del uno y del otro: los dos cupieron en un mismo decreto, como son inseparables las dos ideas de la generacion de Maria y de la Encarnacion del Verbo. Más todavía. La predestinacion de la Santísima Virgen nace de la predestinacion de Jesús; y ella debe ser su Madre, sin que ningun hombre sea el Padre, es decir, que debe concurrir no como parte, sino como todo, ó lo que es lo mismo, en unidad de principio á la formacion del hombre-Dios; y Jesucristo predestinado á la redencion del mundo, lo redimirá á precio de su sangre, sangre purísima y preciosa, de un valor infinito, pero sangre que tomó de las entrañas de María Santísima. Pues ¿cómo no sería la mas pura de todas las criaturas la que había de ser Madre del Criador, del Salvador su Dios que es la pureza misma? Y si se necesitara para ello

(1) Cant. Magnificat, v. 6.

del mayor de todos los prodigios, ¿qué ocasion tuvo la Omnipotencia para mostrarse en la plenitud de su poder! Si el milagro no cabe en la imaginacion del hombre, sabed, primero, que nuestra imaginacion no es la medida á que se ajustan por Dios sus altísimos prodigios y sus misterios inefables; y sebed tambien, que lo que mas repugna al entendimiento resulta muchas veces ser lo mas digno. Los hombres no dejarán de admirar y amar á la Virgen Madre; yo creo y defiendo como todos los cristianos, que el mismo que juntó en milagrosa é incomprendible alianza la Virginitad y la Maternidad, hizo pura de toda mancha á esta pobre esclava de la fé y de la obediencia, no del pecado, á quien acudimos con amor y confianza, porque la que Dios destinó para ser Madre suya es tambien Madre nuestra. No vereis que el entendimiento se resista á creer en su Maternidad supuesta su Virginitad, ó al contrario; si somos hijos de Dios, si somos redimidos con su preciosa sangre, es á titulo de esta maternidad gloriosa. Porque Jesucristo es hijo de Dios vivo y Salvador nuestro, creo que su Madre Santísima fué siempre Virgen; y porque la Virgen Maria fué Madre del

Salvador del mundo sin detrimento de su virginitad, creo asimismo que fué concebida en gracia. No deben chocarnos las repugnancias, porque esto seria desentendernos de la mayor de todas; cual seria la de querer hallar en la razon una explicacion de los hechos sobrenaturales; es mucho mejor y mas conforme afirmar un misterio en cada repugnancia; de cada dificultad hacer un arcano; y ciertamente, Señores, si hemos sido espiritualmente regenerados, si nuestra dignidad en otro tiempo desconocida ha sido verdaderamente realzada hasta ser hijos de Dios y herederos de su reino. ¿oh hijos de Dios que erais hijos de la culpa! adorad la Majestad de las tres divinas personas que concurrieron con su poder, con su Verbo y su infinito amor á la salvacion del género humano, en aquel modo y forma soberanamente incomprendible con que Dios Todopoderoso hace que las cosas sean, Por ventura, ¿seria todo claro diciendo que Maria no fué concebida en gracia, que no fué Virgen, y que Cristo no fué el Hijo de Dios? No; porque si hay misterio en el privilegio concedido á la Madre de Dios, lo hay tambien en la propagacion del pecado original por el hecho de la

generacion ; y si Cristo no fuera , sino como ahora se dice pretendiendo realzar al pueblo , el hijo del artesano de Nazareth , ¿ cómo hubiera podido regenerarnos espiritualmente ? Hubiera muerto como un utopista , ó como el apostol fanático de una causa cualquiera ; pero su sacrificio no nos hubiera salvado ; su muerte no hubiera sido nuestra vida ; su palabra no sería nuestra revelacion ni nuestra ley ; su Evangelio no sería el punto de partida de nuestra civilizacion á que ninguna otra se compara ; su Iglesia no sería ni una obra tan sólida ni la tabla de salvacion de que se apoderan en los naufragios las Naciones que peligran ; sus dolores y su pasion no serian el motivo de nuestras lágrimas , y de nuestro culto ; su vida no sería nuestro modelo ; sus triunfos no serian los nuestros , ni de sus promesas estaría pendiente nuestra gloria . Borrád lo que se os antoje ; tachad , enmendad la obra , reducid sus dimensiones , de modo que la comprendais de una ojeada ; quitad la intervencion sobrenatural , descartad los misterios ; dejad solo lo que entre por los sentidos ; no respeteis sino lo que á todos parezca evidente , y volveremos pronto á la esclavitud antigua , á la ferocidad

de costumbres desterradas ; al olvido de todo derecho ; al caos del Paganismo , adonde nos están empujando los que se empeñan en quitar á la Iglesia su divino origen ; á Cristo su divina esencia ; y á su Santísima Madre , aquel augusto carácter de Santidad que la hace tan admirable desde el primer instante de su ser . ¿ Cómo vinimos al mundo ? ¿ cómo pecamos ? ¿ porqué cada hombre nó es un Dios ni tan siquiera un Rey ? ¿ porqué todos padecen ? ¿ porqué morimos ? ¿ qué es la muerte ? ¿ porqué no somos dueños de arrancarnos este sentimiento de la inmortalidad en otra vida , perpetuo tema de dulces esperanzas y de incesantes gemidos ? ¿ porqué admira su grandeza el hombre tan pequeño , y se anonada viendo su pequeñez quien es tan grande ?

¿ Qué parecerán á Dios , mis queridos hermanos , las locuras nuestras ? El orgullo , la ignorancia , las pasiones son las que podían arrastrar al hombre á la incredulidad sin conocer el daño que se hacía ; sino fuera por esta desgracia , hubieramos temido mucho mas las disputas vanas que han turbado la Iglesia , affigiéndola con escándalos , conmoviendo la sociedad , y derribando por tierra á tantas Na-

ciones que cayeron en honda sima con esos espíritus altaneros, que prefirieron ser heridos por el rayo á ser abrasados por la caridad y anegados en luz. Ha resultado de estos combates parciales una postracion general en los ánimos, un odio implacable de una parte, y de otra un ardor santísimo por consolar tantos espíritus abatidos, dar consuelo y amparo á tantas Iglesias que peligran, llevar la resignacion á muchos dolores inevitables, y poner á raya dañosas ambiciones que solo la dulce influencia de la Religion es capaz de contener dentro de sus límites.

He venido á parar á estas consideraciones, no solo porque se desprenden con hilacion verdadera, sino para que comprendais la importancia de un suceso extraordinario que á estas horas tal vez preocupa la atencion de los ilustres Prelados que puso el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios. Fuera de la Iglesia hallareis la mas completa indiferencia sobre si la creencia piadosa de la Concepcion en gracia de María Santísima ha de declararse ó nó una verdad dogmática; pero esto nace de que á los tiempos de disputas parciales por parte de los enemigos de la Religion, han su-

cedido los tiempos de los ataques en toda la línea á las falanges católicas; hoy es el tiempo de las negaciones absolutas, de la conculcacion de todos los principios; hoy no se asestan los tiros contra el baluarte ó contra el flanco; se hace fuego á todo bulto; y se quisiera que todo el edificio de la Iglesia viniera por tierra. Tambien hallareis indiferentes á no pocos cristianos; pero esto consiste en que la indiferencia religiosa por punto general tambien ha penetrado en nuestras filas; no hablo de lo que se ha llamado *indiferentismo*, nombre con el que se califican los últimos adversarios que cuenta el Catolicismo; sino de la frialdad ó tibieza que ha desnaturalizado á los antiguos y fervorosos creyentes. Los que se sintieren indiferentes, procuren avivar su celo, y consideren cuánto amor tiene para nosotros esta Iglesia á quien injustamente se persigue, Jesucristo nuestro Señor por quien fuimos redimidos, y su Madre Santísima cuyo nombre, al pronunciarlo, es un consuelo otorgado por el cielo á todos los hombres en sus desgracias. Que en su esencia, tal declaracion sea un acontecimiento extraordinario, nadie lo duda: que se considere el debate agotado, parece

natural despues de mediar tan sabias controversias; y en que Dios ilumina al Padre comun de los fieles y á los santos y sabios Prelados de las diversas partes del mundo, estad seguros; él mueve su lengua, inflama su corazon, les dá don de lágrimas, y pone en su boca palabras de sabiduría. A unos los detiene al borde del sepulcro; comunica al anciano la sanidad y el vigor de la juventud, y al jóven lo reviste de la prudencia y humildad de la vejez; gobierna las naves que los llevan, y en la tempestuosa era de las revoluciones, presentará un dia claro y tranquilo; porque desde el nacimiento del Hijo de Dios, todas las grandes solemnidades religiosas cuentan con un dia de paz de que siempre es mensajero algun angel del cielo. Bajo este punto de vista, el único que puedo conocer, la voz del padre comun de los fieles, asistido por las luces del Espiritu Santo, causará honda sensacion, no lo dudeis, en toda la Cristiandad. Prenderá divino fuego en las entrañas de los sucesores de los Apóstoles, y desde las alturas del Vaticano tenderán una mirada sobre la Iglesia universal, concurriendo tal vez con sus luces y sabiduría al exámen de cuestiones capitales

que traen agitada la sociedad, muy necesitada de religion y de saludables reformas si ha de ser preservada de una ruina inminente. ¿Cómo dejar pasar una ocasion tan oportuna para resucitar en cuento sea posible el fervor antiguo, propagando saludable doctrina, restableciendo prácticas religiosas, convirtiendo todas las fuerzas, todos los talentos y todos los sacrificios en la grande obra de la salvacion de las almas? Piérdase todo y salvese la religion; esta es la última palabra, y de aquí no se puede pasar: pero en lo que no se equivocan los enemigos del Catolicismo, es en que salvándose la Religion, todo se salva; y por esto la aborrecen. Mientras los unos están de rodillas orando, los otros maldicen y amenazan; no pueden resistir esta union de las inteligencias mas encumbradas y mas humildes, su profunda fé, su ardiente solicitud por los males que sufren sus hermanos y sus enemigos, y braman á las puertas de su asamblea. No importa. Por algo renuncian á sus errores los hombres mas grandes que el mundo ha conocido en todas las ciencias; hombres de Estado, doctores, magistrados, publicistas célebres, están pasándose al Catolicismo todos los dias; no son los

salvages de América traídos como se suponía antes con engaño los nuevos creyentes, nó; son hombres que saben bastante mas que nosotros; cada uno de ellos puede ser la gloria de una Universidad y de una Nación. Y estos son los primeros que claman por la restauracion de todas las fuerzas vivas, pero enervadas, de la sociedad, tantas veces salvada por la Iglesia; y mientras que fuera de ella la guerra de los entendimientos disuelve los dogmas y los principios, y la oposicion de los intereses quebranta y derriba todas las instituciones, ved ahí al Catolicismo cuya muerte anunciabais, cómo se levanta con su inmutable doctrina y su disciplina austera; en vano le han combatido con nuevas armas diez generaciones de reformadores; el mismo espíritu que presidia hace tres siglos la asamblea de Trento, preside hoy la de Roma. Los Estados que dominaban enteramente luteranos y calvinistas son invadidos y reconquistados; nuevos fieles católicos se apoderan de las antiguas Iglesias que no pudo llenar el Protestantismo. En estos mismos dias en que la Alemania se agitaba en tumultuosas asambleas, triunfaba el principio católico con gloria de nuestros oradores y teo-

logos en Francfort, en Viena y en Berlin; y al anunciarse la ruina de la Babilonia papal, los monjes atraian á sus cátedras nuevas masas de creyentes, siendo estas misiones uno de los hechos mas notables de la historia contemporánea. Se ha visto con asombro que la Francia, donde todos los ataques contra la Religion hallaron eco por su desgracia, ha ofrecido recientemente el espectáculo de trece concilios provinciales, celebrados con toda la majestad del antiguo derecho; y ¿quién no sabe la viva solicitud con que salieron sus ilustres Prelados á la defensa de los intereses morales de la Francia? Hoy son ya pocos los doce Obispos que en Inglaterra proveen á las necesidades espirituales, cuando hace un siglo había bastante con un Vicario Apostólico; y lo que mas asusta, os lo diré tambien porque me regocijo de contar estas conquistas de la verdad y de que todos las sepan, es el movimiento que se ha pronunciado en el seno del mismo clero anglicano, es una tendencia tan fuerte hacia la tradicion y la autoridad, hacia la unidad romana, que raya en prodigio. Los que fían en la fuerza de esta nacion y de su Iglesia oficial, no saben lo que allí pasa, ó no saben la noticia

sino á medias; la Inglaterra, (providencia de Dios) no sale humillada por estas victorias; no la combate ninguna raza extranjera; es la misma fé de Santo Tomás de Cantorbery la que se desarrolla y apodera de sus arrepen- tidos hijos. Ni emplea ya la fuerza desde que se ha visto cuán inútiles fueron los tres siglos de confiscaciones, de hambre y de degradacion para desterrar el Catolicismo de Irlanda; no dispone de la sabiduría porque los sabios son los que desertan; y las revoluciones que pu- diera alimentar en Europa no le darían nin- gun resultado. Si algunos faltos de doctrina, necesitaran ejemplos de bulto para conocer cuán imposible es destruir el Catolicismo, re- cuerden los dias de gran tribulacion que afli- gieron el alma de Nuestro Santísimo Padre Pio IX; mientras que la Europa se preocupa de su suerte, mientras que en Roma se pisa su manto, su cetro y su corona de soberano, él, tranquilo en su destierro, levantando las ma- nos al cielo, dirige una bula á los Obispos es- parcidos en toda la tierra, con el deseo mas ardiente de abreviar el tiempo en que la doc- trina de la Inmaculada Concepcion fuera eri- gida en artículo de fé.

Segun todas las señales el deseado plazo se ha cumplido. Ah! nosotros, hijos de María, debemos mostrarnos celosos de sus glorias; unid vuestras oraciones, mis queridos herma- nos, á las del gran Pontífice que sepultado en profundo extasis, á la hora esta, *tendrá su conversacion en los cielos*, como dice San Pa- blo; y válgaos este recogimiento, la union íntima de corazon y de alma á la Iglesia de Jesucristo por la profesion de la fé que es me- nester avivar de dia en dia, por la participa- cion de los Sacramentos que es preciso fre- cuentar con mas respeto, y por la obediencia á los legítimos pastores, cuyo vínculo es nece- sario estrechar amorosamente, rechazando todo lo que se oponga á este deber sagrado, que es la fuerza de las leyes así divinas como humanas. Contemplando gozosos las glorias y triunfos de la Religion por los cuales la huma- nidad se salva, no podemos menos de exclamar: "*Christus vincit; Cristus regnat; Chris- tus ab omni malo plebem suam defendat*". Cristo vence; Cristo reina; Cristo defienda á su pueblo de todo mal. *Amen.*



CONCEPCION

DE LA VIRGEN MARÍA.

Tota pulchra es, amica mea,
et macula non est in te. (CANTIC.
CANTIC. CAP. IV, V. 7).

Toda eres hermosa, amiga mía
y no hay mancha en ti.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR :

De Adán pecador nacieron todos los hombres pecadores ; porque siendo la cabeza del género humano, la muerte ó la vida tenía que venir hasta nosotros, derivada de su principal tronco. Es muy poderosa, Señores, como estamos viendo á cada paso, esa ley de la naturaleza, en cuya virtud, el que enjendra, enjendra seres semejantes á él. *Generans generat*

sibi simile. Por mas que los hombres se multipliquen, no se mudará esta ley; vemos que la serie de las generaciones, hoy ya tan larga, nó gasta ni destruye aquella solidaridad radical, por la que *somos concebidos en las iniquidades y en el pecado* (1). El lazo que á todos nos sujeta es tan fuerte, como si el género humano no tuviera sino un cuerpo y un alma. Es tan inflexible la fuerza que trasmite de unos á otros el pecado, que en este concepto, bien se puede decir que la humanidad no es otra cosa sino el mismo Adán que se continúa. Ahora como antes y siempre, nacemos y somos por naturaleza hijos de ira; las promesas y esperanzas de una restauracion del género humano, que hallamos en todos los pueblos de la tierra desde los tiempos mas remotos, eran, de puro vagas, insuficientes para hacer comprender á todos lo que sería nuestro espiritual renacimiento; y luego que fuimos redimidos, con ser la Redencion obra más grande que la creacion del hombre, todavía somos herederos de la culpa. Hemos resucitado; somos por la gracia hijos de misericordia; ya no ve-

(1) Ps. L, 6.

nimos de la mujer esclava, sino de la libre, somos una nueva criatura; pero como nada se ha interrumpido en el mundo, ni el día, ni la noche, ni los tiempos, ni las genealogías, ni las historias, por esto traemos todos el pecado de raza, señal indeleble, perpetua, de una transgresion que tuvo lugar en el principio de los tiempos.

¿Qué nada se ha interrumpido en el mundo? Perdonad, Señores, si no he invocado ya el dulce nombre de María, que teneis en vuestros lábios y en vuestros corazones, porque en ella sí sufrió interrupcion esta ley tan terrible. Hijos muy amados de la Iglesia, criados á sus pechos, alimentados con su doctrina, hemos sido constantes en esta piadosa creencia que empezó á correr por el mundo; y ningun pueblo nos ganó por la mano en tributar á la Inmaculada Concepcion de la Santísima Virgen el culto que llevamos á otras partes (1), con la

(1) Se cree que España empezó á celebrar con culto la Inmaculada Concepcion de la Virgen Maria en el siglo séptimo. Disputamos á la Iglesia de Normandía el honor de haber sido los primeros que establecimos este culto en Occidente. De su antigüedad no puede dudarse. Don Juan primero de Aragon, en el siglo XIV, expidió letras para extender en sus dominios la devocion á la Inmaculada Concepcion de la Virgen, y afirma

piEDAD de hijos ó de hermanos de Maria, con el amor de sus siervos, con el fervor de católicos, con el llanto de desterrados. Siempre la vimos « elevada por sus méritos sobre los coros de Angeles hasta el trono de Dios (1); » y parecia repugnante poner tasa en los privilegios, cuando la mujer destinada á la incomparable dignidad de Madre de Dios, « colocada entre Jesucristo y la Iglesia (2), » fué la que holló con su planta la cabeza de la serpiente. Hemos ido avanzando, como dice San Pablo, de claridad en claridad; la fé se iba enardeciendo con las disputas; la piedad se fortificaba con los triunfos; y cuando nuestros ojos, empañados por la culpa, y nuestros suspiros, aunque fétidos por la corrupcion del alma, se elevaban hasta la Reina de los cielos, siempre la vimos como el carbon en la llama rodeada de

que la habian celebrado sus ilustres predecesores, de gloriosa memoria.

En cuanto á la fiesta de la Concepcion, simplemente dicha, sí es antiquísima tanto en Oriente como en Occidente. Puede verse á Perrone, en su libro *De Immaculata B. V. Concep.*, p. I, cap. xv. En Plasencia, Mallorca y Segovia se consagraron Iglesias con este título. La de Segovia pretende remontarse á los tiempos apostólicos.

(1) S. Gregorius, Pap., *De Expositione in lib Regum.*

(2) S. Bernard, *Serm. in cap. vii Apocalipsis.*

ardiente aureola, ó reflejando esplendores de la gloria divina. ¿Quién hubo jamas que nó cantára sus glorias, ni llorára sus dolores? ¿Quién nó la hizo compañía en su triste soledad, cuando nuestra Madre gemia en doloroso desamparo? ¿Quién nó la bendijo en sus triunfos, ni fué á contarle sus negras desventuras? ¿A que espíritu nó arrebató tanta hermosura, que tiene por vestido los cielos y los astros, y los rayos del sol por cabellera; cuyo cuello es torneado, cuyas mejillas son como de tórtola, siendo su cabeza como el Carmelo, y los cabellos de su cabeza como purpura de Rey tendida en canales (1)? El hombre puede desbarrar y decir cosas insensatas y locas, porque del pecado nace su oposicion al bien, y de su voluntaria ceguera nace su resistencia á la verdad. Todo lo que es bueno, verdadero y santo se complace en resistirlo con lamentable obstinacion. Mas pensar que ha de contradecir la ideal belleza de la Virgen Maria, que ha de ahogar en su corazon este inefable sentimiento de amor y de ternura, es imposible. Los judios y los gentiles, los griegos y los bárbaros

(1) Cant. vii, 5.

bendicen á María ; pues ¿ qué harán los cristianos ? ; Oh, el hombre por irreligioso que sea, nó se atreverá á ahuyentar esta bellissima imágen, que le consolará entonces ó despues de algun grave infortunio ! Y dichoso todavía, mis queridos hermanos, si consolado en sus tribulaciones por la que fué siempre Consoladora de los Aflijidos, se encuentra capaz de un sentimiento el más tierno, el mas puro y el más dulce, que se puede concebir.

Como la esclava del Señor llegó á ser la Reina de los cielos, así la piadosa creencia en su Concepcion Inmaculada ha sido declarada y sancionada como verdad de fé. El fallo de la Autoridad ha recaido sobre un criterio firmísimo, sobre el testimonio humano. Hacia ya mucho tiempo, Señores, como todos sabeis, que la voz de la Iglesia se confundía con la voz del género humano en una controversia que ha durado tantos siglos. Ha sucedido en lo divino, lo que sucede en lo humano con las costumbres buenas y recibidas generalmente : el poder las transforma en leyes, y con seguridad se puede decir que son las mejores.

Veamos cómo fué resplandeciendo la gloria y majestad de esta mujer que nace de la stirpe

régia de David, y que pura, desde el primer instante de su ser, aparece inmortal entre las mujeres, para honrar su debilidad y proteger su virtud. El espíritu del amor, que pone tanta hermosura en la Santísima Virgen, tan vivos resplandores en sus ojos, tanta dulzura en sus lábios, y tanto fuego de amor en sus maternales entrañas, fué sin duda revelando este misterio, que aunque cantado con profanas alabanzas y traducido en imperfectas alegorías, arrastró desde el principio el asentimiento de las gentes. Pero ¿ cómo recoger tantas palabras sagradas, á que dieron mil interpretaciones diversas los hijos ó esclavos de María, con la impaciencia de ser bien comprendidos ? ¿ Cómo descifrar alusiones tan graciosas, cómo recoger acentos y suspiros tan armoniosos, efusiones de un amor castísimo, en que se apuraron el pensamiento y la expresion, habiendo adquirido una gracia y una delicadeza virginales ? Los profetas abrieron su boca para honrar á María ; hicieron coro los Patriarcas, los Reyes, los sacerdotes, las vírgenes, el pueblo ; sonaron voces de lo alto y de lo profundo, que venían de los Angeles y de los abismos ; el sol, la luna y las estrellas, la primavera y

el otoño, la mañana y la tarde, el firmamento y las aguas de los mares bravíos, hasta el coral y la perla que se esconden en sus entrañas, el diamante y el topacio, la rosa y el lirio de los valles, juntáronse á las tradiciones seculares que propagaban á porfia gentes de toda raza, de toda nacion y de toda lengua. Ah! Reconoced en este sentimiento tan acorde, tan universal, y si puede decirse así, tan perdurable, aquella firmeza con que las creencias populares, seguras de su legitimidad, van acreciendo la fuerza que tomaron en la oscura noche de los mas remotos siglos, hasta desafiar la claridad del dia, y obtener un triunfo público y solemne. Honra es para mí muy señalada, la de servir de interprete á este sentimiento tan robusto, que ha triunfado con la mística esposa de Salomon del dragon y del águila, poniéndolos en fuga; en cuyas alas se levantó hasta las alturas de ese trono la Purísima Virgen, Madre de Dios y *Señora nuestra*, como la llamamos en la vieja lengua de las naciones cristianas. *Ave María.*

Tengo que apuntar una observacion, sin detenerme á esplanarla. El espíritu analítico nos está matando; porque á fuerza de separarlo todo, ha puesto abismos entre el cielo y la tierra, ha creado el vacío en nuestro corazón, ha multiplicado los principios disolventes en la vida social y hasta en la doméstica, ha roto la universal armonia de la creacion, y (cosa rara) mientras más se aproximan los pueblos, cuando se proclama con más ahinco la union de todas las nacionalidades en una sola familia, el hombre aparece más solo, más aislado, enteramente incomunicado; porque los vínculos morales se han roto, y ni el vapor ni el telégrafo son capaces de sustituirlos.

Ved lo que pasaba en otros tiempos; vosotros direis si mas ó menos dichosos.

En los siglos de mas piedad y fervor, el cielo y la tierra estaban unidos por innumerables lazos; los deberes venian de lo alto; el poder era mas respetado; nó se queria para las virtudes otras recompensas que las del cielo: ninguna cosa en fin, se encerraba como hoy en órbitas tan estrechas que sofocan y oprimen aislando; todo agente contaba con una anchísima esfera, y la vida se respiraba en dilatados horizontes. Entonces no se conocian esos seres desgraciados que se llaman escépticos, porque aun las almas más solitarias tenían siquiera en su *Angel de la guarda* un medio de comunicacion con el mismo Dios, que era tanto como descubrir un mundo de consuelos que las compensaba de todas las amarguras de la tierra. Y ¿quién pensais que fuera el lazo mas intimo que levantaba al hombre hasta Dios, y juntaba el cielo con la tierra? ¿Cuál? la Virgen Maria. Era mujer, y Madre de Dios: venia de Eva, y nació sin pecado; era esclava, y fué Señora de las Naciones; nació pobre en Nazareth; y « subió del desierto, embriagada de delicias, apoyada sobre su amado (1), » remon-

(1) Cant. viii, 5.

tándose á las alturas de la gloria, entre nubes resplandecientes y multitud de celestiales espíritus. Así, cuando se levantaban al cielo las frentes de todos los hombres, sus corazones, sus almas, hallaban en el cielo una imágen de soberana belleza, donde ponían sus ojos y la enviaban mil amorosos suspiros. El mundo repetía el dulce nombre de Maria; consagrábase cánticos de gloria á la Reina de los cielos y tierra, y se levantaban Catedrales; de nuevo los espíritus se remontaban á los cielos, nó como el astrónomo que toma el telescopio por si descubre alguna mancha en las estrellas, sino para buscar nuevas perfecciones en los contornos de esta suprema belleza, y siempre la vieron pura. Los espíritus abrasados con la luz de la gloria trasladaban sus hermosas visiones á los mármoles y al lienzo, obligándoles á tomar una forma delicada y expresiva. Luego aquella imágen pasaba á las creencias y tradiciones populares; se grababa en los corazones, y un siglo tras otro iban robusteciendo la fé, que en caso necesario se sellaba con sangre. Pero cuando se va perdiendo la fé, primero se retira de los extremos, como sucede con la vida en el cuerpo humano: las últimas gotas de

sangre se concentran en el corazón, y allí se van enfriando poco á poco. Primero se pierden las prácticas religiosas, luego se van abandonando las pequeñas fortalezas que cayeron á los primeros golpes de la irreligion ó de la duda, uno á uno se van dejando los artículos fundamentales de la fé, y todavía se queda el hombre con Jesucristo, á quien sacrificará el último.

Pero cuando sobreabundaban la fé y el amor, sucedía todo al contrario. El mundo no fué solamente rescatado con la sangre de Jesús, sino purificado por la leche de María; primer alimento que vino del cielo para un Dios sobre la tierra (1). La sangre de Jesús y la leche de María eran aquellos dos principales ríos, el Tigris y el Eufrates, que fertilizando este suelo ingrato lo habían trocado en un paraíso de delicias. Nada había estéril; el amor de una Virgen Madre hacia fecunda la vivienda de los pecadores; la vida de aquí abajo era la de arriba y la de todas partes, porque en donde quiera se hallaban relaciones y reflejos. El

(1) *Salvatorem sæculorum, ipsum Regem Angelorum, sola Virgo lactabat ubere de celo pleno.* Brev. Rom. in circumcissione Domini, Lect. viii.

viento delgado, el murmullo de una fuente, una piedra preciosa, una flor, el canto de un pájaro, la luna, la estrella de la mañana, ved aquí otras tantas imágenes de la Virgen, destellos de su preciosa vida, espejos de su pureza, símbolos de sus singulares atributos y ricas perfecciones. La cristiandad se la imaginó mas pura que el rayo de la luz; y en las antiguas liturgias de la Iglesia se la llama *lirio sin mancha, rosa sin espinas, flor de las flores*. Apurando los símiles de más sencillez y más pureza, la poesía cristiana dejó de levantar á su gloria columnas de oro y muros de diamante; desaparecieron los incensarios de plata y las arpas de ébano: la Santísima Virgen fué representada por una rosa blanca, cuyas hojas eran tronos para sus elegidos (1).

Un amor tan tierno de los fieles cristianos á la Santísima Virgen convertíase en dulces es-

(1) *O vaga mia rosa*

.....
.....

S. Alfonso Ligorio, *Canzoncine in onore di Maria Santissima.*

Ademas de la invocacion del Dante á la Virgen que empieza

O Madre di virtute, Luce eterna
.....

peranzas, que como el rocío, caían sobre la tierra. Ella era la alegría de los campos, de los montes y de los valles, donde se multiplicaban santuarios en su honor: cantando sus alabanzas, los enemigos se reconciliaban y desaparecía el odio de sus corazones (1); si lloraban reconciliados, aquellas lágrimas, al caer en la tierra, se convertían en lirios. Bendito quedaba lo que ella bendecía; apareciase á sus devotos hijos en la hora de la muerte; siempre la tuvo el pueblo cristiano en el concepto de Madre ó de hermana; nuestros ejércitos tenían asegurada la victoria si la Virgen María se ponía de su parte; y así las creencias como las tradiciones no presentaban mas que un solo conjunto del cielo y de la tierra, todo animado, vivificado por una ardiente fraternidad,

se valió de la misma imagen de la rosa, aceptada así por los antiguos como por los modernos poetas cristianos, para representar el ejército de los mártires;

*In forma dunque di candida rosa,
Mi si mostrava la milizia santa,
Che nel suo sangue Cristo fece sposa.*

Paradiso, canto xxxi, 4.

(1) En Italia daban la paz en honor de la Virgen María los que se llamaron *Frati gaudenti*, ó *Caballeros de la Virgen*. Siglo xiii.

que revestía los espíritus de especies sensibles, y hacía tomar á la materia formas ideales. Ah! sin duda era otro calor, otra luz, eran colores más agradables, perspectivas más bellas, frutos más dulces los que daba entonces la tierra, hoy tan pedregosa y estéril para tantos insensatos que por falta de fé y por una indisculpable ignorancia, no conocen las armonías que la naturaleza y la Religión encierran! Todavía se ven en los viejos antifonarios imágenes de la Virgen coronadas de estrellas, cercadas de nubes, teniendo monstruos á sus piés, y ángeles en su derredor que salen del caliz de las flores entrelazadas á su flotante ropaje. Cualquiera conocerá en estos vestigios de la antigüedad cristiana señales consoladoras de la fé de otros tiempos, y del fundamento que encontraban las creencias religiosas en los símiles que se tomaban del mundo inanimado. Ea pues, abrid los ojos, prestad atento oído, desplegad vuestros labios, inflamad vuestros corazones para ver, oír, alabar, adorar y glorificar á Dios en todas las criaturas, y á la Santísima Virgen en Dios y en el Universo, nó sea que el Universo entero que la bendice se levante contra vosotros; porque escrito está: « el Uni-

verso se levantará contra el hombre estúpido y ciego (1). »

El recóndito misterio de la pureza de María desde el primer instante de su ser, fué una de estas verdades que descubrió el sentimiento iluminado por el espíritu del amor, y que la piedad proclama sin detenerse con un fervor entusiasta. No resistiéndola la razón elevada por la fe, ni la religión ni la ciencia que componían un todo armónico, buseáronse en las tradiciones, en los libros sagrados y en los más antiguos monumentos, la letra y la palabra que bajaron de los cielos, para dar sentido á las imágenes intermediarias que se tomaron de la naturaleza. Todo resultó conforme. Aplícaronse á la Virgen aquellas palabras : « Yo salí de la boca del Altísimo, primogénita antes que toda criatura (2). » Esta fué la mujer de quien dijo Dios por Moisés maldiciendo la serpiente tentadora : « Pondré enemistades entre tí y la mujer, entre tu generación y la suya, y ella quebrantará tu cabeza (3). » Fué la Virgen María « el tabernáculo del Altísimo por

(1) Ps. xci.

(2) Eccli. xxiv, 5.

(3) Gen. iii, 15.

él santificado (1), » y en su alma habitó la santidad, que nó habitará en el cuerpo sujeto á los pecados. Las armonías del mundo no eran tan bellas como las que se descubrieron al compararlas con la sagrada lira. Pintó Salomón los místicos amores del Esposo con la Esposa, y eran de la Virgen aquellos « lábios como panal que destila miel y leche debajo de la lengua, y el olor de sus vestidos como olor de incienso (2). » La pureza inmaculada estaba expresa en el antiguo Testamento con estas fórmulas tan precisas : « Huerto cerrado, fuente sellada (3). » « Un vergel de granadas y manzanos » era el símbolo de su fecundidad ; « la mirra y el aloe, el nardo y el azafran, la caña aromática y el cinamomo, todos los árboles del Libano, de donde corría una fuente de aguas vivas, exalaban el rico y suave olor de sus virtudes (4). » « ¡ Qué hermosa eres, amiga mía, que hermosa eres!..... » (5)

(1) Ps. xlv, 5.

(2) Cant. iv, 11.

(3) Cant. iv, 12. Según S. Gerónimo, la fecundidad y pureza de la Esposa se simbolizan en el montón de trigo cercado de hermosas y blancas azucenas, del Cap. vii, 2. Los SS. Expositores interpretan este y otros muchos pasages en favor de la pureza de la Virgen.

(4) Ibid. 13, 14, 15.

(5) Ibid. 1.

Luego quedaron en éxtasis las almas de los Santos, y elevada la mente de los Doctores y apologistas, sintiendo el acuerdo de las imágenes de la Biblia y de las especies de la naturaleza sensible con sus santas inspiraciones. Consolábase San Ambrosio exclamando en su Iglesia de Milan: « Recíbeme, nó de Sara, sino de Maria,..... Virgen ajena de toda corrupcion (1). » Sufriendo las persecuciones de Decio, acechado por venenosos reptiles, y errante por las tribus de la Arabia, decía Orígenes hablando de Maria: « Nó fué envenenada por el aliento de la Serpiente (2). » Caminando San Agustín sobre las abrasadas arenas de Africa, explica la pureza de la Virgen por la salutacion del Angel (3); y San Geronimo, á quien alegró en su juventud la luz del dia en las deliciosas ciudades de la Italia, aún perseguido en el desierto por las delicias de Roma, exclamaba en el Oriente considerando la pureza y vivos resplandores de la Virgen Maria:

(1) *Suscipe me, non ex Sara sed ex Maria, ut incorrupta sit Virgo, sed Virgo per gratiam ab omni integra labe peccati.* Ser. xxii, in Ps. cxviii.

(2) *Nec serpentis venenosus afflatibus infecta est.* Hom. 1.

(3) *Serm. xi, in Nat. Domini.*

« Aquella nube no estuvo en las tinieblas, sino siempre en la luz (1). »

Abundan por todas partes las invocaciones á Maria. Todas expresan el mismo pensamiento, y son cantares del mismo amor. No hay cosas distantes, ni diferentes, ni impropias, porque la inspiracion las acerca, las compara, y las asemeja. Las gracias de la mistica Esposa son aplicadas á Maria; los Padres de la Iglesia hacen glosas sapientísimas, que fueron la clave de la predicacion, y prepararon con otros sucesos la introduccion del culto público de la pureza inmaculada de la Virgen en los primeros siglos de la Iglesia, cuya devocion se extendió por toda la tierra desde el siglo décimo. Lo pasado y lo futuro se confunden en lo presente: las distancias se borran: y de ahí este admirable simbolismo cristiano, que abraza la naturaleza y la gracia, el cielo y la tierra, la historia, las cosas visibles é invisibles, de que aquellas son un reflejo (2).

Ya veis, Señores, que la gloria de Maria

(1) *Nubes illa non fuit in tenebris, sed semper in luce.* In Ps. lxxvii.

(2) *Invisibilia enim ipsius à creaturá mundi, per ea quæ facta sunt, intellecta conspiciuntur.* Epist. ad Rom. I, 20.

en su pura Concepcion tiene fundamentos indestructibles; lo pasado habla de ella; todas las figuras son proféticas, y así las alabanzas de ahora como las de entonces, no son sino voces que se preguntan y se responden, imágenes que mutuamente se repiten. Las dulzuras de un San Bernardo (1), los transportes del Seráfico Doctor San Buenaventura (2), y el estilo sentencioso de Santo Tomás de Aquino (3), todas las cualidades tan hermosas y excelentes de estos Maestros, estoy por decir que se quedan por bajo al dar sus pinceladas en el retrato de la Purísima Virgen, cuando se comparan con esas sublimes temeridades del genio y del fervor religioso, que admiramos en San Pedro Damiano (4) y en otros escritores más incorrectos todavía.

(1) *Serm. de duodecim prerog. B. M. V.*

(2) Véase su precioso opúsculo *Speculum Mariæ*, y su Tratado *De virtutibus*. En el capítulo in, *De fide*, explica las palabras del Símbolo. *Qui conceptus es de Spiritu sancto, natus ex Maria Virgine*, como sigue: *et nota quòd Maria Mater Dei caruit in Conceptione culpâ, et ideo dicitur Christus de Spiritu sancto conceptus, quia sine culpâ fuit, etc.* El Santo escribió además en honor de la Santísima Virgen, el *Psalterium majus*, el *Psalterium minus*, el *Laus B. M. V.* y una paráfrasis de la *Salve*.

(3) *Opusc. 8.*

(4) *Serm. de Annuntiatione*. Supone que Dios convoca á los habitantes de los cielos, para anunciarles su misericordia en el

Bien arraigada y extendida estaba ya tan piadosa creencia; y tanto, que nó contentándose el celo de los cristianos con los esfuerzos de cada uno, los hicieron colectivamente por medio de las órdenes religiosas; y á la verdad que nó se pudiera pensar cosa de más gusto para los fieles, pues siempre vieron en los Institutos monásticos el plantel de aquellos hombres generosos que llevaron del Oriente al Occidente la luz del Evangelio, y las primeras semillas de la civilización. Los Premostratenses, Trinitarios, Carmelitas, Mínimos y Mercenarios dieron desde luego solemne culto á la pureza de María, y la defendieron. Con ellos rivalizaron los Celestinos, Gerónimos, Camaldulenses, Servitas, los del Cister y de Cluny, y los Jesuitas. Mas de cien escritores produjo el orden de Santo Domingo que consagraron sus plumas á la defensa de esta gloriosa prerogativa de la Madre de Dios, circunstancia muy importante, porque aun

plán de redimir el mundo; y al pronunciar el nombre de María, singular criatura que apareceria en tiempo oportuno para restaurarlo todo, adornada de tan especiales gracias, pinta el estupor, la alegría y el asombro de los Angeles con estas magníficas palabras: *ac illis stupentibus et mirantibus præ gaudio de modo redemptionis, etc.*

cuando la polémica no salió de los términos de la piedad, la opinion estuvo dividida entre los Hermanos Predicadores (1). Pero sobre todos, los hijos de San Francisco de Asís, el gran santo, el siervo mas amante de María, en quien nació aquel género de poesía que hizo tan grandes al Dante y á Petrarca; los músicos de Dios, como ellos se llamaron porque en las calles y hasta en los caminos cantaban á los pueblos entusiasmados himnos que hasta entonces jamas se oyeron; este orden religioso, que dió su tosco sayal á muchas Reinas y Princesas, á las damas mas ilustres; y que llegó á ser el más popular de todos los institu-

(1) Los Premostratenses celebraban fiesta especial, como consta por sus Misales, Breviarios y libros de la liturgia. Los Trinitarios habian incluido en el *Incitatorio* la fórmula de su fe. Los Carmelitas celebraban fiesta por estatuto de uno de sus Capítulos Generales celebrado en Francia en 1306. En 1645, los Mínimos proclamaron á la Purísima Virgen por su Patrona en el Capítulo general celebrado en Toledo. Los mercenarios usaban hábito blanco en señal de la pureza de la Virgen. Disentían los Hermanos Predicadores, no todos, sino el menor número, pues entre otras cosas, se tenia en respeto lo que se contaba de aquel libro escrito por Santo Domingo y arrojado á la hoguera por los hereges, que no se quemó por contener la confesion de la pureza de María. Este suceso lo refiere el bien aventurado Jordan de Sajonia en la *Vida de Santo Domingo*, cap. 1, núm. 20; y el Padre Lacordaire inserta un fragmento, en el cap. iv de la *Vida* que hace pocos años escribió este ilustre Dominicano en honor de su Santo Patriarca.

tos monásticos, se consagró especialmente á defender la Pureza de María, haciéndose famoso entre la muchedumbre de sus mas ardientes polemistas, el *Sutil Escoto*, á quien por este nombre conoce todo el mundo. Los Franciscanos se distinguieron en España por el juramento que hacían de defender la Immaculada Concepcion (1), juramento que habian llevado hasta el extremo de defender con su espada las órdenes militares de Santiago, Calatrava y Alcántara.

Todos los elementos de defensa, todos los medios de acción ibanse juntando con fuerte y poderosa alianza. Del siglo once al catorce, las órdenes monásticas honraron la pureza de la Virgen con oraciones, fiestas y votos he-

(1) Se obligaron con este juramento en el Capítulo general celebrado en Segovia por el año 1624. He aqui la fórmula:

Renovantes antiquum devotionis affectum, quem erga immaculatam Conceptionem Virginis Mariæ jam pridem à nostris majoribus ad hæc usque tempora liquidò constat dimanasse, volentes insuper novum obligationis debitum adjicere, juramus et ovemus Deo Domino nostro, ejus Sanctissimæ Matri, Seraphico Patri nostro Francisco, et omnibus sanctis, tenere, defendere et docere, publice et privatim, quòd Virgo Domina nostra fuit sine originali peccato concepta, et ab illo præservata ex meritis Christi Domini, et curabimus, quantum in nobis fuerit, quòd hæc sancta devotio populo doceatur christiano; et ita promittimus et juramus per Dominum Nostrum Jesum Christum, et per hoc Crucis signum.

roicos; y como si algo faltara á los esfuerzos reunidos de los Caballeros y de los religiosos, juntóse el apoyo de las Universidades y el de las mas ilustres Academias. Con razon el Papa Alejandro VII citaba en su Bula *Solicitude omnium Ecclesiarum* este concurso de las Corporaciones sábias, alegrándose de considerar las conquistas que iba haciendo una opinion ya tan extendida por todo el orbe católico (1). Este triunfo no sería ya debido al ardiente pero poco ilustrado Catolicismo de la edad media; ya no se diría que la ceguera y fanatismo de los siglos de ignorancia se habian empeñado en esta controversia con demasiado calor; porque sabido es, Señores, que las Universidades, frecuentemente en desacuerdo con las órdenes monásticas sobre puntos de enseñanza y en otras cuestiones que dieron pábulo á una constante rivalidad, halláronse sobre este respecto en completa armonía. La

(1) *Aucta rursus et propogata fuit pietas hæc et cultus erga Deiparam... ito ut accedentibus Academiis ad hanc sententiam, jam ferè omnes catholici eam complacentur.* Palabras de la Bula expedida por la Santidad de Alejandro VII, en 8 de Diciembre de 1661. Otros párrafos de la misma Bula se citan en la expedida por la Santidad de Pio IX, en 8 de Diciembre de 1854, sancionando y definiendo la Concepcion Inmaculada de la Virgen.

doctrina de la pureza de Maria se enseñaba publicamente; se prohibia enseñar la contraria; los miembros de las Universidades se ligaban con juramento á defenderla; defendieronla en públicos certámenes; y tan autorizada como estaba por la piedad esta doctrina, se hizo aun mas respetable, así que adquirió, digámoslo así, el valor científico que tarde ó temprano alcanzan todas las verdades, por recónditas que parezcan. ¿Quién se atreverá hoy á tener en poco el juramento que hacían de defender la Inmaculada Concepcion las Universidades de París y de Tolosa en Francia, en Alemania las de Colonia, Maguncia y Viena, en Italia las de Bolonia y Nápoles, en Inglaterra, antes del cisma, las de Oxford, y Cambridge, en España las de Salamanca, Toledo, en una palabra, todas sus Universidades, en Bélgica la de Louvain, en Portugal las de Coimbra y Evora, y en America las de Méjico y Lima? Los juramentos se han conservado hasta nuestros dias; los Monarcas españoles fueron hasta aquí tan severos en prohibir la enseñanza de opiniones contrarias, como hace quinientos años lo fué D. Juan primero de Aragon en sus dominios; y los partidarios de

la libre discusion nada tendrán que replicar si se les dice, que por dictámen de los célebres Ministros de Carlos III, Campomanes y Conde de Floridablanca, se previno en las instrucciones dadas á los Censores régios de las Universidades, que « nó admitieran conclusiones opuestas á las bulas Pontificias y Decretos reales que tratan de la Inmaculada Concepcion de Nuestra Señora (1). »

Señores, es preciso concluir. En los últimos siglos se ha levantado un clamor de casi todos los pueblos pidiendo la declaracion dogmática de este misterio. Figuran particularmente en este proceso colosal los Emperadores de Alemania Fernando II y Fernando III, el Clero, el Senado y los altos Dignatarios, con los Reyes de España Felipe III, Felipe IV, y el grande y piadosa Rey Carlos III, que instituyó una orden ilustre en honor de la Purisima Virgen, declarándola solemnemente con el concurso de las Córtes y un breve de la silla Apostólica, *Universal Patrona de España é Indias* (2).

(1) Es la quinta de las ocho instrucciones que en el año 1770 pasó el Consejo de Castilla á los Censores régios de las Universidades. *De la instruccion pública en España*, por D. Antonio Gil de Zárate, tom. I, pag. 55.

(2) *Por la devoción que desde nuestra infancia hemos te-*

Aumentaron la gloria de Maria las aprobaciones del oficio público de Concepcion, las declaraciones, las Bulas para erigir monasterios con esta advocacion, la condenacion de proposiciones heréticas que hallamos en los Sumos Pontifices Sixto IV, Inocencio VIII, Leon X, San Pio V, Gregorio XIII, Clemente VIII, Pablo V, Gregorio XV, Urbano VIII, y Gregorio XVI. En una palabra, desde que el Santo Concilio de Trento, al establecer el Dogma de la trasmision del pecado original, declaró que *nó era su mente comprender en este decreto á la Bienaventurada é Inmaculada Virgen Maria* (1), los Pontifices, los Reyes y Principes Soberanos, los Presidentes de las modernas Repúblicas, los Obispos y Prelados inferiores, los Cabildos, las Cemunidades religiosas, los Teólogos, y los

nido á Maria Santísima en su misterio de la Inmaculada Concepcion, deseamos poner bajo los divinos auspicios de esta celestial protectora la Nueva orden, y mandamos que sea reconocida en ella por patrona.... Ley 42, t. III, l. VI, de la Novissima Recopilacion.

(1) *Declarat tamen hæc ipsa sancta synodus, non esse sæ intentionis comprehendere in hoc decreto, ubi de peccato originali agitur, Beatam et Immaculatam Virginem Mariam; Dei genitricem; sed observandas esse constitutiones felicis recordationis Sixti Papæ IV, sub pænis in eis constitutionibus contentis, quas innovat.* (Sess. v. Decret. de peccat. origin.)

simples fieles no han cesado de clamar, invocando las luces del Espiritu Santo, llamando á grandes voces ese dia que al fin amaneció para mayor gloria de la Purísima Virgen y alegría del pueblo cristiano. Doscientos veintidos Obispos elevaron súplica al Sumo Pontífice desde el año 1839 en adelante, para que se les permitiera añadir á las letanías la invocación *Regina sine labe concepta*; otros trescientos recibieron autorización para añadir al Prefacio la Palabra *immaculata* (1) : *María concebida sin pecado* es la Patrona de los Estados-Unidos desde el año 1847, como lo quisieron los Padres del sexto Concilio de Baltimore : últimamente, hasta la disidencia de los Hermanos Predicadores quedó concluida, solicitando indultos para celebrar el oficio de Con-

(1) Los que confronten estos datos con los que suministra el sábio Perrone en su libro *De Immaculato B. V. Maria Conceptu*, no los hallarán conformes. En este libro no figuran las concesiones de S. S. á las dichas trescientas Diócesis, porque el P. Perrone no consultó sino los registros de la Sagrada Congregación de Ritos, siendo así que algunas veces se han solido despachar por la S. Congregación del Concilio. Esta es la razón porque sus enumeraciones aparecen incompletas. En el año 1849, Monseñor Parisi, Obispo de Langres, decía á sus fieles con cierto sentimiento, que su Diócesis no se encontraba en los catálogos publicados. *Ainsi on n'y trouve pas notre Diocèse, qui cependant, sur notre demande, a été l'un des premiers á obtenir ces faveurs.*

cepcion, que les otorgó la silla Apostólica en 1843, y que se ordenó fueran para siempre obligatorios por decreto de 23 de Mayo de 1847 (1). Pio IX, en fin, Ilmo. Señor, Pio IX, el grande, más grande que toda alabanza, lanzado al destierro por una ola de la tempestad revolucionaria, cuando la Europa entera se preocupaba de su suerte, él tranquilo en su destierro, levantando las manos al cielo, dirige una Bula á los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos del Orbe Católico, con el deseo más ardiente de oírlos á todos segun su piedad y sabiduría, acerca de la opinion y creencia de la Iglesia dispersa por todo el mundo. ¡Gloria á Dios! El testimonio de trescientos millones de católicos en favor de María ha sido unánime! Entonces el soberano Pontífice, después de *tener su conversacion en los cielos*, rodeado de doscientos Obispos que fueron de las cinco partes del mundo (2), asistido por el

(1) Constan las vivas instancias que hicieron los Hermanos Predicadores, de varios documentos que inserta el P. Perrone, y de la Enciclica de Pio IX fechada en Gaeta á 2 de Febrero de 1849. Dice así : *... inter quas inclytus Prædicatorum ordo...* etc.

(2) La Católica nacion española estuvo representada en esta solemnidad por el Eminentísimo Señor Cardenal Arzobispo de Toledo, y por los Excmos. é Ilmos. Señores Arzobispo de Santiago y Obispo de Salamanca.

Espíritu Santo, definió, declaró y sancionó solemnemente que María Santísima, Madre de Dios, fué concebida sin mancha de pecado original (1), como lo venía creyendo la piedad de los fieles.

Momento como este, Señores, estaba reservado á un tal Pontífice. Si miraba los cielos y la tierra, la misma luz, las mismas flores, todos los bellos símbolos de la naturaleza, son hoy como fueron siempre, imágenes bellas de la pureza de María: si las comparaba con las imágenes del antiguo Testamento, resultaban conformes. La ciencia, agotadas todas las discusiones, había hecho su resumen, y definido la cuestion en tono dogmático. La piedad de los fieles había sido constante; siendo de notar, que en estos tiempos de indiferencia religiosa, ha sido cuando con más ahinco se ha pedido á la silla Apostólica la declaracion que ha dado. A mí me admira, Señores, contemplar á Pío IX levantado, como sobre una pirámide, sobre el pedestal de tantos siglos, viendo lo presente, lo pasado y lo futuro, mirando á los

(1) Palabras de la Bula *Ineffabilis Deus*, en que se declaró la Inmaculata Concepcion de la Virgen Maria, en el mismo dia que la celebra la Iglesia, á 8 de Diciembre de 1854.

cuatro puntos cardinales del globo, teniendo sujetos en su mano los hilos de todas las tradiciones, dando voces á sus hermanos de todas partes, sin olvidar por viejos á los del Oriente ni á los del Norte de Europa, ni desatender por nuevos á los pobres isleños de la Océania. Caben en su mente las inspiraciones del genio, los recuerdos de todas las edades, la historia monumental de todas las Naciones, los triunfos del Apostolado y del martirio, las generaciones que llaman á la Virgen *Bienaventurada*, las obras maravillosas del arte cristiano, y los hechos mas gloriosos en defensa de la fé. Y viendo que todo habla de María, *el hombre de Dios* se siente arrebatado por el éxtasis de los justos; y al ajustar una corona de oro á las sienas de la Purísima Virgen, parece decir en su corazon aquellas palabras de los libros santos: « ¡Qué hermosa eres, amiga mia, qué hermosa eres! (1) Toda eres hermosa, y mancha de pecado no hay en tí (2). Ven del Líbano, Esposa mia, ven del Líbano, ven: serás coronada de la cima de Amana, de las cumbres de

(1) Cant. iv, 4.

(2) Ibid. 7.

Sanir y del Hermon, de las cuevas de los leones, de los montes de los Leopardos (1). »

También nosotros, mis queridos hermanos, pequeños para tanta grandeza, hemos levantado un trono á la Virgen María, y le rendimos nuestro homenaje á ejemplo de nuestra amada Reina Católica Isabel, y de todos los Prelados y fieles que cantan á la Purísima Virgen gloriosas alabanzas. La fé del pueblo español es siempre la misma, si bien nos aflige el considerar las desgracias de esta nacion, que fué en otros tiempos tan poderosa y tan grande. Nuestra devocion á la Virgen en el misterio que celebramos, tiene ademas en esta Diócesis los mas esclarecidos antecedentes; y nos mueven al mayor fervor y exaltacion de que nos hallamos poseidos, las venerables sombras de San Eufrasio, de San Pedro Pascual y del Cardenal Pacheco, sombras protectoras de esta misma Iglesia de Jaen, que tan celosamente gobernaron (2). Celebremos dignamente, mis

(1) Cant. iv, 8.

(2) En las obras de S. Pedro Pascual, Obispo de Jaen, hay un excelente pasage en prueba de la conveniencia de la Pureza de Maria. Sancti Petri Paschasii Opera edit. Matrit. anno 1670, pag. 361.)

Del Cardenal Pacheco habla largamente Pallavicini, en su

queridos hermanos, la Inmaculada Concepcion de la Virgen Santísima, una vez que se estremecen de alegría, como estais viendo, hasta los cimientos de esta Iglesia; y dé nuevos y copiosos frutos el árbol de la Religion plantado en esta tierra que regaron con su sangre los primeros mártires, y abonaron con la doctrina santa del Evangelio los mas sábios y celosos operarios de la viña mística. ¡Ojalá que rindiéramos á los piés de la Purísima Virgen nuestros corazones abrasados en su amor, unidos entre si con vinculo de caridad, para que no fueran eternos los rencores ni perdurables las luchas intestinas! Tengamos un poco de calma para considerar, que en pos de los conflictos que vienen sobre todos los pueblos encendidos por la guerra y las discordias, entra la consuncion, muerte lenta, pero segura, que se anuncia precipitándolos en ese periodo de decadencia, donde es tan difícil hacer alto.

Istoria del Concilio di Trento, lib. vii, cap. 7. El Cardenal Pacheco avanzó mucho en las controversias, y trajo á su opinion á la mayoría de los Padres del Concilio: trabajó extraordinariamente para que se defniera este punto en un decreto especial. *Plerique ex Patribus*; dice otro historiador: estos eran los que seguian á Pacheco, el cual se adhirió á las palabras de decreto, pero con cierto disgusto, como dice Perrone: *agerime id ferente Pacheco*.

¡Ah, si nuestros corazones, unidos por la caridad, se ofrecieran en este día á la Purísima Virgen! ¡Esta sí que sería una digna ofrenda! Pero aunque seamos tan pecadores, acerquémonos á María; que nó sirva su alta dignidad para alejarnos; ella será siempre el lazo que una el cielo con la tierra; el que invoque su nombre, lleno de amor y confianza, no puede desesperar de la gloria. « ¡Oh, María!..... Dínos que tú eres nuestra Madre ó nuestra hermana, para que Dios nos quiera bien por tí (1). » Queremos acercarnos á tu trono de gracia por nuestras súplicas, y decirte lo que te fuera mas grato oír de boca de los antiguos cristianos, más sencillos y fervorosos que nosotros: « Es menester que tú nos oigas, pues que tenemos tanto gusto en honrarte (2). » Eres tú, Santísima Virgen, la defensa y salvaguardia del Catolicismo (3), y por esto tambien

(1) S. Bonaventura, *Speculum Mariae*, Lect. ix.

(2) *Histoire des Chants de l'Eglise en Allemagne*, p. 102.

(3) En la alocucion de Su Santidad en el Consistorio secreto de 9 de Diciembre de 1854, se encuentra este pasage: *Atque hujus privilegii amplitudo* (refiérese á la declaracion dogmática pronunciada el dia antes) *plurimum quidem valitura est ad eos refellendos* (va hablando contra los filósofos racionalistas), *qui deteriorem factam esse incipientur ex primava culpa hominum naturam, viresque amplificanti rationis ad negandum vel minuendum revelate religionis beneficium.*

te venera y te ama la Iglesia. Sin tí, como que faltaria á la devocion toda la gracia, y á los pecadores arrepentidos, todo su consuelo. ¿Quién vió jamas mustia, sin galas ni perfumes la rosa de Saron? Tú reflejas la gloria del Altísimo. Es tu emblema la estrella de la mañana, porque brillas y enamoras como el despuntar del dia. Amemos, mis queridos hermanos, esa pureza que anuncia el cielo, que inspira la paz. ¡Oh, mensajera del dia! ¡Oh, esperanza del peregrino! ¡Llévanos hacia tí, como nos has traído al pié de tus altares: guíanos á traves de la noche y de los desiertos áridos! ¡Vuélvenos á Jesús! ¡Llévanos á nuestra patria!..... Amen.



CONCEPCION

DE LA VIRGEN MARÍA

Natus ex Maria Virgine.
(SYMB. AP.)

Nacido de María Virgen.

SEÑORES :

La piadosa creencia de la Inmaculada Concepcion de la Virgen María ha sido declarada y definida dogma de fé. Cuánto haya sido el fervor con que los fieles cristianos defendieron esta prerogativa de la Madre de Dios, lo atestigua la historia de los tiempos antiguos; y nosotros hemos seguido la fé de nuestros mayores. A los hombres poco religiosos, pare-

cerá este suceso de escasa importancia ; pero el pueblo cristiano, que tanto respeta las tradiciones, que tanto ama una Religion tan hermosa y tan digna de ser amada, el pueblo cristiano para quien su fé, su vieja fé es el todo, y que vive de su amor y de su confianza en Jesucristo, Señor nuestro, y en la Santísima Virgen María, acoge esta declaracion con la alegría que estamos viendo ; alegría que se comunica, pues que tiene la virtud de conmovier aún á los hombres mas indiferentes.

Alabemos la misericordia de Dios que se dignó atender á los votos de cien generaciones. Incesantes súplicas se dirigieron al Vicario de Jesucristo ; apoyados en algunos testimonios de la Escritura cuyo significado siempre se interpretó en honor de la Purísima Virgen, hablaron los Santos Padres y escritores eclesiásticos de los primeros siglos ; sus palabras fueron aplicadas y comentadas, y sirvieron de armas poderosas en los tiempos de las controversias, trabajando los mas nobles ingenios por reducir á rigurosa demostracion los argumentos mas firmes que aducia la piadosa devoción de los fieles. Y no quedaron solos, abandonados á sus recursos, los sábios pole-

mistas, sostenedores de la creencia y de la verdad ; fueron ayudados en esta empresa por las Academias mas ilustres, siguiendo á los esfuerzos de su ingenio y sabiduría, las súplicas que de tiempo en tiempo elevaban á la silla Apostólica. Los Príncipes mas poderosos, escudo de la fé, oráculos de sus pueblos, unidos con sus súbditos por el lazo de idénticos sentimientos religiosos, interpusieron, cerca de los Sumos Pontífices, su fervoroso ruego. Naciones enteras pedian una palabra de Roma, y los Prelados mas respetables por su piedad y sabiduría, añadieron á tan reiterados votos, la autoridad de su sufragio. Dios no quiso que hasta nuestros dias se cumplieran los deseos que con tal insistencia se habían manifestado en tantas partes. No fueron estériles esos trabajos, ni desoidas esas súplicas, ni defraudadas tantas esperanzas, nó ; fueron acogidas esas instancias, esas disertaciones y los mas preciosos documentos, entrando á formar piezas de ese colosal proceso que ha venido á resolverse en nuestros dias. Ni pudiera tampoco decirse que no dieron inmediatamente resultado alguno ; porque la creencia acerca de la Inmaculada Concepcion de la Virgen se tuvo

desde luego por piadosa ; se fué extendiendo y arraigando ; se instituyeron fiestas para consagrarla ; estas fiestas se generalizaron en la liturgia ; pero en cuanto á declarar la creencia como una verdad de fé, dándole el valor dogmático, los Sumos Pontífices se detuvieron, porque no era tiempo. Para esclarecer un punto tan delicado se necesitaba mas estudio, mas exámen, mas indagaciones, aunque á penas las consintiera la impaciencia de los fieles. Dicese y con razon, que por una sábia disposicion divina, en los decretos de la Iglesia, el exámen, el estudio, la indagacion del hombre, es el elemento humano que *precede y prepara la materia al elemento divino*, esto es, á la ilustracion directa del Espiritu Santo, del Espiritu de verdad. Todos conocen el pulso, la diligencia y sabiduria con que se procede para la calificacion de los milagros, para la condenacion de las doctrinas heréticas, para fallar sobre todo negocio segun su importancia ; por esta razon, despues de consultados todos los monumentos, agotada la discusion, perseverando el pueblo cristiano en la fé que siempre tuvo, y habiéndose recurrido á las puras fuentes de la tradicion ecclesiástica, es cuando se ha

dejado oir esa voz augusta del Padre comun de los fieles, voz que escucha con respeto el pueblo católico porque baja de los cielos, voz que escucha con alegria y con amor, porque declara de fé la piadosa creencia que profesó y defendió tenazmente por espacio de tantos siglos. He aquí la última palabra de la Iglesia, contra la que no prevalecerán las puertas del infierno.

Alabemos al Señor, mis queridos hermanos, que nos ha otorgado el beneficio de alcanzar tan venturoso dia. Quisieron verlo nuestros padres, y no lo vieron ; nosotros, menos dignos acaso, vemos y oimos lo que ellos no vieron ni oyeron, por mas que lo deseaban y lo pedían en sus oraciones.

Presumo, aunque no tenemos antecedentes hasta el dia, cuales serán las objeciones que harán los protestantes contra esta doctrina católica, que nosotros decimos ser inmutable, y que ellos supondrán mudada, y no como quiera, sino mudada esencialmente, por efecto de esta definicion. Nó es que yo vaya á caer en la inconveniencia de defender ante un auditorio católico la doctrina católica, de los ataques, que no se tampoco si le dirigirán los

protestantes, con motivo de la definicion dogmática; pero como quiera que falta á muchos buenos cristianos la instruccion necesaria, hasta el punto de figurarse si lo que ahora están obligados á creer será un nuevo dogma, un nuevo artículo que sea preciso añadir al Símbolo, bueno será explicar este punto, que para algunos será necesario; de todas maneras me ha parecido que será de utilidad, aun para las personas instruidas, y aprovecho gustoso la ocasion que se me ofrece de esplanar esta materia. Perdonad el sabor teológico que naturalmente predominará en este discurso; que si se mira á su utilidad, tal vez será de algun provecho para todos, si el Señor me ayuda con los auxilios de su divina gracia. *Ave María.*

En esto se diferencia la Religion verdadera de las falsas; el Catolicismo no se muda; es inalterable como la verdad; pero las diferentes sectas religiosas, como hijas del error, están condenadas á perpetuas mudanzas. El titulo de *Historia de las variaciones de las Iglesias protestantes* que Bossuet dió á uno de sus libros, es por sí solo una refutacion victoriosa del Protestantismo; porque historiar las variaciones de un sistema religioso, es lo mismo que poner de manifesto los errores que ese sistema encierra. De la Iglesia católica no sale otra Iglesia, ni de su Símbolo sale otro Símbolo; pero del Luteranismo, por ejemplo, nacen sectas sin cuento, como de la podredumbre salen enjambres de gusanos. El gran criterio en materias de fé, es el que nos dá San

Vicente de Lerins cuando dice: *Quod semper, quod ubique, quod ab Omnibus*; lo que se ha creído siempre, en todas partes, y por todos. Este principio es la pauta de la Iglesia: es un axioma de la ciencia teológica, y guarda una absoluta conformidad con el instinto religioso, enemigo de novedades, y apegado á las tradiciones mas viejas y que pasan por mas autorizadas.

Pero esta inmovilidad de la Iglesia que no permite la mudanza de dogmas, admite y aun requiere el desarrollo de los mismos, su desenvolvimiento. Una cosa es excluir fútiles ó perniciosas novedades, opuestas á lo que anteriormente se creía y estaba sancionado y establecido, y otra el resistir y oponerse al progreso y desarrollo de los principios en que se funda. El mismo San Vicente de Lerins, de quien es la sábia regla que establece la inmovilidad como criterio, sabía muy bien que su principio no podía ser absoluto, sin ser la muerte del Catolicismo; y por esto, haciéndose cargo de las objeciones que se le harían, previniendo la respuesta, añadió: « ¿ Se dirá que no hay progreso religioso en la doctrina de Cristo? Lo hay, y muy grande..... Pero con

esta condicion; que sea progreso, y no mudanza de fe; porque al progreso pertenece que cada cosa, en si misma, se amplifique; y á la mudanza, que una cosa deje de ser tal, y se convierta en otra. » Ved aqui un sistema completo. De la infancia se pasa á la edad adulta: ¿ se dirá que el hombre se ha mudado en ese ó en otro periodo critico? nó se muda, se desarrolla, crece, siendo el mismo. ¿ Se muda la luz, porque sea débil en la alborada y fuerte en el medio dia? A este modo la Religion ha pasado por las revoluciones de las edades; fué prefigurada en la antigua ley, fué profetizada; y despues de distinguirse á traves de los simbolos y figuras, las esperanzas y profecias tuvieron su término; apareció Jesucristo; y la Religion que estuvo como envuelta entre sombras, tomó posesion del mundo entero, y brilló, y brillará siempre, y lucirá cuando se extingan las luminarias del dia y de la noche. Y ved, Señores, porqué decimos unas veces que nuestra Religion viene de Cristo, y otras decimos que el Cristianismo es tan antiguo como el mundo: ¿ hay acaso contradiccion? nó ciertamente. Cuando decimos que el Cristianismo es tan antiguo como

el mundo, hablamos del primer destello de la aurora; cuando buscamos en Cristo el origen de la Religion, hablamos del sol de la verdad que alumbra el Universo como el sol del medio dia. Tiene este simil una exactitud admirable. La luz del Evangelio se difunde y se propaga como la luz del sol, aunque de un modo mucho mas maravilloso. Los dogmas siguen asimismo esta ley del progreso: se anuncian, aparecen, se desprenden del cuerpo de la doctrina católica, se consolidan, se dilatan; y advertireis, Señores, cierta semejanza que tienen con las verdades científicas, que primero se entrecruzan mezcladas con los errores, confundidas entre las sombras, y luego lucen y brillan con el esplendor que les pertenece. Sin cerrar los ojos á las diferencias, teniendo en cuenta la desproporcion que hay entre una cosa y otra, podemos decir, que las verdades dogmáticas se parecen á las científicas, en que así como estas, aquellas tambien se desprenden de los errores, de las doctrinas falsas, de los sofismas, impiedades y heregías, que unas veces detienen y otras apresuran su natural desenvolvimiento. Pero direis: ¿cómo sucede esto, nó mudándose la doctrina católica? Vedlo aquí.

La creencia se mantiene por siempre inalterable; pero como la doctrina creida y profesada, la fé que la sostiene, la Iglesia que la enseña, todo en fin está en el Catolicismo animado por el Espiritu de verdad, con el tiempo se van aclarando y distinguiendo las partes que se contienen en el cuerpo general de esta doctrina, de esta enseñanza, en la letra y espíritu de la divina revelacion. Sobre este punto nó caben dudas, pero citaré algunos ejemplos para que se entienda mejor lo que digo. La Iglesia definió en el Concilio general de Efeso, que en Cristo había una sola persona, así como que la Virgen María era Madre de Dios. Dió ocasion á este Concilio y á esta definicion, la heregía de Nestorio, que partiendo de la realidad de la naturaleza divina y de la humana que había en Cristo, y repugnando conceder al Verbo la sola personalidad divina que representara las dos naturalezas, atacó la obra de la Redencion en su base, naciendo de su heregía las mas desastrosas consucuencias. Pues bien, al condenar la Iglesia la heregía de Nestorio, ¿reformó ó añadió algo por ventura, á lo que se venia creyendo en los cuatro primeros si-

glos de la Iglesia? ¿Fueron sus definiciones contrarias á las definiciones del primer Concilio de Nicea y del primero de Constantinopla? nó seguramente: negaba Nestorio que la Santísima Virgen fuese Madre de Dios, y la definicion de este Concilio no contradijo las creencias que antes se profesaban.

En el Concilio Calcedonense, que fué el cuarto de los Concilios generales, se definió que había en Cristo dos naturalezas, la divina y la humana. Dió ocasion á este Concilio la heregia de Eutiques, quien partiendo de un principio diametralmente opuesto al error de los Nestorianos, destruía igualmente la obra de la Redencion, derivándose de aquí no menos desastrosas consecuencias que las que nacia del error condenado en Efeso. Ahora bien, la doctrina definida y declarada en esta asamblea, el voto de los trescientos sesenta Obispos reunidos en Calcedonia, ¿enseñaba ni mandaba creer alguna cosa distinta de lo que anteriormente se hubiera creído? ¿Contradecía esta definicion la fé de la Iglesia? ¿Destruía ó mudaba las definiciones de los tres primeros Concilios generales? Y adviértase que nó nos apoyamos

solamente en argumentos negativos; porque cuando se celebró el Concilio de Calcedonia, fué despues de haberse celebrado otro Concilio en Constantinopla para condenar á Eutiques; lograron los Eutiquianos reunir un Conciliábulo en Efeso, y por orden del Papa se reunió un Concilio en Roma, que desbarató las maquinaciones de los Eutiquianos, y luego juntó Anatolio, Obispo de Constantinopla, un Concilio en que anatematizó á Eutiques, y San Leon escribió á Teodosio para que se juntara un Concilio general en Italia, y Valentiniano escribió con el propio fin, y por una ley de Marciano quedaron sujetos los sectarios de Eutiques á las mismas penas impuestas á los hereges. Todo esto precedió á la celebracion y convocacion del Concilio ecuménico de Calcedonia; ¿como se pudiera pensar que se cambiaba la fé de la Iglesia por la definicion de este Concilio, en que se condenaban los errores que rechazó desde luego la opinion de los fieles?

Las definiciones de los Concilios de Efeso y Calcedonia no fueron la revelacion ó enseñanza de una nueva doctrina; definiendo estos dogmas, no se destruyó el antiguo. Sus

cánones fueron el desenvolvimiento y esplicacion de aquel artículo de fé que confiesan todos los cristianos, es á saber : que Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, es el Unigénito del Padre. Porque si es verdadero Dios, luego tiene la naturaleza divina; y no sería verdadero hombre, sino tuviera la naturaleza humana. Esto concluye contra Eutiques. Y si en Cristo hubiera dos personas, destruíase la obra de la Redencion; quitabase al sacrificio el valor infinito para satisfacer por nuestros pecados; no habríamos sido redimidos; no seríamos los hijos de Dios, ni la Virgen María fuera aquella criatura tan singular y privilegiada que mereció concebir al Salvador del mundo; no sería la Madre de Dios. Esto concluye contra Nestorio. Por consiguiente, está claro que aquí no hubo mudanza de fé; y dictando sentencia contra los errores suscitados para combatir el dogma católico, los Concilios ecuménicos de Efeso y Calcedonia no hicieron sino declarar que estas definiciones estaban contenidas en uno de los artículos fundamentales de nuestra fé. Sin los errores de Nestorio, Eutiques y otros heresiarcas, ó no se hubiera hecho tal decla-

cion, ó se hubiera hecho mediando una discusion teológica de otro orden, porque, Señores, sabido es que pueden discutirse puntos oscuros sin salirse de la Iglesia por la puerta de la rebelion; y esto es justamente lo que ha sucedido con las disputas que ha ocasionado la piadosa creencia de la Inmaculada Concepcion de María Santísima.

El dogma de la Inmaculada Concepcion no es nuevo; es explicacion de la creencia que tuvo la Iglesia respecto de la pureza de la Santísima Virgen. Sería nuevo, si se opusiese á lo que acerca de la santidad de esta sublime criatura creyó siempre la Iglesia de Jesucristo; ó si nó estuviera contenido como parte en el todo, como consecuencia en las premisas. Ahora bien, ¿en qué siglo no se ha creído lo que hoy? ¿Qué pueblo, qué Obispo, qué fieles negaron la santidad á la Virgen, y una santidad sobre la de los Patriarcas, Profetas y aun sobre la de los Angeles? Ni ¿qué infieles tampoco? Hoy, ¿quién no cree esto mismo con devoto afecto, y quién nó lo ha creído, quién nó lo creería aun sin la definicion dogmática? Y entonces, Señores, ¿se podría creer que esta palabra del Romano Pontífice, acogida con

tanto júbilo en todas las naciones, creaba, nó diré un nuevo dogma, que esto no es posible, pero ni siquiera una nueva doctrina, cuando rebajando mucho la antigüedad de esta creencia, se puede decir con toda seguridad que de cinco siglos á esta parte es expresamente la creencia universal de los pueblos cristianos?

Los Padres griegos y latinos están contestes : del Oriente y del Occidente sale una misma voz : es un himno de alabanza á la Virgen sin mancilla. Abrase la Biblia; registrense muchos pasages, y en ellos encontrareis la mujer, ó la serpiente : si la mujer, vereisla vencedora ; si la serpiente, arrastrándose por el suelo, magullada y vencida debajo de su carcañal. Presta la Virgen su luz á los astros ; ella es el foco ; el sol, la luna y las estrellas son sus satélites. Todo luce por este astro divino ; serena las borrascas de los mares ; es el faro ó el puerto ; á su lado, nada es hermoso ni puro ; pero su pureza, su hermosura, vuelve puras y hermosas las manos que tocan su ropage, los pensamientos, los ojos, y los corazones de los hombres. Los espíritus elevados que la contemplan, se abis-

man en la contemplacion de este misterio ; las imaginaciones ardientes se exaltan con tanta maravilla ; los devotos la aman ; los pecadores imploran su misericordia ; los afligidos se consuelan ; todos los desamparados la invocan con lágrimas, y esperan que dulce y elementísima, volverá hacia ellos sus misericordiosos ojos. Era imposible que tan singular criatura, tan santa, tan perfecta, tan pura, tan hermosa, estuviera un instante bajo la dura esclavitud del pecado. Los Santos Padres la llamaron Inmaculada, ilesa, incorrupta, intacta ; la llamaron santa, inocente, veneranda, amada de Dios, pura, bella, hermosa, llena de gracia, bendita, bienaventurada ; los fieles repitieron estas alabanzas, las incorporaron á sus oraciones cotidianas, lo mismo pasaron á la Salmodia que á los cantos populares, repitiendo con preferencia aquellas invocaciones que atribuían el mismo honor á la Virgen, pero en el grado superlativo, mas propio para satisfacer el anhelo de una devocion de dia en dia mas exigente. De aquí es que la llamaron Santísima purísima, hermosísima, toda santa, toda inocente, toda perfecta, toda bendita toda pre-

ciosa, toda gloriosa, toda digna de alabanzas, de himnos y de cánticos. Y puesto que así la ha llamado la Iglesia, puesto que así la invocaron los fieles en todos tiempos, dígame ahora, que cosas nuevas hemos de creer, qué nuevos dogmas se nos proponen, qué hay que añadir al Símbolo, cuando la doctrina católica no ha cambiado, porque nó se ha hecho otra cosa sino confirmar la creencia del orbe católico con el sello de la autoridad, que define y declara como de fé, lo que se habia anticipado á creer la piedad de los fieles.

La Iglesia nuestra madre pareceria descuidada en el negocio de nuestra salvacion, si necesitándose otra enseñanza ademas de la del *Credo* y los *Artículos de la fé*, nos dijera, como nos dice, que todo está contenido en el Símbolo de los Apóstoles. Y es la verdad, Señores; en materias de fé, el *Credo* es el compendio de la Religion. Todo está en el Símbolo. Empieza estableciendo la unidad de Dios, criador del cielo y de la tierra, de las cosas visibles é invisibles. Dando lugar inmediatamente á la distincion de las Personas Divinas, comprende al Hijo y al Espíritu Santo, un

mismo Dios con el Padre. Determinase la generacion eterna del Unigénito, nacido del Padre antes de los siglos, y su encarnacion en la humanidad, su pasion, su muerte, su resurreccion y su vuelta á los cielos. La fé en el Espíritu Santo, el cual procede del Padre y del Hijo, la fé en la Santa Iglesia Católica y Apostólica, que es una, ilustrada por aquel Espíritu que habló por los Profetas, la fé en la Comunión de los Santos, en el perdon de los pecados, en la resurreccion de la carne y en la vida eterna; ved aquí el Símbolo, del cual sale toda la doctrina católica, todas las cuestiones, todas las opiniones y sentencias, todas las devociones, todos los actos de piedad, todos los misterios, y todas las definiciones de la Iglesia. No excluimos, Señores, la definicion dogmática de la Pureza de Maria: ¿sabeis en qué parte del Símbolo está contenida esta verdad ya definida por la Iglesia? En aquellas palabras *Natus ex María Virgine*. Porque Jesucristo nació de Maria Virgen, definió el Concilio general de Efeso que la Virgen Maria era *Deipara*, es decir, Madre de Dios. La piedad de los fieles cristianos sacó otra consecuencia de la misma letra del Símbolo, y fué la exen-

cion de la culpa original; el Concilio de Trento no comprendió en el decreto del pecado original á la Santísima Virgen Madre de Dios; y tres siglos despues, el artículo del Símbolo que sirvió de base para las declaraciones de las Asambleas de Efeso y Trento, es el fundamento de la Bula *Ineffabilis Deus* con tanta alegría recibida en el orbe católico. Ved aquí un principio inmutable, pero fecundísimo: nuestro símbolo no se compone de cifras; nó es una letra muerta; cuando se ha probado á sustituir una letra por otra, la sangre generosa de los mártires ha corrido á torrentes; pero cuando se ha querido exprimir el jugo de esas palabras, ó cuando las heregias y controversias dieron lugar á ello, todas las frentes doctas se encorvaron sobre el texto sagrado, se soltaron las lenguas de todos los hombres sábios y elocuentes, y escribieron veloces las plumas de todos los Maestros. De las palabras *natus ex María Virgine* nacieron las declaraciones de la Maternidad Divina, de la Virginidad perpetua, y de la exención de la culpa original.

¡Sobre qué cimientos tan incontrastables descansa el Catolicismo! ¡qué columnas tan robustas le sostienen! ¡qué muros, qué fábrica

tan portentosa! Nó se deteriora con los tiempos; las revoluciones no la ofenden; cayeron todos los poderes que para destruirla ó apor-tillarla se levantaron. Todas las exigencias ve-leidosas, las mas absurdas demandas se estre-llan en sus muros de granito; el Catolicismo no cede porque es inmortal; su doctrina no cambia; el nó se muda; las pretensiones de un siglo con el siglo pasan; y la Iglesia perma-nece: *mole sua stat*. Pero si se creyera que su resistencia era pasiva; que resistia por inercia; que estaba condenado á la esterilidad, á la inaccion; que sus principios no tenian vida y vida perdurable, este seria uno de los errores que nó admiten disculpa, porque la vida del Catolicismo se demuestra por el desenvolvi-miento de sus eternos principios, por la ma-nifestacion y declaracion de todas las verdades dogmáticas contenidas en nuestro *Credo*.

Respecto de la Santísima Virgen, la decla-racion dogmática de su pureza es la última consecuencia contenida en las palabras del Símbolo. Ya nó se puede honrar mas á la Madre de Dios; la letra ha dado todo lo que permite. Señores, si como soy católico hubiera tenido la desgracia de nacer Protestante, me

parece que con ocasion de un suceso que tanto debe hacernos pensar en la admirable constitucion de la Iglesia, habria tenido la fortuna de incorporarme al Catolicismo. Ved aquí lo que tanto me admira. Hace diez y nueve siglos redactaron los doce Apostóles el Símbolo; cada uno puso su palabra; y despues que San Pedro compuso el artículo que se refiere á Dios Padre, y San Andrés compuso el que se refiere á Dios hijo, llególe su vez á Santiago el Mayor; y componiendo el primer artículo que se refiere á la humanidad de Jesucristo, dijo: *Qui conceptus est de Spiritu Sancto, natus ex María Virgine.* Hace mas de mil y cuatrocientos años, que la Iglesia dedujo de estas palabras la Maternidad Divina: la piedad de los fieles, que es un buen criterio católico, creyó en el privilegio que exime del pecado original á María Santísima. Hace trescientos años, esta opinion piadosa alcanzó un ruidoso y solemnísimo triunfo, que seria ya el último paso que habia que dar para la declaracion dogmática. Dichosos nosotros, mis queridos hermanos, que hemos oido la voz del Sumo Pontifice Pio IX, último expositor del artículo del Símbolo, declarador de las pala-

bras del Apostol Santiago, en que se contiene la fè del Apostolado de Jesús y la creencia de la Iglesia universal.

Y ved porqué las distracciones del siglo, las turbulencias de estos tiempos no impiden esa grave preocupacion de todos los ánimos. Todos los pueblos de la tierra están conmovidos; ¿qué los ha conmovido? una palabra que ha salido de Roma; ¡de Roma, Señores, que ya no dicta leyes al mundo; que ya no unge ni destrona Reyes; á cuyo gobierno, á cuya influencia, á cuya política, ya no se atemperan las Naciones para constituirse como puedan hacerlo! Además, esa palabra nó declara nada nuevo; nó manda creer cosa que no se creyera; pero lo que todos advierten en este suceso es el misterio de esa palabra, que es una revelacion de la vida que el Catolicismo encierra. Yo no se si es la alegría lo que mas embarga los ánimos de los fieles por el honor que resulta á la siempre Virgen María, ó el asombro y el estupor que en la declaracion de todo misterio tiene que excitar la palabra del Vicario de Jesucristo acogida por el universo católico con profundo y solemnísimo respeto.

Cuenta la historia eclesiástica de hace ca-

tores siglos, que la declaracion de la Maternidad Divina dada en honor de la Virgen por el Concilio de Efeso, fué solemnizada con danzas, luminarias, fiestas, himnos y cantos populares, en señal del extraordinario regocijo con que los cristianos acogieron esta hermosa declaracion. Creeis que hoy se habrán tenido en cuenta tales antecedentes para manifestar una alegria proporcionada á la importancia del suceso? Nó; estos antecedentes son demasiado viejos, y tanto, que apenas se conocen. El pueblo cristiano se alegra del mismo modo, porque se toca en uno de los resortes de su fé; es creyente, y ve que esta declaracion toca en los puntos cardinales de su creencia; es espiritual, y siente cómo late su vida del espíritu; es religioso, y una palabra de la Iglesia le estremece; es amante de la Virgen Santisima hasta el delirio, y se regocija en sus alabanzas y en su gloria; y por último, sin ser el pueblo filósofo ni teólogo, comprende que segun la admirable estructura del dogma católico, la Virgen Maria fué concebida en gracia, porque es Madre de Dios; y que fué Madre de Dios, porque Jesucristo en cuanto hombre, concebido por obra y gracia

del Espíritu Santo, nació de Santa María Virgen.

Meditad mucho, Señores, y admirareis vuestra Religion. De ello reportareis muchos beneficios, y nó será el mas pequeño el mayor celo que sentireis para practicarla. Yo os ofrezco estas útiles consideraciones con el deseo de preparar bien el ánimo de unos y de confirmar á otros en la fé que recibieron de sus padres, y que deberán trasmitir con la doctrina y el ejemplo á las nuevas generaciones. Sea para todos el amor, la misericordia y la intercesion de la Santisima Virgen el premio de su fé y el estímulo de su piedad, para que así como en la tierra la alabemos en el cielo, y bendigamos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo ahora y siempre por los siglos de los siglos. *Amen.*

FIN.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

	Pages.
Introduccion.....	III
NATIVIDAD DE LA VIRGEN MARIA.....	21
PRESENTACION DE LA VIRGEN MARIA.....	41
ANUNCIACION DE LA VIRGEN MARIA.....	67
VISITACION DE LA VIRGEN MARIA.....	97
PURIFICACION DE LA VIRGEN MARIA.....	123
LOS DOLORES DE LA VIRGEN MARIA.....	155
Sobre el mismo asunto.....	181
ASUNCION DE LA VIRGEN MARIA.....	209
GLORIAS DE LA VIRGEN MARIA.....	237
PATROCINIO DE LA VIRGEN MARIA.....	255
UNA TRADICION. — DESCENSO DE LA VIRGEN MARIA.....	277
DEL MISTERIO DE LA CONCEPCION DE LA VIRGEN MARIA: Advertencia.....	277
Sermon predicado el 8 de Diciembre de 1854, al ilustre Colegio de Abogados.....	279
Sermon predicado el 22 de Setiembre de 1855, en la Santa Iglesia Catedral en las solemnes fiestas de la declaracion dogmática.....	305
Sermon predicado el 4 de Noviembre del mismo año en San Andrés, con motivo de iguales fiestas hechas por la Santa Capilla.....	344

VIN DEL INDICE.

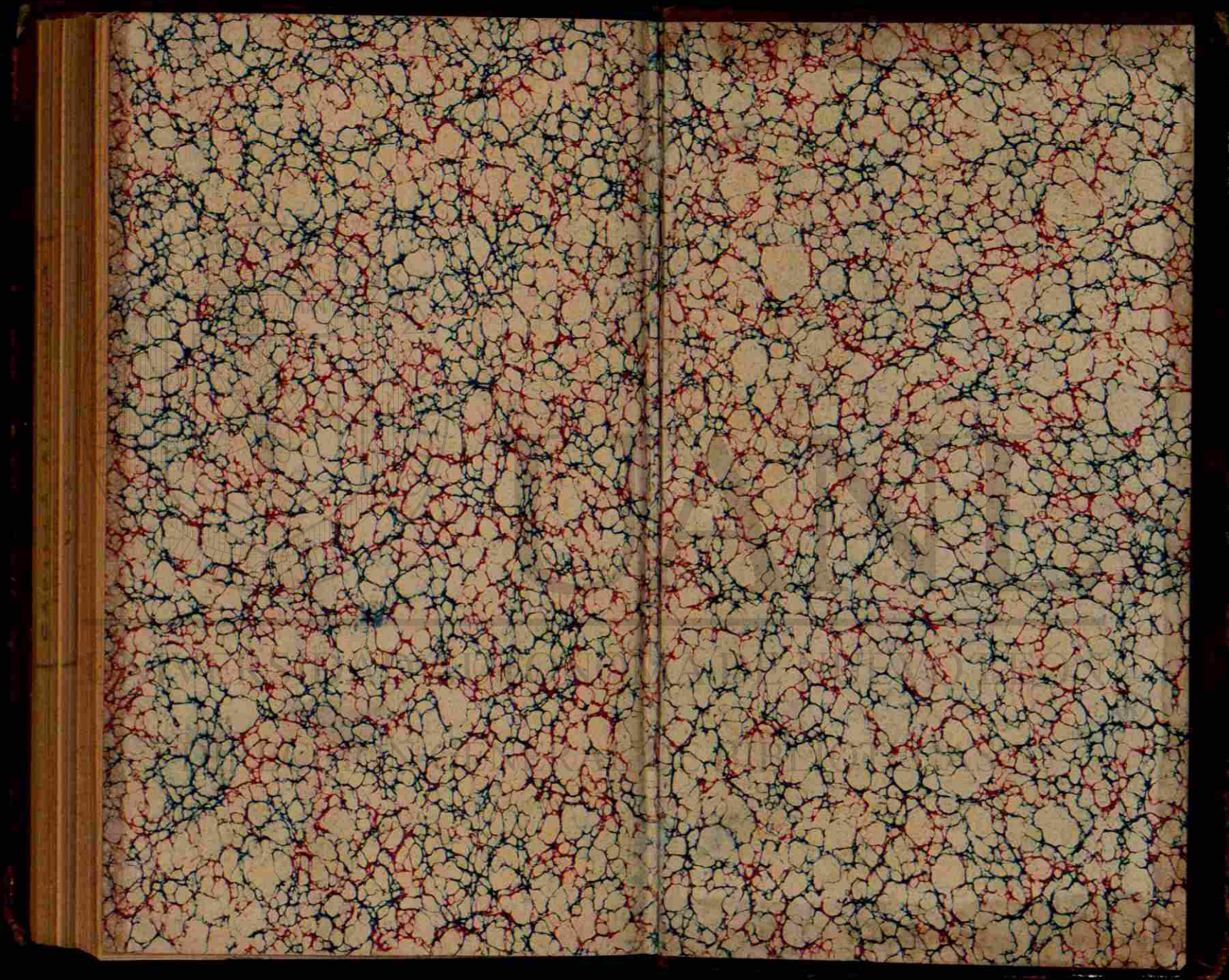


FONDO BIBLIOTECA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UEV
OTEC